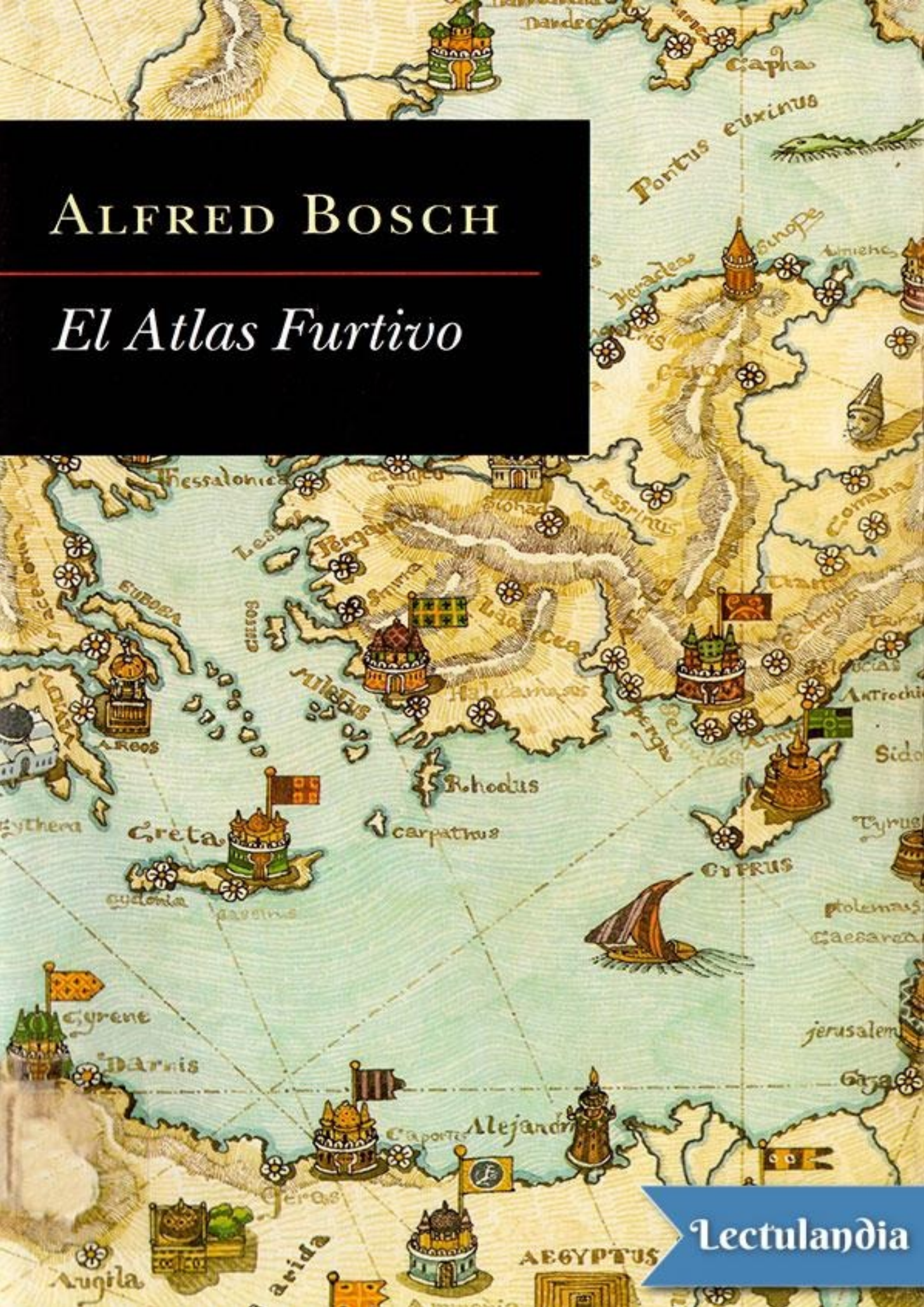


ALFRED BOSCH

El Atlas Furtivo



Lectulandia

Corren malos tiempos para las comunidades judías de la Corona de Aragón. El infante Juan le encarga al mallorquín Cresques de Abraham la confección de un atlas ante el que maravillarse del mundo conocido por los hombres. En ese clima de intolerancia religiosa, el cartógrafo judío emprende la ardua tarea de documentación, proyección y representación que tan prestigioso trabajo implica.

Ante ese hecho tan significativo en su vida, el cartógrafo decide dibujar dos atlas de forma paralela. Un Atlas Real, fiel reflejo de aquello que los hombres y la ciencia han podido ratificar hasta el tumultuoso siglo XIV. El segundo llevará por nombre el Atlas Furtivo y, al margen de la veracidad, incluirá, además de los hechos geográficos, todos aquellos lugares míticos y legendarios que maese Cresques ha escuchado en boca de hombres provenientes de otras latitudes. Un atlas concebido como un espacio para dar rienda suelta a la imaginación. Una vez concluida la tarea, Jafudá, el hijo menor de Cresques, emprende el viaje que le conducirá a Barcelona para hacer entrega de las extraordinarias obras. Pero la Corte se halla sacudida por un torbellino de intrigas y conspiraciones, propios de un período de decadencia en el que el joven descubrirá que los hombres han construido un mundo en donde la libertad y la tolerancia no tienen cabida puesto que éstos así lo han querido.

Lectulandia

Alfred Bosch i Pascual

El atlas furtivo

ePub r1.0

orhi 24.05.2018

Título original: *L'Atles furtiu*
Alfred Bosch i Pascual, 1998
Traducción: Pau Pérez

Editor digital: orhi
Primer editor: Betatron
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



«Escuchad, haremos lo siguiente: por una parte, haremos el mapa que nos ha encargado el infante Juan. Y por otra, por la noche o cuando nadie nos vea, dibujaremos una copia. En la primera obra situaremos las ciudades, cordilleras, ríos y mares conocidos. En la segunda, pondremos de todo lo que aprendamos, sea verdadero o falso. Toparemos con muchas leyendas y fantasías, y no es preciso decir que cometeremos graves errores. Pero dejaremos una compilación única del saber humano.»

PRÓLOGO

Probablemente el mapa que Jim Hawkins encuentra en el baúl del marinero muerto, cuyos trazos conducen al tesoro del capitán Flint, sea el primero que acude a la memoria de quien intente relacionar literatura y cartografía. Sin embargo, no es más que otro eslabón en una cadena inmensa, que hunde sus raíces en la época preclásica —del 530 a. C., aunque el presunto autor la copiase ocho siglos más tarde, viene la *Ora Marítima* de Avieno— y no presenta trazas de agotarse; véanse en nuestro ámbito, con diversa fortuna, la reciente *La Carta Esférica* e incluso, mediante una curiosa permutación del objeto de la ciencia, el *Atlas de Geografía humana* de Almudena Grandes.

En puridad, puestos a establecer las bases de la relación, un mapa ya es en sí mismo literatura. Supone una representación abreviada de la realidad, mediante la alianza del dibujo con la semiótica. Implica por lo tanto el recurso a códigos prefijados, primordialmente la reducción de un espacio tridimensional al plano: al igual que la novela, y aunque el hábito nos haya hecho perder de vista la convención, ésta es igualmente ilusoria, comprime un tiempo supuestamente real en el tiempo que el lector tarde en recorrer sus páginas. Todos aceptamos que en el mapa una raya azul y sinuosa equivale a un río —Borges explicaría a fondo la compatibilidad entre el río verdadero, rumoroso o restallante de espumas, y su representación inerte—; al igual que damos por bueno que tras un punto y aparte D'Artagnan, que acaba de dormirse seriamente herido a media legua de la costa francesa, cabalgue tan contento por el camino de Londres.

Vale la pena insistir, aunque sea mínimamente, en este juego de las convenciones cartográficas. En buena parte responden a una imitación más o menos simplista de la naturaleza —los ríos contienen agua y según verificamos en los mares la acumulación de agua produce un color azul; en las montañas abundan las rocas peladas, que suelen presentar tonos acres y marrones. Y sin embargo no hay un solo matiz azulado en la mayor parte de los ríos conocidos, dejando quizá de lado el Danubio de Strauss, y en cambio celestes o pavonadas, según la distancia, resultan casi todas las montañas cuando se les contempla desde la lejanía—. Una fuente natural suele equivaler a una caída de agua, siguiendo la ley de la gravedad, no el surtidor airoso, al estilo de los jardines de Versalles o de los géiseres islandeses, que las simboliza en casi todos los mapas.

Pero es que algunas de estas convenciones se han incrustado tanto en nuestro subconsciente que, siendo artificiales, las hemos incorporado al orden natural. Estamos tan convencidos de que el norte queda arriba que, a título de mero ejemplo, la territorialización de la Comunidad Valenciana llama Marina Alta al fragmento de comarca situado al norte y Baja al que queda al sur, aunque en altitud media éste duplique al otro. En realidad resultaría más airoso un mapamundi invertido, donde los

continentes, en lugar de colgar como frutas blandas, elevasen brazos esperanzados hacia el polo sur. Al fin y a la postre, por sublimar esta materialización de los signos, el muro de Berlín no era otra cosa que la concreción de esa raya de las fronteras, que los niños de las escuelas —si aún les cuelgan mapas en las paredes— imaginan continua y tangible como la cerca de un corral.

Hemos dicho que un mapa es en sí mismo literatura. Aún se acentúa este carácter si del concepto pasamos a su utilización. En efecto, el empleo de un mapa contiene en sí mismo los elementos de una novela. Implica incógnita —nadie examina el mapa de lo que conoce a la perfección—, misión pendiente —quien lee el mapa alberga una finalidad, práctica o ideal—, claves —el código de señales, conocido o por descubrir—, éxito o fracaso en el empeño. Para tejer la urdimbre de un argumento no se necesita más bastidor.

Desde otra perspectiva toda novela, incluso la más introspectiva, necesita un marco físico. La colaboración de la cartografía con el género adopta una modalidad nueva cuando el mapa se abre un hueco entre el texto. En ocasiones el procedimiento resulta lícito, para fomentar un artificio creativo —véase en la obra de Benet la topografía detallada de Región, sin escatimar una curva de nivel— o, al estilo de Robert Graves en sus simulaciones históricas, para ilustrar la reconstrucción. Otras veces el recurso nos parece abusivo, porque —véase el plano de la abadía hacia la que viaja Guillermo de Baskerville, más apto para una rehabilitación subvencionada que para una novela— remedia las dificultades de la descripción de modo ventajista; algo así como si el autor, en lugar de referirnos la voz de la protagonista, adjuntase una casete al libro. No tenemos ningún mapa de Macondo, ni de Castroforte del Baralla. Tampoco, en punto alguno de sus respectivas novelas, llegamos a sentir su necesidad.

De esta manera se relacionan la ficción literaria y los mapas, como reconstrucción a escala de un sector real o deliberadamente ilusorio del mundo. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando el autor desconoce, de modo total o parcial, la propia parcela sobre la que trabaja? Los dos géneros se confunden entonces necesariamente, puesto que, en cuanto que se ignora el objeto representado, cartografiar equivale a inventar. Se diría que en tales casos la cartografía debe renunciar a la categoría de ciencia y alinearse con franqueza entre las especies de fabulación. La frontera entre lo empírico y lo imaginario parece nítida; como ese trazo que los cartógrafos romanos ponían al sur del África conocida, renunciando a representarla más allá y explicando, en frase grata a Humberto Eco, que *hic sunt leones*, esto es —más o menos—, que desde ese límite no hay referencias ciertas, ya que las fieras se comieron al explorador.

Sin embargo la curiosidad del hombre, que prefiere el suponer al no saber, se resiste a aceptar esta limitación. Parece fácil apelar como ejemplo a los mapamundis medievales, con esas tierras de cuatro esquinas adornadas por sendas fuentes sin final. Pero conforme progresan los instrumentos de observación astronómica vamos descubriendo que nuestros mapas del universo, objeto de enseñanza universitaria

durante décadas, no eran mucho más exactos en proporción; y es muy posible que una teoría más bien intuitiva, como la de la curvatura espacio-tiempo de Hawking, los reduzca en breve plazo a simples curiosidades de museo. Ahí está el actual mapa del genoma humano, del que tan orgullosos se encuentran los biólogos a pesar de lo poco que nos diferencia de la mosca. Y sin embargo es probable que dentro de una década nos parezca tan cómico como el mapamundi del siglo XII conservado por la Biblioteca de Turín, en el que Adán y Eva, en la posición de quienes forman la barrera ante un golpe franco, presiden una geografía de cauces rectilíneos insertos en una acequia perfectamente circular.

Por eso en todos los tiempos la mayoría de los geógrafos, en vez de detenerse en el *hic sunt leones*, continuaron arriesgadamente más allá de los confines de la entelequia. Puesto que, ignorando en qué consistía el mundo, no podían ajustar el dibujo a sus contornos, era el orbe entero el que se adaptaba a sus suposiciones sobre la realidad. De ahí los mundos fusiformes, lenticulares, ameboides que pueblan cualquier catálogo sobre la materia; continentes inmensos, que reducen los océanos a lagos domésticos, junto a concepciones talasocráticas en las que la misma Asia es una islita a la deriva. En el tiempo de las fotografías por satélite parece fácil reírse de ellos. Contengámonos pensando que el fondo de los océanos, con hallarse tan inmediato, apenas nos resulta más conocido.

Si nos ceñimos a la cartografía de la Baja Edad Media, como hace *El Atlas Furtivo*, cabe añadir que sus autores eran además artistas; y que en el arte de la época, como en la vida, la naturaleza aborrecía decididamente el vacío. Donde los accidentes geográficos dejan una pulgada libre —y sin contención en los mares, planos por naturaleza— aparecen jinetes, reyes coronados, basiliscos, grifos y quimeras, naves con sus tripulantes, pulpos y cachalotes, sirenas; e incluso, a poco que sobre espacio, ángeles con trompetas y llamas de perdición, emplazados en las fronteras del mundo como si para el cartógrafo el tránsito hacia la otra vida no fuese, en definitiva, sino una especie de viaje tan ordinaria como las demás. Al fin y al cabo y aunque no se dignó dibujados, Dante nos sitúa una y otra vez sobre los mapas, generales y por secciones, del Infierno y del Paraíso.

Ya nos hemos aproximado suficientemente al taller del mallorquín Jafudá de Cresques, en el que nacerá el Atlas Furtivo. Una última aproximación a las conexiones entre los mapas y las novelas podría clasificadas según la tarea que en relación con aquéllos se asigna a los personajes. Las posibilidades son tantas como verbos transitivos. Ciñéndonos a las más elementales, un mapa se busca, se persigue, se destruye o se reconstruye. Antes de todo eso, como acto primordial, un mapa se crea.

Ésta es la actividad que, por voluntad real, se encomienda a la familia Cresques en *El Atlas Furtivo*. A partir de aquí la utilidad del mapa —en este caso los mapas, pues dos son los Atlas que nacerán simultáneamente del encargo— puede llevarnos en una de estas direcciones: a analizar qué esperan de ellos los personajes de la

novela o a las intenciones del autor, al escogerlos como meollo de su argumento. En cuanto a la primera, topamos aquí con la limitación inherente al prologuista, que no puede anticipar más de la cuenta so pena de estropear la lectura del libro.

Sí podemos adelantar, en cambio, adónde quiere el autor que nos conduzcan los mapas de Jafudá: al final del siglo XIV, etapa-bisagra fundamental entre un mundo que empieza a irse —el medieval, que con su tabla de valores se despide en una apoteosis de catástrofes y violencia— y otro que aún no se ha formado y al que cuando se consolide, con el ritmo lento de aquella sociedad, llamaremos Renacimiento y Edad Moderna. Dejando aparte la diferencia de velocidades, es posible que ninguna otra época se parezca tanto a la nuestra. También a comienzos del siglo XXI somos conscientes de que, por más que nuestras retinas se hayan acomodado y nos distorsionen la visión, ya hace tiempo que muchos esquemas —por citar los más fundamentales, la forma de elegir gobernantes, la de organizar las conexiones entre el poder económico y los Estados, la de administrar los recursos naturales, la de relacionar al hombre con Dios— han dejado de ser operativos y deben ser sustituidos, aunque a la hora de determinar los nuevos nadie sepa distinguir al clarividente del visionario. Como Jafudá y su entorno, conocemos que la sociedad que viene será de otra manera, por imposible que nos resulte concretada; a diferencia de aquel personaje teatral que, según cuenta el tópico, anunciaba su partida hacia la guerra de los Treinta Años.

Alfred Bosch ha buscado un buen observatorio del cambio: la Corona de Aragón, que a diferencia de la mayor parte de sus contemporáneas ya tiene un pie en el mundo nuevo —marítimo, mercantil, capitalista—; y dentro de ella el eje Mallorca-Barcelona. No es un eje simétrico. Hace una generación que la isla ha perdido su dinastía propia y, reintegrada de mala gana al tronco común tras ver amputado su *hinterland* rosellonés, empieza a optar por el retraimiento con una hipocondría típicamente insular.

Barcelona, por el contrario, culmina una fase expansiva. Durante el larguísimo reinado de Pedro IV ha visto reforzada su capitalidad tácita de la Corona, apoyándose en las desavenencias iniciales entre el rey y la nobleza aragonesa, ha vertebrado el mosaico territorial catalán; también ha extendido sus anhelos imperialistas hasta límites insospechados, con el dominio de media Grecia después de que los almogávares, con su impedimenta ligera, aniquilasen a la caballería pesada franca sobre los lodazales del lago Copais.

Se acerca la casa de Trastámara y con ella una decadencia de siglo y medio, que ya apunta en las querellas entre Pedro IV y su familia. Durante su transcurso Valencia —la Babilonia de Occidente, según el viajero alemán Munzer— ejercerá el predominio. Luego las guerras de Germania y el conflicto morisco arruinarán a su turno la estructura social; pero para Cataluña el siglo XV va a resultar demoledor, lastrado por la guerra entre sus estamentos —remensas, la Busca contra la Biga, nyerros contra cadells, el conflicto del príncipe de Viana—. Obviamente, los

personajes de Bosch no han leído el futuro; pero también en este aspecto son conscientes de vivir en el umbral del declive y la incertidumbre aún va a aportarles más crispación.

De Mallorca a Barcelona nos van a llevar las andanzas de Jafudá ben Cresques, durante un período de su vida que el autor acota, para no perder de vista el eje indicado, en torno al encargo del Atlas y su duplicación a título particular. Desde una perspectiva estrictamente histórica habría resultado más interesante la fase posterior de la vida del personaje, que trasladado a Portugal se hizo pieza decisiva en la escuela náutica de Sagres, de Enrique el Navegante, y con sus trabajos sobre la ruta de la India acabó convirtiéndose en una referencia directa para Colón. Sin embargo Bosch, con buen criterio, ignora esta etapa. Como a continuación veremos, no está haciendo biografía, sino pintura impresionista, y en este sentido una transición al ambiente atlántico habría representado un anticlima fatal.

Elegidos el entorno y la excusa —la confección de un mapa, que serán dos—, restaba escoger la óptica. Para enfocar con eficacia una época de convulsiones, Bosch ha recurrido a la de sus víctimas: el mundo hispanojudío, en la misma orilla de su gran tribulación —las matanzas de 1391— y que ya no saldrá del túnel que les conducirá a la expulsión de 1492 y al cerco inquisitorial a los conversos, También aquí, en la pura ortodoxia de la novela histórica, la descripción del ambiente previo a la crisis va por delante de su justificación intelectual. Conocemos la aljama mallorquina, rica, bien organizada a pesar de o precisamente gracias a su sentimiento de precariedad, que a diferencia de otras comunidades judías cifra su prosperidad en el comercio de mediación y no en los servicios financieros; que se arrima a la protección del rey Pedro, recepticio ante cualquier aliado contra la alta nobleza, porque sabe que ésta se debilita según se robustece el tejido social.

En este contexto, y aunque la oleada de «pogroms» y saqueos avanzaba desde hacía trece años, con origen en Écija, es lógico que los hebreos mallorquines se sintiesen razonablemente seguros y apenas previniesen la explosión brutal del noventa y uno. La novela —a estas alturas del prólogo ya resulta lícito adelantar un poco más— al convertir al héroe en testigo a un tiempo cercano y distante, por ello impotente, del estallido; lo que supone un método eficaz para ejemplificar este efecto de sorpresa. Por cierto, cabe apuntar aquí, sin estropear el argumento, que —vea quien sienta curiosidad las cartas publicadas por Miguel Bonet en el VII Boletín de la Societat Arqueologica Luliana— el Cresques histórico apostató con toda tranquilidad y abandonó de paso a su mujer, fiel a la religión mosaica.

Éste es el fragmento de realidad que el autor pretende incorporar a su lienzo; como su Jafudá quiere comprimir en las vitelas todo el saber geográfico de su época. El cartógrafo no puede aspirar a la universalidad, porque se lo veda el propio concepto de reducción a escala —un mapa a escala uno equivaldría a una duplicación del espacio representado, como *El Aleph* de Borges reproducía el mundo—. Bosch, como novelista, tampoco la pretende. La visión que nos transmite es la que abarcaría

un participante, consciente de su limitación; al igual que el Fabricio de *La cartuja de Parma*, que vio cruzar a unos jinetes antes de caer herido, dudará durante toda su vida si estuvo en la batalla de Waterloo.

Mientras lucha por su mapa, el protagonista conoce a los personajes de la época: un Pedro IV anciano, duro y recalcitrante pero fatigadamente escéptico, su esposa Sibila de Fortiá, en el apogeo de su influencia maniobrera, el que será Juan I con sus achaques, quien le sucederá como Martín I con su cauta espera; es decir, la familia real casi al completo —puestos a completar el elenco de lo que habría sido una etapa feliz para la prensa rosa, de haberse inventado, se echa de menos la intervención de Violante de Bar, la nuera normanda y rival encarnizada de Sibila, y de su contraenemiga Constanza de Vilaragut, la amiga de Juan, «negra e aborrívol dona» en versión del rey ceremonioso—. Todos ellos discurren ante el protagonista al puro estilo de la monarquía de su tiempo, todavía cercana al súbdito, a la usanza medieval, cuando le toca manejado, distante y protocolaria ante la posibilidad de ser manejada.

Con la misma naturalidad desfilan otros prohombres de la época; en particular un Bernat Metge algo mitificado, a mitad camino entre el «M» de James Bond y Maquiavelo, pero indiscutiblemente eficaz como antagonista. Aparece fugazmente, porque no hay espacio para más, la figura extraordinaria de fray Anselmo de Turmeda, el franciscano mallorquín que murió convertido en Abdallah de Túnez, musulmán devoto y polígamo; también san Vicente Ferrer, más bien irreconocible en una chanza efectista. Por el telón de fondo discurren el cisma de Occidente, la apertura hacia el Oriente, las querellas dinásticas y las conjuras palaciegas. Sin embargo el héroe, consciente de sus limitaciones, sólo les presta una atención limitada —en su tiempo los soldados de a pie, a diferencia de los de Napoleón, no llevan un bastón de mariscal en la mochila—; y su atención preferente se vuelca hacia los mapas y la sierva Selima, por cierto con muchísima razón; que, tal y como la describe el autor y suponiendo la vigencia de la esclavitud, es la compra que cualquier varón desearía hacer en un supermercado portuario.

El mundo que ofrece Bosch es una Baja Edad Media de percepciones, de olores y sabores, táctil y colorista, mucho más eficaz que la disertación histórica para introducirnos en ella. Sus pobladores ya han dejado de ser milenaristas resignados, acríticos ante el orden de las cosas y satisfechos con la mera supervivencia. Tienen aspiraciones de mejora, porque ya no creen en las castas naturales, también inquietudes de independencia. Sin embargo, a falta de motivos para alejados, continúan sintiendo la incertidumbre y el miedo. La suciedad y el hambre continúan siendo sus vecinos habituales, la peste vacía sus aljabas por sorpresa para llevarse ciudades enteras, la violencia, como la lluvia, viaja en nubes volanderas que no avisan antes de descargar. Los poderosos son arbitrarios, la vida humana, jurídica, económica ni socialmente, apenas ha revalorizado su estimación. El hombre del siglo XIII, por poner un ejemplo cercano, padecía este estado de cosas al tiempo que lo juzgaba inevitable. El de finales del XIV ha añadido la esperanza, pero a la vez el

sentimiento de injusticia. De la suma de los dos factores no parece predicarse más felicidad.

La visión del cosmos, específica de cada época, no corresponde a un discurso particular, ni siquiera al del promedio de sus individuos; más bien a una suma de ópticas individuales, como piezas diminutas de un mosaico que los buenos observadores, como Alfred Bosch, saben percibir desde el exterior. Para los moradores del siglo XIV los contornos del mundo, moral y material, eran difusos; como los de las tierras conocidas, que la imaginación del cartógrafo poblaba de monstruos.

En definitiva casi todas las novelas históricas pueden refundirse en una de dos especies, conforme atiendan a las cumbres del pasado —momentos estelares de la humanidad, en expresión de Zweig, *highlights* en versión americana— o a su basamento —el éxito un tanto imprevisible de *Los pilares de la Tierra* sería un buen ejemplo de esta construcción—. Las primeras equivalen a estampas, centradas en torno a la singularidad de una situación o un personaje; las segundas a túneles del tiempo, aptos para que el lector, convertido en viajero, efectúe un recorrido turístico para el que no necesita visados ni vacunación.

El Atlas Furtivo pertenece a esta categoría. En sí misma la novela es un plano, en definitiva una especie de mapa. Ya hemos dicho que sus balizas conducen al siglo XIV. El lector que siga sus indicaciones lo alcanzará, absorberá su ambiente propio —ese color local de los lugares exóticos, que los pintores del XIX intentaban incorporar a sus lienzos; y por cierto en este aspecto es más que notable la semejanza entre el ambiente novelístico y los lienzos marroquíes de Gisbert—. También se felicitará por haber estado, tanto como de que los dos Atlas elaborados en el taller de los Cresques —McGuffin en estado casi puro, lo que ya puede decirse a estas alturas del prólogo— le sirvan finalmente para volver.

JOQUÍN BORRELL

*A mi madre mallorquina,
sin la que esta novela
no sabría a nada*

*«Pero el esfuerzo humano nunca del todo se borra
y viejos mapas de tierras, de mares, del firmamento,
nos dicen qué profundo fue el dominio,
el saber de este pueblo del cual nosotros somos
legítimos hijos, herederos y servidores a un tiempo:
del hoy prisionero al libre mañana que ganaremos.»*

SALVADOR ESPRIU (1975)

JAFUDÁ

Cuentan las malas lenguas que mi nacimiento llegó rodeado de malos augurios y sucesos prodigiosos. Por razones obvias, soy incapaz de recordar lo que sucedió. Las crónicas escritas de aquel año glosan únicamente, como es natural, las gestas de los grandes monarcas: el alumbramiento de un triste vasallo, por interesante que fuera, no merece una palabra. Lo que puedo contar lo sé por boca de mis padres y de las habladurías populares. Y si bien de la memoria familiar me puedo fiar, tanto como guiarme puedo por los recuerdos de cualquier mortal honesto, no puedo dar crédito, ni remotamente, a las fantasías del vecindario.

Sí puedo afirmar sin temor a equivocarme, porque es algo de todos conocido, que nacer judío en Ciudad de Mallorca, el año cristiano de mil trescientos sesenta, no era ningún privilegio. Los aires enrarecidos del momento no acompañaban. La protección de reyes y nobles a los judíos empezaba a flaquear ante las prédicas de algunos frailes y la simpleza de los gentiles, sobre todo del pueblo llano. Bien es verdad que nuestro Rey había prometido seguridad a las juderías del reino. Sin embargo, algunos años antes de que yo naciera, llegó el hambre, que se cobró muchas vidas, y a continuación la gran peste. En la Península, los pueblos perdieron a la mitad de sus pobladores. Los cuerpos eran lanzados a los ríos o yacían por los caminos. Los carros, llenos de muertos a rebosar, enfilaban día y noche el camino de las fosas comunes.

Por algún motivo, a la gente de la Judería se la convirtió en culpable de tanta penuria. Hasta aquella época, mis antepasados habían soportado burlas y desprecios. Pero, a partir de la muerte negra, empezaron a ser maltratados y perseguidos sin medida. Se rumoreaba que los rabinos habían envenenado los pozos para contaminar a los gentiles. Ayudados por los leprosos, recogían las escamas de los bubones y embadurnaban los muros y las puertas de los cristianos. Los hijos de Israel, culpados de la muerte de Jesucristo, eran acusados de servir a Satanás y de cometer crímenes rituales como crucificar a recién nacidos. Los payeses, furiosos, aseguraban que los judíos escondían un rabo, sudaban sangre y desprendían el hedor de los ajos con que habían restregado el cadáver de Jesús.

En Francia, Inglaterra, Bohemia y Germania, los reyes habían abandonado a su suerte a los judíos. Sus barrios se habían vaciado y las familias huyeron hacia la Berbería o nuestras costas. El desastre se acercaba, no había duda. Sin embargo, en Mallorca, todo lo que ocurría más allá de Dragonera parecía una fantasía de otro mundo. Mis mayores creían que, una vez pasada la peste, volverían los años de bonanza y grandes venturas: nuestra tierra sería de nuevo la de siempre. Mientras aguardaban, los Maestros de la Ley se entretenían con alambicados juicios sobre la Cábala y recitados de la Torá.

Pero la desdicha creció. La gran plaga se repitió durante los veranos siguientes, en

epidemias menores. Algunas veces afectaba a todo el mundo y otras sólo a los más débiles: ancianos y niños. Por si fuera poco, el Rey entró en guerra con Génova, y todo el oro y muchos hombres útiles de nuestra tierra fueron embarcados. Los corsarios ligures tomaron por costumbre atacar nuestras playas, extendiendo la muerte, los raptos y el saqueo por toda la isla. Era evidente que los judíos nada tenían que ver con aquella época adversa; aun así fueron acusados de provocar los peores desastres. Mi madre ya me llevaba en su seno cuando una nueva sangría azotó Mallorca: el Rey se enfrentó a Castilla, y se desató una lucha de muchos años. Las escuadras andaluzas desembarcaron en Mallorca y, sin apoderarse de la isla, causaron tanto daño como pudieron.

No era preciso ser cabalista, pues, para augurar que mi nacimiento se produciría en un momento hartamente inoportuno. Justo es confesar que mis padres, a pesar de las estrecheces y el desorden general de la época, veían con ilusión el embarazo y esperaban llenos de alborozo mi venida al mundo. Sin embargo, el signo de aquel tiempo no podía ser más oscuro. El Señor parecía decidido a darme la vida en el peor momento, cuando la guerra, la peste y el hambre se apoderaban del mundo. Más de una vez he considerado si mi llegada obedeció a alguna prueba de fe que Dios impuso a mis padres o a una penosa elección de mi persona como motivo de penitencia.

Madre ya estaba fuera de cuenta cuando el Rey llegó a la isla. La corte se instaló en Bellver, precisamente para supervisar de cerca el envío de galeras contra Castilla. Puedo afirmarlo con rotundidad, porque tales hechos sí están bien documentados y contrastados. El monarca se había desplazado con los patricios más influyentes de nuestra tierra. Lo acompañaban, también, su tercera esposa, una mujer enérgica y de carácter que había borrado el recuerdo de las reinas anteriores, el Lugarteniente del Reino, el Senescal y el Canciller, el Chambelán y el Confesor, el Mayordomo y una hueste de caballeros y damas de compañía.

El Rey convocó a los prohombres de Ciudad de Mallorca: la Corona estaba esquilada a causa de tanta expedición y de tantas empresas costosas. En primer lugar, recibió a los nobles cristianos, como el Abad de la Real, los Delegados del Capítulo de la Seo, los Jurados de la ciudad y los miembros del Gran y General Consejo. Ante los ilustres caballeros hizo valer sus razones con aquella fuerza y aquel ceremonial que tan bien sabía emplear en las grandes ocasiones. En el Salón del Trono, rodeado de tapices y alfombras de Oriente, engalanado con una elegancia sublime pero sin estridencias, pidió a los mallorquines que recaudasen más censos y préstamos. Gracias a la Casa de Barcelona, afirmó, las cuatro barras y la cruz de San Jorge dominaban la mar, desde la manga de Murcia hasta el puerto del Pireo. Sin embargo, la grandeza exigía dineros.

Los Grandes de la isla quedaron admirados de la amplitud de miras de su señor, y así lo expresaron. Desgraciadamente, no tenían un solo sueldo que entregarle. Nuestra tierra estaba agotada de tanto exprimida, por mor de los hechos de armas, las epidemias y los impuestos. Con los debidos respetos, Mallorca se plantaba ante el

Soberano. Sólo existía una solución: que el Consejo de la Aljama judía concediera un crédito a la Corona. Naturalmente, los mercaderes de la Judería tenían sus arcas tan vacías como los demás, porque la crisis había afectado a todo el mundo. Sin embargo, vista la fiebre que se había despertado contra ellos entre el pueblo llano, a buen seguro se esforzarían para contribuir al bien común. Tenían una viva necesidad de complacer al buen Rey y calmar así los odios de los gentiles.

Cuentan que el rey Pedro blasfemó y riñó a la docta concurrencia por su egoísmo y deslealtad. Ya que no tenía otro remedio, despachó a los grandes señores y convocó a los judíos a Bellver. Debían asistir los Consejeros de la Aljama, acompañados de todos aquellos sabios que entendieran de tierras lejanas y pudieran glosar la importancia de las campañas militares de allende el mar. Alguien de la Corte, puede que la propia Reina, informó favorablemente acerca de un brujo de la Judería, que despuntaba por sus conocimientos. Mi padre, pues, fue llamado a Palacio, y ganó así la oportunidad de destacar entre nuestra gente y de conseguir los favores de la Casa Real.

Todo ello sucedía en martes, y yo tuve la ocurrencia de venir al mundo al día siguiente, un miércoles al atardecer: precisamente el día señalado para la audiencia. Mis padres recuerdan un cielo cubierto y lluvioso, no muy distinto de los cielos habituales en Mallorca en pleno invierno. Algunos vecinos, en cambio, han querido exagerar los hechos y han preferido evocar una tarde muy oscura, la más negra y cargada del siglo. Con el tiempo, las malas lenguas han fabricado enormes nubarrones, que se desplegaban como alfombras. Las gentes sencillas han pretendido, al describir mi alumbramiento, tratar los desórdenes humanos como desórdenes naturales. Como si unos gigantes hubiesen removido el firmamento con columnas de nubes, henchido el aire de perfumes nocivos y enviado dragones negros a morder los picos de la sierra de Tramontana. Todo, para escenificar la aparición de una pobre criatura que nacía para anunciar el descalabro de un pueblo.

En el preciso instante en que padre salía hacia el castillo, mi madre rompió aguas. El hombre gimió, entró de nuevo y mandó avisar al secretario de la Aljama de que no podría acudir a la audiencia. En aquellos días, no teníamos sirvientes, ni dobleros para alquilarlos, y mi padre tuvo que ocuparse de todo. Primero fue por la comadrona: en la Judería abundaban las practicantes de aquel noble oficio, y no parecía que tuviera que costar mucho traer alguna. Sin embargo, ellas, como el resto de los mortales, preferían quedarse en casa cuando tronaba. Para justificar semejante pereza, habían propalado la superchería de que los niños nacidos en día de lluvia traían la desgracia con ellos.

Tras llamar a muchas puertas, mi padre recurrió a la esposa del rabino Salomón, una tal Hanini, que también estaba embarazada. Nuestras familias no estaban unidas por una gran amistad, porque ellos únicamente estudiaban las Escrituras, y renegaban de los que, como mi padre, leían obras paganas. Además, Hanini era chillona, enredadora, fisgona reconocida y muy dada a supersticiones. No era la persona ideal

y, de hecho, se negó de entrada a asistir al parto. Sin embargo, mi padre, lejos de enfadarse, insistió con paciencia. Ante los recelos de Hanini, llamó al rabino: le invocó los mandamientos y enterneció el corazón de aquel santo varón con alusiones al estado de su propia mujer.

El rabino Salomón comprendió las razones de mi padre e impuso su autoridad marital y religiosa a la comadrona. Los tres se calaron la capucha, salieron a la calle y corrieron hacia nuestra casa mientras caían las primeras gotas, gordas como cerezas. Hanini diría más tarde que aquella lluvia hedía a cristiano, como salida de una pila bautismal; mi padre aseguraba que el agua no tenía nada de especial y que el único tufo que percibió fue el de la comadrona, la cual sudaba mucho y parecía una sandía con pies. En cualquier caso, hoy parece claro que la insistencia de mi padre resultó fatal. Porque Hanini, que sin duda tenía manos dotadas para hurgar las entrañas, tenía también la mente más desatentada y la lengua más suelta de toda la Judería. Y fue ella, sobre todo, la encargada de difundir aquellas extrañas fantasías acerca de mi nacimiento.

Yo fui el protagonista de aquel atardecer, pero he de disculparme por no poder reproducir con precisión lo sucedido. Se conoce que, realmente, fue un parto difícil. Mi madre debió de sufrir mucho, porque los dolores se prolongaron hasta bien entrada la noche. Según Hanini, yo salía del revés, con el cordón enroscado y decidido a hacerla sudar como ninguna criatura lo había hecho jamás. Mi padre no pudo comprobar si tal cosa era cierta, porque fue expulsado del aposento en compañía del rabino, y sólo asomó la cabeza para traer agua hirviendo y trapos limpios. Siempre según Hanini, cuando me vio salir estaba mucho más colorado que otros recién nacidos.

Los sucesos ciertos y las simples mentiras son difíciles de distinguir cuando no podemos recordarlos y hasta nosotros llega, tan sólo, un puñado de habladurías de gente ignorante. Pero, si bien lo que he contado hasta ahora puede resultar creíble una vez descartadas las exageraciones, aquello que según Hanini ocurrió a continuación ofende a la inteligencia. La comadrona cuenta que, habiéndome desligado y zarandeado, le pareció escuchar, gracias a su finura de oído, un lloro mezclado con blasfemias. También asegura que la noche se estremeció y se llenó de luces. Hanini me abandonó en brazos de mi madre y corrió hacia los dos hombres. Tan enloquecida iba, que mi padre tuvo que abrirle la puerta de la calle, y salió tras ella y su marido para ver qué ocurría. Cada uno de ellos tuvo una visión distinta.

Mi padre no vio nada extraño: relámpagos de tormenta, puede que más fuertes y largos que de costumbre. El rabino dijo, en principio, que había presenciado la rabia del cielo, pero no supo describirla. Al correr del tiempo, su versión se fue pareciendo cada vez más a la de su esposa. Lo que la comadrona vio sólo ella lo sabe y, aunque más tarde medio barrio corroboró sus palabras, muy pocos debieron de abrir los postigos en pleno chaparrón. Creo de todo corazón que la historia la difundió Hanini, y sólo ella. Juró desde aquel mismo día que había visto unos haces descendiendo de

las nubes, caminos de luz esbozando la forma de una cruz cristiana, que se prolongaban en la base y apuntaban hacia nuestra casa.

Que la mujer gritó y profirió maldiciones contra mí debe de ser sin duda cierto, lo reconozco, porque mi padre podía recordar las palabras exactas y el escalofrío que le produjeron.

—Los hijos de las tinieblas se han llevado al niño y, en su lugar, han traído un demonio. ¡Maldita sea esta criatura, que malogrará nuestra raza!

Se conoce que la comadrona se dejó llevar por la exaltación piadosa, y se enfrascó en citas bíblicas sin pies ni cabeza. Citas que mi padre no pudo retener fielmente a causa del pavor que lo invadió con la primera condena. La mujer intentó rememorar a Jeremías, el de los lloros, ya Azazel, quien fuera invitado a exterminar Israel. Profetizó la destrucción de nuestra gente, el abandono de Dios y el infierno como único fin. Su marido, blanco como la nieve, suplicó a mi padre que arreglara la circuncisión con otro rabino, y pidió que excusaran su presencia. Padre intentó pagar a la comadrona, pero no lo logró. Volvió adentro y cerró la puerta.

Cuando me vio aferrado a mi madre, pensó que no había para tanto. Era la tercera criatura que ella traía al mundo, y no parecía tan distinta de las anteriores. Sin embargo, la turbación no lo abandonó hasta que apareció un mensajero de la Aljama —quien no lo felicitó, seguramente a causa de los rumores que ya corrían por doquier— y conoció las nuevas de Bellver. El Rey había obtenido el empréstito, tras parlamentar y negociar durante largas horas. Las aventuras de ultramar continuarían gracias al dinero judío: pronto, le notificarían cuál era la contribución que le habían asignado a él, Cresques de Abraham, maestro de cartas de navegación.

A cambio del oro, el rey Pedro se había comprometido a distribuir trabajo entre los maestros de la Judería y, con algo de suerte, los oficios ligados a la navegación obtendrían provecho de todo ello. Quizá se multiplicaran los encargos de brújulas y mapas. Mi padre pensó que aquélla era una buena señal y que, seguramente, los augurios de Hanini iban descaminados. Su hijo no podía nacer maldito el mismo día en que se sellaba el pacto con la Corona y el pueblo de Yahvé se aseguraba la protección de los poderosos. No veía negro el mañana, sino diáfano y preñado de esperanza. Decidió que mi nombre debía ser Jafudá, en honor del pueblo judío y su futuro.

Al no acudir a Palacio, mi padre tomó una decisión valiente, que lo honraba y que aún hoy me embriaga de amor filial. Él sabía qué era lo primero en la vida. Las creencias de nada valían si no se fundían con la verdad, la rectitud y el amor. La piedad, para él, se demostraba con los seres queridos. Quizá hubiera debido acudir a la audiencia real y, de ese modo, se habría ahorrado todo lo que vio y escuchó. Quizá le hubiera convenido prestar atención a las habladurías del vecindario y hacer cualquier cosa para alejarme del triste papel que Hanini me reservaba. Pero no hizo nada de eso.

La devoción de Cresques por quienes lo rodeaban y su sentimiento paternal eran

fuertes como un roble. Yo era su hijo y no podía ser un signo de maldición. La bondad de mi venida quedaba fuera de toda duda. Sólo era preciso que me contagiara la fe, aquella fe suya, auténtica y sin fisuras, y todo iría bien. Mi padre era realmente un hombre admirable. Desgraciadamente, yo había nacido para traer al mundo muchas cosas: pero fe, lo que se dice fe, no os lo sabría decir.

CRESQUES

Quizá fuera malnacido, pero en ningún caso malcriado. Cresques de Abraham, padre y maestro, procuró siempre hacerme olvidar aquel destino fatal que me atribuía la maledicencia. Me señaló los caminos de la vida, y quiso, aunque no siempre con fortuna, alejarme de los excesos del odio y las pasiones. Era un hombre riguroso, un tanto temeroso de Dios, devoto de la familia y la profesión. Con mano a la vez firme y tierna, y un semblante tan severo como paciente, me enseñó el oficio de dibujar mapas. Quizá no fuera un pensador, pero conocía las debilidades de los mortales y los peligros de la intolerancia. En su obrador, siendo yo niño, aprendí a dibujar, a calcular, a construir instrumentos de medida y a ordenar nombres, voces y hechos de tierras lejanas. Y, sobre todo, a través de los miles de detalles que conforman el universo, comprendí el valor la humildad.

Ante los pergaminos de piel de cabra, echando a volar los compases y aplicando panes de oro a las costas de la Berbería, a los principados eslavos o al país de los tártaros, Cresques me hacía consciente de mi pequeñez. ¡Tan inmensa era la humanidad y nos era tan desconocida! Al mismo tiempo, cuando se inclinaba sobre la mesa para retocar las miniaturas, cuando repasaba con la pluma los trazos impecables de los rumbos, aquel hombre inspiraba una cierta sensación de grandeza. Sabía que sus mapas e instrumentos habrían fronteras ignotas. Gracias a ellos, los reyes conquistaban pueblos enteros, los navegantes llegaban a puerto, hallaban riquezas... Las ciudades que nunca pisaría, las banderas que jamás vería ondear, los vientos que no seguiría, eran tesoros que ensanchaban el horizonte con promesas que entonces sólo podía soñar.

Yo debía de tener diez años cuando mi padre me llevó, por primera vez, a visitar a sus clientes. Salimos de la Judería y pasamos por la Seo, donde docenas de albañiles trabajaban subidos a los andamios. Con el ruido de las escarpas y los gritos que aún resonaban, dejamos atrás la Almudaina y cruzamos la rambla por unas planchas de madera. Bajaba un caudal escaso, como era habitual en verano. Más allá, en el interior de la parte baja de la Ciudad, otro repicar y una gran polvareda anunciaban las obras de la nueva Lonja, que aún no alzaba dos palmos de la tierra.

Entrábamos en el barrio marinero, donde las calles se estrechaban y un enjambre de gente animaba el trajín. Algunas esquinas más allá doblamos hacia el mar, y nos adentramos en un lugar invadido por el bullicio y los olores. Los menestrales formaban remolinos en torno de unos grandes esqueletos de madera, unos martilleando, otros pintando, otros serrando y aun otros cargando tablones largos y pesados. El maestro me dijo que aquéllas eran las atarazanas, el lugar donde construían las barcas. El gentío no me dejaba ver la playa, pero la brisa fresca y salada de la bahía llegaba a ráfagas. Un aroma más penetrante y extraño se mezclaba con el aire marinero. Mi padre respiró hondo, cerró los ojos y me preguntó si olía a brea.

Paseamos entre las barcas y las cuadrillas de trabajadores hasta que Cresques se encontró con un amigo. Me lo presentó: era un calafate, un hombre que enseñaba a poner la brea entre las planchas de las embarcaciones, para que no se hundieran mar adentro. El calafate iba tocado con una gorra puntiaguda de cuero y llevaba en el pecho la rodela amarilla y roja, igual que nosotros. Me puso la mano en el hombro y me llevó a ver a un grupo de hombres que trabajaban con sogas. Eran los cordeleros de cáñamo, me dijo; los de un extremo tensaban los hilos, los del caballete de en medio los trenzaban y los del otro extremo enroscaban la cuerda en un rodete. Los mayores se pusieron a hablar. Cuando terminaron, nos despedimos del calafate y padre me cogió de la mano.

—Ahora saldremos de Ciudad de Mallorca, Jafudá.

¡Salir de la ciudad! En aquella época, no solíamos acercarnos con frecuencia al otro lado de las murallas. Nuestra vida se limitaba a las cuatro calles de la Judería, donde nos sentíamos seguros y entre amigos; a las mujeres y niños se nos tenía prohibido ir solos por los barrios gentiles. Y, a pesar de que nosotros vivíamos al lado del Portal del Templo, de donde arrancaba el camino de Lluçmajor, siempre nos habían dicho que salir era tan peligroso como ir al mismísimo infierno. Los hombres sí iban a todos lados, pero sólo de día. Por los caminos de la isla corrían demasiados bandidos, borrachos y gentes peligrosas de toda laya para arriesgar la piel. Cruzamos el barrio de Santa Cruz hasta llegara a la Puerta de Santa Catalina. Allí bebimos agua de la cisterna y enfilamos el camino del puerto. Estaba lleno de arrieros y animales cargados, que no parecía fueran a causarnos daño alguno. A pesar de ello, el maestro me pidió que no me separara de él. Tras caminar un rato, doblamos un último recodo y se abrió ante nosotros la cala estrecha y larga de Porto Pi. Una maraña de palos, cuerdas y vergas abarrotaba el fondeadero. Las cubiertas chocaban entre sí, de manera que podías salvarla bocana, saltando de nave en nave, sin caer al agua. El puerto estaba rodeado de colinas —cada una con su correspondiente torre de guardia—, y un grueso palenque que cerraba la única salida a mar abierto.

El hospital se alzaba al final del puerto, cerca de una ermita y un par de casas más. Entramos en el patio interior: en un rincón encontramos a un mensajero, sentado sobre un baúl con la cruz de San Jorge. Apoyaba la cabeza en las rodillas. El maestro tuvo que zarandearlo para que abriera los ojos. Eran un joven fuerte, aunque se le veía pálido y mal afeitado. Sudaba como un condenado. Nos miró cual si hubiéramos caído del cielo.

—Doncel, soy Cresques de Abraham, maestro de cartas de navegación. Me han dicho que traíais correo de Barcelona.

Abúlico, el joven asintió con una mueca de asco. Puso los ojos en blanco y, sin previo aviso, vomitó a nuestros pies.

Nos echamos hacia atrás, pero no logramos esquivar las salpicaduras, y noté cómo la vomitona me chorreaba por los tobillos. Maese Cresques me obligó a ir a la alberca solo, a pesar de que él también estaba pringado. Mientras volvía supe que las

noticias eran buenas. Cresques corría hacia mí con los brazos abiertos y un pergamino en la mano. Se agachó y me abrazó con fuerza.

—El Rey... el Rey nos ha encargado un mapamundi. El más grande, hermoso y completo que habrá dibujado hombre alguno.

De regreso a la ciudad, con una mano me agarraba y con la otra estrechaba el pergamino enrollado, que exhibía como un trofeo a cualquiera, persona o animal, que encontráramos por el camino. Pensé que, durante muchos años, recordaría aquel día como el más gozoso de mi vida. Si mi padre, el hombre más bueno y admirable del mundo, era feliz, yo lo era doblemente. Nada me hacía sentir más afortunado que compartir su gozo y participar de sus sueños. Sí, aquel hombre era mucho más que mi padre. Aunque llevase en las sandalias una innoble capa de polvo junto a las bilis y tripas de un mensajero barcelonés.

Entramos en Ciudad de Mallorca al atardecer, y Cresques decidió que un día tan memorable debía prolongarse. En las calles por donde habíamos pasado, la gente terminaba su labor y acarreaba los últimos bultos. Doblamos hacia arriba, por la calle del Mar, hasta la Posada. Había oído hablar de ella; allí, los del oficio se mezclaban con patronos y viajeros. A fuerza de vino, la gente de mar acababa contando un montón de historias acerca de costas lejanas, que más tarde eran dibujadas con fruición en las cartas. Cresques abrió la puerta de un empujón.

—¡Viva el rey Pedro!

Invitamos a una ronda a los bebedores, los cristianos con su vino y los judíos con el nuestro. Nos sentamos en la mesa más grande junto a una docena de individuos singulares. El maestro les explicó a qué era debida tan festiva aparición. No recuerdo a todos los que nos acompañaban, pero sí a quienes ya conocía o a algunos con los que, por una u otra razón, me familiarizaría a lo largo de los años.

Allí estaba Angélic Dulcert, un judío barbudo y viejo que había venido años atrás de Génova y que estaba considerado el padre de los cartógrafos. También se contaban entre los presentes el doctor León Mosconi, un cirujano de origen griego que poseía la biblioteca mejor surtida de la isla, y dos mercaderes judíos de la Berbería y algunos navegantes sicilianos, que se entretenían con unas mozas del hostel. Me impresionó mucho un joven vestido de fraile que, sentado a mi lado, se me presentó como Anselmo Turmeda. Me habían enseñado que rehuyera a los predicadores, pero aquél parecía muy agradable.

—Hago votos —anunció fray Anselmo—... por el buen entendimiento entre cristianos, judíos y sarracenos...

—¿Y los que no deseen la concordia? —interrumpió el sabio Mosconi.

—Pues ya pueden ir haciéndose a la idea de vivir unidos —replicó el fraile—; porque, si bien en el cielo nos separarán, en el infierno nos quemarán a todos juntos.

Sus palabras hicieron reír a todo el mundo. Sin embargo, inesperadamente hizo algo que sólo divirtió a los más jóvenes: cató el vino de los judíos, se quedó pensativo y aseguró que había descubierto una razón de peso para no convertirse a la fe de

Moisés. El viejo Dulcert aprovechó un momento de silencio para cambiar de tema y felicitar al maestro Cresques. Le ofreció su ayuda y deseó que durante muchos años pudieran celebrar la buena fortuna de uno de ellos como si fuera la de todos, sin envidias ni rencores.

Agradecemos las buenas palabras de aquellos hombres y, a pesar de las protestas, abandonamos el hostel. En la Judería debían de estar a punto de cerrar y no eran horas para pasear a un niño por calles que no eran las suyas. Además, no llevábamos antorcha y debíamos guiarnos por la claridad de un sol que se ponía. Yo caminaba de lado, contento y mareado. Tropecé un par de veces, pero el maestro me agarraba; gracias a él no caí de cabeza al arroyo cuando resbalé en los tablones del vado. En los alrededores de la Seo, los peones habían encendido una hoguera, se tendían en el suelo y canturreaban medio borrachos. Padre, para quitar me el miedo y abreviar, me subió a hombros.

Antes de llegar a la reja de la Judería, oímos cómo echaban el candado. Salté a tierra y ambos rompimos a correr. El portero nos debió de escuchar, porque cuando nos plantamos ante la vega nos esperaba con cara de pocos amigos. Nos metimos adentro y padre, con una expresión de arrepentimiento harto graciosa, le prometió que no volvería a ocurrir. Parecía más un niño travieso que un maestro judío. Aún conteníamos la risa tonta cuando llegamos a la calle del Portal del Templo. Tres o cuatro parejas de mendigos dormían al raso, pero no había por qué temer, pues eran nuestros pobres.

Salió a abrirnos Setaddar, mi madre, que dedicó una mirada de preocupación a mi padre, nos hizo entrar y cerró la puerta a cal y canto. No nos echó ninguna bronca, porque era poco habitual que volviéramos a aquella hora. La mujer se limitó a observarnos y a aguardar una explicación. Cuando el maestro le hubo contado las novedades con pelos y señales, Setaddar nos abrazó a ambos y, mientras se frotaba los ojos, nos obligó a jurar que nunca la volveríamos a hacer sufrir de aquella manera. Nosotros, con la mano en el pecho y una sonrisa esbozada, juramos. Yo no podía siquiera sospechar cuántas veces tendría que tragar me aquella promesa, a la vez tierna y juguetona.

Padre quería continuar la fiesta, pero madre dijo que ya era suficiente. Los demás, mis hermanos, dormían hacía rato, y no podíamos negarles el participar en una alegría tan enorme. Al día siguiente, con la caída de la tarde, comenzaba el *sabbath*, y ya tendríamos tiempo de invitar a familia y amigos a cenar. Me llevaron al taller, donde los pequeños dormían en los mostradores y ellos se fueron escaleras arriba. Me costó mucho dormirme; repasaba uno a uno los fabulosos hechos de aquel día, mientras fuera ladraban los perros y arriba oía crujir la madera, risotadas y jarana.

Dado que hacía buen tiempo, la cena se celebró en el huerto, que era muy grande y alcanzaba hasta la muralla del Templo. Madre se pasó todo el día organizando la

fiesta. El maestro nos echó del obrador y se encerró para pasar cuentas y escribir la respuesta a Palacio. Mi hermano mayor, Isaac, y yo mismo cargamos mesas y sillas. Fuimos a buscar algunos muebles a casa de los parientes invitados. El resto tuvimos que sacarlo del taller; Cresques había recuperado su semblante seco y callado, y refunfuñaba cada vez que los molestábamos para quitarle los tablones sobre los que estaba el ábaco o el taburete de debajo del culo.

Como era costumbre cuando se preparaba una gran cena, almorzamos poco y rápido: coles con aceite y pan. Más tarde, Isaac, mi hermana Astruga y yo acompañamos a madre a comprar. Primero pasamos por el horno, donde pedimos el pan sin levadura que comíamos en las grandes ocasiones. Astruga cargó el saco de pan a la espalda y volvió a casa. Madre, Isaac y yo salimos de la Judería para llegarnos al Mercadal y al Pes de la Quartera, donde compramos gallinas, arroz, verduras, sal y especias. Yo sabía que si nosotros, como las mujeres sucias, los leprosos o los apestados, tocábamos la comida de los cristianos, la teníamos que comprar. Mi función principal, pues, consistía en alargar el cuello y echar un vistazo a las aves o a las acelgas de todos lados, haciendo a veces equilibrios prodigiosos, y dar el visto bueno. Gracias a mi destreza, conseguimos que no nos metieran ninguna pieza picada.

La última parada era en el carnicero, que por fortuna tenía la tienda en la Judería misma, frente a la Sinagoga Menor. Setaddar solía decir que no siempre había sido así y que en otras poblaciones era necesario pelearse con los matarifes cristianos. El carnicero judío no tenía tanta variedad de animales como los gentiles, porque no nos estaba permitido ni el conejo, ni la liebre, ni el cerdo ni ningún tipo de animal sin la pezuña partida. Sin embargo, a mí me gustaba ir a pasar el rato a la carnicería y distraerme mirando cómo desollaban a los animales en unas operaciones largas y laboriosas.

Primero, el *xohet* o degollador nos acompañaba al establo, donde elegíamos el animal. Entonces el *xohet* lo arrastraba hasta el patio, lo colgaba cabeza para abajo y mandaba traer un cuchillo grueso y afilado. Era preciso que la hoja del mismo no tuviera ni una pequeña mella. A continuación, mientras unos cuantos sujetábamos a la víctima, el *xohet* pronunciaba las bendiciones en hebreo y le abría el cuello de un solo tajo. A mí me sorprendía la paciencia con que el animalejo se lo tomaba todo; se rebullía un poco, claro, pero quedaba tan ahogado y trastornado, que no se le ocurría soltar un solo mugido. La sangre le salía disparada en un chorro limpio y preciso hacia un gran barreño, hasta que el pobre animal desfallecía. Más adelante aprendería que aquella forma de encarar la muerte, tan calmosa, no era sólo propia de los animales.

A continuación comparecía el explorador de entrañas, el *bodec*, que en Mallorca era un rabino, y ordenaba que abriesen en canal el tronco del animal. Iba retirando las entrañas con cuidado, procurando que no quedase un coágulo en ningún sitio, un tejido podrido o un tumor de carne muerta, porque en ese caso era necesario

renunciar al animal; se decía que la carne era *terefá* o mala, y teníamos que tirarla o malvenderla a los gentiles. Los cristianos, sobre todo los monjes o los payeses pobres, se quejaban de que les endilgábamos la carne que nosotros rechazábamos, pero no por eso dejaban de comprarla a buen precio. En aquella ocasión, tuvimos suerte: el *bodec* bendijo la pieza y la declaró pura.

En casa quedaba mucho trabajo por hacer, y debíamos terminarlo como pudiéramos antes de que se pusiera el sol, porque a partir del atardecer no estaba permitido mover ni un dedo. El tío Vidal, un iluminador que había dibujado las miniaturas de muchos libros, también era un reconocido degollador. Llegó a media tarde y se encargó de las gallinas. La tarea era muy parecida a la del ganado vacuno o caprino, pero más fácil. Un hombre podía realizarla solo; únicamente debía dejar caer la sangre en un montón de ceniza, enterrar la mezcla enseguida y recitar las bendiciones.

Poco a poco, fueron llegando los invitados. Las mujeres entraban directamente a la cocina, donde echaban una mano a madre y a Astruga, Los hombres se instalaban en el patio, comían fruta y hablaban del trabajo. Cuando Cresques salió, lo abuchearon y simulaban estar ofendidos por haber sido abandonados, Los pequeños corrían de un lado para otro, ponían la mesa y hacían reír a todo el mundo por el empeño que mostraban. Finalmente, llegaron las dos esclavas sarracenas que debían servirnos, ya que nosotros no podíamos trabajar lo más mínimo desde que oscurecía. Tampoco podíamos comprar esclavos, y el maestro tuvo que alquilar las dos mujeres a la familia del tabernero.

Cuando las viandas estuvieron dispuestas, nos sentamos a la mesa. Éramos quizá una veintena de personas, entre amigos y familiares. Recuerdo al maestro en una cabecera de la mesa y a madre a su lado; también al tío Vidal, que era soltero; al tío Estruch, quien en realidad era primo de Cresques y maestro de mapas como él; a la abuela Astrugona, madre de Cresques, viuda y ya muy mayor; al rabino Salomón de Abrafim y a su mujer Hanini, la comadrona chillona y pendenciera, pero vecina nuestra al fin y a la postre, y madre de Jucef y Dulce, compañeros míos de juegos; al doctor León Mosconi y a otros cuyo nombre no me viene a las mientes, Los pequeños se sentaban alrededor del rabino Salomón, que presidía la otra cabecera de la mesa.

Era una reunión de familias de peso, que quizá no habían heredado grandes fortunas pero contaban con la consideración y el respeto de la comunidad por sus conocimientos y oficios. El viejo León Mosconi era famoso incluso fuera de Mallorca y había sido nombrado Familiar del Rey; lo cual suponía que gozaba de trato de favor en la corte de Barcelona y que no tenía necesidad de coserse en la vestimenta la rodela roja que los judíos llevaban con resignación. Todos nuestros parientes eran conocidos por su magisterio y, además, el abuelo Vidal, el patriarca ausente, había sido un rabino muy leído en los Mandamientos de la Ley, hasta que, por algún extraño motivo, dejaron de leerlo.

Cresques, como anfitrión del banquete, cedió la palabra al rabino Salomón,

hombre admirado por su estricta adhesión a las reglas de la Torá. Además de la gorra en punta y la túnica ceremonial, el rabino llevaba una cajita atada a la frente y otra al brazo —una cerca de la cabeza y otra del corazón— con citas del Talmud en su interior, además de unas cuerdas de cuero enrolladas en la muñeca. Entonó los cantos litúrgicos, a los que el resto respondíamos de memoria. Finalmente, agradeció al maestro el habernos acogido en su casa en fecha tan señalada y se dirigió a él por su nombre completo: Elisac, hijo del rabino Vidal, también conocido por Abraham; nieto y bisnieto de rabinos; o sea, el llamado Cresques de Abraham.

—Rabino —intervino el sabio Mosconi—; sé que la ley ordena bendecir los alimentos, pero también indica que a continuación es preciso comer. Y puestos a prevenir males, quizá sea más necesario velar por los que salen de la boca de los hombres, que no por los que entran.

Todos se tomaron el comentario con buen humor, salvo Hanini, que intentó perturbar la concordia. La comadrona no pudo contenerse e hizo escuchar su aguda voz.

—Ya te decía yo, Salomón, que un *sabbath* con incrédulos no sirve para nada. Sobre todo, cuando hay que compartir mesa —me miró de refilón— con personas con estigmas.

El rabino apretó el brazo de su mujer para hacerla callar y, luego, me pasó la mano por el cabello.

—Los caminos que el Señor nos ha marcado para bien o para mal —dijo el rabino— no son algo que podamos cambiar en vida. Las mesas de nuestro pueblo siempre han sido grandes y anchas, y sólo Dios decide cómo hay que acortarlas.

A renglón seguido, mi padre, percatándose del temor que me inspiraban las palabras de la mujer del rabino —y las del propio rabino, muy a su pesar—, intentó poner paz.

—Nuestro querido Jafudá, si algún signo lleva consigo, es el de la buena fortuna. ¿Cómo entender, si no —me guiñó el ojo—, que la noticia que hoy nos ha reunido aquí llegara justamente el día en que él me acompañaba? Y, respecto a lo que afirma el docto Mosconi, yo también comulgo, amigos míos, con la idea de que las oraciones y los regalos mundanos del Señor no están reñidos entre sí.

Las bondadosas palabras de Cresques calmaron un poco los ánimos. Setaddar llamó a las sirvientas moras para que nos trajeran las bandejas de comida y las jarras de vino. Hanini se hizo llenar el plato y, con la boca a rebosar, olvidó los reproches con una facilidad extraordinaria. Padre no dejó de protegerme con su mirada franca, en ningún momento. Pequeños y mayores nos atracamos. El vino bendecido por el rabino logró su efecto y, a no mucho tardar, reíamos y bromeábamos. Parecía que el compañerismo se había restablecido y que tenía que durar para siempre. Nos sentíamos seguros y dichosos, porque la Providencia nos sonreía. Y yo me refugiaba en el consuelo de aquel hombre que se sentaba al otro extremo de la mesa; el hombre que me alejaba, con mano firme, de los improperios de Hanini. Me sentía orgulloso

de que Cresques de Abraham fuera más un padre y un maestro.

Los años de mi infancia, sí, fueron de venturas. Los malos augurios de mi nacimiento se disipaban, y el infortunio de nuestra tierra, afirmaban todos, no era el de antes. Pero la calma de aquellos años se asemejaba a la que anuncia temporal. Cuando los malos tiempos retornaron, me alejé de mi padre y maestro. Podría aducir que no me cupo otro remedio; que los sucesos me empujaron. Podría alegar muchas cosas, pero eso nada repararía. Eran los míos —todos, desde mis parientes hasta el rabino, Hanini y el docto Mosconi— y me separé de ellos. Lo único que puedo hacer ya, cuando todo queda tan lejano y se mantiene tan próximo, cuando todo ha muerto y aún permanece vivo, es gritar alto y claro. Sí, yo era judío; sí, yo era de Mallorca, la más venturosa de las islas; sí, yo era Jafudá de Cresques, el más ufano de los hijos. Que el Señor me perdone.

Mi padre aguardó unos días para llevar su respuesta al nuevo Procurador Real. Me contó que pediría ciento cincuenta florines por dibujar el mapamundi en tres años. Yo, admirado, quedé boquiabierto, y él enseguida me demostró que tampoco era tanto dinero. Era una cantidad muy respetable, pero también el trabajo era de excepción. El mapamundi debería incluir un tratado de astrología y diversos capítulos con todo lo que sabíamos del mundo conocido. No era suficiente calcar mapas anteriores; tendríamos que incluir datos nuevos e historias hasta entonces ignoradas, que convirtiesen el trabajo en digno de un Rey.

La obra debería contener centenares de figuras, leyendas y nombres. Sería necesario marcar muchas líneas de rumbo, coloreado todo con riqueza y encuadernar las hojas con cuero repujado y firmales. Tendríamos que recabar la ayuda de los colegas y contratar algún nuevo aprendiz. Tres años, me dijo, no era tanto tiempo: tendríamos que sudar la gota gorda. Había pedido un anticipo y esperaba que el Tesoro se aviniera a su solicitud, pero por desgracia conocíamos las deudas de la Casa Real: quizá tardáramos meses, o incluso años, en recibir los primeros honorarios.

Mientras, para sobrevivir, nos veríamos obligados a realizar trabajos de menor enjundia. Y, si éramos capaces de llevar a cabo un secreto propósito, el trabajo sería muy superior.

—¿Secreto propósito? ¿Qué queréis decir?

—Aún no puedo contártelo, hijo. Es un sueño de toda la vida, que ahora veo más cerca que nunca. Sólo puedo decirte que, si decidimos poner manos a la obra, no daremos abasto con los que somos. Y, seguramente, no nos alcanzará con ciento cincuenta florines. Déjame pensarlo.

Hizo venir al taller a madre y a mis hermanos Astruga e Isaac. Repitió poco más o menos lo que me había dicho, salvo la última confidencia; recuerdo que eso me hizo sentir especial, como si se fiara más del hijo menor que de los demás. A renglón

seguido comenzó a repartir tareas. Setaddar debería ocuparse, más aún que hasta entonces, de llevar la casa. Astruga tendría que ayudarla y hacerse a la idea de que, con doce años, pronto se le buscaría un marido; eso quizá aliviara las finanzas de la familia, pero cargaría a nuestra hermana con nuevos compromisos. En cuanto a los críos, se había acabado el ir al mercado con las mujeres. Isaac aseguraría el suministro de materiales y utensilios necesarios para trabajar en el taller y yo me quedaría junto al maestro, acabando mi aprendizaje de letras, cálculos y miniaturas.

Teníamos dos brújulas a medio terminar, dos cartas de navegación para un patrón de Valencia, otra para el obispo de Mallorca y un astrolabio para el cirujano Mosconi. Eso sin tener en cuenta, claro, la Torá iluminada que Cresques había iniciado y debería arrinconar cuando llegara el trabajo de verdad. La Biblia hebraica era una afición particular de Cresques: la copiaba a ratos perdidos, sin intención de venderla. Era, creo, su obra más íntima, la que expresaba su personal modo de entender la fe, y nunca dejó que nadie le pusiera las manos encima.

Lo más urgente era encontrar un nuevo aprendiz, al que pudiésemos instruir en poco tiempo y que se instalara en casa con celeridad. No tuvimos que ir muy lejos. Cierta día, mi padre apareció con un niño pecoso y sucio, de nombre Samuel, que le había recomendado un amigo, o eso nos dijo. El chico debía de contar algunos años más que yo. Era hijo del desdichado maestro Corcós, un cambista que viajaba hacia Perpiñán cuando lo mataron unos corsarios genoveses que abordaron su nave. Como quiera que la madre había fallecido en el parto, Samuel estaba solo en el mundo. Cresques explicó que, acogiendo al muchacho, hacía un gesto de caridad y resolvía parte de los problemas de trabajo.

Un día, poco después de la llegada de Samuel, el maestro nos quiso iniciar en la ardua tarea de corregir rumbos. Isaac estaba en el mercado de viejo, comprando a carpinteros, papeleras y tinteros. Nos llamó a los dos pequeños, mandó que nos sentásemos y nos instruyó en uno de los quehaceres más preciados de nuestra profesión.

—Veréis —dijo padre—; para detectar errores en la situación de puertos o costas no hay otro sistema que la experiencia. Primero, los marineros nos confían las desviaciones; por eso yo me paso mañanas enteras en Porto Pi, en las tabernas y el hostel, conversando con patronos y contra maestros para conocer de dónde vienen. Si les ha parecido que el rumbo de su carta no era exacto, yo lo anoto. Luego, lo discuto con otros compañeros de oficio y lo comparo con diversos portulanos o cuadernos de bitácora. Finalmente, aseguro la situación en el mapa a base de triángulo.

—¿Queréis decir triángulos como los confites de los moros? —intervino Samuel.

—Bueno, sí... un poco como esos dulces que tienen tres puntas y tres lados —respondió Cresques, y yo me molesté, porque comparar las artes de dibujar mapas con unas golosinas me parecía inadecuado.

—Triangular es una habilidad que debemos aprender los brujuleros —continuó mi padre—. Gracias a los triángulos, por ejemplo, si conocemos la distancia y el

ángulo entre Mallorca y Génova, y también entre Mallorca y Barcelona, podemos fijar la distancia y el ángulo de Barcelona a Génova. Debéis saber, niños, que en el Mediterráneo, donde las millas y los rumbos han sido fijados durante siglos, es fácil encontrar cursos de referencia para corregir un tercer curso en disputa. En mares menos conocidos, ya es otra cosa: las aproximaciones son más groseras y, muy a nuestro pesar, a menudo dibujamos a ciegas.

En nuestra mar, precisó Cresques, el marinero que se perdía era porque así lo quería. Los patrones llevaban a bordo unas tablas denominadas de martelologio, que nosotros elaborábamos con exactitud suficiente para adivinar las derivas. Supongamos que una nave, por mor de los vientos, en lugar de progresar hacia levante era empujada hacia sudeste: el marinero sacaba el mapa y rectificaba, y luego...

Yo intentaba escuchar con atención, pero me perdía y me dormía. Me despabilé de golpe cuando Cresques me plantó delante una tabla de medidas. Teníamos que realizar un ejercicio. Me armé de valor: tras mojar la pluma, comencé a garabatear sin sentido. Entonces, miré las tablas que tenía a mi lado, y volví a emborronar el papel. No lo lograba. Metí la pluma en el tintero, con tan mala fortuna que vertí la tinta. Mi padre se acercó con un trapo, limpió el desastre y me repitió la lección desde el principio.

Mientras, aquel huérfano enteco y triste no había levantado la mano de la mesa. Cuando Cresques se resignaba ya a impartir una tercera clase, Samuel le entregó el ejercicio. Había avanzado mucho, admitió mi padre, y no había cometido ningún error. El niño Corcós quedó dispensado; podía salir a la calle, a jugar con los chiquillos del barrio y los perros hambrientos. Yo permanecí como un clavo en el taller hasta que aquella lata de triangulación me quedó bien clara. Cuando terminé, ya era tarde para salir. De hecho, estaba guardando los bártulos cuando regresó Samuel. Lo acompañaba Isaac, cargado de utensilios, y ambos reían como jovencitas.

—¿Qué os hace tanta gracia? —pregunté ofendido.

—Nada, maese Jafudá —dijo Samuel a través de unos dientes renegridos—. Comentábamos que, en esta casa, algunos serán cartógrafos y otros deberán ayudar a los pasteleros moros.

Isaac intentó decirme que no se trataba de eso, que se reían de otra cosa, pero la pelea era inevitable. Le solté al huérfano un par de bofetadas y corrió a esconderse detrás de Isaac, que nos sacaba un palmo a ambos. En la refriega, mi hermano dejó caer lo que llevaba y oímos un estrépito de cristales rotos. Entonces apareció mi padre y nos pegó un par de coscorriones a mí y a Isaac. También le levantó la mano a Samuel, pero el granuja del huérfano puso cara de ternero degollado y se ahorró el castigo. Nos mandaron a la cama sin cenar, y aquella noche me acordé de toda la familia de Samuel: ojalá, me repetía una y otra vez, los genoveses hubieran decapitado a aquel rufián cuando mataron a su padre.

La única manera que tenía Cresques de consolar mis penas era mediante

confidencias de todo tipo, que yo escuchaba y retenía en la memoria como tesoros. Adquirió la costumbre de contarme anécdotas de la familia durante las escasas ocasiones en que nos desembarzábamos de Samuel. Así, me confió la oscura historia del abuelo Vidal, personaje de renombre que había sido expulsado del Consejo Judío o Aljama de la Ciudad de Mallorca. Yo nunca había comprendido por qué un rabino tan respetado, que comerciaba con la Berbería y había visitado Orán y Constantina más de una vez, había caído de pronto en desgracia.

Padre me contó que antiguamente Mallorca tenía reyes propios, que también reinaban en el Rosellón. Nuestra ciudad era próspera: en el puerto estibaban sal de Granada, trigo de Sicilia, azúcar de Chipre, estaño de Bretaña, paños de Flandes, sedas de Oriente, algodón de Persia, coral de Egipto, oro de Tremecén, piedras preciosas y especias de la India. En los muelles se mezclaban los olores de la canela, el clavo, la pimienta y los perfumes. Las hileras de esclavos alcanzaban los cien o doscientos pasos. De ese modo se enriquecían nuestros abuelos. También exportaban productos mallorquines: aceite, vino, miel, resina, armas de guerra...

Como los cristianos no podían tratar con infieles, los judíos de entonces comerciaban sin rivales con las costas sarracenas. Los consulados mallorquines de Bugía, Argel, Constantina, Bona, Túnez y Granada estaban en manos de mercaderes hebreos, y la mayoría de los cónsules extranjeros en Ciudad de Mallorca también eran de obediencia mosaica. El Rey respetaba los fueros de nuestra gente, porque nos necesitaba para los mercados, las finanzas, los archivos y las relaciones con otros reinos. Los judíos se contaban entre los súbditos más fieles de la Corona. Quizá más que los cristianos, ya que no dependían de obispos, barones u otros poderosos. Nuestra devoción era al Rey, y sólo al Rey. La Judería era una propiedad real y así lo entendían nuestros notables.

—Sí, sí —interrumpí—; pero ¿por qué no querían al abuelo Vidal?

—Escucha, Jafudá, y lo sabrás. Yo nací —evocó Cresques, con aquel aire suyo, a la vez indiferente y solemne—... el año que ahora se conoce como Mal Año Primero. Hacía tiempo que no se veía hambre parecida en Mallorca: el trigo escaseaba y la gente comía perros y raíces. Mi padre, de nombre Vidal, era un hombre apreciado, muy querido. Y a las mujeres les gustaba aún más, por lo alto y bien plantado que era. Secretario de la Aljama, conocía la Ley de memoria y era amigo del entonces Rey de Mallorca, Jaime. Cuando los payeses responsabilizaron a los judíos de todos los males que acontecían aquel año, mi padre reafirmó su lealtad a Jaime y le concedió un crédito que el Rey había pedido tiempo atrás. El Rey prometió a la Judería protección contra la chusma.

»Jaime de Mallorca, sin embargo, dilapidó el empréstito en armas y no combatió el hambre. Unos mercaderes judíos fueron apedreados y muertos fuera de la Judería. Mi padre y los notables de la Aljama fueron acusados de malversar las contribuciones de comunidad. La estrechez de aquel año pasó, pero el rencor en el seno de la Judería creció, mucho más cuando se supo que el Rey no devolvería el importe del crédito.

»Pues bien: algunos años más tarde —yo era ya mayor que tú— el infante Pedro de Aragón, cuñado de Jaime, fue coronado en Zaragoza. Era un Rey joven y ambicioso, que codiciaba las islas y creía que podría obtener provecho de nuestra prosperidad. Según la tradición, el Rey de Mallorca y del Rosellón debía rendir vasallaje al de Aragón. Los dos parientes no se avinieron y estalló la guerra.

Cresques contó más historias dinásticas, que me parecieron complicadas y un tanto absurdas. ¿Por qué tenían que pelearse pueblos afines que hablaban la misma lengua? ¿No era el reino de Pedro amo ya de media mar, del Ampurdán hasta Murcia? ¿Qué lo impulsaba a combatir contra un pariente suyo? Perdí el hilo de la crónica y no lo recuperé hasta que mi padre se refirió a lo que él había visto de niño. Me metí en su piel, y escuché como si yo mismo hubiese vivido las tribulaciones de aquella época.

—Habíamos celebrado la Pascua y se habían terminado las lluvias. Mi padre, o sea tu abuelo Vidal, vino a sacarme de la cama. En aquella época, la familia era rica y tenían un caserón cerca de La Portella, tocando al mar: allí residían tres generaciones de nuestra familia con sirvientes y esclavos, quizá treinta personas mal contadas. Salimos los dos y nos sumamos a una partida, armada de ballestas y escudos, que se dirigía a la muralla. Corría una brisa fresca, que nos impregnaba de los efluvios propios de la primavera. Subimos a una torre y contemplé uno de los espectáculos más bellos y al mismo tiempo aterradores que jamás he podido ver. Una escuadra con más de cien velas cubría el horizonte: galeras grandes y pequeñas, taridas, *uixeres*, barcazas... La mar estaba tapizada de trapos. El rey Pedro venía dispuesto a aniquilar a la Casa de Mallorca.

Cresques me aseguró que, en toda la muralla de mar, no se hallaba más que su grupo: nadie más quería defender a Jaime. Advirtieron un solo movimiento, hacia el muelle de la Almudaina, donde un grupo de caballeros estaba a punto de embarcar en una galera. Comprendieron que el Rey huía de Ciudad de Mallorca y fueron a despedirlo. Cuando se acercaron, la Reina y el Infante ya se encontraban a bordo, y Jaime de Mallorca subía sus últimos tesoros. Vidal hizo una reverencia, le besó el anillo y le aconsejó que no embarcara. El Rey no quiso escucharlo, porque tenía prisa por llegar a Pollensa con la familia y el oro. Entonces, mi abuelo hizo algo hartamente curioso.

Se fue hacia el patrón, le arrebató la brújula, la colocó encima de una caja y se la enseñó al noble fugitivo. Si lo que quería era navegar hasta Pollensa, razonó, tendría que rodear la isla. El viento dominante era de sudoeste —lo indicó en la brújula— y no lo alejaría de Ciudad de Mallorca, sino que lo aproximaría a ella. Sin velas, las galeras de Pedro eran mucho más rápidas y lo alcanzarían enseguida. Si quería conservar el cetro, y quizá la piel, era preciso huir por tierra. El buen Jaime miró indeciso a su familia, a las cajas de caudales y a la galera. Finalmente, suspiró y ordenó ensillar los caballos; marcharían tan ligeros como fuera posible.

—Sí, Jafudá, hay que convenir en que mi padre salvó la vida al último Rey de

Mallorca. Jaime llegó sano y salvo a Pollensa, se refugió allí durante un tiempo y después pasó al Rosellón, donde continuó la guerra. Fue la suya una corona maldita; Más tarde, regresó a Mallorca con un pelotón rebelde, pero fue derrotado: unos almogávares lo tiraron del caballo y lo decapitaron. Su hijo, también de nombre Jaime, cayó preso, y todavía se pudre en una cárcel de Barcelona. Pero ésta, claro, es otra historia.

Indudablemente, era otra historia, que no respondía a lo que yo anhelaba conocer. ¿Qué había ocurrido con el viejo Vidal? ¿Cayó preso? ¿Lo asesinó el nuevo Rey?

—¡Oh, no, Jafudá, no fue así! Pedro decretó un indulto y perdonó a todo el mundo, salvo a quienes se le habían resistido por la fuerza. Ése no era el caso de tu abuelo, que le juró fidelidad enseguida. Ya te lo decía antes; nuestro pueblo siempre había sido leal a la Corona y, si ésta cambiaba a otra testa, pues bien... era preciso cambiar de señor. Y Pedro, audaz pero no ingenuo, pretendía conservar las riquezas de Ciudad de Mallorca, lo cual suponía espetar a sus aliados naturales de la Judería. Cuando el nuevo Rey salió de la Seo, habiendo confirmado los privilegios de Mallorca, convocó a los Consejeros de la Aljama al castillo de Bellver.

»Acudieron todos, con los mejores ropajes y con tres cofres repletos de maravedís, en prueba de sometimiento. El Rey iba ataviado con verdadera majestad, que compensaba su pequeña talla. Miró de reajo hacia los cofres y dijo que se alegraba mucho de verlos. Mandó que le desabrocharan una dalmática roja, historiada y bordada en oro, que le cubría las espaldas; luego se deshizo de la estola, que arrastraba cerca de diez o doce palmos por tierra, y se acercó a los judíos dando muestras de confianza.

»El Rey era un hombre de palabra fácil y le costó muy poco convencer a los notables de la Judería de que lo apoyaran en sus empresas. Les mostró los atributos de su poder: una espada ceñida, incrustada de esmeraldas y perlas; el cetro, que unos pajes le sostenían en un cojín; la corona de oro macizo y el pomo guarnecido con una cruz de rubíes. Todos ellos, aseguró, eran símbolos de una fuerza que era preciso extender por las orillas de la mar. Quería asegurar Sicilia y Cerdeña, extender sus consulados por Oriente, afirmar la pujanza de Mallorca y multiplicar su bonanza económica. Los consejeros quedaron muy impresionados con las joyas y las palabras del soberano, pero sobre todo con aquel pequeño puñal que Pedro no dejó de acariciar durante la vista y que, aseguraban todos, lo hacía sentirse más fuerte que nadie.

»El gran y poderoso monarca sorprendió tanto a los judíos principales, que decidieron acentuar sus muestras de sumisión. Ante el estupor de mi abuelo, uno de ellos propuso a Pedro que escogiera él mismo al nuevo Secretario de la Aljama; los demás asintieron sin vacilar. El Rey respondió que no lo haría, pues no era costumbre; pero podía ocuparse de ello el futuro Lugarteniente. Y señaló con la mano a un caballero que lo flanqueaba; aquél era el hombre que gobernaría Mallorca por delegación suya. Cuando la comitiva estaba a punto de abandonar la audiencia, el Rey les preguntó si estaban satisfechos con el secretario que tenían: el abuelo Vidal.

»Los consejeros enmudecieron, salvo uno, que dio un paso al frente y acusó a mi abuelo de inmoralidad. En boca de todos estaba que Vidal Cresques era muy faldero. Pero ahora se había excedido sobremanera, pues se entendía con una esclava griega. Un murmullo de desaprobación se propagó por la sala. La acusación era grave: una esclava griega tenía que ser cristiana y, si se demostraban los hechos, el ilustre Vidal era culpable de un delito mayor, El Rey frunció el ceño y aceptó que debían amonestar al rabillo si aquello era cierto: sin embargo, el caso no le incumbía, era asunto de la Aljama. Remitió de nuevo el grupo al Lugarteniente y los despachó.

A partir de aquel momento, estaba escrita la desgracia pública del buen Vidal. La envidia se había apoderado de sus vecinos. Era cierto que el abuelo poseía algunos esclavos, fruto de los especiales privilegios que le había concedido el Rey anterior. También era verdad que una de las esclavas, que trabajaba en la cocina desde hacía tiempo, era una cristiana griega de nombre Georgina Yacer con las cautivas no estaba fuera de lo común y, tal vez, el abuelo se había dejado llevar por el encanto de aquella mujer. Pero los hombres de la Judería no podían tener esclavas gentiles, y en modo alguno yacer con ellas. Lo cual no quería decir que no lo hicieran; sino que no les estaba permitido. Es decir, que entre todos debían ocultado.

La Aljama acordó con el Gobernador un nuevo Secretario e inició el proceso contra el anterior. Las indagaciones se prolongaron durante algunos años. Y, antes de que le imputaran los cargos, el abuelo prefirió ahorrarse las humillaciones. Vidal era mayor, padecía del hígado y no estaba para juicios. Reunió a todos los que vivían bajo su techo y les hizo saber que tendrían que aprender a espabilarse sin él. Repartió pertenencias y consejos entre los presentes. A mi padre, le sugirió que no dedicase su vida a la Sinagoga.

—Cultiva tu fe, Cresques, pero hazlo a tu aire —se conoce que le recomendó—. Y recuerda que la peor amenaza siempre vendrá de quienes tengas más cerca.

Le añadió otra cosa al oído, que nadie más pudo escuchar. Luego le entregó una pequeña caja envuelta y le dio palmaditas en la espalda. A continuación se despidió de sus parientes, uno a uno. Cuando le tocó el turno a su esposa, la abuela Astrugona, la abrazó y la condujo a su estancia. Fue la última vez que vieron al abuelo con vida. Algunos dijeron que se había suicidado, otros que la mujer lo había asesinado y enterrado, e incluso, los más maliciosos, que había huido a Neopatria, la tierra de su esclava.

Lo cierto es que desapareció y el consejo de la Judería lo condenó. El caserón de La Portella fue confiscado y subastado; fue entonces cuando, según padre, tuvieron que trasladarse a la casa de la calle del Templo. La familia se quedó sin joyas y sin esclavos. Georgina pasó al servicio de un viejo presbítero, y al morir éste fue liberada; se fue de la isla y nunca más se supo de ella. Ésta era la historia del rabino Vidal de Cresques, también llamado Abraham, tal como la recordaba su hijo y tal como me fue contada a mí, su nieto.

Cresques enmudeció y clavó la vista en el suelo. Le pregunté qué le había dicho

su padre al oído, pero no quiso contestarme. Se levantó y se dirigió a la cocina. Volvió con una jarra llena de agua, la dejó sobre el mostrador y fue a revolver un arca del taller. Separó pergaminos, telas e instrumentos de todo tipo. Al fin encontró lo que buscaba: una cajita de madera sencilla, más bien gastada y cubierta de polvo que quitó con la túnica, y me la mostró. Salvo la cubierta de vidrio, todas las caras eran de madera. Me pidió que la abriera: era una brújula simple, con una aguja imantada fijada en un corcho y un fondo con la rosa de los vientos pintada en negro. Vertí agua en su interior, el corcho subió y la aguja giró y apuntó hacia el norte.

—Ésta, hijo —afirmó el nuestro con aire solemne—, es la aguja que salvó la vida del último Rey de Mallorca. Jaime se la regaló a mi padre, en prenda de agradecimiento. Del abuelo Vidal pasó a mí y, cuando yo muera, será tuya. Es primitiva, no tiene otro valor que el de los recuerdos. Pero gracias a ella, entendí que el saber, bien utilizado, puede ser tan valioso como la fe. Y puede decirse que, a causa de ella, somos brujuleros y maestros de cartas.

En aquel momento entró Samuel, manchado de barro hasta las rodillas. A buen seguro, había estado jugando en la calle con los hijos de los mendigos, como siempre. Mi padre lo miró de arriba abajo, pero no dijo nada. Discretamente, se acercó al cajón, besó la brújula y la guardó con cautela, cubriéndola de telas y pergaminos.

—Ya podemos pasar al baño —anunció el rabino Salomón, con actitud satisfecha.

Nos desnudamos y nos cubrimos con paños. Entramos por un corredor, contiguo a un aposento donde un par de muchachos hervían agua en unas grandes marmitas. Al fondo del pasillo se abría una sala llena de vapor, cubierta por una cúpula horadada para que pudiera entrar la luz. En medio de la estancia había una piscina redonda con peldaños, donde metimos los pies y nos remojamos hasta el ombligo. Alrededor, columnas de mármol y arcos sostenían el techo.

Salomón de Abrafim se procuró una pieza de jabón amarillo y se frotó de arriba abajo mientras pronunciaba frases sagradas. El jabón pasó de mano en mano. Cuando me llegó el turno, hice como los demás: me refregué con fuerza todo el cuerpo, entreteniéndome en los sobacos y la ingle. Sentí un leve escozor, que según padre era señal de purificación, me deshice del jabón y me sumergí hasta la cabeza.

No me sentí más puro que antes. Cubierto por el agua caliente, me invadió más bien la agradable sensación de estar muy lejos del fragor humano. No oía voces ni veía a nadie. Por unos instantes, el mundo desapareció y me vi protegido por las aguas, en una espléndida soledad. Debí de pasarme un buen rato bajo el agua, porque recuerdo que mi padre me pescó y, cuando emergí, me regañó con la mirada.

El baño se prolongó hasta que se fue la luz. Los hombres discutían sobre la Ley, en una conversación que me pareció inacabable. Sus palabras me aburrían, pero hoy daría lo que fuera por reproducir aquel encendido debate sobre los preceptos del Talmud. Por lo poco que recuerdo, el rabino y un pequeño grupo de vecinos se

lamentaban de las desviaciones de la rectitud mosaica que se daban en la comunidad. Mi padre y algún otro respondían enérgicamente a los reproches e insistían en que, si nos encerrábamos demasiado en nosotros mismos, acabaríamos provocando las iras de los cristianos. Además, nadie podía sentenciar cuáles eran las buenas y las malas costumbres en una tradición tan rica y diversa como la nuestra.

—Me lo he pasado muy bien —le confesé a mi padre, yendo hacia casa—, pero me ha cansado oír tantas disputas.

Que si la cabeza y las ideas tenían que pasar por delante del corazón y la inspiración; que si el Señor estaba en todas partes o sólo en el cielo; que si los números y las palabras eran cosa divina; que si la magia y los astros enseñaban más cosas que los libros y el sentido común... Pensaba que todo aquello era una pérdida de tiempo, sobre todo para unas gentes que querían mantenerse unidas. Lo que no entendía aún era cómo, al mismo tiempo, la libre confrontación de nuestras tradiciones y usos nos hacía distintos y, de algún modo, más afortunados que a los seguidores de Cristo. Aquella primera discordia en *la micuà*, y tantas otras que escucharía a lo largo de los años, formaban parte —una parte básica y vital— de nuestra manera de ser.

Padre intentó explicarme con sencillez las diferencias entre los averroístas o discípulos de Maimónides y los cabalistas o fieles a Bonastruch Saporta, el célebre Nahmánides. Para entendemos, los primeros eran los preferidos de Cresques y, para mí, los buenos. Observaban el mundo con mayor franqueza, dudaban de todo, se hacían preguntas y confiaban en la guía de la razón humana. Gracias a ello, habían podido acercarse a los cristianos más ricos y cultos, aunque desatendiendo parte de la antigua herencia. Los otros se habían refugiado en la fe y, como Hanini, utilizaban las supersticiones para acusar a sus hermanos. Las desavenencias se prolongaban desde hacía años y no parecía que pudieran zanjarse jamás.

—Allí donde haya dos judíos, hijo, encontrarás tres sinagogas.

El refrán de padre me quedó grabado y, desde entonces, lo he recordado muchas veces. Aquel pueblo mío era una olla de grillos. Por eso me sorprendía que, en semejante berenjenal, Cresques y otros hombres mayores y de gran sabiduría aún conservaran sus creencias y devociones.

—¿Y qué hago para tener fe?

—No tienes que hacer nada, Jafudá. Viene sola. A veces, la tenemos dentro, y sólo el miedo o el orgullo nos impide gozar de ella. Estamos tan llenos de incertidumbre que complicamos lo que es sencillo, y no queremos admitir que llevamos la fe en el espíritu. Cada uno debe vivirla a su manera: por eso creo que la observancia de normas estrictas, o la multiplicación de leyes divinas para cualquier cosa, ayuda poco a cultivarla.

»Yo, por ejemplo —me confió en voz baja, como si hiciera una gran revelación—, recibí el nombre de Cresques. Si sumamos el valor de las letras que componen mi nombre, obtenemos la mágica cifra de un millar. Según los sabios de la cábala, ese

dato ha de marcar mi existencia ante el Señor. A mí, estos juegos me complacen, pero no me sirven para fortalecer la relación con el Creador. Quizá hasta me desvían de ella.

Los recuerdos que guardo de la infancia son simples y felices. Formábamos una familia modesta, en la que prevalecían el trabajo y la probidad. No nos sobraba nada, como tampoco carecíamos de las cosas esenciales. Nuestra comunidad nos respetaba y los barones de la isla apreciaban nuestro trabajo. Si la Corona no nos hubiera sorprendido con aquel encargo extraordinario, a buen seguro no habría cambiado, tan súbitamente, la plácida y discreta vida que llevábamos en la Judería de Mallorca. La petición real nos obligó a ampliar el taller y abandonar el tranquilo ritmo anterior. Dibujar un mapamundi era un trabajo muy serio, y hacerlo para el Rey, una tarea comprometida, que exigía un estilo de vida más ambicioso. Era preciso que nos preparáramos para una empresa de alto vuelo, acompañada de dichas y problemas, elogios e inevitables envidias.

Algunos meses después del primer anuncio, llegaron los detalles del encargo. El maestro Cresques nos reunió a los tres —mi hermano, yo mismo y Samuel— y nos aclaró la cuestión. Los honorarios propuestos, ciento cincuenta florines, habían sido aceptados. Deberíamos incluir en la obra las miniaturas, los nombres de los pueblos y los vientos que habíamos prometido. Aunque el primer correo llegó de parte del Rey, era su hijo, el infante Juan realizaba el encargo. Lo cual, explicó padre, obedecía a las tiranteces que estaban apareciendo entre el rey Pedro y el príncipe.

—Nuestro Rey —nos aclaró Cresques—, ante un primogénito que va demasiado a lo suyo, ha querido reafirmar su autoridad, dejando claro que los encargos importantes del reino deben llevar su sello. Y, para dejar clara su autoridad, me ha nombrado Familiar de la Casa Real —los tres nos quedamos boquiabiertos—. Pero hecho esto, el asunto pasa a manos del infante Juan, porque él es quien de veras tiene interés en el trabajo. Tanto es así que el heredero está dispuesto a adelantar una cuarta parte del precio.

Cresques nos confió que el Infante era un enamorado de la cultura cortesana. Era un joven culto y refinado que, en su palacio de Gerona, se había rodeado de una corte esplendorosa. Gustaba de los bailes, la caza y las letras. Desde joven, coleccionaba libros y legajos curiosos sobre medicina, astronomía y los secretos del universo. Era un gran admirador de los usos y costumbres de los francos y, de hecho, preparaba su enlace con una princesa franca, contra las recomendaciones de su padre.

Cresques, quizá afectado por un exceso de humildad, no hizo mención alguna del rango que el rey le concedía. En realidad, se trataba de uno de los mayores privilegios que podía obtener un súbdito. Los familiares podían entrar en Palacio, mantener correspondencia directa y conversar con los soberanos y, en el caso de los judíos, dejar de lado un cúmulo de obligaciones embrutecedoras. Así, podían vestir como

gustasen, comprar y vender esclavos, comerciar con quien fuere, viajar libremente y muchas otras cosas. Tenían derecho a solicitar —y recibían a menudo— favores reales especiales, en asuntos que comprendían desde los pagos de tributos hasta los arreglos matrimoniales.

Sin embargo, maese Cresques, que más tarde utilizaría tales privilegios con moderación, cavilaba sobre otras cosas. A padre le apasionaba, por encima de todo, dibujar un mapa que pudiese recoger y ampliar los conocimientos de los hombres acerca del mundo. Servir a la causa de la Corona podría hacernos más sabios a nosotros y, por extensión, a la humanidad: si descubriéramos la infinita diversidad de lo que nos rodeaba, enalteceríamos la obra del Creador y extenderíamos la piedad de nuestros hermanos. Además, él tenía un propósito secreto, que hasta entonces no había confiado a nadie y que el encargo real haría posible. Hizo un gesto para que nos acercásemos y, en voz baja, nos participó sus planes.

—No dibujaremos un mapamundi, hijos, sino dos —Cresques debió de captar mi mueca de disgusto—: Bueno, Jafudá, no es preciso preocuparse, pues la Torá ilustrada no quedará interrumpida. Yo me ocuparé de ella a ratos perdidos y, si en lugar de cuatro años, tardo cuarenta, el Señor lo entenderá.

Sin embargo, mi decepción nada tenía que ver con aquel monumento al judaísmo. De hecho, aquella obsesión del maestro me importaba bien poco, y la consideraba tan extravagante como las discusiones rabínicas de siempre. No, lo que me enojaba era que tratase a Samuel como a un hijo más, y que le ofreciera una confianza que en absoluto merecía.

—No abandonaremos ninguno de los trabajos, no os preocupéis —me acarició la cabeza en un gesto bondadoso que aún me irritó más—; simplemente tendremos que trabajar más. Ya buscaré manos que nos ayuden. Escuchad, haremos lo siguiente: por una parte, haremos el mapa que nos ha encargado el infante Juan. Y por otra, por la noche o cuando nadie nos vea, dibujaremos una copia. En la primera obra situaremos las ciudades, cordilleras, ríos y mares conocidos. Sólo aquello que sea cierto, que nos hayan relatado varios viajeros y que hayamos comprobado con seguridad. En la segunda, pondremos de todo lo que aprendamos, sea verdadero o falso. Toparemos con muchas leyendas y fantasías, y no es preciso decir que cometeremos graves errores. Pero dejaremos una compilación única del saber humano. Los navegantes y maestros del mañana ya se encargarán de separar lo auténtico de lo imaginado.

Mi hermano asintió con la cabeza. Era un muchacho honrado y obediente, quizá hasta demasiado. En ocasiones, mostraba una debilidad de carácter sorprendente. Samuel y yo, más jóvenes que él, éramos más peleones, aunque de maneras muy distintas. Samuel preguntó si del segundo trabajo sacaríamos tantos florines como del primero. Maese Cresques lo regañó por codicioso y le dijo que, si pretendía enriquecerse con las cartas, se equivocaba de oficio. Yo murmuré que haría lo que me correspondiese, y me retiré ofendido por las ideas de aquel intruso.

Al día siguiente mismo, empezamos el trabajo de acuerdo con los planes de mi

padre. Samuel y yo ordenamos los mapas que teníamos en el obrador, los que nos debían servir de referencia. A continuación, comenzamos a realizar pruebas con las reglas, los compases y las tintas. Habíamos acordado que el maestro se encargara de la caligrafía y de las iluminaciones más difíciles, y que nosotros ayudaríamos en las tareas más bastas. También nos tocaría, cuando conociéramos lo suficiente la técnica, terminar las cartas de navegación sencillas. Así responderíamos a los encargos baratos, los de los patrones modestos, y permitiríamos que Cresques se concentrara en la obra principal. Asimismo, gozaría de tiempo suficiente para consultar libros y escuchar las historias de los viajeros.

Quedaba claro que Isaac se ocuparía de los instrumentos y materiales. Pinceles, plumas con punta y desmochadas, tintas y colores, goma arábiga, instrumentos de medida, madera y chapa, agujas y piedras imantadas, pergamino y piel adobada, cordones y tiras de cuero...; rebuscaba y escogía por Ciudad de Mallorca, y traía a nuestro obrador las piezas más finas. También se ocupaba de labores enojosas, como mezclar los colores que requerían miel, huevos, orines y otros fluidos pegajosos. Un buen día, apareció con dos pieles de ternero nonato. Las rascó y fregó, las estiró, curtió y secó, hasta conseguir las vitelas más finas que jamás habíamos visto. Sobre aquellas telas admirables, tersas y suaves, dibujaríamos nuestros mapamundis.

—¡Soy el poderoso Kublai, príncipe de los mogoles, y rey de reyes! Y te encomiendo, fiel Marco, que cuentes todo lo que has visto en mis tenencias.

Mi hermano, un poco mayorcito ya para tales travesuras, se prestaba a oficiar de Gran Jan y señor de Catay. Yo no quería ser otro que el famoso joven Marco Polo. Me imaginaba en su piel, descubriendo monstruos exóticos, pisando tierras extrañas y conversando con el hombre más poderoso del planeta. Y me veía al regreso, un hombre curtido y maduro, acompañado de capazos de oro, las doncellas más refinadas y los brocados más elegantes. Mi hermana, de mala gana, se dejaba envolver en sábanas y ejercía de princesa de Oriente: yo debía protegerla y conducirla hasta Persia.

—¡Tú, mercader, eres un embaucador! —Samuel, cubierto de pieles de cabra, se tomaba demasiado a pecho el papel de Dux de Venecia—. ¡Todo lo que cuentas son meras fabulaciones; de tu boca sólo salen quimeras y exageraciones; nadie va a hacerte caso! Llamaremos a tu libro *El Millón*, porque todo es tan grande y maravilloso que no hay quien se lo crea.

Yo no hacía caso a Samuel, y me obstinaba en desembarcar en Mallorca, donde una multitud me aclamaba y recibía con fervor propio de la venida del Mesías. El huérfano me decía que aquello era de locos, porque Marco Polo nunca había visitado nuestra isla. Invariablemente, la parodia terminaba en riña: el dignatario de la Serenísima contra el explorador veneciano; el señor de los mogoles intentando separados, y la princesa de Catay corriendo a reclamar la autoridad paterna.

Así eran nuestros juegos de niños. Trabajábamos de firme la mayor parte del tiempo y no teníamos muchas ocasiones de desahogarnos. Cuando podíamos, el niño que llevábamos dentro salía con fuerza, e incluso mis hermanos mayores participaban de aquellas representaciones de andar por casa. Cada día nos sentíamos más lejos de los chiquillos de la calle y, para jugar, nos inspirábamos en las lecturas de maese Cresques, en el mundo que nos era más familiar. Sobre todo, desde que había muerto el docto amigo Mosconi, sin dejar descendencia, y mi padre había adquirido algunos volúmenes de su biblioteca.

Caídos del cielo, pues, llegaron a nuestras manos un par de tratados judíos y una colección de relatos de viajes. El maestro devoró las crónicas sobre tierras extrañas en un par de meses. Leía y releía, tomaba apuntes, comparaba unos textos con otros y, cuando era preciso, consultaba otros mapas o libros que guardábamos en el taller desde hacía tiempo. A partir de entonces, para instruirnos, cobró afición a exponernos de memoria las historias que leía. De ese modo —aseguraba— le quedaba un recuerdo más vivo de las informaciones y conseguía ordenadas en su cabeza.

Fue así como escuchamos las peripecias de Benjamín de Tudela, un israelita que había visitado todas las juderías desde Marruecos hasta la India y Catay. Conocimos los hallazgos de Eldald y de Abraham Abulafia, quienes, de vuelta a Barcelona, presumían de haber visto las tribus perdidas de Judá. Pudimos imaginar la vuelta al mundo de Petahia de Ratisbona, el provenzal, que se había adentrado en el reino de los Jázaros y en los dominios tártaros ayudado en todas partes por sus hermanos judíos.

De vez en cuando, mi padre nos leía fragmentos en voz alta. Escritos en idioma hebreo, eran textos difíciles de comprender porque nosotros sólo aprendíamos el lenguaje religioso y, a menudo, recitábamos versos de la tradición hebraica sin conocer el significado. Hasta más tarde no repasaría yo aquellos libros y apreciaría su auténtica riqueza de detalles. Tampoco entendíamos mucho el latín de los antiguos, muy parecido al nuestro vulgar, porque era una lengua muerta y enigmática, propia de misas y conventos.

En cualquier caso, los compendios en latín eran aburridos y poco útiles: Agustín, llamado el Santo, Macrobio, Isidoro de Sevilla y otros sostenían que la Tierra era plana, con Jerusalén en el centro. Para ellos, navegar y viajar con objeto de describir el mundo era absurdo, tan absurdo como querer representar a Dios con precisión. Los grandes ríos, el Nilo, el Tigris, el Éufrates y el Indo, brotaban del Paraíso y cortaban los mapas trazando formas geométricas. El griego Cosme Indicopleustes, aquel bizantino que nos llegaba en versiones latinas, representaba la Tierra como un cuadrado: según él, las personas que sobrepasaban el límite ¡caían en el vacío eterno!

Las mejores crónicas eran las escritas en árabe. En Mallorca, la lengua de los mahometanos no nos resultaba extraña. Los esclavos sarracenos la empleaban, y entre los hombres de mar era un habla corriente. Amigos y parientes judíos habían vivido en Granada o en la Berbería, donde no se hablaba otra cosa. Sin embargo, utilizar los

dialectos moros era una cosa, e interpretar los signos danzantes y saltarines de aquel idioma, otra muy distinta. De modo que Cresques nos resumía los hechos o, en ocasiones, leía en voz alta las narraciones originales, para que nos fuésemos habituando a tan hermosa sonoridad.

Conocíamos bastante bien los mapas y las anotaciones de Idrissi, un sabio que, tras viajar mucho por Oriente, trabajó a las órdenes del antiguo Rey de Sicilia. También nos cautivaban los cuentos de las noches de Arabia: eran muy fantásticos, pero en sus páginas había evocaciones de ciudades e imperios remotos que a nuestra edad nos resultaban del todo reales. Las Indias de Simbad y los mogoles de Aladino nos llenaban la cabeza de pamemas y dieron pie, también, a más de un juego y de una batalla entre criaturas.

Los escritos del cosmógrafo más grande de la antigüedad, Claudio Ptolomeo, el alejandrino, los estudiábamos en árabe. Desgraciadamente, todos sus mapas se habían perdido: su *Geografía*, que habíamos oído hablar mucho y que quizá descansaba en los anaqueles de Alejandría o de Ispahán, no había llegado a Mallorca. Esta obra era citada por otros autores y nos habría ayudado mucho, porque ofrecía instrucciones precisas para dibujar el mundo. Lo que sí teníamos de Ptolomeo era el *Almagesto*, es decir, el más grande de los libros, y que se refería a los cuerpos celestes, al cálculo astral y a las leyes del universo.

Disponíamos de algunos documentos recientes en las hablas vulgares de Francia, Venecia o Cataluña, la mayoría escritos por predicadores franciscanos. La orden de San Francisco animaba a sus frailes a recorrer tierras y extender la doctrina de Cristo rehusando toda comodidad, lo cual los convertía en grandes trotamundos. El buen Ramón Llull y el admirable doctor Roger Bacon de Inglaterra habían sido los primeros en sentir un afán de conocimiento hasta entonces extraño a los cristianos. Ninguno de ellos había trazado mapas ni narrado viajes; pero su ejemplo se había contagiado a otros monjes.

Sin embargo, el relato que más sueños e imaginaciones despertó en mí, el que más admiré de niño, fue el formidable *Millón*. Quizá por ello mi padre, que más de una vez tuvo que darle un capón al aspirante a Marco Polo, se esforzó en señalarme las carencias de aquel relato. Aquella historia, decía, había salido a la luz hacía casi un siglo y, seguramente, contenía informaciones anticuadas. Se habían hecho tantas copias de ella, y en tantas lenguas distintas, que ya nadie podía verificar qué era lo que realmente había visto maese Marco. En cambio, conocíamos la existencia de una obra mejor, que corregía y ampliaba las observaciones de *El Millón*. Se trataba de la ilocalizable *Flor de las Historias de Oriente*, un compendio escrito por el fraile Aitón de Gorigós, un sabio armenio.

Aitón quizá hubiera conocido a Marco Polo, porque vivía en una tierra de paso para los viajeros cristianos. En cualquier caso, parecía que había trabajado sobre los manuscritos de Polo: se decía que en *La Flor de las Historias* el fraile se había entretenido ridiculizando leyendas sobre los tártaros y anotando las falsedades de *El*

Millón. El reino de Armenia se encontraba más cerca de Catay que Venecia, cosa que, a ojos de mi padre, confería especial crédito a Aitón. Maestros de cartas, mercaderes pudientes, obispos y barones del reino habrían pagado una fortuna por el libro de Gorigós. Nuestros reyes, siempre atentos a semejantes rarezas, hacía años que lo buscaban. Una aureola de misterio rodeaba aquel libro tan deseado.

Los argumentos de maese Cresques no lograron, por el momento, que mi admiración por las aventuras de *El Millón* menguara. Me intrigaba el libro perdido del monje armenio, pero mis fantasías no podían alzar el vuelo a partir de un relato que había leído jamás y que, además, pretendía echar por tierra las partes más fabulosas del libro de Marco Polo. En el joven veneciano, inquieto y valeroso, encontraba aquello de lo que yo carecía. Cuando tenía prisa por salir de los cuatro muros de casa, de las calles de la Judería y de la Isla que amaba y que al mismo tiempo me aprisionaba, lo conseguía aspirando el aroma de las especias del Malabar, enamorando damas orientales o cabalgando por Transoxiana. Rabiaba por conocer las grandes maravillas que apenas intuía y nunca alcanzaba en los trazos de los mapas de mi padre.

Las ensoñaciones infantiles me ayudaban a soportar un trabajo difícil, en ocasiones aburrido, a veces demasiado duro para un niño de mi edad. Dedicaba muchas horas a calcar las cartas de navegación, casi siempre rutinarias, que dibujábamos para los capitanes de barco: una orden real obligaba a los patrones a tener a bordo dos de ellas, como mínimo; ni que decir tiene que elaborábamos muchas. Las cartas iluminadas, claro, eran harina de otro costal: el dominio de figuras y miniaturas exigía muchos años de experiencia y maña con las tintas y los panes de colores. Por tanto, en los mapas más lujosos, Samuel y yo nos limitábamos a realizar tareas menores. Era el caso, por supuesto, de los mapamundis, en los que no podíamos trabajar sin el permiso de Cresques. Y cuando no bastaba copiar, porque era preciso rectificar o incorporar novedades en una obra, la labor se complicaba muy mucho y los pequeños nos limitábamos a observar la destreza del maestro.

Otros utensilios que fabricábamos y que se vendían muy bien eran las brújulas; había de toda medida y calidad, pero la más corriente era la sencilla, con la aguja que flotaba dentro de una cajita con agua. Para las brújulas era preciso encontrar una piedra caramida adecuada, suficientemente pequeña e imantada, que se añadía a la aguja; luego, debía pintarse una rosa de los vientos bien clara y fijar la aguja en un pedazo de corcho. Se montaba todo dentro de un estuche, se llenaba de agua y se cubría con un cristal sin dejar ranura alguna.

Me molestaba que el trabajo fuese tan rutinario. Los músculos se me ponían rígidos y la espalda se me entumecía de tanto estar sentado en el taburete, ante dibujos que eran siempre iguales y cifras que se repetían hasta marearme. Durante el invierno, la chimenea era insuficiente y me salían sabañones en las manos desnudas. Durante el verano, los insectos campaban por sus respetos, y una mezcla de olores, humanos y animales, subía desde la calle. Lo que durante el día era mesa de

trabajo, por la noche se convertía en mi cama. Samuel se sentaba, comía y dormía a mi lado. Cada día le aborrecía más; me cargaba aquella cara pecosa e impertinente, con la que tropezaba siempre que me volvía. Y, cuando no estaba presente, me incomodaba todavía más, porque su ausencia significaba que estaba dándole jabón a alguien de la familia o ultimando alguna fechoría.

Un día, acusé a Samuel ante mi padre. Me dolía que fuera más listo que yo y que eso le permitiera andar por ahí a ratos perdidos. Pero lo que de veras me daba rabia era que quisiera pasar por ser un hermano más. Aquellas confianzas con Isaac, aquellos largos paseos por Ciudad de Mallorca, aquellas risas estúpidas y aires de gallito me parecían un perjuicio para todos. Padre me sorprendió porque puso atención en lo que le decía y pidió detalles sobre la intimidad entre el huérfano e Isaac. A renglón seguido hizo unas consideraciones extrañas.

—Tu hermano —concluyó— es casi un hombre, pero más frágil de lo que crees. Deberás vigilado, porque es como un junco; se dobla según sopla el viento. Samuel no debe inquietarte; nunca podrá ser hijo mío. Tengo tantos miramientos con él porque es huérfano, y la Ley dice que...

—¡Que se joda la Ley! ¿No ves que nos toma el pelo?

De pronto, el padre amantísimo dejó paso al maestro severo. Cresques me atizó con la regla y me prohibió utilizar aquel lenguaje. El hijo de Corcós podía ser tan malvado como quisiera: algún día agarraría el portante y se emanciparía, y quizá no volviéramos a verlo. Yo, en cambio, era sangre de su sangre, y lo sería toda la vida. Era natural y necesario que yo observara las noemas de conducta con más rigor que Samuel.

—Y no desesperes si vas lento o si el trabajo te cuesta mayor esfuerzo. Cuanto más te apliques, más arraigará en ti el oficio. La constancia siempre lleva más lejos que la prisa. ¿Conoces aquella fábula de los antiguos en que la tortuga gana la carrera a la liebre?

Por supuesto que la conocía. Sin embargo, entonces no la compartía. Yo quería ser la liebre, quería volar como Marco Polo hacia las ciudades del Jan, quería respirar perfumes y fragancias de allende el mar... Quería ser astuto y libre como aquel huérfano no repulsivo; sin leyes, sin padres, sin un futuro marcado por la tradición. Quería romper el pesado caparazón de tortuga que me oprimía, librarme del incómodo arnés que me hacía sentir como un gusano. Hoy sé que mi padre tenía razón, en aquello y en muchas otras cosas. Y doy gracias al Señor, si es que me escucha, por este natural pausado y esta armadura tan recia que me han protegido y dado larga vida.

Pasaron los años y, como era de prever, no pudimos entregar el trabajo con puntualidad al infante Juan. Tampoco él nos apremiaba, porque sus asuntos se torcieron de tal manera que las urgencias disminuyeron. Sus alianzas nupciales eran

un desastre: princesa franca se le murió camino de la boda, antes de que pudieran conocerse. Más tarde, de nuevo contra los designios de su padre, se unió a Mata de Armañac, y padeció una desgracia tras otra. Un hombre más sufrido hubiera soportado con entereza su infortunio; pero el Infante era de constitución endeble y se decía que con cada embate del destino perdía fortaleza.

Las diferencias con el rey Pedro le crearon mil problemas; el monarca le reprochaba que dirigiera la mirada allende los Pirineos, porque entendía que el príncipe de Aragón estaba obligado a mantener las aspiraciones mediterráneas que tanta sangre habían hecho correr. El buen Juan buscó consuelo en su hogar y en la pequeña corte de Gerona. Sin embargo, en ese terreno las cosas también se le agriaron. Mata de Armañac engendró cinco criaturas, de las cuales sólo sobrevivió una hija, de naturaleza enfermiza, que recordaba los continuos achaques de su padre. El heredero veía como el tiempo transcurría y la corona se le escapaba, tanto de la testa como de la descendencia. Los halcones, los laúdes y las lecturas le resultaban cada vez más aburridos y le provocaban tristeza.

En Mallorca, no nos podíamos quejar de cómo marchaban las cosas. Los mercados se llenaban de riquezas y el oro corría con facilidad. El Consejo de Ciudad de Mallorca fue ampliado para acoger a unos cuantos mercaderes y artesanos ricos, entre ellos algún judío. Al mismo tiempo, Cresques de Abraham fue admitido en la Aljama. Era un maestro reconocido en la isla, y su nombre sonaba en Perpiñán, Barcelona y Valencia. No dábamos abasto a los encargos y el trabajo se nos amontonaba en el obrador de la calle del Templo. Mi padre creyó que había llegado el momento de agrandar la casa y el taller.

La boda de mi hermana Astruga precipitó semejante decisión. Marzoch Mediní, un mercader de telas de su misma edad, fue escogido como novio. Su familia no era pobre, pero vivía en una casa más bien pequeña de la calle de los Botones. La Judería se había quedado pequeña y no se permitía erigir nuevos edificios. Mi padre sugirió una solución, que fue aceptada por los consuegros y que consistía en intercambiar la dote de Astruga por un espacio en nuestro huerto, donde la pareja pudiera construir una vivienda propia. El jardín era grande y podíamos prescindir de un espacio de siete canas por cada lado en un rincón cualquiera.

Cresques pensó que podíamos aprovechar la ocasión para ampliar el solar principal. Dinero no faltaba, y había sonado la hora de que los muchachos tuviéramos aposento y lecho propios, como correspondía a personas de nuestra posición. Construiríamos, pues, un piso nuevo, con tres estancias; una para padre y madre, otra para nosotros y la tercera para los que se uniesen a la familia. Abajo, conservaríamos la cocina y añadiríamos espacio al obrador. De paso, levantaríamos un cobertizo para los animales y trastos, una barraca con un pozo negro y una alacena cerca de la cocina. Pondríamos el broche a semejante lujo con un par de chimeneas, ventanas y muebles de todas clases.

Padre estaba decidido a dirigir y vigilar personalmente las obras. Hasta dibujó un

par de planos muy detallados, tanto que ninguno de los peones pudo entenderlos, para indicar cómo y dónde era preciso levantar muros, puertas y escaleras. Tenía la absurda esperanza de que los albañiles, hombres corpulentos y adustos que nunca habían visto un manuscrito, obedecieran unas instrucciones que apenas entenderían los mejores maestros de obras de la Seo. Cansado de la cortedad de luces de aquella gente y de las obligaciones profesionales que se amontonaban en el taller, abandonó y traspasó tan absorbente ocupación a su esposa.

A Setaddar, una mujer paciente y sencilla, le costó poco entenderse con los constructores. Guardó los diseños del marido —que ella tampoco sabía interpretar— y se plantó a pie de obra disponiendo que se llevaran los sillares hacia aquí y las vigas hacia allá. Con un ojo vigilaba la sopa y los confitados, y con el otro seguía los movimientos de los peones. Cuando le parecía que una piedra colocada fuera de su sitio, o que el arco de un ventanal era demasiado estrecho, se acercaba a los hombres y, sin levantar la voz, los regañaba, hasta que desmontaban el andamiaje y lo volvían a levantar. Cuando se marcharon, los albañiles le dedicaron todos los elogios del mundo. Le ofrecieron una talla de madera de boj de la Virgen de Lluc —que después esconderíamos en un baúl— y confesaron que si no hubiera sido judía la habrían recomendado como patrona del oficio.

Hasta aquel día, yo había visto en mi madre a una mujer atenta y abnegada, pero nunca me había dado cuenta de la importancia que tenía en la empresa familiar. Su amor era de los que se expresaban con hechos, y hoy estoy seguro de que sin su ayuda nuestros negocios hubieran naufragado. Era incapaz de refunfunar o de hacer un reproche. Asumía sus deberes con coraje y discreción, aunque no tuviera el reconocimiento de los suyos. Hiciera frío o calor, en la escasez y en la abundancia, a las verdes y a las maduras, sabía regentar aquella casa. Nunca nos faltó alimento para el cuerpo ni leña para el fogón.

Mientras duraron las obras, que se prolongaron más de un año, las molestias fueron muchas. Tuvimos que librar una auténtica batalla contra el polvo y el serrín, que se infiltraban en las tintas y en los instrumentos de precisión. Cada día lo rociábamos todo con agua y barríamos, pero las motas de suciedad aparecían por todas partes. Los trabajos del piso superior nos obligaron a derruir el altillo donde dormían mis padres, lo cual les supuso tener que cobijarse durante algún tiempo en el taller, junto a nosotros. Maese Cresques, quien a lo largo del día era reservado y silente, por la noche roncaba y roncaba; cuando habíamos conciliado el primer sueño y él se levantaba para aliviar la vejiga, nos pisaba sin contemplaciones y despertaba a todo el mundo. Al despuntar el día, se levantaba fresco como una rosa y nos zarandeaba con energía. A pesar del constante repicar de mazas y escarpas, a media mañana caíamos muertos de sueño sobre el pupitre.

Setaddar, que padecía las mismas molestias que nosotros, en ningún momento tuvo la tentación de quejarse. Al contrario: multiplicó su actividad para limpiar, despabilamos con infusiones de hierbas y poner cierto orden en aquel desbarajuste.

Cuando volvimos a la normalidad, se me ocurrió que, si no una talla cristiana, quizá se merecía algún regalo. Lo comenté con los hombres de la familia, y un buen día aparecimos con un collar de plata y ámbar. Era una rareza traída de Arabia, elaborada por los orfebres judíos de aquellas tierras y realmente preciosa. Mi madre quedó desconcertada.

—Hijos, Cresques... ¿Por qué os gastáis el dinero en bagatelas como ésta? No era necesario, de veras no era necesario... —suspiró emocionada—. Es una maravilla... No sé si me atreveré a lucirlo.

Aquel mismo día decidí aprovechar su debilidad y le comenté un asunto que me tenía preocupado. Debería haberlo tratado con padre, pero estaba visto que en las cosas de casa, a la postre, era ella quien mandaba. Le pregunté si, al trasladarse Astruga a la casita del huerto y disponer de tres aposentos nuevos, podíamos meter a Samuel en el que quedaba vacío, de modo que el otro quedara para Isaac y para mí. No le costó nada entender qué deseaba y prometió que intentaría convencer a su marido.

Conseguí lo que quería, pero no del modo que esperaba. Cresques cometió el error de consultarlo con los afectados; se pasó largo rato encerrado con ambos y, cuando terminó, me dijo que no me angustiara, porque nunca más tendría que dormir cerca de Samuel.

—Pero has de saber, hijo, que tampoco compartirás el sueño con tu hermano.

El maestro nos contó que su primogénito y el joven Corcós estaba a partir un piñón; Isaac había insistido en que, si no me encontraba a gusto con el huérfano, quien sobraba era yo.

Mi padre entendía que Isaac no quisiera ofender a nuestro protegido, pero por alguna razón no parecía en absoluto convencido de la solución adoptada. Frunció el ceño, clavó la vista en suelo y se encogió de hombros. Si madre y yo estábamos de acuerdo, la estancia que se abría en el lado del huerto sería sólo para mí, hasta que se nos uniera alguien más, claro.

Celebramos nupcias y estrenamos casa el mismo día. Mientras Astruga se vestía, aún subíamos arcas y alfombras de esparto. Llegado el momento, nos enfundamos en las mejores túnicas, recogimos los sombreros de punta y salimos a todo correr hacia la Sinagoga. La familia Mediní y los invitados nos esperaban. Los novios se colocaron bajo palio, y el rabino entonó las siete bendiciones. La pareja pisoteó una copa, en recuerdo de la destrucción del Templo de Salomón y de la efímera condición que el Señor nos había otorgado. El contrato matrimonial fue leído y firmado, los consuegros se abrazaron y recorrimos de nuevo las dos calles que nos separaban de casa.

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Asistieron tanto amigos como enemigos porque, como afirmaba mi padre, en la fortuna era preciso ser generoso. En el huerto, reunimos gentes de toda laya, desde prohombres de la Aljama hasta mendigos que normalmente dormían al raso, pasando por vecinos con sus

mujeres e hijos, los compañeros de oficio e, incluso, algunos gentiles. Recuerdo a Anselmo Turmeda, que llegó a bailar abrazado al rabino Salomón —cosas de la bebida—, al amo del hostel y a unos caballeros de la Procuraduría Real que destacaban por sus ropajes de terciopelo morado. Los jóvenes esposos se retiraron a su nuevo hogar, pero la fiesta continuó. De algún modo, el centro de la celebración era Cresques de Abraham, próspero prohombre de la comunidad, Familiar de la Casa Real, un padre feliz y el más admirado de los brujuleros de Mallorca.

Al día siguiente, con la cabeza aún embotada, debimos enfrentarnos a la dura realidad. Había llegado correo de Gerona: el príncipe Juan exigía que el mapamundi fuera entregado en el plazo de dos años, bajo advertencia de que, de incumplirse el encargo, mi padre perdería los favores reales y tendría que devolver los anticipos. La misiva fue una sorpresa, ya que jamás habíamos recibido aviso alguno y habíamos llegado a creer que el Infante había olvidado el encargo. Cresques nos reunió en el obrador, como tenía por costumbre, y nos expuso la situación.

De ambos trabajos, uno se encontraba bastante avanzado. Era el que habíamos convenido en llamar Atlas Real, en honor de nuestros clientes. Habíamos recogido los datos necesarios, ilustrado las láminas y tan sólo faltaba completar el prólogo. El otro, que habíamos bautizado como Atlas Furtivo, estaba muy atrasado. Algunos pergaminos continuaban casi en blanco por falta de manos que dibujasen, pero también —y eso era más grave— por carencia de información. Teníamos dos opciones: o bien terminar el primero y entregado al Infante tal como se nos había pedido, o bien arrinconar el resto de trabajos y hacer un gran esfuerzo para concluir ambos.

—Lo cual... —observó Isaac— quiere decir que tendremos que pasarlas canutas de nuevo.

—Sí, hijo. Cuando menos hasta que entreguemos los trabajos y quizá también después.

Comprendí que mi padre pretendía regalar los dos mapamundis al infante Juan por el precio de uno. Seguramente, quería así compensar el retraso en la entrega oficial o, tal vez, pensaba que el nuevo rey haría mejor uso que nosotros del Atlas Furtivo. No sabía cuál de las dos motivaciones guiaba su propósito, pero tampoco me atreví a preguntárselo. En cualquier caso, me parecía un error: si la completábamos y vendíamos algún día, aquella obra podría hacernos nadar en la abundancia. Estuve a punto de reprenderlo, pero tuve suerte: Samuel se me adelantó.

—Con permiso, maestro; creo que no estamos en condiciones de cometer semejante acto de locura. Tenemos un auténtico tesoro entre manos, y no sé qué ha hecho ese príncipe de los infieles para merecer tan magnífica ofrenda.

Mi padre se puso de todos los colores. Miró de hito en hito al joven, para entonces ya un mozallón que le pasaba un palmo, y le escupió cosas que había callado durante muchos años. Lo acusó de holgazanear y de abusar de quienes lo acogían. La avaricia que incubaba, añadió, no era sólo la de dinero sino también la

del espíritu. Se estaba convirtiendo en aquello que menos convenía a los nuestros, porque hacía buenas las injurias del pueblo bajo contra nosotros. Era un ingrato que por la ganancia inmediata arriesgaba la seguridad del mañana. En cuanto al trabajo, se haría lo que había dispuesto y no admitiría objeción alguna. Estaba hasta la coronilla de él. Él, un huérfano que todo nos lo debía y que no tenía miramientos con nosotros.

—No te bastaba con fastidiar a Jafudá y turbar los sentimientos y el alma de Isaac, mi primogénito. ¿Ahora pretendes volverme loco a mí? ¿Es eso lo que quieres?

Samuel se levantó con un respingo y desapareció por el portal hacia la calle. Mi hermano, visiblemente afectado, salió tras él. Yo permanecí frente a padre, sin saber qué hacer. Los ojos se le humedecían, le temblaban las manos. Procuré calmarlo, diciéndole que estaba escrito que aquel enfrentamiento iba a producirse y que no debía preocuparse. No, no había sido demasiado severo con el huérfano. El muchacho se lo había buscado. Y tarde o temprano, volverían: no tenían dónde caerse muertos. Le aseguré que yo estaba de acuerdo con todo lo que había dicho, y juraría que mis palabras lo reconfortaron, porque se mordió los dedos y me miró con un velo de tristeza en la cara.

El hijo de Corcós sí regresó, cuando la luna se acercaba al cenit y nosotros nos disponíamos a organizar una partida de socorro. Aseguró que no sabía dónde estaba Isaac, subió a su aposento y se encerró sin decir nada más. Mi madre y mi hermana se abrazaron desconsoladas, y los hombres nos embozamos las capas. Marzoch agarró un bastón, no sé muy bien para qué, y salimos a la calle. Hacía una noche otoñal y húmeda, de aquellas en que parece que nada bueno puede ocurrir. Llamamos al portero de la Judería y recorrimos todo el barrio. Las jaurías campaban y ladraban a placer. No hallamos rastro de mi hermano.

Aguardamos el alba junto a la chimenea, bebiendo tila y sin decir palabra. A primera hora, acompañé a mi padre a casa del alguacil. Cresques me hizo esperar fuera. Escuché unos gritos espeluznantes y supe que algo grave había ocurrido. Entré: el cuerpo inflado de Isaac yacía en tierra, oliendo aún a mar. Busqué los ojos de mi padre y él me abrazó tan fuerte que las costillas me crujieron. Me soltó, cayó de rodillas y lloró un buen rato sobre el pecho de mi hermano. El alguacil nos contó que unos pescadores lo habían recogido en la playa del Molinar, hasta donde lo había arrastrado la corriente durante la noche. Aconsejó, sin rastro de emoción, que nos lleváramos el cuerpo enseguida. Lo sentía, dijo, pero aquél no era lugar para velar el cadáver de un judío.

El entierro fue rápido e íntimo, como suele ocurrir con las muertes violentas. Madre guardó una admirable entereza, sosteniendo del brazo a padre cada vez que parecía a punto de desfallecer. Al acabar el oficio, Astruga y mi cuñado se ocuparon de las diligencias, y yo me dediqué a ordenar las pertenencias de Isaac. Samuel nos acompañó al cementerio, mudo y manteniendo siempre las distancias. Más tarde, desapareció por las calles de Ciudad de Mallorca: no volvimos a verlo hasta el

atardecer. Cuando apareció, subió al piso de arriba con intención de acostarse. Pero en su aposento encontró a Cresques, que lo había estado esperando todo el día.

Algo de peso se dijo en aquella estancia. Cuando me retiré, todavía se oía la voz baja y grave de mi padre. Pensé que debía de sentirse culpable, como también me sentía yo. Pronto dejaría de ser una criatura, y empezaba a aterrarme la duda de que aquel mi destino fatal, anunciado el día de mi natalicio, se estuviera cumpliendo. La muerte de mi hermano, por supuesto, reavivaba las habladurías de la gente y traía a la memoria las profecías de Hanini. Pero ¿no se suponía que el hijo maldito debía ser yo?

¿Por qué a la hora de castigar con el deshonor y la muerte el Señor había elegido primero a Isaac? Si aquellos terribles sucesos no eran más que un aviso, ¿qué impensable castigo se me reservaba? Y, puestos a buscar espíritus maléficos, ¿no era más natural pensar en Samuel, en el intruso que trastornaba nuestras vidas y que mi padre se obstinaba en proteger por alguna razón insospechada? Entré en mi nuevo dormitorio y abrí la ventana. Un soplo de aire fresco me acarició las mejillas y noté cómo se agitaba la pelusilla de mi barba.

Cresques de Abraham nunca volvió a ser el mismo. Pasado aquel funesto trago, la transfiguración de los primeros días dio paso a un abatimiento general. Se le agrió el semblante, el pelo se le puso blanco y se le empezaron a caer mechones enteros. Setaddar se convirtió en su sombra, agravando una dependencia cada vez más visible. Algunas mañanas el maestro se levantaba con aire ausente, y no abandonaba la mirada de cansancio en todo el día. Me vi forzado a participar en la gestión del negocio y, muy a disgusto, a preservar los conocimientos y la maña de Samuel, como mínimo, hasta que encontrase su suplente.

En aquellos penosos días; lo único que ayudó a levantar el ánimo de mi padre fue la providencial aparición de una persona. Se trataba de un hombre que entró en nuestras vidas con el estado legal de cautivo, pero que más tarde nos cautivó a nosotros. Se llamaba Betros o Pedro, y era un anciano que era tomado por sarraceno y había tenido una vida muy accidentada. Lo tuvimos en casa cerca de dos años y, si bien no cogió jamás un pincel, aportó una inmensa sabiduría —y un montón de detalles— a los atlas. La conversación de Betros pobló ratos de gozo y trabajo, ofreció momentos de distracción a Cresques y me amplió los horizontes del mundo hasta lo insospechado.

La irrupción de Betros tuvo que ver con la porfiada búsqueda de viajeros que llevábamos a cabo a fin de completar los mapamundis. No es momento aún de evocar la memoria del viejo esclavo, la cual descollaba entre las del resto de marineros, comerciantes y sometidos que habíamos interrogado en el transcurso de nuestra misión. Hablaremos de ella más adelante, con la atención y extensión que merece. Por el momento, bastará decir que su testimonio nos permitió acabar los dos atlas;

que Cresques volvió a sentir la comezón de la profesión, cuando menos durante breves períodos, y que yo viví por vez primera unas emociones inéditas, de las cuales aún hoy guardo un dulce recuerdo.

Fue así, pues, con una mezcla de buena fortuna y trabajo intenso, como superamos los atrasos. Las dos obras iban tomando cuerpo y completaban su aspecto definitivo. Habíamos decidido realizar dos volúmenes gemelos encuadernados con cuero blanco. En la portada, aparecía el mismo título estampado en frío: *Mapamundi de las tierras, los mares y los firmamentos del orbe*. Sólo una minucia en los firmates nos permitía distinguir, por fuera, la edición del rey de la furtiva. En la primera, unas cintas de piel vuelta iban sujetas con una hebilla de una sola púa: en la segunda, la hebilla tenía dos púas.

Los últimos meses fueron muy absorbentes. Decidimos no recoger más comentarios ni leer más tratados, y concluir el texto y los dibujos. Me sorprendió la actitud de Samuel, que permaneció clavado en su banco y trabajó de sol a sol sin refunfuñar. No tenía ni la más remota idea de lo que pasaba por su cabeza, pero trabajaba duro y con corrección, que era lo que interesaba. Seguía en silencio mis instrucciones o las del maestro, ejecutando todo lo que le pedíamos con su habitual aplicación. Las maneras de Cresques, en cambio, suscitaban algunos malentendidos.

Yo respetaba, por supuesto, las decisiones de mi admirado progenitor. Comprendía que uno de los atlas tenía que incluir ciencia y sólo ciencia, y que el otro debía contener ciencia y especulaciones. En ese punto existía un acuerdo sólido. El problema se planteaba, claro, en el momento de deslindar una cosa de otra. Cresques se obstinaba en introducir, en algunos rincones del mapa real, hechos y fantasías de la tradición hebrea e incluso de otras procedencias. A mí me parecía una frivolidad: los miembros del estamento religioso cristiano, si no el propio infante, quizá encontrarán ofensivas ciertas inscripciones. ¿Qué costaba prescindir de ellas e incorporadas al otro mapamundi, que sería considerado por ojos más selectos y tolerantes?

No hubo forma. En lo alto del Mar Rojo, sobre el Monte Sinaí, Cresques destacó una mención —en colorado ardiente— en el lugar donde «Dios entregó la Ley a Moisés». Desde el inicio, todas las láminas habían sido dispuestas para que, fuera como fuese, Jerusalén ocupara un enclave central, como en las viejas cartas religiosas. Más allá del reino de Catay, unas islas lejanas acogían a las almas salvadas, de acuerdo con las premoniciones del profeta Isaías. El monte Ararat, donde se decía que embarrancó el arca de Noé tras el gran diluvio, también constaba. Las huestes bíblicas de Gog y Magog aparecían correctamente situadas en las estepas de Asia; pero, de acuerdo con la tradición de Ezequiel, se asociaban a la venida del Anticristo. Y ese Anticristo, que «contra toda verdad dirá ser hijo de Dios vivo», era una osada alusión a Jesús de Galilea a ojos de quien quisiera advertida.

A la postre, las diferencias con mi padre eran una prueba de que yo crecía y me iba haciendo un hombre. A mis quince años contaba con la edad suficiente para intuir

ciertas cosas, pero me faltaban años para observar la conducta debida. A punto de concluir la manufactura de los mapas, sentía el ardor de los jóvenes por imponer mis ideas. Deseaba que mi estilo, que despuntaba distinto del de mi padre, se hiciera notar. Y reconozco que, en algún momento, llegué a perderle el respeto a mi maestro. Debí comprender que los atlas eran su obra, y no la mía. Con toda la vida por delante, no me faltarían años de profesión y trabajo para mis propios frutos. Tal vez tensé demasiado el hilo que siempre nos había unido.

En el tránsito de muchacho a adulto, bebía las enseñanzas y lecturas que inspiraban mi formación. Pero también recibí, en aquella época especial, la imprevista ayuda de alguien. Un año largo después de la llegada de Betros, se instaló en casa un segundo cautivo: una mujer africana, mayor que yo, de nombre Selima. No puedo afirmar que ella agravara los desacuerdos con mi padre; pero su proximidad alteró mi espíritu de tal manera que me sentí más bravo que nunca.

Una nueva discusión surgió cuando tuvimos que decidir quién llevaría los dos volúmenes a la Corte. Yo creía, francamente, que Cresques no reunía ni el ánimo ni la salud suficientes para realizar una travesía tan pesada. Coincidió en ello mi madre, que temía embarcarse en una galera infecta para officiar de niñera. Entre ambos lo convencimos de que se quedara en la isla. Setaddar insistió en que el pueblo judío nunca había sido marinero, Los filisteos, los fenicios, los romanos, nuestros peores enemigos, quizá sí: pero los israelitas éramos de tierra firme, lo habíamos sido siempre. La mar era una criatura tenebrosa, adversa, temible..., y sería una locura, a sus años, querer conocer a tan arrebatada doncella.

—¿Y por esa razón, Setaddar, quieres enviar a tu hijo, que acaba de abandonar la niñez?

Protesté, y a punto estuve de contarle a mi padre los hechos, aún frescos, que habían desterrado para siempre al niño que hasta entonces había llevado dentro.

Setaddar, muy sensata, me mandó callar, y recordó que el rey Pedro había sido coronado, para mayor gloria del reino, a los dieciséis años. Y, también, que el infante Juan, pobrecillo, tuvo que presidir la decapitación de su admirado tutor, el noble Bernat de Cabrera, cuando sólo contaba trece años. ¿Por qué negarle a Jafudá, un hijo como había pocos, responsabilidades infinitamente más llevaderas que las de nuestros gobernantes? ¿O es que podíamos confiar en la juventud de los poderosos y no en la de los humildes?

—Muy bien, muy bien —cedió el maestro, aturdido por los argumentos—, pero lo acompañará Samuel.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Aquel perro? ¿Aquella sanguijuela? ¿El que había traído la desgracia a la familia? Teníamos amigos de confianza, parientes... el propio Marzoch, mi cuñado... ¿A qué compartir la custodia de nuestro tesoro más preciado con aquel rufián indigno? Me negaba en redondo a aceptar una proposición tan fuera de lugar. Cresques me sostuvo la mirada. Sin alzar la voz y con severidad, me aseguró que se trataba de una orden, no de una sugerencia. Yo no sabía prácticamente

nada, dijo, de los motivos y razones que Samuel incubaba en el espíritu. El joven Corcós era como de la familia, y había trabajado como nadie en la elaboración de los mapas. Vendría conmigo.

En aquel año de calamidades, las desavenencias de la familia no vinieran solas. El invierno arrancó con oscuros presagios, que los entendidos en astros nos confiaron a modo de advertencia. La conjunción de planetas, decían, se parecía a la de aquel Mal Año Primero que sufrieron nuestros abuelos, y también recordaba los signos que habían acompañado mi nacimiento. Cayeron estrellas y un cometa surcó el firmamento. Un rayo desmochó la cruz de Santa Eulalia, y los frailes advirtieron de que los bosques se llenarían de machos cabríos malignos, mucho peores que los demonios *boiets* de toda la vida.

El noble Jaime, hijo del último rey de Mallorca y pretendiente a la corona de la isla, había burlado a sus carceleros y escapado a Florencia. Desde allí organizó un ejército de mercenarios y probó a entrar en el Rosellón. En pleno mes de febrero, las nieves lo bloquearon en el Canigó. Enfermo de frío, pasó a Castilla y encontró la muerte en las tierras altas del reino vecino. Era una buena nueva para el rey Pedro, que se desembarazaba así de tan incómodo rival. Sin embargo, para ciertos mallorquines suponía el fin de una esperanza ya remota, y un signo de fatalidad. Nuestra tierra perdía un señor audaz y valeroso, y pasaba a ser una pieza más en los intereses de la Casa de Barcelona.

Más grave fue la revuelta que estalló, aquel mismo invierno, entre esclavos. En Ciudad y en los pueblos interiores residían cautivos sardos, genoveses, balcánicos y tártaros. Los más numerosas, sin embargo, eran los turcos y berberiscos, sarracenos que tenían poco que ver con los del tiempo de la conquista. Habían sido capturados en el corso, en la guerra o simplemente comprados en los mercados, y añoraban su tierra. Sufrían toda clase de maltratos, sobre todo a manos de los payeses. Las ordenanzas reales prohibían que se concentraran en las costas, porque solían servir de apoyo a ataques piratas e incursiones moras.

En marzo se supo que los esclavos sarracenos de Lluchmajor, Campos y Santanyí habían conspirado para sublevarse y unirse a una partida procedente de Argel. Se disponían a incendiar Ciudad de Mallorca y entregar la isla a los invasores. La conjura se descubrió a tiempo, antes de que las naves corsarias partieran de la Berbería. Las campanas tocaron alarma y centenares de hombres armados cayeron sobre los pueblos en peligro. Muchos esclavos fueron pasados a cuchillo y los caudillos capturados y ahorcados. El Lugarteniente Real exigió que la mitad de los mahometanos fuera evacuada sin dilación y que nadie conservara más de veinte esclavos.

Mercaderes y navieros acogieron aquellos sucesos con satisfacción, ya que gracias a ellos pudieron vender a buen precio una multitud de esclavos y engrosar así

sus fortunas. Pero el resto de nuestra tierra se resintió en muchos aspectos. Con la llegada del buen tiempo, los cultivos quedaron huérfanos de brazos: las cosechas fueron las más pobres que se recordaba en muchos años. Para afrontar la penuria, zarparon hacia nosotros dos naves de Cerdeña cargadas de trigo, pero una naufragó a causa de la mala mar y la otra fue capturada por los genoveses. Por si fuera poco las lluvias llegaron antes de tiempo y malograron los campos que aún no habían sido segados.

Yo no había visto jamás unas tormentas como las de aquel año. Las cortinas de agua que caían sobre el huerto y que observaba desde mi ventanal no me permitían distinguir la casa de mi hermana. La gente no salía a la calle y, cuando a ello se aventuraba, se enfangaba hasta las rodillas. Los aguaceros cayeron durante tres días y al tercero la rambla bajaba ya desbocada, arrastrando carros, vacas y personas. Cuando la tormenta amainó, todo el mundo se arremangó, dispuesto a reparar los daños y sacar el barro de los bajos. Nosotros tuvimos que limpiar el obrador; por suerte, habíamos puesto a buen recaudo instrumentos y mapas.

Hacia el otoño, el hambre se extendió por toda la isla. Los silos se vaciaban, y los grandes terratenientes acumulaban el grano, el poco que quedaba, para forzar el alza de precios. Los panes, que siempre habían costado un dineral, llegaron a venderse a dos dobleros, más tarde a seis y aun a dos sueldos, que era el jornal completo de un obrero o un campesino. Pronto, no se vendió más, ni los caballeros más ricos tenían forma de encontrado. Los patricios del Gran y General Consejo se peleaban, a menudo a puñetazos, para adquirir pan de morcajo a diez o doce sueldos la pieza. Hileras de payeses famélicos invadieron Ciudad de Mallorca; suplicaban por un bocado y rechazaban toda limosna que no fuera comestible.

Los judíos sufríamos, como todo el mundo, las consecuencias de la escasez. Por una vez, los consejeros de la Aljama se pusieron de acuerdo y tomaron algunas resoluciones. Se dictó exención para las medidas *kosher*, con el visto bueno de los rabinos. El horno de la Judería repartió raciones de pan y, cuando el trigo se terminó, distribuyó rebanadas del de cebada y centeno, habiéndose abastecido con tiempo de estas clases de grano. Con mucha discreción y también anticipación, hicimos traer provisiones de las juderías de Italia, que nos ayudaron complacidas. Algunos enfermos y niños sucumbieron al flagelo del hambre, pero no me consta que adulto sano muriera en nuestro barrio.

Los hijos de Moisés, pues, nos sobrepusimos al hambre, quizá porque el Señor nos reservaba otro infortunio más propio de nosotros. Un día, los hombres del alcalde nos descubrieron dando cuscurros a los mendigos judíos de las Puertas Llavaneras. El rumor se propagó como el fuego: los israelitas cebaban a sus pobres mientras los cristianos agonizaban por las calles. El rector de la parroquia de Santo Domingo pronunció un sermón rabioso, acusándonos de malgastar alimentos de los fieles a Cristo. Un gentío enloquecido salió de la iglesia, se concentró en la plaza de Santa Eulalia y descendió con picos, palas y hachas calle de la Judería abajo.

Nosotros tuvimos suerte, porque nuestra calle estaba al otro extremo de donde estallaron los disturbios. Cuando oímos el primer fragor, todos nos encontrábamos en casa, tanto la familia como el huérfano y los dos esclavos. Cerramos el portal con siete llaves, lo apuntalamos con muebles y subimos al piso de arriba con las cosas de valor. Mi hermana y su marido también se refugiaron en la casa principal.

Desde los ventanales, pude atisbar lo que sucedía en la calle. La chusma entraba en todas partes: reventaba puertas, arrastraba afuera a los vecinos y los mataba a golpes. Quienes escapaban eran perseguidos a pedradas. Entre los asaltantes, los más vivos llenaban sacos de joyas o piezas de oro; otros lanzaban sillas, mesas e incluso armarios desde las ventanas; y algunos dementes sólo se entretenían en degollar hombres, mujeres y niños, y en arrastrarlos por tierra, deleitándose en los regueros de sangre que dejaban a su paso. Recuerdo que me impresionó cómo, en aquel infierno, algunos vecinos esperaron la muerte quietos y mudos como los corderos que aguardan a su verdugo.

Nuestra casa fue atacada por una cuadrilla de segadores que seguían las indicaciones de un fraile. La puerta soportó el asalto y, cuando se hartaron de empujar y golpear aquel muro de roble macizo, se dirigieron hacia otros hogares que no tuvieron tanta suerte. El saqueo se prolongó hasta el atardecer, y no parecía que hubiera fuerza capaz, en toda la isla, de poner fin a semejante despropósito. Cuando ya oscurecía, vimos a los ballesteros del Lugarteniente Real, que aparecieron a la vuelta de la esquina. No dispararon ni una flecha: pero consiguieron asustar a los asaltantes, que se desvanecieron en la impunidad del anochecer.

Era ya muy tarde cuando conseguimos cerrar la reja de la Judería. Entonces, la Aljama ordenó la detención de judíos que como aves de rapiña, aprovechaban las migajas del saqueo cristiano. Era triste comprobar cómo, en los episodios más lamentables de la historia del pueblo judío, siempre había hermanos que desoían el respeto a las víctimas y sacaban partido de la desgracia. Una vez limpio el barrio, se realizaron el recuento de muertos, los entierros sumarios y el precintado de casas. La Aljama se reunió de madrugada, y mi padre fue llamado. Cuando regresó, nos contó con las facciones desencajadas que habían asesinado a una persona de cada cinco y herido a muchas más. Se había pedido una audiencia en la Almudaina, pero muchas familias ya hacían el equipaje para marcharse.

A media mañana, el Lugarteniente Real convocó a consejo a los delegados a Cortes, cristianos todos. La Aljama no fue recibida hasta el atardecer y, en presencia de los prohombres gentiles, fue informada de las resoluciones acordadas. Parece que en principio se había considerado la expulsión de toda la comunidad judía. Los hombres del Rey se habían negado, asegurando que aquello arruinaría Ciudad de Mallorca y también, por extensión, las finanzas de la Corona. Era preciso todo lo contrario: impedir que los israelitas huyesen con sus fortunas. Se convino, pues, dictar ordenanzas aún más estrictas para nuestra gente. Todos deberían llevar la rodela roja y amarilla al pecho, so pena de castigo. Las entradas y salidas de la

Judería, tanto de ganado como de personas, serían estrictamente vigiladas por los agentes del alguacil.

Semejantes medidas no eran más que provisionales y sería preciso esperar al siguiente dictamen, previa consulta a las autoridades de Barcelona, para conocer cabalmente el cúmulo de humillaciones que deberíamos padecer. Los privilegios de Cresques nos eximían de buena parte de aquellas vergonzosas servidumbres, pero no estoy seguro de si tal cosa era una bendición o una pena añadida. Nuestra condición despertaba envidias entre algunos vecinos y, si bien solos eran incapaces de dañarnos, sabíamos de cierto que en situaciones de pánico intentarían salvar la piel a nuestra cosa. Habíamos oído rumores de que, durante los disturbios, un par de desgraciados probaron a sacarse la chusma de encima enviándola a casa del brujo Cresques, «un hombre muy rico que presume de vestir como los gentiles».

Mi padre decidió que había llegado la hora de embarcar. El plazo del infante Juan se había agotado. Los mapamundis estaban listos y si no habíamos partido ya era a causa de las turbulencias que asolaban nuestra tierra. Además, había llegado el verano, la mejor estación para navegar. Pedimos los salvoconductos y buscamos una nave que zarpase hacia Barcelona. No sé si el espíritu de Cresques cobijaba la secreta esperanza de que, sacándonos de la isla, pudiéramos ahorrarnos sufrimientos y aflicciones. Quizá sí, a pesar de que las penas parecían haber tocado fondo y nadie se imaginaba qué tipo de plaga podía empeorar tanta adversidad.

Existía, sí, una plaga más siniestra y mortífera que cualquier otra, y llegó al cabo de poco. Primero se propagaron como cada año, las voces de alarma, a las que no hicimos mucho caso. Aquellos rumores afirmaban que, por Sóller, unos niños esclavos habían padecido grandes fiebres y a no mucho tardar habían muerto reventados. Luego supimos que expiraron, víctimas del temible mal, unos jornaleros de Esporles y dos abuelas de Santa Maria del Camí. Cuando la muerte negra se llevó a un cirujano de Inca, nos dimos cuenta de que la cosa iba en serio. Y de que se acercaba a las puertas de Ciudad de Mallorca. El terror se apoderó de la gente, de forma que incluso la cuestión judía fue olvidada.

Como era habitual, la peste se llevaba primero a los más débiles, Extramuros, niños y ancianos comenzaron a caer, seguidos de esclavos y de los más pobres. Las gentes que más hambre habían pasado estaban en los huesos y volaron hacia la tumba al primer soplo. Los soldados cerraron las portaladas de Ciudad de Mallorca y organizaron rondas a la búsqueda de infectados. Pero la epidemia se coló por las grietas de las piedras, por el aire y las aguas. Los primeros casos se declararon en los alrededores de la Puerta Pintada y, desde allí, la muerte se extendió por toda la parte alta de la ciudad. En cuestión de días, vino a visitarnos a la Judería.

Yo nunca había visto un apestado. Aquel año vi tantos que creí que Mallorca quedaría vacía de gente. En las plazas, los carros se llevaban los muertos a montones. Cuerpos renegridos, desfigurados, abombados; cuerpos llenos de bultos y empapados de sangre, que desprendían un olor abominable. El aire estaba preñado de pestilencia.

Cresques nos obligó a seguir las recomendaciones que años atrás le había hecho el médico Mosconi. Hervíamos el agua, lavábamos una y otra vez la ropa y acabábamos con cualquier bicho que encontráramos. Salíamos sólo para comprar la comida y otras cosas esenciales. Sellamos el pozo negro hasta que pasara aquel azote.

Entonces nos llegó la noticia de que la abuela Astrugona, madre de Cresques, se encontraba mal. Era una mujer de avanzada edad y vivía con su segundo hijo, mi tío soltero Vidal, cerca de Santa Clara. Acompañé a mi padre y enseguida percibimos que la mujer estaba afectada por la epidemia. Hicimos lo que todas las familias: nos la llevamos a casa y la escondimos con la ilusión de que curara. Le salieron unas pequeñas manchas, como lentejas, detrás de la oreja, que pronto crecieron hasta alcanzar el tamaño de ciruelas. Se estremeció de dolor durante un par de días, vomitó sangre y perdió la conciencia.

Aún no la habíamos enterrado cuando tío Vidal se quejó de fuertes mareos. Lo aislamos y, al lavarlo, le encontramos las terribles pústulas en las axilas. La enfermedad siguió su curso fatal y, lamentablemente, el hombre se mantuvo despierto hasta el fin. Mi padre le practicó sangrías y purgas, aun a sabiendas de que no surtirían efecto. Cuando llevaba tres días en cama, las bubas le habían salido en todas las articulaciones. Parecían castañas chamuscadas por lo grandes, negras y duras que eran. El tío adelgazó hasta el punto que podíamos contarle las costillas; vomitaba a todas horas y gritaba como un poseso. Tuvimos que taponarle la boca con un trapo para que no lo oyeran desde la calle y se lo llevaran, aún vivo, en el carro de difuntos.

El mismo día en que enviábamos a Vidal de Abraham hacia la fosa, supimos que contábamos con los salvoconductos para marchar. Cresques estimó que no podíamos perder tiempo. En Barcelona, la peste ya había pasado, y obligarnos a huir era una manera de alejarnos de la muerte. Pronto se decía que los culpables de todos los males habían sido los judíos, y otra vez estaríamos en las mismas. La entrega de los mapas era aún una misión importante y, además, se convertía en el mejor pretexto para arrancarnos de aquella isla maldita. Padre nos hizo envolver cuatro cosas en un hatillo y nos explicó lo que deberíamos hacer cuando llegásemos a puerto. En un papel escribió el nombre de sus conocidos en Barcelona, se puso los mapamundis bajo el brazo y, escoltado por madre, nos condujo hasta la Almudaina. Allí recogimos los salvoconductos y nos enteramos de que la Reina había muerto.

—¿Qué más puede pasarnos? —exclamó Cresques cuando salíamos de Palacio—; ni los poderosos aguantan...

Pregunté a padre por qué daba tanta importancia a que hubiera muerto la mujer del Rey, cuando cada día enterrábamos docenas de amigos. Contestó que todo lo que les sucedía a las gentes principales nos afectaba, para bien o para mal. La Reina, dijo, era la madre de ambos infantes, tanto del heredero Juan como de Martín. Al despedirse su mujer del mundo, el Rey se volvería a casar, y podía crecer la desafección que se abría entre el monarca y sus propios hijos. Y, si los importantes se peleaban, los humildes como nosotros podíamos terminar recibiendo las

consecuencias. Claro que ya era demasiado tarde para reconsiderar nada, admitió; y nos rogó que aligeráramos el paso hacia el puerto.

La ciudad ofrecía una estampa desoladora. Por las calles sólo pasaban los sepultureros y las patrullas armadas, amontonando cadáveres como si fueran sacos terreros. Puertas y ventanas permanecían cerradas en pleno día: muchas habían sido marcadas con una cruz blanca, así se sabía que por dentro había pasado la peste. En la parte baja de la ciudad, pasada la rambla, los carros de muertos no iban tan llenos, pero se veían moribundos tendidos en tierra —en ocasiones familias enteras—, peleando con perros y ratas. Los curas iban de un lado a otro consolando a los agonizantes y administrando extremaunciones a diestro y siniestro.

Extramuros, a partir de Santa Catalina, la gente se apelotonaba a ambos lados del camino. Allí había caballeros, con la espada aún ceñida; comerciantes vestidos con los mejores ropajes, acompañados de sus mujeres, hijos y mayores; pero también se agrupaban una mezcolanza de personas de baja condición, famélicos y andrajosos. Algunos tosían y escupían sangre, otros lloraban y la mayor parte tenía la vista clavada en el horizonte, esperando que una salvación imposible les llegara del mar. Eran los rechazados: gentes que habían querido embarcar pero a quienes los barberos del puerto habían declarado infectados. No tenían adónde ir ni adónde regresar, ya que los hombres del alcalde tampoco los querían en Ciudad de Mallorca. Me palpé el cuello instintivamente.

Doblamos el último recodo y se nos abrió ante nosotros la estrecha cala del puerto. Había congregada una gran multitud y sólo tres naves atracadas, una de las cuales estaba desarbolada. Nos agarramos y nos adentramos en el gentío. Uno de los barcos, una tarida panzuda, partía enseguida hacia Barcelona. Nos acercamos a la pasarela a codazos y haciendo caso omiso de los gritos de todos los que querían subir. Mi padre sacó los salvoconductos y los sacudió a un palmo del hombre que parecía decidir quién embarcaba y quién no. El marinero, alto y corpulento, ni los miró: los golpeó con los dedos, despreciándolos. Antes de que la masa nos engullera de nuevo, Cresques nos entregó los papeles y sacó una bolsita de monedas de la túnica. Cogió la mano del hombre y le plantó el saquito en la palma.

Resultó. El marinero barrió a la gente con los brazos y nos abrió paso. Subimos a cubierta, primero Samuel y yo y luego mis padres. Dentro del barco, el barbero nos palpó de arriba abajo y nos inspeccionó la boca. Mis padres insistieron en que ellos no se iban pero también fueron cacheados. Después, un personaje tocado con gorro frigio, que conocía a maese Cresques, tomó nota de nuestros nombres y nos hizo pagar de nuevo. El barco zarpaba enseguida, dijo, y más valía que nos despidiéramos de una vez. Mis padres pidieron a Samuel que se dirigiera bajo cubierta, para encontrar un hueco para ambos. Cresques me confió los mapas y los últimos consejos al oído.

—Llévalos siempre encima como si fueran tu vida entera —insistió—. Y, si debieras perder uno bajo amenaza de muerte, que sea el Real. *El Atlas Furtivo* tiene

todo lo que tiene el otro, y mucho más: has de saber que es un tesoro como pocos verás.

Setaddar, que debía de imaginarse la conversación, mandó callar a su marido y me dijo que no le hiciera mucho caso. Lo más valioso del mundo era la vida y debía velar por ella por encima de todo. Como ejemplo de lo que estaba diciendo, me alcanzó un paquete lleno de queso, frutos secos y pan de cebada, y aseguró que, puestos a escoger entre los mapas y aquello, más valía que me aferrara a los alimentos. Con los tiempos que corrían, un mendrugo era más precioso que cualquier pergamino. Entonces, los ojos se le humedecieron, me suplicó que regresara pronto y me estrechó entre sus brazos.

—Quiero que me prometas una cosa —le dije al oído—; que estarás al lado de padre y de los esclavos... sobre todo de los esclavos, madre mía.

Ella asintió. No debía preocuparme, entendía muy bien mis intenciones y haría lo que le pedía. Cresques la separó de mí con ternura, también me abrazó y dio media vuelta. Bajaron hasta el muelle por los tablones. Cuando los vi en tierra, sumergidos en el gentío, les di la espalda y me metí en las entrañas de la nave. Tenía un nudo en la garganta y no quería ofrecerles como estampa de despedida la de un niño lloroso y enfurruñado.

Encontré a Samuel y me encajoné a su lado. Fugitivos de toda clase estaban tendidos a nuestro alrededor: familias judías, que debían de marchar hacia el exilio; mercaderes y cambistas, aterrorizados por la muerte negra; curas, deseosos de tierras donde Dios fuera más benigno; extranjeros que seguramente regresaban a casa; y otros de condición muy diversa. Cuando la nave comenzó a crujir y el balanceo aumentó, me pareció ver un brillo especial en los ojos de todas aquellas personas. La pesadilla quedaba atrás.

Subí a cubierta cuando el sol se escondía. La vela se agitaba a causa del viento que capturaba. Un bello poniente, pensé. Buena señal. La costa no estaba muy lejos, aunque no era más que una sombra gris y vaporosa. Quizá estábamos frente a Andraitx o quizá doblábamos Dragonera. Conocía de memoria todos los cabos y puertos de la isla, porque los había dibujado en infinidad de ocasiones, pero era incapaz de reconocerlos desde mar adentro. Al cabo del rato, los grumetes tensaron las cuerdas del aparejo y cambiamos de rumbo. El buque comenzó a balancearse de firme y sentí que la cabeza me daba vueltas. Vomité y permanecí en cubierta hasta que un aire helado y húmedo me caló los huesos.

La travesía duró cuatro días. Cuando teníamos calma chicha, la nave quedaba inmóvil en medio de las aguas; cuando llovía, la bodega se inundaba y terminábamos chorreando; cuando soplaba el viento, las olas jugaban con el barco como si fuera una pelota y con nuestros estómagos como si se tratara de trapos puestos a secar. A media travesía, un recién nacido se infló, se puso como un pimiento y murió. Tuvimos que

lanzado en alta mar, envuelto en harapos. El horrible final de aquel niño no me trastornó más de la cuenta, porque tenía otras angustias en aquella tarida. En cubierta hacía frío y bajo ella el olor a humanidad no dejaba respirar. El casco llevaba lastre de arena; al cabo de unos días, estaba tan empapada de orines y vómitos que los pies se quedaban pegados.

Se suponía que debíamos evacuar nuestras necesidades por la barandilla de cubierta, medio colgados en el vacío y atados a las cuerdas, pero había hombres tan flacos que no podían ni subirse; y las mujeres se resistían a mostrar sus partes. Dentro, por tanto, sólo nos ahorrábamos los excrementos de los más jóvenes y fuertes. Fue precisamente mientras cumplía con mi deber de mozo saludable el último día de navegación, cuando me peleé con Samuel. A babor se adivinaban unas montañas, conocidas por los marineros como Macizo del Garraf. Mi acompañante se me acercó, y yo, en tan incómoda posición, le reproché que no estuviera custodiando los legajos, como nos había encomendado el maestro. Me miró con suficiencia.

—Me enorgullece que creas que los mapas están más seguros conmigo que con aquella cuadrilla de tullidos de ahí abajo.

—Y a mí me gustaría haber hecho este viaje con cualquier otro, pero me ha tocado hacerla contigo —no pude evitar sentir cierto rubor al estar abroncando a aquel cretino al mismo tiempo que defecaba por la borda—; o sea que vuelve abajo y cumple con tu deber. Y déjame tranquilo.

—¿Y con quién querrías haber venido, querido Jafudá?

El muchacho se me acercó y me empujó en el pecho: tuve que agarrarme a las sogas para no quedar suspendido cabeza abajo.

—¡He dicho que basta! —le espeté mientras me aseguraba a las cuerdas—. Pero ya que lo preguntas, cualquiera me hubiera venido bien. Mi cuñado, maese Cresques, quien fuera. O viajar solo, por ejemplo. O Isaac, si tú no lo hubieses pervertido.

—Tu hermano era un invertido —dijo Samuel, esbozando una sonrisa maliciosa, la primera que le veía en muchos meses—. Y no tuve necesidad de enviciarlo. Sólo lo complacé durante algún tiempo, y nunca le hice un solo desgarrón. Cuando Cresques me insultó, le dije a Isaac que se quedaría sin mí. Y enloqueció. Se las compuso él solo, ayudado por aquellos reproches tan oportunos de maese Cresques.

Me empujó otra vez y yo, que me había agarrado con izquierda, lo golpeé con la derecha. Cayó de espaldas y, enseguida se levantó con la mano en la mejilla.

—¿Crees que soy un don nadie, verdad? Para ti no tengo casa ni oficio, ni beneficio. Pues escucha bien, hijo de Cresques, algún día sabrás quién soy y de qué soy capaz. ¡Y ese día —gritó con una mano aún en la mejilla y la otra con el índice extendido de forma acusatoria—, ese día te arrepentirás de ser el niño de tu padre!

Desapareció tropezando con los fardos que había en cubierta. Me quedé encorvado en la barandilla durante un buen rato, con la mente en blanco, hasta que un marinero me pidió el sitio. Acabé mi labor, me desaté y me bajé la túnica. Maldito el día en que aquel insolente se había cruzado en nuestras vidas, pensé. Aquél sí que era

un mal bicho, no como yo, pobre de mí, que debía soportar una absurda profecía inventada por una comadrona histérica.

Bajé a la bodega, arrebaté los libros a Samuel y me fui al otro extremo del barco. Con los mapas por cojín, caí en un profundo sueño. No sé cuánto tiempo dormí. Unas cuantas horas, imagino. Sólo recuerdo que desperté sobresaltado, porque la nave no se movía y los viajeros desembarcaban. Samuel no aparecía por ni ningún sitio. Volví la cabeza y clavé la vista en el envoltorio de los mapas. Todavía estaba allí, pero advertí con horror que lo habían desatado mientras dormía. Palpé el paquete: faltaba uno de los dos volúmenes. El corazón se me disparó. Con manos temblorosas, deshice el embalaje y verifiqué que efectivamente la hebilla tenía dos púas. Puestos a escoger, aquél era un mal menor: el huérfano se había llevado el Atlas Real.

En cualquier caso, era preciso recuperar sin falta la obra, porque Samuel era capaz de venderla en la primera feria de turno. O llevársela al Infante antes que yo y reclamar los honores para él solo. O de cualquier otra cosa: aquel bastardo era imprevisible. Recogí mis bártulos, pues, y me abrí camino entre unos pasajeros que parecían ebrios. En cubierta, la gente hacía cola para bajar a las barcas que los iban a acercar hasta la playa. Los campanarios de Barcelona estaban allí, al fondo, por encima de un bosque de palos y vergas. Sin embargo, no me entretuve con la fisonomía de la ciudad. La mirada se me escapó hacia un leño que se alejaba de nuestra tarida a golpe de remo. Me pareció vislumbrar la cabeza de Samuel.

Tentado estuve de tirarme de cabeza al agua y dar alcance a ese desgraciado. Renuncié, ya que habría mojado el libro que aún conservaba y me habría ahogado a la tercera o cuarta brazada. Ante la extrañeza de la gente, me desahogué con un par de injuriosos. Le entregué una moneda al marinero que dirigía el desembarco y me dejó pasar antes que a nadie al segundo leño. Una vez en la barca, resoplé y maldije en voz baja a todos los santos cristianos. De pronto, la duda me invadió. ¿Y si por ventura...?

Deshice de nuevo el paquete y me peleé con los firmates hasta que pude abrir el mapamundi. Me fijé en un par de ilustraciones. Un escalofrío me recorrió el espinazo y la frente se me cubrió de sudor frío. Aquel grandísimo hijo de la gran puta había cambiado las hebillas. Se había llevado el bueno. Me había robado el Atlas Furtivo.

BETROS

Padre, mirad, han matado a un sarraceno!

Estábamos en el muelle de los esclavos. Acabábamos de enterrar a Isaac y yo había salido a caminar con Cresques, que deambulaba como un alma en pena entre la multitud. Había visto cómo sacaban a los circasianos jóvenes, a los ganapanes búlgaros y a los labradores turcos del vientre de una galera. También observé cómo un sicario sacaba el látigo y lo hacía restallar con fuerza en las espaldas de aquellos infelices. Cuando aquel viejo mahometano perdió el sentido y rodó por tierra, no pude contener una exclamación.

Enseguida se formó un corrillo y nos acercamos. Cresques se agachó y le sostuvo la cabeza. Vimos que tenía los párpados hundidos y sellados, con cicatrices que parecían muy antiguas. Mi padre le desenrolló turbante, me pidió la bota del agua y le refrescó la cara.

—¿Está muerto, verdad que está muerto?

—No, hijo —dijo Cresques, e hizo un gesto para que todos callasen—; aún respira. Pero lo han golpeado mucho.

Llegó el dueño de la caravana, un conocido de mi padre, que con cordialidad lo advirtió de que, si no iba a comprar nada, más valía que se levantara y regresara a la ciudad. Entonces, aquel anciano murmuró unas palabras ininteligibles. Cresques se quedó de una pieza. No estaba seguro de lo que había escuchado y acercó el oído a los labios del hombre. Oyó alguna cosa más, y se irguió de un brinco.

—Quitadle los grilletos —ordenó—; me lo llevo. Os firmaré una letra de cambio de cinco libras.

—Con cinco libras no pagas ni los cuatro trapos que lleva encima —protestó el dueño.

—Es toda una fortuna por un viejo ciego que se encuentra a un paso de la muerte. Os estoy haciendo un favor y lo sabéis. Vamos —dijo Cresques mientras trazaba su rúbrica en el papel—, no discutáis unos dobleros ganados tan fácilmente.

El mercader de esclavos guardó el documento a toda prisa y mandó traer un carro para cargar al viejo, quien llevaba por todo equipaje una tablilla de tres palmos con inscripciones en una lengua extraña. De camino a casa, volvimos a darle agua, y medio se despabiló. Le pasé una mano por la cara. Crucé una mirada con Cresques: él no se incomodó, a pesar de que la ceguera convertía la adquisición en una estafa monumental. Pregunté al esclavo cómo se llamaba. El cautivo murmuró «*Ana Betros*», que en lengua sarracena quería decir que su nombre era Betros.

—¿De dónde sois? —insistí, desobedeciendo los gestos de mi padre.

—Ni de aquí ni de allá... de todas partes.

—Sí, claro —me encogí de hombros—, ahora sí que me has fastidiado.

Aquel viejo, pensé, debía de haber perdido el juicio. Cresques me rogó que no

molestara más: fui a hacer compañía al carretero y dejé que mi padre se entretuviera con los misterios del esclavo.

Una vez en casa, decidimos que Betros se quedara en mi aposento. No era habitual compartir el jergón con un esclavo, pero enviarlo al húmedo y oscuro establo le habría llevado a una muerte segura. Además, nunca habíamos tenido un sirviente, y la dureza de trato que observaban otros ciudadanos con sus esclavos nos era del todo extraña. Durante algunos días, ayudé a mi madre a alimentar y dar de beber a aquel anciano, hasta que revivió y fue capaz de valerse por sí mismo. Al cabo de un par de semanas podía ya, con la ayuda de un bastón, bajar solo las escaleras y arrimarse a los bancos del obrador.

De entrada, yo no entendía el dispendio de mi padre en aquel hombre, pero no me preocupé: supuse que tendría sus razones. Maese Cresques se limitó a decirme que hablara con él, que escuchara su historia y procurara sacar provecho de sus experiencias. Pronto vi que mi padre no se había equivocado. Habíamos topado con una mina de oro para nuestros atlas. Betros era inútil para cualquier tarea de la casa y, en ese sentido, estorbaba más que ayudaba: mi madre tenía que alimentar una boca más, hacer más colada y vestir a otro hombre. Pero en cuanto a impartir sabiduría, Betros era más valioso que todos los astrólogos y navegantes de la isla juntos.

Durante el día, en el taller, conversaba con nosotros o sugería enmiendas a los nombres de ciudades y tierras lejanas. Conocía, al menos de oídas, muchos lugares remotos. Y descubrimos que, a pesar de su ceguera y de no saber de letras —o precisamente gracias a ello—, conservaba una memoria prodigiosa. Como les suele ocurrir a los ancianos, afinaba más con los recuerdos lejanos con los recientes. Al anochecer, en la cama, me mantenía despierto con sus vívidos episodios, que yo seguía con pasión y retenía para el día siguiente. Fue durante la primera de esas veladas cuando supe de dónde venía y cómo comenzó su vida preñada de aventuras.

Es lo cierto, Jafudá, que los que ven no creerán y los que no ven creerán... y vivirán. En la vigilia, mis ojos nunca habían visto y mis oídos nunca habían escuchado. Era un pobre hombre de espíritu errante, un joven desnortado y sin sabiduría. Como cualquier mortal, había conocido alegrías e infortunios, sí. Pero has de saber que no había comprendido por qué el Señor me había traído a este mundo. Hasta que los colores desaparecieron para mí, la claridad se extinguió y mi desgracia fue mi sino. Tuve que perder los ojos para ver la luz. Y hoy en verdad te digo que bienaventurados aquellos que creen sin necesidad de ver.

Yo no nací esclavo. Vine al mundo en la noble ciudad de Al-leás, hijo de un arriero que tan sólo poseía un asno y un hijo: yo mismo... La primera mitad de la fortuna familiar nos permitía vivir, ya que cargaba las compras de los caballeros cruzados... y las llevaba al desdichado reino de Jerusalén. Gracias a docenas de asnos como el nuestro, Cilicia, mi tierra natal, se mantenía próspera y feliz, y nada

hacía creer que pronto... se vería sacudida por la peor tormenta humana que jamás haya caído sobre pueblo alguno.

Yo no me daba cuenta, y mis padres tampoco, pero ahora puedo asegurártelo de corazón: nuestro pueblo se extinguía. Antiguamente, los hijos de Aram siempre habían salido adelante. El gran Aram, bisnieto de Haïk que era a su vez bisnieto de Jafet, que era hijo de Noé, fue nuestro gran patriarca en el pasado. Extendió su poder por todas las tierras santas, y afianzó el nombre de nuestra raza: los armenios. Ni Babilonia, ni los asirios, ni los persas ni los romanos nos vencieron. Y todas las naciones de la Biblia no pudieron con nosotros. Nuestros dinastas y sacerdotes creían que árabes y turcos tampoco nos derrotarían.

Alguien, alguien que no haya visto las cosas tal como son, aún dirá: «Es que las escrituras os protegían». Pero yo sólo se hablarte, Jafudá, de un pueblo descarriado que necesitaba ver para creer. Y lo que veíamos era lo siguiente: los ejércitos de la cristiandad, que según la profecía nos debían rescatar del infiel. Nos sentíamos fuertes, sí. No nos dábamos cuenta de que los salvadores se convertirían en verdugos, y de que nuestros hermanos de fe llegarían a ser nuestros peores enemigos. No veíamos nuestra propia enfermedad porque los hombres de Aram teníamos el corazón ciego. Vivíamos de espaldas al Señor, ahogados en disputas y en nuestra arrogancia. ¡Y aún creíamos ser indestructibles!

Por eso, cuando en Tierra Santa se rindieron las fortalezas cristianas de Acre, nadie supo interpretar el castigo que nos llegaba. Una hueste de caballeros saqueó los valles de Cilicia... de nuestra Pequeña Armenia. Mi padre pensó que mal podríamos vivir en aquel infierno, donde unos cristianos degollaban a otros... Abandonamos la ciudad, pues, sin nuestro asno. Pasamos a los dominios del Imperio... y nos sumamos a la multitud que deambulaba por las calles de la ciudad de ciudades... de la más grande y rica de las capitales... y también el más grande y triste de los hospicios: Constantinopla.

Yo era mayor que tú, Jafudá: pero ¿puedes creer que nunca vi aquella ciudad? La miré, viví en ella varios años, la paseé de arriba abajo y jamás la vi. Ahora sí la recuerdo, cuando he comprendido que era tan bella y grande como injusta y arrogante. En el centro se alzaba una basílica, llamada Santa Sofía, brillante como la pupila de una doncella. A su alrededor, jardines y palacios, relucientes como un iris. Y aun en torno, casas y más casa, fúlgidas como el blanco entre los blancos, que es también el de los ojos. Al norte, una ceja poblada de viñas y naranjos; al mediodía, los labios húmedos del Bósforo; y, a ambos lados, aguas finas y tersas como las mejillas de una joven virgen.

Tanta belleza, claro está, sólo podía esconder las más bajas codicias y ambiciones. Era un buen momento para los negocios... En Constantinopla corrían tiempos de abundancia: quiero decir de abundancia de riquezas para unos pocos, y abundancia de gente para tan poca cosa. El divino basileo, como allí se conocía al emperador, vivía a expensas de los ricos... los ricos vivían a costas de los pobres... y

todos desdeñaban al peligro turco. Había un puerto estrecho y largo llamado el Cuerno de Oro... donde un hormiguero de barcos, remos y velas peleaban por navegar. La riqueza era tal que todos los grandes de la tierra codiciaban aquella maravilla. La deseaban los turcos, al otro lado del mar; y los griegos, sus antiguos pobladores; y los latinos del arrabal de Pera, odiados por todos.

Yo era joven, Jafudá. Dentro llevaba aquella ansia que no quiere conocer, sino devorar, aquella sed de preguntas que no quieren respuesta, aquella mirada que todo lo observa, pero nada retiene. Cuando una maldita mañana de verano salí del barrio, estaba escrito que sucedería lo que tenía que pasar. Iba solo: respiré los aires cargados de la calle y me adentré con paso incauto e aquella ciudad de perversión.

En los mercados reinaba una gran agitación. Todo el mundo renegaba del divino Andrónico. Su reino estaba en completo desorden... y se había visto forzado a alquilar mercenarios para salvar el Imperio. El turco se encontraba al otro lado del Bósforo y, en cualquier momento..., podía caer sobre la ciudad. Sólo los ejércitos latinos podían evitarlo: antiguamente, pisanos y genoveses habían sido socios de Bizancio... pero entonces quienes mandaban ya eran otros. Un almirante de Aragón, de nombre Roger de Flor..., tenía Constantinopla a sus pies. Había desplegado sus guerreros a diestro y siniestro... y el emperador lo había honrado con títulos y una esposa de la alta nobleza.

Supe que los catalanes se reunirían aquel atardecer... ante el fabuloso castillo de Blanquerna. Decidí dejarme caer... y a un tiempo probar suerte, porque las mesnadas siempre necesitaban brazos para cargar bultos. Pronto di con unos peones aragoneses que se dirigían al campamento. Nos entendimos a fuerza de señas, y creo que les caí en gracia, porque se reían sin parar. Eran soldados de baja estofa. Se llamaban almogávares y, por todo uniforme..., vestían una malla de perpunte y cueros... de las que colgaban bolsas con piedras, espadas y mazas. Habían nacido en las montañas hispánicas... donde la gente crecía ruda y malhablada.

Me dejé impresionar por hombres tan bregados y, olvidando el trabajo, me sumé a ellos. Pasamos bajo unos arcos altos y delgados, que llevaban agua a la ciudad... y, después de mucho caminar, llegamos al campo de Blanquerna. Miles de almogávares aguardaban, tumbados en tierra..., las órdenes de sus superiores. De pronto, nos llegó un griterío... y unos chillidos de muerte, como cuando desuellan animales. Un caballero catalán... entró al galope en aquel campo, anunció que habían matado al noble Roger... y la plaza se encendió. En un abrir y cerrar de ojos, las huestes se desplegaron a los cuatro vientos. Seguí a uno de los pelotones... no fuera que me tomasen por griego.

Los almogávares reventaban las puertas y... casa por casa, mataban a la gente. Degollaban a hombres, viejos y niños... violaban a las mujeres, después las abrían en canal y se llevaban, además, todo el oro que encontraban. Me tentó la locura de aquellos hombres... nunca había tenido tanta riqueza a mi alcance... ni tantas doncellas disponibles. Al principio tuve miedo, sí; después ya no. ¡Qué poco tardé en

deshonrar a mis padres, a la noble raza de Aram y a siglos y siglos de obediencia al Señor! Porque tenía ojos... pero estaba ciego, Jafudá: ya te digo, estaba ciego y no veía lo que hacía... me había manchado las manos de sangre y había perdido la razón.

Entonces aparecieron los soldados del emperador y pasaron a cuchillo a los almogávares. «Quien mal anda, mal acaba», afirman los sabios. También yo debía morir ese día. Pero hablé en griego y me salvé. Les dije que los de Aragón me habían forzado a unirme a ellos a cambio de mi vida. Los soldados me llevaron preso, y no me dejaron salir durante siete días y siete noches. Hasta que llegó su capitán y, sin preguntarme nada, me envió a galeras. Así eran las cosas en aquella ciudad insensata, donde nadie amaba a nadie y no existía hombre que obrara con rectitud.

En ningún momento, Jafudá, opuse resistencia. Ni cuando me desnudaron, encadenaron y pusieron la argolla al cuello... ni cuando el médico dijo que era un cuerpo sano y me dio una blusa y unas calzas... ni cuando me embarcaron para cumplir la condena. Semanas y meses estuve en alta mar... esposado al remo que debía ser mi único amigo, mi único amor y mi único futuro. Añoré a mis padres, mi Cilicia natal e incluso mi Constantinopla de perdición.

Cuántas veces escuché la voz del Señor, que me llamaba como lo hizo con Caín el fratricida... «¿Dónde estás?», me preguntaba la voz que yo no deseaba reconocer y a la que no quería responder, «¿Adónde vas?», oía, y yo únicamente remaba y maldecía lo más sagrado, porque no amaba la vida, ni creía en la bondad. Tan sólo quería terminar la condena, llegar a tierra y hacer más daño del que me estaba haciendo a mí. Llegué a odiar mi remo, mi banco y la maldad de mis captores. Diría que el odio... un sentimiento más poderoso que el amor o el honor... se convirtió en mi aliado.

La mayoría de los remeros eran cautivos como yo. Nos pasábamos el día blasfemando y dudando de que Dios fuera justo con nosotros. ¿De veras habíamos pecado tanto, para merecer semejante condena? ¿Qué justicia del cielo era aquella, que nos había traído al mundo para sufrir? ¿Qué gran poder podía ser tan arbitrario con los poderosos y el pueblo llano, que sólo castigaba a los humildes? Delante tenía un ladrón que, como único delito..., había robado gallinas en el bazar de la ciudad de Jafa. Detrás remaba un moro blasfemo... que llevaba cinco años de galeote y murió de agotamiento. Lo cambiaron por otro, un joven esclavo de Alepo, que cumplía la pena... en lugar de su señor... un mercader acusado de usura, suficientemente rico para escapar del castigo.

He perdido la cuenta de los años que pasé en aquella nave. Puede que fueran seis o siete... o quizá ocho. Lo que puedo decirte, Jafudá, es que un buen día, en la playa de Beirut... me soltaron. Estaba muy cerca de Al-leás, y decidí regresar a los parajes de mi infancia. Quería viajar atrás en el tiempo... Sin saberlo, necesitaba respirar los aires libres e inocentes de mi niñez.

No sé cuánta gente ha tenido la extraña sensación... de descubrir su ciudad natal

de mayor. Te puedo asegurar, Jafudá, que no es algo ni bueno ni malo... pero pone los pelos de punta. Me pareció reconocer el puerto, con las aguas que lamían las casas enjalbegadas... y los muros de defensa, que separaban la fragancia de los huertos de las hediondas callejuelas de la ciudad... o los montes de Siria, monstruos negros que cerraban la bahía hacia levante. No podía fiarme de mis recuerdos... pues había abandonado aquel lugar en mi infancia. Pero allí la tenía, delante de mí... mi ciudad.

La crispación que padecía Al-leás ahuyentó de mí toda melancolía. Se conoce que... al decaer la prosperidad del lugar... se había convertido en refugio de descontentos. El rey y los dinastas se habían sometido a la iglesia de Roma, pidiendo la protección de los latinos... a quienes allí se conocía por francos. La noble raza de Aram trocaba honor y antiguas glorias por cuatro ballestas y un puñado de espadas. Los griegos se habían sublevado... y querían acogerse al patriarcado de Constantinopla.

Sin embargo, ése no era más que uno de tantos infortunios: tampoco se tenían por bien pagados los jacobitas, los nestorianos, los sirios y los maronitas. Aquellas tierras de viejos cristianos, donde había nacido el apóstol san Pablo, eran el lugar del mundo donde más división y disputas se daban entre los seguidores del Evangelio... Los hebreos también protestaban... porque el comercio menguaba y perdían privilegios día a día. Y los sarracenos locales conspiraban... para abrir las puertas al turco o a los mamelucos, que estaban muy cerca. Toda la ciudad era un muladar de litigios y animosidades... donde reinaba gran confusión y no existían ni la paz ni el orden.

En medio de aquel barullo descubrí los placeres que jamás había disfrutado. No era rico, ni poderoso... pero entendía las diferentes lenguas, estaba avezado a los conflictos, era un hombre libre... y un mozo avisado. Sin oficio alguno... sabía un poco de todo... de modo que comencé a trabajar en los pelotones del cónsul del imperio griego. Hacía cualquier cosa: protegía mercaderes... reprendía a patronos de barco... y cobraba los tributos de los productos más codiciados... con los que aún se trajinaba en aquel enmarañado puerto... Ayudé a extorsionar, intimidar y castigar. Conocí gente de mal nombre y supuesto renombre, y mujeres de nombre público. No puedo decir que viviera apesadumbrado... ya que por primera vez la vida me sonreía en las cosas más necesarias.

Tampoco puedo decirte, Jafudá, que fuera dichoso... porque no sabía adónde iba ni de dónde venía. Obraba sin grandes razones: tenía prisa por disfrutar de lo que nunca había tenido y, cuando lo alcanzaba, lo despreciaba y buscaba algo nuevo. De ese modo iba tirando y, aunque preguntaba por mis padres a cada bizantino con que topaba, nada esperaba. Quería olvidar las miserias del pasado y nada deseaba saber de las luces del futuro, en las que me negaba a creer. Ya te digo que los que ven no creerán, y los que no ven creerán. Me sentía joven, fuerte y libre, pero no creía en nada. Hasta que sucedió lo que hubo de mudar mi rumbo: y apareció el hombre que

me conduciría a una nueva vida... el sabio Aitón de Gorigós.

—¿Aitón el armenio? ¿El verdadero Aitón?

—Sí, hijo —suspiró Betros—. Pero dejemos ahora de hablar de mis miserias, que deben de fatigarte... y también a mí me cansan.

Al cabo de un momento de silencio, Betros se durmió, como si hubiera quitado un gran peso de encima. Yo, en cambio, pasé la noche dando vueltas en el jergón. Debía hablar con maese Cresques y transmitirle con fidelidad aquel relato. Mi padre sabría comprobar qué había de cierto en las palabras de nuestro singular sirviente. Realmente, no parecía Betros un personaje demasiado aficionado a las fabulaciones. Pero quería contrastarlo. Al rayar el alba, bajé al taller y esperé a mi padre.

Cresques apareció al cabo de poco, y advirtió enseguida mi agitación. Me mandó sentar, preparó una tisana de hierba valeriana, me acercó una taza y se dispuso a escuchar la historia de mi compañero de aposento. En ningún momento mudó el semblante. Me atendía sereno, se rizaba los pelos de la canosa barba y no preguntaba. Cuando acabé, respiró hondo y clavó la vista en mí.

—Jafudá, ese hombre es un enorme quebradero de cabeza y, al mismo tiempo, una gran bendición.

—¿Qué queréis decir? ¿Un gran quebradero de cabeza?

Yo intuía la fabulosa ayuda que podía prestarnos nuestro cautivo en caso de que hubiera conocido al autor de *La Flor de las Historias de Oriente*. Sus indicaciones quizá cubrieran los vacíos de nuestros mapamundis, de aquellas obras que yo amaba con delirio antes de terminarlas y años antes de que me robasen una de la manera más absurda. Pero, más allá de las incomodidades que suponía la convalecencia de un anciano, no adivinaba qué problema podía causarnos. Mi padre me lo aclaró enseguida.

—Hijo, no tengo ningún motivo para dudar de la crónica de Betros. Parece un hombre honesto y, además, lo que dice coincide con las desgracias que sucedieron en las tierras de Oriente cuando él era muchacho. Si su relato es cierto, y yo diría que lo es, nació y fue bautizado en la Pequeña Armenia. Lo cual significa —dibujó parsimoniosamente la señal de la cruz en el aire—... que tenemos bajo nuestro techo a un esclavo cristiano.

Que mi padre fuera Familiar del Rey era una cosa: que poseyera cristianos, otra bien distinta. Los privilegios le permitían comprar a quien fuere. Pero ni el pueblo llano ni nuestros vecinos de la Judería sabían de leyes escritas. Y, en caso de conflicto, la Casa Real no nos defendería de las iras del pueblo. Bastantes sarracenos y turcos había en Mallorca para adquirir, precisamente, un cristiano. No teníamos, pues, más opción que deshacernos de él. Debíamos manumitir a Betros.

—Pero, maestro, no podemos dejado escapar como si tal cosa —protesté, y topé con la mirada severa de mi padre. Me levanté y me acerqué a uno de los atlas, a

medio terminar sobre la mesa—... ¿Y si le sacamos todo el jugo? Hoy mismo podríamos pedirle que nos explicara su relación con el ilustre Aitón, hasta agotarlo y, entonces... Entonces lo forzamos a que confiese dónde están las copias de la *Flor*, las memorias del gran erudito y... y, entonces, lo dejamos en libertad. ¡No podemos, padre, no podemos perderlo! ¿Y si conoce dónde está el libro que he deseado toda la vida?

—Yo mismo, Jafudá —observó con voz grave—, yo mismo he perseguido esa obra con grandes esfuerzos. He sacrificado mis mejores años. Pero no debemos buscar con el engaño lo que ha dado sentido a toda una vida de entereza. Hemos de admitir nuestro error y ofrecerle la libertad.

El parecer de mi padre era que un hombre tan mayor y tan bregado en los asuntos mundanos sólo podía ser útil si era respetado. A partir del respeto y la confianza, obtendríamos provecho de su presencia. Si lo confundíamos y lo embaucábamos desde el principio, sólo recibiríamos silencios y resentimiento. Su historia, naturalmente, nos interesaba: pero no podíamos tenerlo sometido por causa.

En primer lugar, debíamos darle la carta de libertad. Y luego, si así lo deseaba, lo visitaríamos y conversaríamos con él. Era preciso que nos lo ganáramos poco a poco, como quien cultiva un jardín... y espera a que florezca. Torcí el gesto, y Cresques me ofreció un pacto. Como mucho, podíamos pasar por alto las normas y ordenanzas de fuera: pero, de puertas adentro, teníamos que respetar los derechos de cada uno. El hombre se quedaría si ésa era su voluntad, y sólo si lo era. En privado, le concederíamos la libertad. Y, cuando le apeteciera, podría partir sin ninguna limitación. Asentí, convencido sólo a medias, y subimos a visitarlo al aposento.

Betros yacía inmóvil. Por un momento pensé que nos había dejado por un mundo donde no existían amos ni esclavos. Su aliento, seco y pesado, disipó mis temores. Nos acercamos al borde del lecho y le expusimos el problema. Se quedó mudo y, cuando habló, lo hizo con voz frágil.

—Ahora puedo creer, amigos, ya no necesito ver... ya he visto todo lo que podía dar me este mundo... Y no me queda más que legar mi testimonio a alguien antes de partir.

—¿Así pues, seguirás siendo nuestro? —Batí palmas y tropecé de nuevo con la severa mirada de Cresques—. Quiero decir que... que me llenaría de alegría si, si eso, si aceptases nuestra compañía.

—Sí, Jafudá —dijo, sin mover los labios—, sois buena gente, y no tengo otro lugar donde caerme muerto... Pero os dejaré cuando haya acabado mi relato... Cuando todo esté dicho y recogido, quiero que entendáis... que emprenderé el vuelo en solitario.

Le tomé las manos, frías y delgadas, y le agradecí su decisión. El honor sería nuestro. Y que no se le ocurriese expirar de pronto porque, si tener un cautivo bautizado en casa era un peligro, tener un cristiano difunto era aún peor. Además, lo necesitábamos para saber de Aitón el armenio, y de él, y de tierras que nunca

habíamos pisado... Padre me mandó callar, y me arrastró hacia la puerta. Ya tendría tiempo para escuchado. El hombre necesitaba reposo y que nadie lo molestara. La prisa no era amiga de la ciencia.

—¿Qué ciencia?

Era la voz de Samuel, que surgía de entre las sombras del corredor. Había estado espionando nuestros movimientos y puede que nuestras palabras. Cresques se entretuvo contestándole con evasivas, pero yo me fui escaleras abajo. No sería fácil, pensé, guardar secretos con aquel moscón en casa.

A partir de aquel momento, renuncié a conversar con Betros estando Samuel presente. Cuando el anciano mejoró, acudió a menudo al taller; pero yo no le hacía ni una sola pregunta. Creo que Betros se daba cuenta y actuaba con complicidad, porque mudaba el semblante cuando aparecía el muchacho, y pasaba a hablar de nimiedades. Padre y yo agachábamos la cabeza y reemprendíamos nuestras ocupaciones. Trabajo no faltaba, porque el tiempo volaba y debíamos terminar los encargos. Los dos atlas iban tomando cuerpo: daba alegría vedas a punto de ser encuadernados: aún con muchas lagunas y espacios en blanco, tenían ya la apariencia de obras maestras.

Había que hojear con atención los volúmenes para apreciar las notables diferencias entre las dos versiones. Si bien las riberas del Mediterráneo no habían suscitado duda alguna y, por tanto, eran similares en ambos atlas, el resto del mundo ofrecía costas, ciudades y leyendas que provocaban divisiones. En el Atlas Real, las inscripciones y miniaturas aparecían espaciadas, porque habíamos conservado tan sólo aquellas iluminaciones que creíamos solventes. Era una auténtica cartografía de realidades.

En el Furtivo, además de los datos fiables, habíamos incorporado grandes novedades, tierras desconocidas y suposiciones. En margen de una de las hojas, Samuel había escrito: «Si la página lo hubiera permitido, esta isla sería tres veces mayor». Dudamos si borrar o no una expresión tan frívola, pero, bien pensado, en aquel despliegue de incertidumbres, quizá valía la pena conservarla como muestra de humildad: condensar el mundo en una sola carta, por magnífica que fuera, era imposible. Si hubiera sabido entonces que, al cabo de los años, aquel bastardo secuestraría el legajo, habría quemado toda la página.

La factura de ambos libros era idéntica. Cada uno de los legajos se componía de siete tablas de madera de un palmo por dos y medio, que servían de base a los pergaminos. La primera y la última tabla, las que se veían al abrir las cubiertas, llevaban adherida una lámina simple. En la de apertura se explicaba el propósito de la obra y la configuración de la Tierra, y en la lámina de cierre se mencionaban los ciclos lunares, las mareas y los itinerarios de las estrellas. Entre ambas planchas se hallaba el grueso del trabajo, en cinco dobles láminas de vitela que servían de bisagras, puesto que estaban encoladas en tablas diferentes.

Pasado el primer folio, en la doble página siguiente aparecía dibujado un gran círculo, donde se enumeraban las cuatro estaciones, los movimientos del Sol, los

meses y los días. Servía para conocer si un día del siglo siguiente, o de cualquier época pasada o futuro, caía en martes, jueves o sábado. Asimismo, podía saberse la posición de los planetas, las principales estrellas y la Luna en aquel preciso día. A partir de la segunda doble página, comenzaban los mapas del mundo occidental, con una rosa de los vientos ornamentada y cuatro cartas dobles que cubrían todas las tierras orientales, con los treinta y dos rumbos entrecruzándose. El conjunto era hermoso, pues habíamos utilizado nueve colores, dorados y plateados aparte.

Me angustiaba ver que el trabajo avanzaba sin que pudiéramos incorporarle todos los secretos que Betros parecía esconder. Maese Cresques, que tenía buen ojo para los informadores, adivinaba que nuestro armenio debía de ser una caja de sorpresas. Aun así, me rogaba que fuera prudente. Aseguraba que la prisa y la impaciencia eran enemigas del conocimiento. La delicada salud del invitado y las prevenciones para con Samuel impidieron que Betros recuperara el hilo de la historia hasta tres o cuatro semanas más tarde.

No, no estaba exaltado... En Cilicia los desórdenes se multiplicaban; los negocios resultaban más difíciles cada día... mis costumbres eran más y más disipadas; y no tenía noticias acerca de la suerte que habían corrido mis padres. Era libre y joven, sí; me acostaba con mujeres, sí, algunas muy bellas; y tenía lo que deseaba, pero aún así no era feliz. Visité a muchas familias de la ciudad... de entre las más antiguas y conocidas... Nadie podía o quería recordar al viejo Betros, al arriero desertor.

Finalmente, encontré a un hombre de buen corazón... un herrero que trabajaba cerca del mercado y era conocido como Grigor. Cuando entré en su obrador, recuerdo, golpeó dos veces el yunque. Le pregunté por qué lo hacía, y me dijo que los herreros tenían aquella costumbre. Servía para ahuyentar el alma de un antiguo déspota armenio que había infringido grandes males al pueblo... Los sabios lo habían maldecido diciéndole: «Que los demonios te arrastren a la cima más alta del Ararat, te encadenen y jamás vuelvas a ver la luz...». De aquello hacía mucho, quizá siglos... pero los herreros, por si acaso, aún golpeaban sus yunques y reforzaban las cerraduras.

Le rogué a Grigor que me contara otras historias de armenios... así lo hizo, pues conocía muchas y muy graciosas. Le pregunté admirado si lo sabía todo acerca de los días y las gentes que habían pasado por la ciudad de Al-leás. Aproveché para interrogarle sobre la suerte de mis padres. Contestó que por supuesto, había conocido a Betros el arriero... él mismo le había herrado el asno en muchas ocasiones. Mi padre, mi madre, el asno... y se acordaba de mí, el pequeño Betros, a pesar de que no me hubiera reconocido hasta aquel momento. No le extrañaba en absoluto que nadie quisiera ayudarme; quienes partían de Cilicia eran condenados al olvido, como cuando el padre Adán salió del paraíso. Así eran... el rencor y el

natural fariseo de los armenios.

El herrero... me invitó a su casa... y allí me presentó su mujer y a una hija casadera. Me contó que mis padres... habían regresado de Constantinopla... haría unos cinco años. Vestían con andrajos y lo habían perdido todo, incluso el hijo que se habían llevado de viaje... Alguien hizo correr la voz... de que habían vendido a su pequeño a un noble latino... y todos les dieron la espalda. Ya era grave abandonar la propia tierra... pero comerciar con un hijo era... a ojos de los armenios, quienes a menudo hacían cosas peores... un pecado imperdonable. Carente de comprensión, pues, y con el temor cierto... de morir de hambre, mis progenitores habían partido. Emprendieron los caminos de Oriente... con un viajero provenzal que estaba de paso por Al-leás. Eso era todo lo que podía decirme sobre mis padres.

Las revelaciones de Grigor me llevaron a incubar... un gran desprecio por mis vecinos. Habían negado, Jafudá, el pan y la sal a mis desdichados padres. Pensé en irme de allí... y lo habría hecho de no haber forjado una buena amistad con el herrero... y con la hija del herrero. La joven Mariam, que así se llamaba... era una moza virgen, alegre y devota. Fue ella quien se prestó a descubrir... durante los meses que siguieron, con quién habían partido mis progenitores... y hacia adónde habían viajado. Supimos que el anciano Betros y mi madre... se habían unido a la caravana del noble Hugo, señor de Arlés. Iban tras la Ruta de la Seda, claro; se decía que habían pasado a Transcaucasia... y más tarde a Trabiz y a Ispahán. En la inmensidad de Persia se perdía el rastro del grupo... lo cierto es que nunca regresaron a la Pequeña Armenia.

Un buen día de primavera contraí matrimonio con la hermosa Mariam. Nos casamos... según el rito armenio, en una pequeña ermita. Sólo la familia del herrero y los hombres del cónsul bizantino... nos honraron con su presencia. Grigor insistió en lanzar pasas y almendras sobre el tálamo... en recuerdo de aquel santo, dijo, que había robado las perlas de la malvada reina Semíramis. Consagrada la unión, nos despedimos... de familiares y amigos, con mayor desconsuelo por su parte que por la nuestra... y partimos hacia Ispahán, a muchos meses de camino.

Ispahán era una ciudad generosa. En sus anchas vías se respiraba el perfume de los huertos. La atravesaba el río de la vida... aquel que nunca llega al mar... exactamente como si sólo existiera para alimentar Ispahán. El pequeño Tigran nació allí, y creció feliz entre persas, armenios e israelitas... y yo, cuando hube aprendido la lengua de aquella tierra, me puse a trabajar en el bazar de los arrieros. Ayudaba a los comerciantes francos... que se detenían en la ciudad... Aunque eran pocos, traían grandes riquezas y productos de valor.

Un buen día, en el Puente del Rey, que une el lado armenio y el zoco persa, me encontré con un monje armenio. Lo saludé en nuestra lengua. Conversamos y acabé contándole nuestras peripecias. El religioso me reveló que... unos años antes... se había hospedado en su convento una pareja armenia muy pobre. Puede que fuesen mis padres, sí, pero no recordaba sus nombres. Las experiencias que le habían

contado coincidían con las que yo le refería... Y era cierto que habían llegado con la expedición de un tal Hugo de Provenza.

El padre armenio me invitó a beber vino en su abadía... un vino que ellos mismos fabricaban, de los mejores de Persia. Acepté el ofrecimiento... no sé si por las revelaciones o por la bebida... que no era habitual en tierra de infieles. Me llevó hasta la bodega y llamó a algunos monjes más. Probé su vino dulce... parecido a un moscatel que, a buen seguro, poseía virtudes celestiales. Él y sus compañeros... me contaron que la pareja se separó del señor de Arlés. Parecía que el noble Hugo quería continuar la travesía... hasta Catay... y también más allá de la isla de Cipango. Había oído hablar de tierras... ricas como había pocas, al extremo de las Indias Orientales. Aseguraba que, vistas aquellas tierras, podrían volver por mar al reino franco... pues todas las aguas del mundo se comunicaban, ¡como si la Tierra fuera una pelota sin principio ni fin!

¿Qué de dónde había sacado el provenzal aquella fantasía?... Pues no lo sé, Jafudá... no puedo saberlo. Tan sólo acepté que la pareja... si realmente eran mis padres... había obrado santamente separándose de aquel trotamundos chiflado que los conducía a una perdición segura. Y pedí a los frailotes que no me sirvieran más vino, porque empezaba a sentir que estaba fuera de mí... y la cabeza me daba vueltas de tantas tonterías que escuchaba... Les pregunté que había ocurrido... con el matrimonio armenio. Me respondieron que habían dado media vuelta hacia el desierto sarraceno... ansiosos por morir en Cilicia. Nada más sabían, así que me levanté y, tras su bendición, volví con mi esposa y el pequeño Tigran. Al día siguiente emprendimos el viaje de regreso.

No habían transcurrido ni diez jornadas cuando, cruzando la alta y gran llanura de Media, notamos que la tierra temblaba bajo nuestros pies. En la lejanía, avistamos una gran polvareda... que tapaba la línea del horizonte. Eran las hordas turcomanas, de las que tanto se hablaba y que arrasaban cualquier señal de vida a su paso. Corrimos tratando de escondernos... pero la planicie no ofrecía ni un matorral... ni un agujero donde ocultar nuestra presencia. Cuando los tuvimos delante, nos arrodillamos... pidiendo clemencia, pero los jinetes... nos cayeron encima como el mismo diablo. Recibí un fuerte golpe en el rostro... y perdí el mundo de vista.

Me desperté dolorido. Todo estaba oscuro, pero el sol me quemaba. Abrí los ojos y no vi nada. Grité el nombre de Mariam y, luego, el del pequeño Tigran; grité otra vez y muchas más. Sólo me contestaba el roce del viento en la tierra. La luz se había apagado y parecía que la vida también. Me levanté y tropecé con un cuerpo... Era mi esposa, sin vida y con las vestiduras rasgadas. Entre sus brazos, el pequeño Tigran también estaba muerto.

Los enterré como pude... debajo de unas piedras... y deambulé solo, lamentando no haber muerto con ellos. Quise encontrar a mi familia perdida... y perdí la única familia que había encontrado. Primero tuve cerca la gloria y las riquezas; luego

alcancé el amor humano... y al final sólo encontré miseria y soledad. Había corrido mucho, visto bellezas como pocos hombres han podido admirar... contemplado un día tras otro la alegría en el rostro de mi mujer y mi hijo. ¿Y qué obtuve? Tan sólo una gran oscuridad. Renegué del Señor en voz alta.

Dicen las escrituras: «Aquellos que ven no creerán y aquellos que no ven creerán y vivirán». Es bien cierto, pero entonces no lo sabía. Estaba más perdido que nunca. Me asustaba vivir y me resistía a creer en nada. No imaginaba que mi alma... pronto se abriría a la más esplendorosa de las luces. Cuando oí tronar, me pareció que la tierra lloraba y el aire se lamentaba. Empezaba a percibir cosas que jamás había notado. Y, antes de saber qué ocurría, las piernas me fallaron. Si el buen Aitón no me hubiera recogido allí mismo, en la llanura de Media... y no me hubiera llevado hasta la ciudad de Juermanshah, tal vez nunca habría vivido de veras.

Había llegado de nuevo la peste; quizá por ello comprendí mejor que antes la miseria humana. Se había producido la revuelta de los esclavos; a continuación, los grandes aguaceros que echaron a perder la cosecha; y para acabado de arreglar, tuvimos que enfrentarnos a la hambruna. Por primera vez en la vida, veía el pánico, la muerte y el odio a las puertas de casa. Era cierto, sin embargo, que aquellos males no habían entrado en nuestro hogar, y mal que bien arrostrábamos la escasez. Pero había comprobado la maldad en los rostros de la gente, y también el abatimiento, callado y resignado, de aquellos que habían perdido toda esperanza. Pensé que la tristeza de Betros no era la de los viejos. Debía de ser más bien la de los que han envejecido con la desgracia por compañera.

Otro hecho me ayudó a compartir la antigua desgracia de Betros. Cuando niño, había probado el cariño de hijo, o de hermano... un sentimiento puro y noble, lleno de inocencia. Quería a mis padres, a Isaac y Astrugona, sin dudarlo, con la obediencia y admiración que me merecían los mayores. La muerte de Isaac había sido un golpe para mí, y podía suponer qué significaba perder un lazo de sangre. La condición de huérfano, a pesar de mis diferencias con Samuel, me despertaba una fuerte simpatía. La angustiada búsqueda de los padres que relataba Betros me conmovía.

Quizá la idea de perder mujer e hijo no me hubiera afectado tanto si, precisamente en aquellos días, no hubiera conocido el amor. Mientras Betros me contaba su boda y las desventuras junto a Mariam y el pequeño en tierras de Oriente, yo ardía por dentro merced a una mujer que me había robado el corazón. No ha llegado aún el momento de confesar los hechos que acompañaron mi pasión. Sólo puedo decir que comprendía el dolor de aquel hombre, quien un buen día había elegido ofrecer su devoción a una mujer, quiso tenerla siempre a su lado... y la condujo a una muerte innoble.

Si yo hubiera estado en aquella llanura de Media, pensaba, rodeado de unos cuerpos que nunca habría querido ver muertos; ante mí, violentado y descuartizado,

el vientre más amado; palpando la tierra a ciegas... si yo me hubiera encontrado en el lugar de Betros, digo, no habría tenido coraje para seguir vivo. Me habría abierto la cabeza con un pedrusco, o utilizado la túnica para ahorcarme en un árbol, o me habría reventado el pecho con una vara.

Creía de veras que Betros era un hombre admirable. Durante años, cargó el peso de su arrepentimiento sobre sus espaldas. Escogió una mujer, joven y bella, porque quería hacerla feliz; se la llevó a correr mundo porque quería venerada y honrada siempre en todo lugar; y, al fin, la condujo a un infierno en vida. Engendró un hijo y luego lo perdió. Nada de aquello habría ocurrido de no haber sido un hombre apasionado: por sus desconocidos padres, pero sobre todo por la mujer y el hijo. Eligió el camino más difícil, el del amor devoto. ¿Por qué se casó? ¿Por qué no dejó a su esposa con su familia en Al-leás? ¿Por qué concibió y crió un vástago en medio de Persia?

La historia de Betros se parecía en algunas cosas a la de mi abuelo Vidal. Bien, quizá en una sola, la principal: un gran amor lo condujo a la ruina. No por culpa de su mujer, ejemplo de gracia y sacrificio, sino por la fuerza misma de la pasión que lo embargaba. Me preguntaba, apenas iniciado en el amor, si no acabaría escogiendo el camino de aquellos dos hombres, tan afortunados y tan desgraciados a un tiempo. Bien es verdad que yo aprendía a vivir, y nacía en mí una persona diferente. No fue casual que en aquellos agitados días aparecieran las primeras desavenencias con mi padre.

Hasta entonces, como hijo obediente y aprendiz devoto, había recogido en los mapas las menciones sobre la mitología judaica que mi padre me indicaba. Admitía que era preciso hacer ciertas concesiones a nuestro orgullo de pueblo y, en esos casos, no me obstiné en defender la pureza del conocimiento. En lo que no estaba dispuesto a agachar la cabeza y callar era en la reseña de las fabulaciones populares sin fundamento y sin licencia alguna de la tradición. Un montón de miniaturas, que habríamos resuelto en un par de horas, resultaron ser la fuente de largas y fuertes discrepancias. Un puñado de iluminaciones se mantuvo, desgraciadamente, en el Atlas Real: y algunas pasaron al Atlas Furtivo, como debía ser.

El paraíso terrenal, donde brotaban las fuentes del Nilo y de otros ríos de Libia, fue borrado de su pretendida ubicación en las Montañas de la Luna y pasó al segundo libro. La maravillosa isla de las siete ciudades, o Antilla, fue suprimida. La Atlántida fue excluida ya que, si alguna vez había existido, debía de haberse hundido bajo las aguas. Grifones, mitad águila y mitad león; cíclopes, hormigas de tres palmos; simios lobos, esfinges y otros monstruos ayudaron a decorar el Atlas Furtivo. Pero en el mapa real quedaron muchas referencias dudosas, demasiadas para mi gusto. Cansado de razonar, o cediendo a la autoridad paterna, permití que constaran multitud de pequeños caprichos de Cresques.

En los mares orientales nadaban las sirenas, hembras con cola de pez que encantaban a los navegantes. Las islas del Brasil y de Brandán, sitas en medio de los

océanos, quizá existieran; pero si alguien había llegado hasta ellas, jamás regresó. El archipiélago de Hivernia, en los márgenes septentrionales del mundo, podía ser fruto de la imaginación, y los pájaros que crecían en las ramas de los árboles a buen seguro se debían a ella. La gélida tierra de Arcania, medio año con sol y otro medio a oscuras, decididamente no existía: como tampoco el Ave Fénix de Arabia, el Viejo de la Montaña, los gigantes de Trapobana que comían hombres, los enanos de cinco palmos del Gobi y otros seres legendarios. Sin embargo, todas esas criaturas y tierras fueron incluidas como auténticas.

Admito que la fantasía era inevitable. Los mortales somos como hormigas dentro de un establo, incapaces de ver el mundo en su conjunto; en cada estercolero vemos un infierno, en cada abrevadero un paraíso y en cada oveja una aberración de la naturaleza. Sin embargo, sospechaba que la labor del maestro de cartas era dibujar las cosas vistas desde arriba, ordenar sólidos y líquidos y, sin compararse a Dios, estudiar las realidades de la creación. En alguna medida, semejante visión del oficio ya me separaba, a mis quince años, de mi padre y mentor. Hice ver a Cresques que, puestos a ser devotos, debíamos creer que el Señor había engendrado todos los animales y las gentes del mundo. Suponer que nuestro Padre alumbraba seres malignos y deformes fa responsabilizarlo de nuestras pesadillas.

—¿Tú no escuchas a Betros, verdad que no, hijo?

—Lo hago siempre que puedo, maestro, pero me ha contado poco, todavía, del mundo. Habla de las tierras y las ciudades —refunfuñé—... como quien habla de criaturas vivientes. Y dedica grandes elogios al fraile Aitón, el sabio armenio, pero no me ha dicho nada de sus trabajos. Betros es un hombre como pocos, curtido y bondadoso... lo que no sé es si nos ayudará mucho en confección del atlas. Además, no cree en las verdades de la ciencia: cuando se pregunta si los mares del mundo se comunican entre ellos, ¡lo hace para burlarse!

Cresques dejó el pincel y se rascó la barba, como hacía siempre que me iba a aleccionar.

—¿Y cuál es la verdad, Jafudá? ¿La de aquel que ha anotado y descrito mil partes del mundo, como Marco Polo, o la de quien ha amado a la gente y a la tierra?

—No lo sé, padre mío. Ya no sé qué debo creer. Si hago caso a nuestro invitado, la experiencia y la fe están reñidas. Pero siempre habéis dicho que un hombre no debe creer en supersticiones...

—Son cuestiones distintas, Jafudá. Una cosa es pensar que todo lo que hacemos, vemos y decimos tiene una finalidad y conlleva un sentimiento. Otra cosa es inventar fábulas para suplir la fe que no tenemos.

Mi padre me dejó más confuso aún. Presentía que empezábamos a hablar lenguajes diferentes. Pero asentí, dispuesto a seguirle el juego. Tenía prisa por completar el atlas. Y todavía tenía que escuchar un montón de detalles del buen Betros, que un día u otro debían conducirme a Aitón y a su *Flor de las Historias*. No era que quisiera deshacerme de la compañía del anciano huésped: antes al contrario,

cada día que pasaba quería que permaneciera más tiempo a nuestro lado. Que sus experiencias no me parecieran útiles para el oficio no suponía, de ninguna manera, que no lo quisiera como al abuelo que jamás tuve. Cuanto más lo apreciaba, mejor comprendía que algún día deberíamos restituirle públicamente su libertad. Tenía prisa, pues, por saber adónde conducía aquella historia que, según Cresques, tanto nos ayudaría a confeccionar los atlas. Al cabo de unas semanas, recogí otras experiencias.

Dios no quiso... que mi alma se elevase hacia Él, porque me tenía reservada una misión. No veo otra razón para explicarme lo que sucedió durante aquellos años. En la gran llanura de Media, por la noche, los lobos... ni se me acercaron. La caravana de Aitón de Gorigós hubiera podido pasar unas leguas más allá... pero lo hizo justo por donde me hallaba, empapado en lluvia y barro. Y fue él, y no otro, quien me recogió y me confió al rayar el alba a unos sacerdotes persas.

Cuando recobré el conocimiento, los religiosos me dijeron que me dejaban para irse a cumplir con su más importante labor: alimentar una pequeña llama en su templo. Era buena gente, adoradores del fuego, que vestían de blanco... y hablaban una lengua muy antigua. Al volver, me dieron verduras y huevos, pero no así carne... porque no la comían nunca. Me restablecí en pocos días... curé de todo salvo de los ojos, que no he vuelto a abrir desde entonces. Les pregunté quién era el hombre que me había encontrado. Me contaron que era un sabio muy piadoso, nacido en Cilicia, que partiría hacia su casa cuando se acercara la luna llena. Les rogué que me llevaran a él.

Así lo hicieron, y lo encontramos cuando ya recogía sus pertenencias para irse. El buen Aitón tenía una voz dulce y cálida, como la de tu padre... como la de los sabios. Le supliqué que me llevara a Al-leás, donde tenía que comunicarle a Grigor el herrero... mis desgracias y las de su hija. Aitón advirtió que era una travesía peligrosa, ya que debíamos pasar por tierras sirias, tomadas por los mamelucos, en guerra con los armenios. Finalmente, aceptó que lo acompañase hasta las montañas de poniente. Los adoradores del fuego celebraban allí un entierro... que no quería perderse. En la sierra... decidiría si yo estaba en condiciones de continuar. Así lo acordamos: me uní a la procesión... detrás del muerto... y de Aitón de Gorigós.

Al pie de una gran cumbre, los sacerdotes rezaron unas plegarias antes de ascender. Abajo quedaron los familiares y el sabio Aitón, que no debía ver qué hacían para no profanar sus costumbres. Yo, como era ciego, pude subir con ellos y con el muerto. Querían depositar el cuerpo en la cima... para que se lo comieran los buitres. Lo hacían desde siempre... me explicaron... para que la sagrada tierra no se mezclara con su cuerpo podrido. Cuando bajé, le conté a Aitón lo que había olfateado y oído: la carne quemada, los cánticos, el revolotear de los pájaros y el crujir de los huesos. El noble fraile se maravillaba de mi narración, y me pidió que

no lo dejase. Un ciego avisado, dijo, podía ayudarlo más que cien videntes necios.

Nos despedimos de los persas... y caminamos por tierras santas. No vi la bella ciudad de Nínive... patria del poderoso Nabucodonosor... ni la Babilonia de los jardines... ni el gran Tigris... ni la Caldea de Abraham. Tampoco vi con los ojos las riquezas de Bagdad, aunque me las creí. Los mil sonidos del mercado, el manar de las fuentes, el tintinear de los quincalleros y el roce de las sedas... todo lo imaginaba, más vivo y coloreado que si lo hubiera contemplado de veras. Y lo que no inventaba yo, me lo dibujaba Aitón con palabras... Y de ese modo advirtió que yo era el mejor alumno y maestro, porque lo obligaba a detallarlo todo mejor que en un libro.

En Bagdad... ¿cómo dices? No, Jafudá, no había ninguna princesa sarracena... Pero gente, y unos animales llamados camellos, sí. Los camellos, te lo aseguro, son unas mulas altas, con una gran joroba donde guardan el agua. Así pueden viajar días y semanas... sin beber ni comer. Doblan las rodillas como las personas, no como los caballos. Son mansos... hasta que se enfadan y, entonces, bramamos, muerden y dan coces. Monté en uno de esos animales... y fue como si navegara en un laúd; me caí en cuanto empezó a trotar. Aquello hizo reír mucho a los beduinos que me acompañaban; y después aún rieron más... porque durante la travesía caté las arenas muchas veces, sobre todo cuando me adormecía.

Pasado el Éufrates, paramos en Palmira, un oasis rodeado de antiguas columnas y muros sin techado. Aitón y yo paseamos por un barranco... repleto de antiguas tumbas. El viento levantaba polvo y tenía que taparme las orejas. De pronto intuí que el monje se había quedado atrás. Lo llamé, y volví a llamarlo... pero no contestó. Al poco noté que se acercaba por detrás y me cogía el brazo. Me alcanzó una madera, una especie de estaca plana... con unas inscripciones esgrafiadas. Le pregunté qué era y dijo que nada. Fuimos hacia los camellos y le rogué de nuevo que me dijera qué era lo que había encontrado.

Alarmado por su silencio, insistí. Por fin, me dijo: era el travesaño caído de una cruz armenia. Añadió que se refería a un armenio muerto en el desierto de Siria... cuando regresaba a su patria, de nombre Betros. Me quedé helado. Y así fue, Jafudá, como conocí el destino de mis padres. Puedes suponer... mi tristeza... al ver que todos los sacrificios... los míos y sobre todo los de la gente que amé... habían terminado en tan poco. Un trozo de madera perdido en las tierras yermas de Oriente. Años de ilusión... habían traído muerte y vacío. Guardé aquel pedazo de cruz... en mi camello, y dije a mi acompañante que el resto del día quería tan sólo escuchar el viento y los resoplidos de los camellos.

Más tarde, cerca de Damasco, unos lanceros mamelucos nos detuvieron y condujeron a la celda de un castillo. A solas con Aitón conversamos largo y tendido... Aislados en el calabozo, no podíamos hacer otra cosa que hablar... y era él quien tenía mucho que contar. Yo no sabía de letras, era un hombre sin imaginación ni grandes conocimientos. ¿Qué podía hacer aparte de escuchar? Aún

así, cuando yo le interrumpía, el buen Aitón callaba y prestaba atención... y después actuaba como si yo hubiera dicho la cosa más sabia del mundo. Yo no estaba acostumbrado a que se me escuchara, y me halagaba la atención de aquel gran hombre... aun sabiendo que yo no era de su clase. No se daba cuenta o no quería hacerlo, de mi baja condición, y compartía conmigo sus inquietudes... de forma franca y generosa.

Aitón de Gorigós me contó que siempre había querido estudiar el mundo. Hijo de un dinasta armenio, la familia le había negado aquel placer... hasta que fue suficientemente mayor e ingresó en un monasterio. Los sacerdotes armenios, decía, le habían enseñado dos cosas: a creer en la tradición... y a amar la creación del Señor en toda su grandeza. Quizá dirás que es precisamente lo que corresponde a un monje, y dirás bien... pero Aitón cultivaba tanto tales enseñanzas, y con tanta fuerza, que me las contagió. Conocí muchas cosas de la noble raza de Aram, por las que nunca me había interesado... Y, cuanto más aprendía, mayor era mi ansia de saber, como si quisiera desagraviarme de mi anterior ignorancia.

Fue Aitón quien me contó el nacimiento, los sufrimientos y las alegrías de mi gente. Fue él quien me habló de san Grigor... que se había retirado a una gruta para honrar a Dios, renunciando a las riquezas terrenales, y creó la iglesia de los armenios... Fue él quien me relató cómo el sabio Mesrop, orgulloso de nuestra antigua lengua, había dibujado determinados signos para que las escrituras pasaran de padres a hijos. Unos signos, Jafudá, que yo ya no podría entender nunca. Cuando veía, no me habían interesado. Y cuando empecé a creer ya no podía verlos.

Sin embargo, mi ceguera no me entristeció. Ya que sin ella no habría conocido al buen Aitón: y sin él no habría encontrado el sentido a las cosas del mundo. Mi pequeña mácula, Jafudá, fue mi mayor fortuna. Aitón de Gorigós me enseñó que, más que el oro o la carne, más que el vino o la miel, el placer más grande se encontraba en la contemplación de la creación. Con él comprendí la verdad, la verdad que sólo aprendemos cuando antes la hemos negado desde el fondo del alma.

Curiosamente, Aitón había viajado poco. «No, Betros... —me dijo—, el viaje es interior.» Ir de un lado a otro, repetía una y otra vez, era huir; la curiosidad por lo material podía embriagar tanto como el vino; y, en definitiva, era posible acabar como los grandes viajeros, que veían los árboles y no creían en el bosque.

¿Qué cómo podíamos ver el bosque entero? Pues escuchando... escuchando de veras, no sólo para recordar nombres y detalles... O comparando lo que decían unos y otros, para encontrar las verdaderas razones; y, sobre todo, buscando el sentido último de las cosas... cultivando la fe y comprendiendo que tras el universo existía una bondad inmensa. «No olvides —dijo— que todo lo debemos al Señor; como los astros deben la luz a la Luna, y la Luna al Sol, todos nos debemos a Dios.» Pensar así, Jafudá, le hacía feliz... y a mí también me lo hace hoy, al recordarlo.

Un buen día, no sé por qué, los mamelucos nos quitaron las cadenas... y nos dejaron libres. Pasamos la noche en Damasco y, al día siguiente, partimos muy

temprano hacia Cilicia. En pocas jornadas atravesamos los montes de Siria y nos plantamos en Al-leás. Allí, Aitón saludaba a todo el mundo: armenios, griegos,... francos o hebreos. Era un hombre respetado por toda la población, y algunos le dedicaban saludos muy serviles. Pero no fue al monasterio, ni a palacio alguno, no. Quiso acompañarme a casa del herrero, y se lo agradecí. Delante del taller de Grigor, nos enteramos de que, en mi ausencia, mis suegros habían muerto. Rompí a llorar.

Quizá Aitón se compadeció de mi pobre persona. Quizá no; quizá se atrevió a confesar lo que había estado pensando desde que me conoció. Lo cierto es que me invitó a quedarme con él. Le advertí que sería un estorbo... Era evidente, no sabía hacer nada, era ignorante y necio, y no merecía tal honor. Me mandó callar... tan sólo debía escuchar sus historias y basta, dijo. «Tú serás el oído que escucha y el corazón que comprende; yo los ojos que ven y la mano que escribe.» Formaríamos una buena pareja, concluyó. Y me tomó del brazo para conducirme hasta el convento.

Cuando me levanté, el sol ya estaba muy alto. Me puse la túnica y bajé al taller. Betros estaba allí, al lado de mi padre, sentado en un banco y recostado contra la pared. Contestaba sus preguntas. Me sumé a ellos y, gracias a que Samuel había desaparecido, adelantamos mucho. Setaddar nos trajo alubias cocidas. Sin dejar los mapas, continuamos hasta el atardecer. A medida que repasábamos las rutas de Oriente, nuestro huésped recordaba más y más detalles. Se sentaba con el bastón entre las piernas, y aclaraba las dudas que podía, que eran muchas.

—Veamos, Betros; de Buscara a Samarcanda, si nos encontramos más allá del Oxus, ¿cuántas leguas debe de haber?

—Pues no sé —respondía desde su rincón—... Dicen que allí la tierra es como un lago, ancha y llana... pero de buen pisar, claro... ¿Cuántas leguas se pueden cubrir, subido a un asno... en siete jornadas de camino llano?

—Te entiendo... pongamos unas veinte docenas.

A menudo, se hacía pasar por necio, sobre todo si entendía que así nos hacía gracia. Pues, aunque fuera ciego y no hubiera aprendido nunca a leer las cartas o el trazo de los mapas, le habíamos hablado de todo ello extensamente. Cuando le describíamos los folios del atlas, fruncía el ceño y se echaba hacia atrás. Entonces, simulando disgusto, nos regañaba siempre.

—¿Cómo podéis creer que los puntos son ciudades... y que las manchas son reinos? Ninguna carta del mundo, ningún color... puede explicar una comunidad.

—Hombre, Betros, no queremos explicar casi nada... Sólo nos interesa saber dónde están las ciudades y cómo se llega a ellas.

—Pues con esos garabatos... nadie os entenderá. ¿Cómo sabrán los viajeros que, para encontrar Ispahán... han de llegar a las montañas del fuego, que son como

torretas desnudas y, luego, preguntar por los minaretes que tiemblan... y, todavía, entre los olores del jardín, seguir la acequia hasta llegar al río de la vida?

No se podía discutir con él, porque tenía su razón. Las cartas que trazábamos no eran más que representaciones de la realidad y, demasiado a menudo, los brujuleros, encerrados en el taller, metidos de lleno en nuestro trabajo, confundíamos aquellos dibujos con la verdad misma. El mundo no podía embutirse en un mapa, como tampoco los pensamientos podían ser siempre transcritos fielmente. Y, cuanto más acertábamos la posición y el nombre de los lugares, más lejos estábamos de comprender el sentido último del conjunto. Tal y como él no se cansaba de citar, cuanto más veíamos, menos creíamos.

A pesar de su condición de iletrado y ciego, nuestro cautivo era muy sagaz. Adivinaba que las imágenes, los olores, los rumores del universo, eran demasiado ricos para ser reducidos a cuatro líneas. Pensé que, si existía la dicha, debía estar en el interior de los hombres sabios como Betros. Y procuré seguir el consejo talmúdico del gran rabino Aquiba, quien decía que el muro de la sabiduría era el silencio. Callé y esperé y, al cabo de unas cuantas semanas, pude volver a escucharle.

Los años pasados con Aitón en el monasterio... quizá fueran los más felices de mi vida. El maestro me relataba lo que había leído, que era mucho, y luego lo discutía conmigo. Conversábamos sobre los grandes viajeros y sobre sus anotaciones... Yo le argumentaba si las historias me parecían verdaderas o falsas... Atendía a mis observaciones, como si vinieran de un hombre docto, lo ordenaba todo en la cabeza... y al terminar lo escribía. Entonces me lo leía, y pedía de nuevo mi parecer: si contaba poco o mucho... si se entendía o si resultaba enmarañado... y así consumíamos las horas, los días y los años.

Una crónica que lo tenía obsesionado era la de Marco Polo. El mercader había visto mundos extraños y pueblos curiosos... y había tenido muchas mujeres, pero su propia gente no lo quería. Era un hombre vanidoso, amante de la gloria... que hablaba de ciudades enormes, de criaturas descomunales, de millares de leguas de camino y millones de pasos de fortificaciones... Los patricios de Venecia jamás creyeron que Marco Polo hubiese llegado al palacio del gran Kublai Jan..., el más poderoso señor de Oriente, emperador de los tártaros y mogoles. Pensaron que todo lo que aseguraba Marco... no era más que una fábula monumental. A él y a su libro les pusieron el sobrenombre de El Millón.

El noble Polo, como el propio Aitón, ansiaba encontrar reinos cristianos o convertir a los indecisos... y así combatir al turco y al sarraceno por el levante remoto. Sin embargo, cada pueblo, cada reino o dignatario con que se tropezaba el llamado Polo, lo alejaba de su propósito. Según mi maestro, el veneciano anteponía lo material a la fe. Las riquezas que veía y los placeres que gozaba lo deslumbraban. ¿Cristianos? Sí encontró, pasadas las cumbres del Pamir... donde la tierra estaba

tan cerca del cielo y el aire era tan límpido que el fuego quemaba con colores distintos... Sin embargo, eran pobres y estaban peleados con el Jan... de modo que poca ayuda podían ofrecer a Roma. Además, eran nestorianos, y profesaban la creencia de que la Virgen ¡era una madre como cualquier otra!

Marco Polo, me decía Aitón, aún así entró en los dominios del Jan... con la esperanza de que el rey de reyes decidiera unirse a la fe de Cristo. No lo consiguió, porque aquel César le exigía alguna prueba milagrosa del poder de Jesús... y él no sabía de milagros. De hecho, fue el veneciano quien se convirtió... cuando pensó que las auténticas riquezas de los mogoles... no pasarían nunca por los crucifijos. Olvidó la misión que lo había llevado hasta allí, pues, y se entretuvo en recoger curiosidades para el libro que quería escribir al regreso.

Según Marco Polo, el Jan reinaba en el país de Catay, donde la gente era próspera e ingeniosa. Fabricaban una tela del combustible llamado salamandra... blanca y gruesa, que se quemaba muy lentamente. Usaban el papel, que nosotros entonces desconocíamos... y, en lugar de comprar con monedas, lo hacían con pedazos de papel... ¡que todos aceptaban! El oro nada valía... lo enviaban a la isla de Cipango, aún más hacia levante, donde lo fundían y esparcían por los tejados... La plata, al ser más fuerte y apreciada, era más cara... pero no tanto como una arcilla cocida, blanca y fina, que sólo poseían los poderosos. O como la sal, más escasa que el clavo y el alcanfor... que se intercambiaba por aquel mágico papel.

Marco pasó media vida en la corte del soberano mogol... y conoció el lujo; cazaba con halcones acompañado del Jan, viajaba por aquellas tierras, recogía oro como quien arranca musgo, y dormía a diario entre sábanas y plumones de seda... También conoció la lujuria; en la ciudad de Camul, aprendió que los maridos... compartían a sus mujeres con los huéspedes. En la isla de Canai, la gente se paseaba desnuda —¡el Rey también!—, y no permitían... que los visitantes durmieran sin compañía. En la ciudad celestial de Quinsai, hombres y mujeres... se apareaban en las barcas del lago, o en las carrozas... mientras olían flores de loto y saboreaban uvas gordas como naranjas. Sí, hijo, aquella gente no se privaba de los placeres de la vida... y, por eso, según del noble Polo, no necesitaban religión... porque habían encontrado el paraíso en la Tierra.

Eso decía el viajero veneciano sobre el mundo de Catay, donde el sol despunta antes que en ningún otro sitio... y donde él añoraba, por encima de todo, aquellos atardeceres de rosas perfumadas, dulces sensaciones y aromas de sándalo. Dirás que, si tanta alegría mundana encontró en el país de Catay, no se entiende por qué Marco regresó a casa. Y dirás una gran verdad, la misma que yo le pregunté al maestro Aitón. Pero él me contestó que al viajero lo perdía, por encima de todo, su vanidad. No hay mejor modo de gozar de la gloria, me dijo, entre la propia gente. Y, ante semejante argumento, callé... porque es bien cierto que aquél es el más poderoso de los pecados.

La misma soberbia que conducía al llamado Polo a grandes exageraciones, lo

llevaba también a rememorar cosas ciertas... sobre todo aquellas que parecían haberle emocionado más. Hacia el final de su viaje, era complicado distinguir las unas de las otras. Quizá sí vio la isla de Trapobana, donde los pescadores cosechaban perlas, gordas como un puño. Podemos creer que se impresionó en el Malabar, donde los faquires se mutilaban y se decapitaban ellos mismos para mostrar devoción a sus dioses... cuando él ni tan siquiera había conservado su fe... Sin embargo, nunca sabremos si conoció a los indios, quienes, al morir, eran quemados con música y sarao... ni si vio cómo las viudas eran lanzadas al fuego que incineraba a sus maridos fallecidos...

Aqué! era el tratado de El Millón... tal como me lo leyó Aitón de Gorigós. Era un volumen muy grueso, claro, y soy incapaz de repetir todo lo que en él decía. He hecho, eso sí, un esfuerzo por retener lo principal. La obra arrancaba diciendo que contemplaba tan sólo cosas vistas, de manera que el libro fuera sincero, sin decepcionar y que sus descripciones no pudieran ser tomadas como fábulas. Ya ves que lo que más temía el noble Polo... era no ser creído. Aitón y yo convinimos en que aquello era una gran necedad, viniendo de un hombre que tan presto había abandonado sus creencias. Y que realmente, como dicen las Escrituras, Polo había sido medido con su propia vara.

En aquellos días felices, escuché un montón de relatos que no eran de Marco Polo. Algunos eran de cristianos, otros de sarracenos... y también de judíos. De todos ellos Aitón y yo aprendimos cosas que el veneciano, apremiado como estaba por renegar de su misión, no había recogido. Supimos que los tártaros tenían los ojos pequeños, y poca barba... que el aceite de oliva les era extraño y muy caro; que habían construido una larga muralla para defenderse de sus enemigos; que eran obedientes y temibles con las armas; y, sobre todo, que creían en un único Dios y Señor, aunque no practicaban reverencias, ni oraciones, ni ayunos, ni ningún otro acto de culto adecuado.

Con estas y otras noticias, Aitón se dispuso a elaborar un libro distinto y más valioso que el conocido El Millón. No escribió más páginas, o... ni tampoco añadió más nombres o hechos, aunque hubiera podido hacerlo. El gran mérito del buen fraile fue su amor por la sabiduría. Sin los estorbos del caminante, ni los impedimentos del exceso, alumbró una obra llena de piedad y de santas intenciones. No fue la suya una ofrenda a la propia vanidad, ni a la de los hombres. Fue la cosa más bella que un mortal podía hacer en honor del Creador. Y por ello escogió el mejor título posible: La Flor de las Historias de Oriente.

Mi maestro y amigo quería que su obra recogiera en conocimiento que se tenía de todas las criaturas del Señor. De los animales, de las hierbas y los astros hablaba poco... porque le parecía que estas creaciones estaban en suficiente armonía. Quizá dirás: «Esos seres también requieren de nuestra atención, pues son cosas hermosas y muy intrigantes»... Y dirás bien, pero así mismo es cierto que existen pocas criaturas tan discordes como los hombres. Aitón tenía claro que los mayores esfuerzos debían

dedicarse a la descripción de las personas... que con sus disputas deshonraban la creación.

Pensarás, Jafudá, que el señor de Gorigós era de una gran inocencia... y no era así, no, porque él sabía bien que empujar a los hombres a la concordia... era como intentar detener las olas del mar. Y se daba cuenta de que las principales desavenencias eran fruto de los distintos cultos o de cómo los poderosos se aprovechaban de las diversas religiones. Compartía las ideas de vuestro sabio Ramón Lull, a quien conoció durante su estancia en Cilicia: la principal tarea era unir a los mortales bajo una misma devoción. Para él, como para el maestro mallorquín, sólo la cristiandad... con todas sus verdades... era capaz de llevar a buen puerto semejante designio.

La suya, como ves, era una obra llena de intenciones... destinada al Padre Apostólico y a los reinos latinos. Éstos, según su parecer, debían resolver sus pleitos antes que nada... y asumir la misión del hacer del mundo una sola cosa. Luego, debían impedir que mahometanos y tártaros se hermanasen contra los cristianos. Convertir a los mamelucos o los turcos a Cristo era, en aquel tiempo y aún hoy, una empresa difícil. Llevar el Evangelio al Jan de los mogoles, en cambio, podía ser sencillo... sólo era preciso conocer sus creencias y a su gente, como has visto, tan cerca de Dios, y perseverar en el camino que no había seguido Marco Polo. Esto es, mostrar la verdadera fe al rey de reyes, sin perderse las tentaciones de la carne o del comercio. Y si el Jan abrazaba la doctrina de Cristo, entonces todas sus huestes también la seguirían, obedientes y vasallos como eran.

Si Occidente se unía y cerraba un pacto con el Gran Oriente, según Aitón no serían necesarias más guerras... para convencer al sarraceno de las bondades de la armonía mundial. Y en esa esperanza la gente de Aram, la raza del Dragón... aparecía como la pieza clave de semejante propósito. Porque entre tártaros y cristianos, Jafudá, no existían ya otros reinos que los de Mahoma... la decrepita Constantinopla, dividida en toda clase de banderías... y la Pequeña Armenia.

Advertí una y otra vez al noble fraile de que nuestra gente era tan depravada e inútil como los griegos... El ciego era yo, pero veía mejor que él: los hijos de Aram, con el corazón cerrado y hundidos en el desorden... no podrían ser la salvación de nadie, si no podía serlo de ellos mismos. Jamás se enderezaría aquella antigua tierra, que habían escrito páginas de gloria en otros tiempos. Nuestras gentes no servían ya, protesté, ni para conservar las viejas tradiciones. «Si tratan así a la madera seca —le dije, recordando una expresión que él me había enseñado—, ¿cómo tratarán a una rama verde?» Los armenios habían olvidado la misericordia, y sólo podían esperar el infierno. Aquella empresa fabulosa, aquella idea joven y audaz del maestro Aitón, les venía demasiado grande.

En aquel asunto... por otra parte tan importante, Aitón se negó a escuchar. Era hombre de fe, y no quería creer que su pueblo estaba perdido. Quizá se hubiera empachado de Moisés de Corena y otras, que se referían a la nuestra como una raza

invencible. Quizá él, que era de ilustre estirpe y no un plebeyo como yo... había conservado el heroísmo de la sangre. No lo sé: quizá carecía de aquel don que poseemos los ciegos, ver las cosas tal como son... y no como parecen. Lo cierto es que plantó en su libro, La Flor de las Historias, una semilla armenia que quería que germinase en toda la humanidad.

¿Dónde está ahora aquel libro?... Aitón de Gorigós lo completó y partió con él para ver al Padre de los cristianos. Quería enseñárselo. Dividida la Iglesia, enemistados entre sí los hombres de Cilicia, enemistados cristianos y tártaros, que aquel mismo año habían comenzado a abrazar el islam... desbaratado ya su plan, aún confiaba en él como un náufrago que se aferra a una tabla. Me dejó huérfano, añorando su presencia... convertido en un hombre nuevo a la vez que derrotado por mis vecinos; lleno de alegría por lo que había ganado, pero triste por lo que sabía nunca se cumpliría en el mundo. Sí, Jafudá, marchó a la ciudad de Aviñón y no volví a verle nunca más... ni a él ni a su libro. Que mi discurso se detenga aquí... que ya convoco a los fantasmas.

Había llegado al punto de ver a nuestro invitado más como persona que como fuente de noticias. A fuerza de confesiones nocturnas, lejos de los mapas y de los cuadernos de ruta que llenaban de día el taller, la riqueza de su pasado me llenaba de admiración. Cuando pasaba un par de veladas o una semana entera sin sus crónicas, me sentía vacío. Y esperaba con ansia la siguiente entrega de aquellas aventuras que lo habían convertido en un manantial de historias. Un día, le comenté a mi padre el cambio que se estaba produciendo en la relación entre Betros y yo.

—Muy bien, Jafudá, eso va bien.

—Pero maestro —repliqué, dándomelas de conocedor del oficio—; ¿creéis que obtendremos algún provecho de esas conversaciones? Estamos a punto de terminar el trabajo para el infante Juan, y no llegaremos a tiempo de añadirle todo lo que nos cuenta el amigo Betros. O aún peor: terminará sus relatos, partirá y no habremos sacado nada en claro. No quiero que se vaya, pero un pacto es un pacto...

Cresques me pidió el tintero rojo, y no levantó la vista de la mesa. Mojó la pluma y trazó unas líneas cortas y firmes en la vitela.

—No dices exactamente lo que piensas, ¿verdad, hijo? —Dejó la pluma en el frasco, se rascó la cabeza y se volvió para mirarme a los ojos—. Nuestro invitado ya está consiguiendo lo más importante. Estas hojas —alzó delicadamente la punta del mapa— empiezan a tener vida. Han dejado de ser un conjunto de letras y dibujos huérfanos, para transformarse en una obra sentida de veras. Gracias a Betros, nuestros atlas serán más que un compendio de conocimientos. Serán una cartografía del sentimiento humano. Lo sabes mejor que yo.

Ni que decir tengo que, en gran parte, estaba de acuerdo con lo que Cresques afirmaba, y era el primero en admirar el nuevo sentido que había cobrado nuestra

obra. Sin embargo, tampoco podía olvidar que teníamos un encargo que cumplir, que el tiempo apremiaba y que quienes admiraran nuestro trabajo buscarían antes la ciencia que el amor volcado en ella. Por un lado, la necesidad de concluir el atlas me quemaba. Por otro, me entristecía que aquel hombre enteco y castigado por los años finalizara su relato y se diluyera en nuestro recuerdo. Me invadía una confusión extrema, ahogado por el esfuerzo de conciliar las obligaciones del oficio con las devociones del espíritu.

Los hechos que en aquellos días se desarrollaban a nuestro alrededor inclinaron la balanza hacia la urgencia. No estaba el mundo para enzarzarse en consideraciones humanitarias. El pueblo llano de nuestra ciudad acababa de asaltar la Judería. Vivíamos atemorizados, aislados en casa, por miedo a nuevos saqueos de la chusma. Tener un esclavo cristiano bajo el propio techo era exponerse a un ataque seguro. ¿No era hora ya de acabar la labor, llevada a buen puerto y hacer honor a lo prometido tiempo atrás? Por respeto al propio Betros, ¿no debíamos abrirle las puertas a la verdadera libertad? ¿Acaso Cresques en persona no había insistido tanto en ello cuando descubrimos la auténtica condición de aquel hombre?

Resolví que, a pesar de la despreocupación del maestro, y sin perjuicio de la gran amistad que crecía entre Betros y yo, era preciso seguir adelante. Tenía que forzar a nuestro visitante a darse prisa: a poner punto y final a sus historias, a aclarar las dudas importantes que podían ayudarnos en nuestra labor y, sobre todo, a encontrar *La Flor de las Historias*. Mal me pesara, la agitación del momento me empujaba a pasar las últimas páginas de un relato que, aunque precipitado, prometía ofrecernos datos cruciales para la tarea de descubrir el mundo. Sabía que un día u otro perdería a mi admirado compañero de aposento: puede que hubiera llegado la hora de hacernos a la idea de ello y de apresurarnos.

¿Quieres que aligere? Sí, claro... tienes todo el derecho... y a todos se nos acaba el tiempo... a todos. No, Jafudá, no quiero que protestes; sé bien cuánto me aprecias, casi tanto como yo a ti. No, no digas nada... yo también he sido joven y te entiendo. Hace tiempo que he reconocido en ti el empuje de los elegidos... Me han dicho que naciste maldito, pero yo no he encontrado en ti más que gracia y donosura. Nunca he podido verte y por eso me he acercado a tu alma... confusa y joven, pero generosa como ninguna. Pronto cumpliré mi promesa... rogaré por ti y te dejaré, porque soy un estorbo y quiero ser libre. Sólo has de darme un poco de tiempo, amigo, y escuchar el resto de mi historia.

Cuando comprendí que Aitón no regresaría, bajé a la ciudad de Al-leás, sin maestro ni padrino, y viví en una burbuja, apartado de las cosas mundanas. Me compré un asno y volví al mundo del comercio... donde sabía que podía obtener lo suficiente para vivir, gracias a mi conocimiento de diversas lenguas... y de los usos del oficio. Era ciego, sí, pero aún sabía apreciar un buen paño y oler el buen

azafrán.

El territorio armenio menguaba, las disputas internas eran más fuertes que nunca... y diría que el rey León se mantenía a merced de la gran potencia naval de los protectores de Aragón. La Casa de Aram procuraba alabar a sus aliados catalanes... con obsequios de toda clase. Los venerados restos de santa Tecla, mártir y acompañante de san Pablo... fueron enviados a la Seo de Tarragona. A cambio, el general de aquéllos entregó gran cantidad de arneses y ballestas... para defender la tierra. Las armas, sin embargo, no llegaron a manos de quien correspondía, sino a las facciones que se disputaban el reino.

El Rey llamó a los montañeses... para aplastar a las facciones. Lo consiguió a costa de mucha sangre, pero dejó la frontera desamparada... y los mamelucos aprovecharon para entrar en los valles próximos. En cuestión de días, la ciudad se despobló. Fue entonces cuando dejé mis ocupaciones... y conduje a un montón de familias hacia poniente... hacia el camino de Adana y de Tarso, el rincón más seguro de Cilicia. Llevé mujeres, niños y bultos... de armenios, griegos, francos y algún judío. A la hora de la verdad... a todos les causaba pavor la llegada de los sarracenos... más aún del que habían sentido ante sus propios vecinos.

El mismo día en que debía caer mi ciudad, aún conduje un hombre hacia poniente. El asno enfilaba el camino, avezado como estaba a la ruta... El verano se acercaba, pero hacía un frío extraño. Yo me aferraba a las cuerdas del asno y me arribaba al calor de su cuerpo. Comencé a hablar con el animal: «¿Verdad que a nuestro alrededor la llanura se duerme? ¿No es cierto que extiende sus pies hacia el sol y que los montes de Siria están cubiertos de blanco, como un viejo tumbado entre jóvenes cerros? Pues de ese modo me veo hoy». Los hijos de Aram habían abandonado al Señor, pensé en voz alta... y los elementos habían cambiado su naturaleza: la primavera helaba el cuerpo, los vientos traían nieve, el aire mordía la carne, las aguas se desbordaban y la tierra se moría. Recité las palabras del Profeta... «No habrá paz para los impíos.»

Dejé a mi pasajero, que debió de quedar tan satisfecho de escapar de una guerra como de dejar atrás a un arriero loco... y volví a casa. Los hombres del sultán recorrieron la llanura y dispersaron a las tropas armenias. Entraron en la ciudad, mataron y saquearon a diestro y siniestro... tomaron Al-leás. Encerrado en casa, con el asno y la alacena bien surtida... esperé a que pasaran unos días. No reventaron mi puerta... porque la había asegurado con pestillos y cerrojos... y tenía al burro muy cerca, rebuznando y amenazando a cualquier intruso. Así, conservando el asno en lugar de deshacerme de él, tuve... lo que mis padres no tuvieron: buena defensa y mejor compañía en la vejez.

Gracias a mi burro, pues, fui afortunado... Tan pronto como volvió la calma, salí... a trabajar a las afueras de la ciudad. Si los vigilantes de caminos... me preguntaban dónde había nacido, les decía que en la Cilicia antigua, antes de que los príncipes fuesen sarracenos. Y, si querían saber por qué razón no me había

marchado... respondía que mi mundo era aquél... pero también el otro y el de más allá... de manera que ya no sabía de dónde era ni a qué tierra pertenecía. Había nacido cristiano... pero me habían maltratado tanto cristianos y mahometanos como judíos... y me habían ayudado gentes de Cristo, de Mahoma y de Moisés. Si escogían herirme para matar la cruz que llevaba dentro... también matarían la media luna y la estrella. Y no engañaba a nadie, porque nadie, ni el mismo señor de Gorigós, había podido hacerme creer en una sola fe... por encima de las demás.

Y fue así, trajinando sin prisa, ayudado por un animal y con la verdad por delante... como llegué a viejo. Cayeron los campanarios, como los dientes de mis encías. Y fueron erigidos los minaretes... sin que en mi boca me creciera nada nuevo. Todo cambió para seguir igual. Los tributos, en vez de viajar hacia poniente... marchaban hacia el mediodía... pero seguían siendo tributos, que teníamos que pagar con nuestro trabajo. Parecía que mis días tuviesen que acabar allí... levantándome cada mañana con el canto de los muecines... falto de esperanzas pero también de angustias. Pasaron un par de años, y otro par más... pronto una docena y, también, media docena más.

Cuando creía que ya nada estorbaría mi paz... me cayó encima una maldición inesperada. Unos corsarios chipriotas se introdujeron de noche en la ciudad... mientras todo el mundo dormía; y entraron en algunas casas. Mi asno acababa de morir... de modo que no me pudo defender del ataque. Me prendieron con el resto de cautivos, y me arrastraron... hasta sus naves. De nada sirvió que les dijera... en griego, y en árabe, y en persa... que yo era cristiano, y que mi mundo era aquél o el de más allá. No me escucharon, porque entendían lo que querían y a quien querían. Sólo me dejaron embarcar mi amada tablilla, recogida en el desierto de Siria... la que había señalado la tumba de mis padres. Me encadenaron y me embarcaron con el resto de presos.

Más tarde, agotado por la travesía... y por el peso de los años... pisé vuestro puerto de Mallorca. No recuerdo muy bien lo que sucedió: como tantos otros ancianos, a menudo tengo más presentes los hechos de mi juventud... que los que sucedió anteayer. Sé que desperté en un carro: un muchacho vertía agua en mis labios. Me preguntaste de dónde venía, y dije aquello de que no era de un lugar ni de otro, sino de todas partes. Luego me quedé a solas con tu padre.

¿Qué me dijo? Pues lo que ya sabes: que me había comprado por cinco libras y que era su primer esclavo... que le había extrañado mucho oír los delirios de un sarraceno en una lengua bíblica... y que el nombre de Betros no era mahometano. ¿Qué palabras le había dicho yo antes? No lo sé bien, Jafudá, porque cuando tu padre me encontró yo estaba tendido en el suelo sin sentido. Pero lo que él me ha contado... es que desvariaba sobre Aitón de Gorigós y La Flor de las Historias. Lo cual le indujo a comprarme. Si tan cerca de la muerte... no hubiera recordado la flor de mi vida... si no hubiera evocado a mi mejor maestro y amigo, hoy no estaría aquí conversando contigo.

Me habéis hecho un hombre feliz, hijo. Tú, tu padre y tu madre. Se nota... que sois una familia fuerte, donde cada uno conoce su lugar... y donde un extraño, por malvado que sea... nunca será tratado de intruso. Todo lo que sale de esta casa huele bien... un olor que puede con la peste... un olor bendito y no maldito. Por ello os he confiado mi historia y mis recuerdos... que no sé si habrán servido para vuestros nobles propósitos. A mí me habéis devuelto la alegría... y no tanto la de vivir como la de haber vivido.

En la ciudad de Al-leás, habría dejado el mundo sin pesar... pero con una vida truncada. Ahora sé que a aquella nave pirata... que me prendió para traerme a vuestra isla... la guiaba el destino. He podido atar los cabos que en mi Cilicia... habrían quedado sueltos. El encuentro con Aitón... me reconcilió con el pasado y con el Señor que todo lo puede. Habría dejado el siglo tranquilo, sí... pero desconocido y olvidado, entre amos mamelucos. Ahora, vosotros conocéis mi existir... y mis secretos están en buenas manos.

La vida me ha reservado una última alegría... la de ser un servidor del Creador. Cuando me recuerdes, Jafudá, piensa que no he sido más que un humilde mensajero. Y ten siempre presentes mis palabras: los que ven no creerán y los que no ven creerán... y vivirán. Que nunca debas oír aquello que santo Tomás tuvo que escuchar: «¿Porque me has visto, has creído?»... De verdad te digo, hijo... dichosos los que creerán sin haber visto... Eso es todo. Ahora que me siento liberado, puedo ya partir.

Fue la última confesión larga de Betros. Al cabo de unos días mi padre me ordenó que preparara las cosas para zarpar con Samuel, tal como habíamos convenido. El mal negro se había apoderado de Mallorca. Los atlas estaban a punto, el plazo del infante Juan se había agotado y era el mejor momento para partir de nuestra desgraciada isla. Le recriminé a mi padre que, conociendo desde el principio las antiguas relaciones de Betros con el ilustre Aitón, no me hubiera dicho nada. ¿Por qué lo había callado?

—Algún día entenderás, hijo, que no he obrado de mala fe. Sabrás que los hechos y las informaciones son capitales, pero aún lo son más las convicciones y las personas que los provocan. He vivido siempre en esta ciudad. Hay cosas —añadió humildemente—... que no puedo enseñarte. Nuestro amigo Betros te ha abierto un mundo que yo no podré mostrarte nunca, el mundo que, aunque visto con los ojos y tocado con las manos, sólo se percibe con el corazón.

—Puede que tengáis razón, padre. Nuestros mapas son ahora algo vivo y eso no tiene precio. Lo que no veo claro, y no sé si lo veré nunca, es por qué motivo no habéis querido que obtuviera de Betros unas confesiones vitales. ¿Era preciso anteponer los sentimientos a las necesidades? ¿Hasta el punto —enronquecí la voz— de rehusar unas revelaciones que habrían mejorado nuestra obra? ¿Dónde está,

maestro, vuestra devoción por la ciencia?

—Detrás de la paciencia, Jafudá. Detrás, y no delante.

—Muy bien: detrás. De acuerdo. —Fui hasta la cocina, asomé la cabeza y luego repasé cada rincón del taller. Nadie nos escuchaba: me acerqué al oído de Cresques—. ¿Es que no he tenido paciencia? He pasado noches enteras escuchando la accidentada vida de nuestro invitado. Sí, lo admito: he aprendido mucho. Pero no he sabido lo que más me inquietaba. ¿Por qué desde el principio no me dejasteis que le preguntara dónde está *La Flor de las Historias*?

—Ah, eso es lo que te angustia. Pues, si quieres que sea franco, no me ha parecido urgente. Tenemos muchos libros: ¿de veras crees que uno más nos habría aportado más sabiduría que las palabras de un hombre de carne y hueso?

—Maldita sea —suspiré exasperado—. Ese hombre que tanto queremos pronto no será ni un montón de huesos. Y se habrán acabado las confidencias. Me parece que ya está bien de historias. Ahora mismo subo al aposento y le pregunto dónde están los libros.

—No, hijo, no lo hagas.

Cresques observó un instante mi expresión de estupor mudo. Después esbozó una sonrisa juguetona, e indicó que me acercara. Me dijo que él conocía el lugar; había oído rumores desde que era joven y Betros le había confirmado sus sospechas el primer día, cuando lo llevábamos en el carro hacia nuestra casa. Los auténticos manuscritos, caligrafiados por Aitón de Gorigós, reposaban en el palacio de los Papas de Aviñón. Si no me había hablado de ello era porque, honestamente, la historia de Betros interesaba más que aquellos documentos. Y porque nadie, ni el más poderoso de los príncipes, tenía autoridad para llevarse los legajos sin saber la contraseña que sólo Betros conocía y que se desprendía de su crónica personal. No, no conocía las palabras mágicas. Me correspondía a mí, Jafudá de Cresques, como amigo y confidente, encontrar las palabras secretas.

—No te las diré, hijo. —Levantó las cejas y se rascó la barba—. Debes pensar y recordar lo que te ha explicado noche tras noche. Yo confío en que, si has escuchado atentamente, acudirán a ti sin esfuerzo. Cuando llegues a Barcelona y veas al Infante de Aragón, el buen señor Juan, le llevarás los dos atlas. Serás tú y sólo tú, quien deberá confiarle el secreto de *La Flor*. Es la parte de tu misión que he querido esconder hasta hoy, porque así lo acordé con Betros.

¿Contraseña? ¿Palabras secretas? ¿Es que tal vez mi padre y el viejo Betros habían conspirado a escondidas para convertir mi vida en un libro de caballerías? Tanto misterio me confundía y me enojaba un poco. Pero tenía que resignarme, ya que así lo habían dispuesto los dos hombres más sabios y tozudos que vivían bajo aquel techo. Además, yo embarcaría pronto y aún tenía que hacer algo inexcusable. Di por terminada la conversación con mi padre y me escabullí hacia el establo. De lo que hice y dije en la cuadra de mi casa hablaré más adelante, si llega el momento oportuno. Tan sólo diré que serené mi espíritu, y salí con el ánimo de arreglar pronto

los asuntos de Barcelona y regresar sin demora a mi querido hogar.

Quedaba por resolver la manumisión de Betros. Habíamos acordado con él que, una vez acabadas sus narraciones, le restituiríamos su libertad. Tanto Cresques como yo mismo queríamos hacer honor a la promesa, mal que nos pesara la partida de nuestro huésped. Desgraciadamente, no soplaban vientos favorables. A pesar de lo que había dicho el anciano armenio, no todos los aires de la casa de Cresques eran buenos. La peste visitaba a nuestra familia. Primero habíamos perdido a la abuela Astrugona y, poco después, al tío Vidal, acogido en casa a pesar de las ordenanzas oficiales. Mientras, los cadáveres se amontonaban en las calles. No era, ciertamente, el mejor momento para exponer en público que habíamos hecho esclavo a un cristiano y mantenido el engaño durante años.

Los contratiempos nos forzaban a aplazar la emancipación de Betros. El mundo estaba revuelto: incluso oímos que la Pequeña Armenia había desaparecido aquel mismo otoño. Las ciudades de Adana y Tarso habían sido conquistadas por el sultán de Egipto. El rey León ya no mandaba ni en un miserable palmo de tierra, y los armenios eran sometidos por todas partes. Fuimos incapaces de confiarle aquella nueva a nuestro invitado. Parecía que había encontrado una paz tan dulce contándonos su historia, que no queríamos perturbar su tranquilidad. Además, le habían vuelto la debilidad y los achaques propios de la vejez. Un susto, por pequeño que fuera, podía llevarlo a la tumba.

Llegó el momento de partir. Lié mis pertenencias en un hatillo y, mientras Cresques preparaba los mapamundis para el viaje, subí al aposento. Betros respiraba con dificultad. Me incliné y lo besé en la frente. Me pareció que en el cuello, bajo la oreja, tenía dos pequeñas máculas que nunca había visto. El hombre medio entreabrió los párpados, y debió de ver mi expresión de disgusto, porque me pidió que no me preocupara, que todo iba bien. Me deseó coraje, tanto en la adversidad como en la fortuna.

—Entiendo, Betros. Fe para combatir las alucinaciones, ¿cierto?

—Eso mismo, hijo.

Abajo me esperaban mis padres y Samuel, dispuestos a salir hacia la Almudaina. Teníamos que recoger los salvoconductos y llegarnos a Porto Pi. Se me abría toda una vida por delante, llena de incertidumbre y emoción. Ya era un hombre y abandonaba la seguridad de los míos. Estaba solo. Mientras dábamos la vuelta a la llave de casa en aquella calle del Portal del, Templo, pensé que algún día volvería. No sabía cuándo ni cómo, pero volvería. Y adivinaba que el querido Betros, el que me había grabado su huella humana, aquel sabio de pocos libros, no me hablaría nunca más con su cansada voz de música oriental.

Dos semanas más tarde, cuando me había instalado en Barcelona y la búsqueda desesperada del Atlas Furtivo me tenía obsesionado, conocí el final de la historia de Betros. Me la contó fray Anselmo Turmeda, que había partido de Mallorca diez días más tarde y que vino a verme. Con su bonhomía habitual me contó que visitaba

Cataluña por razones de estudio y que no había estudio posible sin los mapas del ilustre Jafudá, el único mozo más sesudo que su propio maestro. Rompió a reír y, a continuación, como si de pronto recordara la gravedad de lo que le habían encargado, mudó el semblante.

—Betros ha muerto, Jafudá.

Había sido la última víctima de la epidemia, me dijo, muerto cuando ya remitía en todas partes. Me aseguró que el resto de la familia se encontraba bien. Pero Betros había caído. Él y Cresques lo acompañaron en su última hora. El hombre sufrió una intensa agonía, cubierto de bubones. Soportó grandes padecimientos, con llagas grandes como melones. Pero en ningún momento se quejó, y se diría que su expresión era la de un moribundo en paz, satisfecho de haber vivido. Fray Anselmo le administró la extremaunción a petición de maese Cresques. Un notario estuvo presente, para tomar nota de que un bautizado en la fe de Cristo moría cristianamente.

Lo había oído murmurar no sé qué, dijo Turmeda, sobre los que ven y no creen, o los que no ven y creen... Delirios propios de un hombre piadoso, sin duda. Y, antes de que expirara, mi padre firmó una escritura pública, concediendo la libertad al buen armenio. Betros ya no era esclavo de nada ni de nadie. Lo enterraron en el huerto de casa, bajo la sombra del naranjo. En el cabezal clavaron una cruz, atravesada por una tablilla con símbolos extraños.

BERNAT

Honorata, la campana mayor y más venerada de la Catedral, daba las siete cuando salí a la calle. Una llovizna persistente y fría acompañaba aquella mañana de diciembre; me subí la capucha y me uní a la riada de personas que como yo, desaparecían por el laberinto de la Judería tropezando constantemente. Enfilé el callejón de Jafiel y unos pasos más allá doblé hacia la Sinagoga Mayor. Un grupo de rabinos conversaba en medio de la calle y nadie se atrevía a estorbados. Les pedí paso; se abrieron de mala gana, les deseé salud y continué. Las carnicerías *kosher*, de las que había muchas en aquella calle, ya estaban abiertas. Los tenderos vigilaban que los aprendices barriesen bien los portales y, de vez en cuando, extendían la mano para tocar la lluvia.

En la reja de la Judería, tuve que esperar a que el portero terminara de discutir con un mozo de cuerda. El hombre quería entrar con el carro y el asno que, aseguraba, le habían acompañado desde Hostalrich. El vigilante le decía que no era posible: las calles de la Judería eran demasiado estrechas y tenía que volver a la plaza Nueva, dejar el animal y el carro, y cargar los fardos él mismo, de uno en uno. El otro decía que ni hablar: ¿quién le vigilaría las cosas? ¿Tendría que pagar a alguien para ponerlas a buen recaudo? Tras pasar la noche junto a la muralla para entrar a primera hora, todo eran problemas; se produjo un tira y afloja... hasta que la gente que esperaba a ambos lados de la puerta comenzaron a silbar y abuchear al mozo de cuerda. El portero se sintió lo suficientemente apoyado como para asestarle un bastonazo, obligado a retroceder y dejar libre el paso.

Agradecí la acción del portero, ya que no iba sobrado de tiempo. Al pasar a la ciudad cristiana, a la altura del Castillo Nuevo me dirigí hacia el mar, dejando atrás la entrada de la Judería menor, que también estaba muy concurrida. Por el barrio noble no había tanta gente y pude aligerar más. Algunos criados llevaban ropa a lavar, y un prelado, que debía de ir a confesar a alguna dama, me evitó arrimándose a los muros del Palacio Menor. Por algún motivo, cuatro o cinco carros se habían quedado atascados por el Regomir; la gente que bajaba hacia la playa tenía que trepar por ellos, con paquetes, arcas y toda clase de bultos. Seguí recto hasta la calle Platería, pasados los adormecidos caserones del Lladó y de la Busca.

Antes de llegar, oía ya el repicar del metal y los gritos de la menestralía. Una vez dentro, me arrepentí de no haber bajado hasta el mar para seguir avanzando, aunque fuera entre costillares de barcas encalladas, calafateadores y jornaleros en plena tarea. La calle principal de los plateros estaba completamente levantada. El Consejo de la Ciudad había ordenado cambiar las losetas y adoquines, viejos y rotos, para ennoblecer la vía de acceso a la basílica de Santa María. Pero los carreteros no desistían de pasar, y habían abierto unos surcos tan profundos en el barro que todo el mundo se quedaba atascado. Los vecinos se habían unido a la fiesta tirando a la calle

desperdicios, excrementos y orines, y no había forma digna de cruzar aquella torrencera de porquerías.

Pensé en dar media vuelta, pero una docena de manos y un par de borricos me empujaron hacia el lodazal. Me hundí hasta las rodillas, procurando alzar la capa y cubriendo con extremo cuidado el libro que llevaba en las manos. Con esa traza navegué hasta el final de la calle, escoltado por el griterío de los plateros, a quienes todo aquello debía parecerles normal y que se obstinaban en refregarme por la cara sus collares, bandejas y dagas. Cuando salí del fangal, entré en una nube de polvo seco, donde sólo podía mover me a tientas. Sabía que estaba llegando a Santa María, pues el repiqueteo era de hierro contra piedra, y la polvareda la levantaban los picapedreros que trabajaban sin desmayo para erigir el templo expiatorio de los comerciantes catalanes.

De un lado me llegó el hedor de fruta y verdura podrida, que provenía de la explanada del Borne. Doblé, pues, hacia el otro; la nube de polvo se disipó y entré en un mundo de clavos y herradura, hombres robustos y renegridos que trabajaban y desocupados caballeros de seda y terciopelo. Era la calle de los cuchilleros y sabía que, al final de la misma, oculta tras un bosque de arcadas y balcones, se hallaba mi destino: la Lonja. Allí tenía que encontrarme con el ciudadano que llevaba los asuntos del infante Juan. Me había concertado una audiencia a primera hora de la mañana, y yo llegaba, para mi vergüenza, cuando las campanas ya daban las ocho.

Llevaba ya unas cuantas semanas en Barcelona y aún no me había habituado del todo. Justo es confesar que había empezado con mal pie. Nada más desembarcar, Samuel se me escapó y aún no sabía nada de él. Cuando quise encontrar a las personas cuyos nombres me había dado padre, me di cuenta de que ya no los llevaba encima. De modo que me encontré en la playa de la Ribera, en una ciudad sin puerto pero con más tráfico marítimo que cualquier otra, solo y rodeado de gente inmersa en un trajín de locura. Por fortuna, había retenido el nombre de mi tío lejano, el rabino Hasday de Cresques, un judío conocido y respetado en toda Barcelona.

Maese Hasday era médico, erudito y secretario de la Aljama. Era un prohombre muy solicitado. Dado que en aquellos días se encontraba fuera de Barcelona, no me había recibido él en persona. Pero su familia y, sobre todo, su hijo Moisés, un poco mayor que yo, me había dispensado grandes atenciones. Me albergaron y ayudaron a preparar la visita a la Corte. Gracias a ellos, una audiencia que habría tardado meses en ser conseguida fue otorgada en cuestión de semanas. Mientras, había deambulado por la ciudad y explorado posibles negocios particulares.

Barcelona era mucho más grande que Ciudad de Mallorca. De hecho, puede que ocupara un espacio más reducido, aunque la población se hacinaba promiscuamente. En el casco antiguo, cada oficio tenía su calle, y los obradores sólo podían crecer y multiplicarse si se dividían y reducían. Aquella aglomeración me hizo pensar en Betros. Las calles estaban tan llenas de ruidos y olores que los ciegos siempre sabían dónde se encontraban: el pitido de batir algodón señalaba que estaban con los

tejedores; el chorro de agua y el olor a jabón los situaba en las albercas de San Pedro; y el aroma de clavo y de bálsamo les permitía olfatear a los especieros. Las Juderías, tanto la grande como la pequeña, no tenían pérdida. Había que tomar las calles más populosas y ruidosas, las portaladas más disputadas y los pasos más angostos. Hacía años, quizá siglos, que no se construía una casa judía, y cada palmo estaba ocupado.

La última peste había dejado vacías algunas casas, pero los barceloneses las ocuparon enseguida. En realidad, el único lugar donde se podían levantar casas era la ciudad nueva, que el buen rey Pedro había abierto hacia poniente, intramuros de una tercera fortificación. Aislada por el viejo muro y la torrentera, aquélla era otra ciudad, donde ningún barcelonés quería vivir. Estaba demasiado lejos de todo, casi no había fuentes ni tiendas y los ocupantes eran labradores recién llegados, viudas pobres, venteros meretrices, y los religiosos de la Santa Cruz o de San Pablo del Campo. Parecía mentira, pero los vecinos de siempre preferían nadar en la porquería y los ruidos a trasladarse a aquel arrabal aromático de huertos, palmerales y naranjos.

Enigmática y desconcertante, Barcelona me sorprendió. A pesar de las guerras, las epidemias y las estrecheces de aquella tierra, los dobleros —que allí se llamaban florines o cruzados— corrían por doquier. Los cambistas, buena parte de ellos judíos, no daban abasto. Y el pueblo se obsesionaba tanto con el trabajo y la plata, que no pensaba en disfrutada. Los propios reyes habían proyectado erigir un gran castillo cerca de las Atarazanas, pero parecía que el trajín de sus súbditos los había contagiado. El rey Pedro poseía unos palacios estrechos, humildes, y muy antiguos, que habían quedado encajonados entre iglesias y mansiones nobles. Ocupado con las campañas de Castilla, Cerdeña y Sicilia, además de con los asuntos dinásticos, no había encontrado tiempo ni dinero para construir nuevas estancias, dignas de su alcurnia y poder.

Fruto de mis averiguaciones supe también que en la capital del Principado, a pesar de las riquezas y el trajín que allí reinaban, no trabajaban maestros de cartas de navegar. Se conoce que era otra rareza de los catalanes: preferían comprar los lujos fuera a hacerlos en casa. Yo sabía que la mayoría de los pedidos que se recibían en Mallorca venían de Barcelona, y que el grueso de los encargos procedía de la propia Corona. Imaginé que un buen cartógrafo, instalado cerca de sus reyes, se haría de oro en un abrir y cerrar de ojos. Tomé nota, por si convenía hablar de ello con maese Cresques.

Cuando llegué a la Lonja estaba sucio y mojado, y resoplaba como un condenado. El edificio, alto y elegante, estaba sostenido por arcos de medio punto por todos lados. Como era invierno, la parte baja de los porches había sido clausurada con tablones y la parte alta, con unos grandes toldos. Me acerqué a una abertura por donde entraba y salía gente. Un lancero me impidió el paso y me obligó a dirigirme a la puerta de servicio. De nada sirvió explicarle que tenía que encontrarme con un notario de la Corte; los mozos judíos, máxime si iban desastrados y embarrados como yo, no podían utilizar aquel noble paso. Di la vuelta a la Lonja, pues, y discutí con los

cargadores y mensajeros hasta que pude introducirme en la sala de contrataciones.

Una vez dentro, me di cuenta de que aquél era el primer palacio de la ciudad y el reino. No se negociaba con gran cantidad de mercancía: como mucho, muestras de tela y grano, que los vendedores exhibían en los mostradores tocándolas y retocándolas hasta que se cerraba la operación. Allí había mercaderes con sombreros altos; armadores con telas de terciopelo cubriéndoles la cabeza y dejando caer un velo de satén; prestamistas judíos y gentiles, difíciles de distinguir, con bonetes y gorras de color; caballeros con sombreros emplumados... El roce de los vestidos era suave, entre abrigos de lana persa, capas de muselina, mantones de piel y calzas de sedalina. Sin embargo, el griterío era fuerte: la flor y nata del mundo acomodado se reunía en corros donde se discutían condiciones y precios. Una multitud de sirvientes y contables se colaban entre la gente, siguiendo las órdenes de sus amos con gran diligencia.

Pregunté por el distinguido Bernat, escribano del infante Juan. Me remitieron a un extremo de la Lonja, donde estaba la mesa real. Cuando llegué le reconocí enseguida. Era un hombre maduro, pero no viejo, bien afeitado y vestido con elegancia. Estaba sentado en el centro de una amplia mesa, con pose distraída y aburrida. Era de los pocos que no hablaban a gritos, y el único que se había descubierto la cabeza. A cada flanco tenía oficiales de palacio que regateaban acaloradamente con proveedores de toda clase. Estos últimos no pasaban de la mesa, pero se apoyaban en ella y desplegaban documentos con cuentas, por lo que decían, de ofertas muy ventajosas. De vez en cuando, micer Bernat alzaba los brazos, mandaba callar a todos y miraba hacia uno de los proveedores. Le cogía el papel, lo sellaba con un tampón que sólo manejaba él y despedía al comerciante, quien marchaba satisfecho y orgulloso. A renglón seguido, las voces se alzaban otra vez y vuelta a empezar.

Observé el proceso una y otra vez, hasta que me despabilé. Si aquél era el hombre a quien debíamos confiar nuestra obra, íbamos apañados. Parecía un funcionario perezoso y distante, armado con el impar poder de su cargo y un aire ausente. No mostraba interés por nada, aunque sin duda infundía un gran respeto. Con el tiempo descubriría que era todo lo contrario: un hombre refinado y astuto, dotado de una inteligencia poco común y que menospreciaba, por tanto, las tareas más rutinarias de función. Quizá así quiso hacérmelo entender cuando, tras pasear la vista por los arcos del techo, bajó la vista y se fijó en mí.

—Y este joven judío, ¿qué curioseas por aquí?

—Señor, yo... yo soy el joven Jafudá, venido de Mallorca por encargo del alto y noble Infante, para servirlo...

—¿Tú eres el hijo de Cresques, el brujulero? —Se le iluminó ligeramente el rostro y mandó callar a todo el grupo para escucharme mejor. Yo me puse rojo como un tomate ante una concurrencia tan principal—. Bien, ¿me has traído los mapamundis?

—Sí, monseñor... quiero decir no, monseñor.

—Te entiendo —respondió con una sonrisa ahora perceptible—... Me gustas, chuetilla; tienes un alma contradictoria. Espérame en el Palacio Menor, en la estancia privada del senescal. Te acompañará un macero —alzó las cejas hacia uno de sus hombres—; ahora mismo me quito de encima a estos logreros.

El macero me hizo salir por la puerta grande, donde aproveché para saludar al amable lancero que antes me había prohibido el paso. Desandamos el camino hasta el barrio noble, pero esta vez bordeamos la playa y doblamos hacia arriba por la calle del Regomir, que ya estaba libre de obstáculos. Llegamos en muy poco tiempo. Mi acompañante me llevó al patio, lleno de carruaje, caballos y mercaderes; me condujo escaleras arriba y, pasadas dos salas llenas de tapices, me encerró en el despacho del senescal. En medio de la estancia había un brasero, dos sitaliales y una alfombra gruesa como hierba. Un ventanal alto y estrecho, acristalado desde el suelo hasta la misma bóveda, dejaba entrar toda la luz que podía ofrecer aquella mañana de diciembre. Me entretuve adivinando las formas y colores del techo estucado, y cavilando por qué Bernat Metge me había citado en la Lonja si, finalmente, íbamos a reunirnos tan cerca de la Judería.

El notario tardó aún una hora en aparecer y, cuando lo hizo, llegó rodeado de tres ayudantes, quienes esgrimían contratos y le pedían detalles sobre las compras de la Cancillería. Una vez dentro de la habitación, los echó con golpecitos en la espalda y frases dilatorias. Cerró la puerta y me invitó a sentar me en uno de los dos sitaliales. Acercó los pies al brasero y, sin levantar la cabeza, me preguntó de nuevo si traía los mapas conmigo. Le dije lo inevitable: que maese Cresques había preparado dos, uno del mundo conocido y otro que especulaba acerca de tierras ignotas. Que mi hermano adoptivo, un alma inapropiadamente llamada Samuel, había desaparecido con el segundo. Y que le traía sólo el primero, el que nos habían encargado en un principio.

—¿Eso es todo, muchacho?

Reconozco que su gesto me atemorizó. ¿Conocía aquel hombre tan poderoso y listo la naturaleza de los secretos que yo guardaba? ¿Debía explicar mis inquietudes, llevadas con tanto sigilo, a un dignatario de tan incierta disposición? Lo miré con atención. Del sombrero ancho de fieltro verde le colgaba una tela gruesa que sólo dejaba ver su perfil aguzado. Sus facciones eran delgadas y mesuradas: la frente recta, las cejas oscuras y perfiladas, la nariz aguileña y, sobre todo, unos labios finos y socarrones, de donde salían sólo las palabras precisas. Pensé que, a pesar de la alcurnia de mi interlocutor, tenía que hacer honor a mi misión.

—Recibimos un encargo del infante Juan, señor —tragué saliva antes de continuar—... y hay cosas que me temo que sólo podemos decir en presencia de Su Alteza.

—¡El Infante, claro! —Rió por debajo de la nariz, en son de burla, y clavó la vista en mí—. Te llevaré ante tu príncipe, no temas. Si no me equivoco, ahora debe de estar pensando en los destinos de la Corona, por los bosques de la baronía de Caldas y en compañía de sus halcones. Y Su Celeste Majestad el Rey, nuestro Pedro, debe de

pasear su pequeño puñal por la llanura ampurdanesa, beneficiándose, a una nueva reina. ¿Cuánto hace que llegaste: dos semanas, tres, un mes? ¿Qué sabes tú de las costumbres de la Corte? Tú verás... —dibujó una mueca ancha, que bien podía interpretarse como una falsa sonrisa—. Si quieres, podemos dejarlo para otro día.

Se puso otra vez de perfil, con la vista clavada en el brasero. Me contó que él había nacido, como quien dice, entre aquellos nobles muros. Su padre era el droguero de palacio, y se había dado un hartazgo de consolar a los principales del reino. En realidad, no los curaba; les daba lo que pedían y les decía lo que querían escuchar. Los soberanos, afirmó, estaban hechos para reinar y no para gobernar. La mayor preocupación de aquella casta era vivir muchos años, para así reinar otros tantos. Les obsesionaba más llegar a viejos que llegar con salud, ya que un viejo enfermo, aunque no pueda gobernar, puede seguir reinando. Sí, veía que me extrañaba mucho, pero así era: los cetros existían para ser sostenidos por la mano de alguien y no para impartir justicia ni conocimientos.

Bernat confesó que, tras la muerte de su padre, había aprendido el oficio de la escribanía de su padrastró, el notario Sanyol. Conoció el poder de las palabras, superior al de las drogas. Con bellas frases, los reyes podían sentirse mejor servidos que con productos milagrosos. Tan sólo era preciso observar algunas normas. Primero, obrar con virtudes de anguila, esquivando el peligro, y garantizar nunca fidelidades. Segundo, ser ciego y sordo a los vicios de los poderosos y mudo para con los propios, que eran los peligrosos. Tercero, elogiar a quienes mandasen cuando estuvieran cerca, e injuriados y traicionados cuando estuvieran ausentes, pero siempre con grandeza, para que el beneficio fuera rentable en cualquier caso. Los ausentes, como los muertos, castigaban poco o nada a sus detractores.

Eran los ejemplos de conducta que, según decía, había aprendido de los maestros romanos y griegos de la antigüedad, y que, aún hoy, servían en la Corte. Si yo quería seguir otra conducta, era libre de hacerlo. Pero me arriesgaba a desconocer la sabiduría humana más auténtica, heredada a través de los siglos, y a dejarme engullir por las intrigas que crecían siempre alrededor de las testas coronadas. De todas formas, dijo, lo incomodaba que pensara que hablaba por hablar, y que tomara sus consejos por gratuitos o malintencionados. Se le acababa de ocurrir una idea. Si lo que yo necesitaba era un infante, me traería uno. Por eso había previsto que era más conveniente encontrarnos en Palacio.

Marchó de la estancia y volvió al poco rato, precedido por un joven bajo y gordito. El recién llegado debía de rondar la veintena, y la frente le clareaba ya a ambos lados. Iba abrigado con pieles de carnero un tanto astrosas. Del cuello le colgaba una cadena con un medallón de oro, que indicaba un elevado rango. Nos miramos con curiosidad, sin decir palabra. Bernat Metge nos miraba también, con aire juguetón, hasta que decidió presentarnos.

—El muy alto y augustó infante Martín de Aragón, duque de Montblanc, hijo menor de Pedro el Ceremonioso, nieto de Alfonso el Benigno, bisnieto de Jaime el

Justo, tataranieto de Pedro el Grande, hijo este de Jaime el Conquistador, y tantos otros; digno descendiente del ilustre linaje de la Casa de Barcelona, príncipe que quizá no reinará pero que ha sido concebido y vivirá muchos años, en la gracia de Nuestro Señor amén. Ante vos, señor, un judío de Mallorca.

—Vuestro fiel servidor Jafudá —le dije, y me incliné para besarle el ropón, pero se me enredaron los pies, y el Atlas Real me cayó de las manos.

El libro quedó en el suelo abierto por la mitad, durante unos instantes que me parecieron eternos. Lo recogí y lo abracé, con la cabeza gacha y sin saber qué hacer.

—¿Qué es lo que guardas, buen vasallo? —me preguntó el Infante con voz aguda y timbrada y, aparentemente, poco molesto por mis tropiezos. Fui incapaz de responder; Bernat habló en mi lugar.

—Un compendio del mundo, señor. Lo encargó vuestro hermano.

—Sí, sí, claro. Muy bien, muy bien. —Alargó las manos y me cogió el atlas; lo abrió e inspeccionó los dibujos—. Precioso, precios de veras. Por cierto, Bernat... deberéis dejarme algunos días más aquel tratado de farmacopea. Aún no he acabado de leerlo y dice cosas importantes sobre las anginas de pecho en gente obesa. ¿Vuestra madre, Agnes, aún regenta aquella droguería? ¿Sí? Buena cosa, buena cosa... He de tener cuidado con mis pliegues. —Y se alzó la blusa, sin vergüenza alguna, para enseñarme su vientre caído y flojo—. ¿Lo ves? Esto es muy serio. Me ha gustado mucho saludarte, ¿cómo te llaman? ¿Jafudí? Bueno, da igual, bienvenido. Te dejo en buenas manos. Yo tengo muchas ocupaciones, muchas ocupaciones... Hasta pronto, notario: me quedo el libro, ¿eh? Muy bien, muy bien... Hasta la vista.

—Id con Dios, alteza. —Bernat acompañó al infante hasta la puerta, se inclinó raudamente y cerró cuando salió—. Ya has visto a un hijo del Rey, Jafudá. ¿Podemos ahora seguir con nuestros asuntos?

—Sí, señor, creo que sí... —respondí, todavía confuso por la aparición de aquel príncipe que, con esa facha, despojado de sus mejores joyas, no habría podido cruzar jamás la puerta grande de la Lonja—. Pero decidme una cosa: ¿siempre mantenéis ese trato con los dignatarios reales?

—Ya te lo he dicho, muchacho, casi fui engendrado aquí. Al infante Martín lo he llevado a cuestas más veces que su propio corcel. Tanta familiaridad me ha permitido desenvolverme por estos pasillos. Siempre que cumpla las normas, claro. Es preciso respetar el protocolo, ser escurridizo y discreto en su presencia y pisar fuerte en su ausencia. Y, por encima de todo, darles lo que quieren. Pero no nos distraigamos más: ¿tenías que confesarme alguna nueva?

Le conté superficialmente la relación con el viejo Betros, la cantidad de noticias que aportó al atlas y las valiosas informaciones sobre Aitón de Gorigós. Gracias a la historia del desdichado armenio, dije, tenía la certeza de encontrar los documentos del fraile, la versión auténtica del libro llamado *La Flor de las Historias de Oriente*, y puede que algunos mapas de Catay incluso. Si lo que yo había escuchado era cierto, todos estaban a buen recaudo en Aviñón de Provenza. Pero nadie, ni el más grande de

los monarcas, podía acceder a ellos sin conocer la contraseña.

—Por supuesto. Y debo creer que tú conoces la contraseña, gracias a las fantasías de ese anciano misterioso...

—Mi padre y yo —protesté— creemos que no se trataba de ningún impostor, y que sus palabras estaban dictadas por el buen juicio y un gran sentido del deber. No llegó a pronunciar nunca la frase mágica, pero estoy casi seguro de que es la siguiente: «Los que ven no creerán y los que no ven creerán... y vivirán».

—Puede que sí —dijo, fingiendo desinterés—... o puede que no. En cualquier caso, nada perdemos por dedicarle un pequeño esfuerzo. Además, me parece que cuento con la persona adecuada para hacer el viaje. Espera un momento.

Ni que decir tiene que, desde el instante en que Betros me confió el secreto de Aitón, hubiera jurado que la persona designada para ir en busca de los legajos era yo mismo. Me había imaginado rumbo a Aviñón, armado de un salvoconducto real y de las confidencias del armenio. Habría intimado en persona con el Padre apostólico, y él mismo me hubiera abierto las puertas de tan codiciado tesoro de sabiduría humana. ¿Quién podía cumplir el encargo mejor que yo? ¿O quizá no había descubierto yo, Jafudá de Cresques, las informaciones que conducían a tan alta revelación? Sin embargo, el ilustre Bernat parecía tener otros propósitos. De nuevo, me dejó a solas en la estancia; cuando volvió venía acompañado de una sombra encapuchada y cubierta de los pies a la cabeza.

—Este joven —dijo el notario, señalando al encapuchado—... está preparado para ir a la Provenza y adonde sea preciso, conoce muy bien los caminos del mundo y ha acreditado hasta ahora motivos suficientemente valiosos para que la Corona lo recompense con una misión tan delicada. Precisa una sola cosa: la frase que pueda abrirle las puertas del santuario papal. Descúbrete, muchacho, y Jafudá, aquí presente, te la confiará.

—No haré tal cosa si no... —probé a decir, pero se me cortó el aliento al reconocer al recién llegado—. ¡La madre que lo parió! ¡El muy gorrino! —Sin pensado, me abalancé sobre él, pero Bernat lo protegió y fue quien recibió mis golpes—. Ni palabras mágicas ni rayos... ¡Esta serpiente indigna no irá a ninguna parte! ¡Cerdo, cerdo y mil veces cerdo!

Maese Hasday ya había vuelto a casa cuando me arrastré hasta allí aquella noche, pensando que mi vida ya no tenía ningún sentido. Durante todo el día había vagado sin rumbo por Barcelona, falto de ánimo para paliar mis infortunios. Primero, me echaron a patadas del Palacio Real, por haber agredido a un alto prohombre de la Corte. Luego, caminé hasta las Atarazanas, y allí me perdí entre los albañiles, picapedreros y peones que agrandaban aquella obra impresionante. Más allá, en los diques viejos, me zambullí en la humareda de alquitrán y resina, respiré los barnices de los calafates y el cáñamo de los cordeleros, evocando olores que me recordaban

días más felices.

Sin embargo, la estampa de las galeras y de las taridas reales me había abatido aún más, porque sabía que el escogido para zarpar en aquellas embarcaciones sería el indeseable Samuel, y no yo. Veía al huérfano bastardo en el castillo de popa, conversando animadamente con el contramaestre, acosado por el hedor de la chusma, pero con las palabras de mi querido Betros a flor de labios... y me atacaban todos los males del mundo. Para entonces, Bernat Metge ya debía de haberle confiado la contraseña que yo tan cándidamente había confesado. Debía estarle preparando la salutación real para los miembros de la Curia, con aquel pulido sello que no dejaba tocar a nadie. Era todo tan doloroso que no quería recordarlo.

Había salido de la ciudad y subí a una montaña que llaman Monte de los Judíos, aunque nada tenía que fuera propio de nuestro pueblo, salvo un pequeño cementerio y varias casuchas donde vivía gente tan maltratada o más que los míos. Me detuve un rato ante las tumbas, cerca de las lápidas pertenecientes a antiquísimos habitantes de Barcelona, incluso de cuando en la ciudad no mandaban los cristianos. Contemplé la llanura y la ciudad amurallada, de donde me llegaban el repicar de campanas y el rumor de los trabajos, mezclados con ladridos y gritos de vendedores. En la mar tranquila, frente a las playas, vi un bosque de mástiles desarbolados, y volví a imaginar los viajes que nunca emprendería.

Después había descendido hasta meter me en un lazareto, una colonia de leprosos llena de hombres, mujeres y niños con llagas, que desprendía un olor nauseabundo. Los caminos estaban resbaladizos a causa del lodo que los cubría, rebosante de estiércol y desperdicios. Un grupo de niños se me acercó para tocarme y, supongo, pedirme limosna. Del cuello les colgaban unas campanillas pequeñas, su posesión más valiosa, pues vestían con harapos e iban descalzos, sin unas miserables sandalias siquiera. No parecía que quisieran causarme daño, pero pronto me harté de ver muñones y encías descarnadas, y salí corriendo. Bajé la colina, crucé unos huertos y entré de nuevo en la ciudad. Una vez en la Judería, me pareció que los callejones eran más estrechos y tortuosos que nunca.

Cuando saludé a maese Hasday, un rabino alto y cortés, yo llevaba aún un rastro de lágrimas. Hasday y su hijo me acomodaron en unos cojines, y la mujer me calentó una infusión de hierbas que, insistía, calmaban los nervios. Me ofrecieron unos pasteles de azúcar y almendras, que no quise probar, y después me preguntaron la causa de mi inquietud. Expliqué tan bien como pude, omitiendo mi excursión a la leprosería, pues me habrían tomado por loco y por desagradecido, ya que mi padre había rogado a aquella familia que cuidaran de mi cuerpo y de mi espíritu.

El maestro Hasday no me regañó. Era bondadoso, hombre de mundo y de carácter más tolerante que mi padre. Era, además, un prohombre de fina inteligencia y enseguida comprendió el busilis del problema. Una cosa era mi resentimiento contra Samuel, dijo, que era natural y fundado, pero había que distinguirlo del resto de complicaciones. Nuestro pueblo no había sobrevivido a costa de odios y revanchas,

sino a fuerza de genio y prudencia. El joven Corcós se había salido con la suya gracias a la astucia y a argucias que le habían permitido acercarse a la Cancillería Real. Era preciso ser más listos que él, y poner al poder a nuestro favor. No ganaríamos nada enfrentándonos a Bernat Metge: era el Escribano Mayor del infante Juan, hacía y deshacía a su gusto, y seguramente en el futuro aún disfrutaría de más ascendencia sobre el hijo del Rey que la que ahora tenía.

Sí, claro, todo parecía perdido. Samuel iba hacia Aviñón, para apropiarse de los escritos de Aitón el armenio. El Atlas Real estaba en manos del notario Metge. De la versión furtiva no sabíamos nada, pero lo más seguro era que también estuviese en manos del taimado personaje. Yo había sido expulsado de malas maneras de Palacio. El estado de cosas era preocupante y, si maese Cresques se enteraba, se sentiría muy dolido. Todos los conocimientos que habíamos elaborado durante tantos años, todo el amor que habíamos vertido en aquellas obras y secretos, dependían ahora de personas de siniestro perfil. Nadie nos aseguraba que el propio Infante no estuviera al corriente de aquellas peripecias.

—Bien, Jafudá —concluyó Hasday—; ya sabes qué dice la tradición sobre el rabino Meir el sabio... Afirma que, cuando encontró una granada, se comió el interior y tiró la piel. Quiero decir que hemos de adaptarnos a lo que acontece, como hemos hecho siempre, y considerar qué es lo esencial.

—O sea, que hemos de conformarnos y agachar la cabeza...

—Digamos que, de puertas afuera, eso es lo que debemos intentar que crean. De esa forma nos será más fácil barrer para dentro y recuperar lo que realmente importa. Verás, propongo lo siguiente.

De entrada, las ideas del maestro Hasday no me gustaron, pero cuanto más reflexionaba, más llenas de sentido y oportunas me parecían. Sugería dejar tranquilo a Samuel; estaría fuera del reino, como mínimo durante unos meses, y su ausencia nos permitiría actuar con mayor libertad. Al fin y al cabo, los papeles de Aitón puede que no fueran tan capitales como suponíamos. Crónicas sobre Oriente teníamos un montón, en traducciones y copias conocidas. Otros aventureros habían descrito aquellas latitudes, puede que faltos de tanta profundidad como el fraile armenio, pero con bastante acierto. El valor de los escritos era dudoso. Quizá el juguete provocara deleite a las testas regias, y hombres como el infante Juan estarían dispuestos a pagar lo que fuere por tenerlo en su colección. Pero yo, todo un aprendiz de brujulero, prácticamente un hombre hecho y derecho, no podía caer en la trampa de los fetiches.

Insistió en que comprendía mi deseo de hacer honor a la amistad que me había unido con el viejo Betros, y salvar el tesoro que me confió. Por otra parte, si me lo tomaba con menos ardor, me daría cuenta de que el verdadero homenaje al armenio pasaba por reconocer sus aportaciones al mapamundi y hacer buen uso de ellas. Imaginaba que mi padre y el propio Betros habrían compartido un razonamiento parecido. Una visita a la ciudad pontificia prometía, por supuesto, grandes emociones, más aún cuando podía obtener unos documentos, guardados durante años

con una clave secreta que el destino me había entregado. Pero puede que hubiera sonado la hora de renunciar a la aventura para enfrentarme con entereza a una misión mucho más importante.

¿A qué misión se refería? Pues a sacarle jugo a los mapas. Lo cual quería decir, primero —y se excusó por ser tan mundano—, asegurarse el cobro completo. Después, procurar que el Infante quedara satisfecho, garantizando que nuestro trabajo y oficio continuarían siendo recompensados el día de mañana. O sea, que la Corona se sintiera bien servida para que siguiera encargando obras como aquéllas. Y, finalmente, explicar los contenidos con generosidad, facilitando una excelente comprensión de los atlas y procurando que la bondad que los había inspirado y los esfuerzos que se habían empleado en confeccionarlos encontraran una digna correspondencia en las acciones que de ellos se desprendieran.

Yo era la persona más apropiada para cumplir aquella singular misión. Conocía la tarea y tenía oficio, y además Samuel me dejaría tranquilo durante algún tiempo. Era preciso que tuviera un segundo encuentro con el ilustre Bernat Metge y lo convenciera de mi aptitud para aleccionado a él, al Infante o a quien fuere. Sí, admitió, el personaje era muy astuto, poco fiable, y después de los incidentes de aquella mañana tal vez no quisiera ni recibirme. Pero tenía secuestrado al Infante en una jaula de oro, y no nos quedaba otro remedio que tratar con él. Que fuera un gran cínico era un obstáculo menor, pues gracias a ello olvidaría cualquier lamentable episodio si entendía que el asunto de fondo podía reportarle beneficios. Y era en aquel punto en el que él, Hasday de Cresques, podía ayudarme. Aun siendo judío, era el secretario de la Aljama, y ningún miembro de la Cancillería le negaría una audiencia. Hablaría con Bernat y conseguiría que me escuchase.

—Si tenéis fácil acceso a Palacio, rabino —apunté—... ¿por qué no habláis directamente con la gente del Rey y no con los sirvientes del Infante?

—Cómo se nota que acabas de desembarcar en Barcelona, Jafudá —respondió Hasday con un suspiro—. Verás, hay algo que debes entender, muchacho. Tarde o temprano, en esta tierra habrá grandes cambios, y, si los hay, los primeros que sufriremos las consecuencias seremos los judíos, como siempre.

Moisés, el hijo del rabino, añadió que su padre acababa de llegar de Perpiñán. Había ido allí para tratar de calmar los ánimos después del último motín contra los judíos. Ya había visto yo lo que había ocurrido en Mallorca, observó: la tierra entera ardía, y la protección de los reyes era necesaria para defender a nuestra gente de mayores males. El buen rey Pedro era como el Gran Candelabro, que sólo podíamos sacar durante la Pascua. Si esperábamos que respondiera a los grandes favores, no lo podíamos molestar a diario con minucias. Hasday intervino secundando a su hijo, pero admitió que existía otro problema.

Desde la muerte de la reina anterior, el Rey de Aragón había acordado casarse con doña Sibila de Fortiá, una dama ampurdanesa iletrada y de inferior alcurnia, lo cual había enrarecido sus relaciones con los infantes, que se oponían a aquel enlace.

Si el buen Juan había encargado los mapas, era con su gente con la que teníamos que tratar. Lo peor que podíamos hacer era crear nuevos motivos de enfrentamiento entre Su Majestad y sus hijos. Entre otras cosas, porque algún día el Rey nos dejaría — Nuestro Señor no quisiera que mañana, ya que era un soberano fuerte y justo—, y entonces la corona pasaría a su heredero. La sucesión tardaría más o menos, pero llegaría, era ley de vida. No nos convenía en absoluto enemistarnos con el primogénito, ni con sus hombres de confianza... y de ninguna manera con el hábil Bernat.

—Hemos de adaptarnos, ¿eh? —concedí, abrumado por tantos juicios sensatos—
... Tirar la piel y comernos la granada.

—Eso es, hijo, eso es.

Maese Hasday consiguió introducirme otra vez en Palacio. No entré por la portalada noble; me hicieron pasar por las cocinas, donde un ejército de sirvientes fregaban marmitas con asperón y calentaban agua en unas ollas donde cabrían muy bien tres o cuatro mulas.

Luego, supongo que en un ejercicio de humillación, me hicieron subir hasta las mansardas por unos escalones de madera estrechos y chirriantes. Me abandonaron en un aposento pequeño, abuhardillado, con una mesa rústica y dos bancos. Por las numerosas ventanas separadas por fustes entraba mucha luz, pero también una corriente de aire gélido. Alguien se las había dejado abiertas, y no pude cerrarlas. Me senté en uno de los bancos. Al cabo de un rato, me temblaba todo el cuerpo, y me envolví en mi capa.

Oí a la *Honorata* dar las horas, dos o quizá tres veces. Me levanté, me froté los brazos y comencé a pegar saltos de un lado a otro. Cuando finalmente apareció el notario, me sorprendió pegando brincos en un rincón. Le acompañaba un paje, que ajustó las ventanas y cerró los pestillos. El prócer Bernat despidió al criado, con el ruego de que trajese un brasero y un libro de la biblioteca; el de la cubierta de cuero repujado, cintas de piel vuelta y firmales lujosos, dijo, que había en la segunda mesa: el de la hebilla de dos púas, remarcó. Después me miró con aires de suficiencia, se ciñó el abrigo de lana hasta arriba y me dedicó una mueca fina y altiva.

—Veo que se ha enfriado tu enojo, chueta.

—Señor, maese Hasday me ha hecho ver quién soy —no le conté lo de la granada del rabino Meir, pero pensaba en ello—... y también quién sois vos.

—Te entiendo. —Tomó asiento en uno de los bancos, sin invitarme a hacer lo propio—. ¿Y quién soy yo, pues?

—Sois la voz y los ojos del infante Juan, señor. Un alto dignatario de los asuntos de la Corte —esquivé su mirada—, que puede entender el valor de la obra que mi padre me ha hecho traes hasta aquí, que no dejará de advertir la importancia de los conocimientos narrados en nuestras cartas... y que sabrá transmitir fielmente todo

ello a quien corresponda.

—Tenías el discurso ensayado, ¿me equivoco?

Llegó el lacayo con el calentador; lo situó bajo las nalgas del personaje, procurando que quedara bien cubierto por los faldones de su abrigo. Otro hombre, vestido a la manera de los esclavos turcos, entró a continuación con uno de los atlas en las manos. Lo depositó con cuidado sobre la mesa, y ambos esperaron a que el amo los despidiera con una señal. Cuando nos quedamos a solas, Bernat me alcanzó el volumen y me pidió que lo abriera. Era, efectivamente, la versión real, la que se ceñía a los mundos conocidos, la que le había entregado yo. El notario me ordenó que pasara por alto los primeros folios, donde se describían los movimientos de los astros, las demostraciones cabalísticas y los juicios zodiacales. Quería que le hablara de las tierras de Oriente que figuraban en los últimos folios.

Así lo hice, tan bien como pude. A cada palabra recordaba la historia de Betros, aprendida a fuerza de noches en vela. Le conté lo que sabía de las aventuras y desventuras de Marco Polo, los propósitos de Aitón, y también los rumores que me habían llegado de otros viajeros o cronistas, por medio del maestro Cresques. Uno a uno, le mencioné los reinos que se encuentran hacia levante, con las riquezas y soberanos que podían interesar a la Casa de Aragón. Escuchó sin demasiado interés, como si todo aquello le resultara familiar. De vez en cuando, emitía un murmullo aburrido que acompañaba con un ligero parpadeo. Cuando callé, se quedó absorto durante un rato.

—¿Has oído hablar del rey León de la Pequeña Armenia?

—Sí, me han dicho que ha perdido sus posesiones.

—Justo —afirmó—. Está aquí al lado, en el Palacio Mayor, esperando el regreso del rey Pedro. Le queda poca cosa más que sus calzones, y quiere pedir ayuda para recuperar su reino.

Bernat apuntó que lo habían acogido como merecía, pero nadie quería escuchar sus cuitas. Hacía demasiados años que Oriente era una ruina para los catalanes. Las alianzas dinásticas con los armenios no habían servido de nada; los ducados griegos, aún en manos de los almogávares, caerían pronto; la isla de Chipre no era más que eso, una isla en un mar sarraceno; Constantinopla era la capital de una farsa de imperio, además de hostil a Aragón. El turco estaba a punto de cerrar las puertas del Gran Levante y, ante este hecho inevitable, de poco servirían la docena larga de consulados que nuestros mercaderes tenían entre Trebisonda y Alejandría. Oriente aún podía alimentar sueños; pero dar beneficios, ninguno.

—Es decir —sugerí con un hilo de voz, temiendo incurrir en una barbaridad—... que las explicaciones de Aitón, o de todos los que siguieron la ruta de la seda, no os interesan.

—No, no —contestó, abriendo los ojos en un calculado gesto teatral—. Nos interesan mucho. Los relatos de los sabios armenios, y de tantos otros, alegrarán los anaqueles. ¿Y la ciencia? ¿Qué me decís de los beneficios para la ciencia? O de las

diversiones de los monarcas: ¿o es que los príncipes no tienen derecho a disfrutar del refinado placer de la lectura?

Bernat pegó un respingo y se levantó. En principio creí que formaba parte de su parodia, pero enseguida me di cuenta de que se había quemado con el brasero. Se restregó la pierna y, de una patada, envió el recipiente hacia mí. Sentí un calorcillo que subía del suelo. El hombre volvió a sentarse, se quitó el turbante y lo dejó en la mesa. Se mesó los cabellos con una mano, y se los peinó para rehacer la tonsura, perfecta y redondeada.

—¿Qué, Jafudá? ¿Comienzas a entrar en calor? —Tras una mueca condescendiente, continuó—: Hace unos años, los tártaros eran los dueños de Catay. Los croatas y los armenios guardaban los accesos hacia Oriente, y los caminos estaban libres para la cristiandad. Los aventureros latinos no encontraron el paraíso terrenal en las Indias, como algunos creían, ni extendieron los dominios de la Cruz, como otros esperaban. Pero pudieron llegar sin demasiadas dificultades y hacer fortuna comerciando.

El notario apuntó que, teniendo en cuenta las tensiones de nuestro tiempo, las gestas de hombres audaces como Marco Polo tenían poco valor. El otro extremo del Mediterráneo estaba ocupado por infieles, más fuertes y aguerridos que los de la Berbería. Los janés ya no gobernaban Persia y, por lo que había llegado a sus oídos, tampoco dominaban Catay. Además, todas las rutas de los antiguos viajeros estaban apestadas, y en ellas moría más gente que en nuestras ciudades. Los fabulosos tesoros descritos en *El Millón* aún existían, naturalmente, pero ya no los podíamos alcanzar. O era imposible hacerla por tierra. Debíamos olvidar nuestra obsesión por las tierras de levante y volver la vista hacia otro rumbo. Incluso si lo que pretendíamos era recuperar las especias y telas de las Indias.

No puedo negar que sus palabras, vacías de bondad pero llenas de sagacidad, me confortaron. Me abrí la capa y dejé que me subiese por las piernas un vaho caliente y agradable. Si lo que me confesaba Bernat era cierto, si realmente creía en lo que decía, la expedición de Samuel a la Provenza era poco menos que inútil. Volví dos folios atrás y me fijé en las costas de poniente, allá donde el mundo conocido terminaba y se abría la inmensa mar oceánica. En aquel preciso momento supe que una conjetura, incubada por mí desde hacía años, pero que no me atrevía a admitir del todo, se convertía casi en una certeza.

—¿Queréis decir, señor, que...?

—Yo no quiero decir nada... de momento. Ya hablaremos otro día. Por hoy —se levantó y cogió el atlas—, hemos trabajado bastante. Vuelve mañana a la misma hora. No es preciso que te acompañen: puedes salir por donde has entrado.

Fui hacia la salida. A través de las ventanas se veían las terrazas del palacio, llenas de sábanas tendidas y alfombras que se oreaban. Al fondo, el campanario acabado de Santa María y otro gemelo que apenas se insinuaba entre tejados. Y aún más allá, el mar que me separaba de mis padres y de Mallorca, Estarían satisfechos de

mí, pensé. Me estaba introduciendo en la Corte... bien, nada más que ante unos de los cortesanos, pero de los importantes. Maese Hasday también se sentiría lleno de gozo. Me estaba comiendo mi granada, utilizando mi conocimiento del oficio y prestando un servicio a la Judería. Acepté que me midieran por su rasero, agachando la cabeza mientras me mostraba útil a la Corona y afirmaba los privilegios de los vasallos judíos. Si no fuera porque...

—Distinguido Bernat: si mañana hemos de conversar sobre lo que yo imagino, sería bueno que trajeseis también el otro mapamundi.

—¿Cuál?

—El segundo, el que os dije el otro día que me había robado Samuel. El que describe tierras ignotas y reinos de los cuales nadie ha vuelto para contado. Sí, señor, aquel que...

—Yo no tengo más atlas que éste, muchacho —se enrolló el turbante sin mirarme—. No sé de qué me hablas. Hala, hasta el lunes.

Hice una reverencia que no se dignó corresponder y bajé por las escaleras de madera. Cuando pasé por las cocinas, me llegó un fuerte olor a carne asada. Me sorprendió la abundancia de viandas y guarniciones que estaban a punto de salir, en grandes bandejas, hacia el comedor. Una de las cocineras, gruesa y sudada, pellizcó el asado y me ofreció un pedazo. Lo rehusé y, entonces, advirtió que yo llevaba casquete y rodela en el pecho. Se echó hacia atrás, se santiguó y estalló en risas. Cogió un cuscurro de pan y me lo dio. Le di las gracias, mordí el mendrugo y me escabullí hacia la calle.

Era difícil, o más bien imposible, saber si el notario del Infante había intentado confundirme. No tenía ningún motivo para mentir cuando confesaba que su interés por la ruta de Oriente era relativo. Sus argumentos estaban preñadas de lógica y, al fin y al cabo, lo que pretendía era aprovechar mis interpretaciones y no perder el tiempo miserablemente con un mozalbete que, la última vez, le había asestado unos cuantos golpes. Sin embargo, resultaba extraño que no tuviera noticias del Atlas Furtivo. Si no estaba bajo su custodia, ¿quién lo tenía? ¿Samuel? ¿Qué otra arma podía haber empleado aquel sujeto para introducirme en Palacio si no había usado el atlas como moneda de cambio?

Esas preguntas me rondaban aquel frío mediodía de invierno, mientras regresaba a casa de Hasday, devorando la miga de un mendrugo de pan. Entré en la Judería y percibí poco movimiento, hasta que llegué a la calle de la Sinagoga y vi una multitud que entraba en el templo. Entonces me di cuenta de que estábamos en pleno *sabbath*. Aunque no iba ataviado para el culto, me uní a la cola de hombres, donde reconocí y saludé a algunos vecinos. Dentro, los sabios más notables abrían los cofres y sacaban los Libros de la Ley. Alrededor, cerca de la barandilla, se encontraba la plana mayor de la Aljama, los maestros y estudiosos rabínicos. Detrás, donde me situé, el resto de la comunidad. Y en la galería, asomando la cabeza por encima de una balaustrada, las mujeres, dispuestas según edad e importancia.

Cerraron las puertas y el Gran Rabino entonó los rezos. Los fieles respondían como un solo hombre, con golpes de cabeza y el habitual balanceo. De pronto, me descubrí estudiando los cánticos que salmodiaban. ¿Quién, de entre toda la gente allí reunida, deseaba de veras regresar a Jerusalén y reconstruir, piedra sobre piedra, el templo de Salomón? Si alguna patria añoraba, era mi Mallorca, donde el frío no asediaba como en Cataluña. ¿Qué debían estar haciendo el buen Cresques, y Setaddar, y Astruga, y...? Quizá para mi gente, como decía el notario Bernat, Oriente era también más un sueño que una empresa deseada.

Distraje la mirada en el techo: unas vigas gruesas lo sostenían de lado a lado. A los cuatro costados, los arcos de herradura, entre columnas octogonales, dejaban entrar mucha luz. Una amplia cenefa de vivos colores decoraba las paredes, hasta que se perdía en el primer piso entre los pañuelos de las mujeres. Era un templo grande y precioso, sí, pero por primera vez me pareció frágil y vulnerable. Media Judería estaba reunida bajo aquel techo de siglos, suspirando por una tierra que no veríamos nunca y viviendo en una tierra que no nos quería. ¿Y si agarrábamos la granada del rabino Meir y nos la zampábamos entera, piel incluida? ¿Por qué no nos desembarazábamos de la Torá y los candelabros, plantábamos una cruz y un par de santos y acabábamos de golpe con tantos años de sufrimiento?

Al acabar los oficios, abandoné la Sinagoga a toda prisa. Me metí en casa de Hasday, anhelando conversar con él y disipar mis dudas. No había nadie. Poco después llegaron la mujer y el hijo, Maese Hasday no vendría, me dijeron, porque aquella misma mañana había tenido que partir para Zaragoza. Me encerré con Moisés en el pequeño aposento donde ambos dormíamos, y le conté la conversación con Bernat Metge. No tenía ni idea de lo que podía haber ocurrido con el Atlas Furtivo, pero coincidió conmigo en que la audiencia había ido bien y que debía volver el lunes. Luego, le expuse mis incertidumbres sobre la situación de los judíos, que nos obligaba a vivir siempre con el alma en vilo.

—No sé, Jafudá —arguyó Moisés—... ¿No crees que maese Bernat te ha contagiado su desconfianza en el mundo?

Le recordé cómo, unos años atrás, mi padre me había enseñado que la fe no se podía forzar: o llegaba o no. A veces, decía maese Cresques, la llevábamos dentro y no la queríamos reconocer. O la aprisionábamos con tradiciones y normas para no dejarla aflorar. Betros también me había impresionado con su fe ciega en el Creador. Pero yo no lo entendía así. Lo único que sentía dentro de mí era incertidumbre, mucha incertidumbre y vacilación. Y creía que hasta entonces había sido poco honesto con mis inquietudes más íntimas, ocultando mis pensamientos más profundos, que no eran piadosos, sino todo lo contrario. Quería abrir los ojos a otras gentes, aprender nuevas verdades y amar la vida en toda su plenitud. ¿Por qué tenía que ser fiel a una ciudad perdida, a un pueblo tozudo y a una creencia que me ahogaba? No necesitaba a ningún notario del reino para darme cuenta de eso.

La respuesta de Moisés me dejó boquiabierto. Pensaba igual que yo, reconoció.

Sin embargo, habíamos nacido con una marca indeleble. Quien era concebido noble, sería noble toda la vida. Un esclavo no dejaría nunca de ser esclavo. Y un judío, aunque abrazara la doctrina de Cristo, siempre continuaría siendo judío. Tal vez obtuviéramos el privilegio de guardar nuestras capas y rodetes, pasear sin círculos cosidos a la ropa y comer embutidos. Pero en el rostro llevaríamos siempre el estigma de nuestra denigrante condición. Ésa era la única verdad, sentenció; y su padre, el admirado Hasday, la compartía. Que sus confidencias, me rogó, no salieran nunca de la casa en que nos encontrábamos.

No dormí mucho aquella noche. Mi amigo Moisés dio la cuestión por zanjada y se negó a reemprender la discusión, a pesar de las muchas preguntas que intenté hacerle. Me rebullí en el lecho, durmiendo a ratos, hasta que el sol despuntó y bajé a vaciar el orinal. Nadie se había levantado aún. Herví unas hierbas y me zampé un par de buñuelos. Me enfundé en la capa, me até las sandalias y salí a la calle. La calma matinal me tranquilizó. Vi apenas pocas mujeres, que iban a buscar el pan y a llenar los cántaros a la fuente. A las puertas de la Judería, un puñado de personas esperaban a que el vigilante abriera la reja.

Paseé hasta Puerta Ferrisa, a punto también de ser abierta, y subí por la Rambla. Se me iban aclarando las ideas. Cuando hubiera vuelto a Palacio, escribiría una nota a mi padre. Le contaría todo lo que había ocurrido, le pediría consejo y actuaría en consecuencia. Mi estancia se prolongaba y aún podía alargarse más. Era preciso que él, siempre tan firme en sus convicciones, me instruyera acerca de lo que debía hacer. Me embargaba una gran confusión. Tan pronto creía estar cumpliendo la más importante de las misiones, como me abandonaba a intereses ajenos a los míos. El notario Bernat me utilizaba para sus componendas, eso estaba claro, pero no sabía para cuáles ni con qué intención. Maese Hasday y su hijo eran tan generosos y abiertos que, con la mejor de las voluntades, agravaban mi desorientación.

Y además tenía el problema del atlas que faltaba. ¿Debía encontrarlo, costara lo que costase? No era bueno que estuviera en otras manos. ¿Y si lo guardaba el propio notario del Infante, engañándome al respecto? O Samuel: quizá lo hubiera escondido, o vendido, o —me entraban escalofríos de sólo pensarlo— destruido... Por cierto, ¿dónde estaría aquel maldito huérfano? ¿Habría llegado a Aviñón? ¿Habría, tal vez, muerto en un naufragio, ahogado en medio del mar? No podía saberlo y debía tener paciencia. Algún día, con un poco de suerte, despejaría aquellas dudas. Por el momento, Cresques tenía que conocer lo sucedido con nuestra obra, con el joven Corcós y con las audiencias de la Corte. Las debilidades de mi espíritu quedarían conmigo, porque no eran cosas de las que se informara por escrito. Pero los hechos, los acontecimientos precisos, debía conocerlos.

Pasé otra vez por Puerta Ferrisa, hacia el corazón de una ciudad que ya se despabilaba. En la Plaza Nueva se desplegaban los toldos, los carreteros trabajaban a gritos. Doblé por la subida del Obispo, bajo el arco de las balconadas, y giré delante de la capilla episcopal. Rodeé los muros de la Catedral, donde los albañiles —que

armaban la fachada y las paredes del claustro— se peleaban con los vendedores, que pretendían montar los puestos en cualquier rincón. Bajé por la calle Ciudad, con más bullicio de albañiles a diestro y siniestro. Los patricios catalanes hacían erigir el palacio de la Diputación. General, para reunir en cualquier momento las Comisiones de Cortes. Un poco más allá, la parroquia de San Jaime y aún más abajo la Casa de la Ciudad, otro caserón donde los Cien Consejeros de Barcelona se estaban construyendo una sala para sus deliberaciones.

Cuando todo aquello estuviera terminado, pensé, la ciudad sería un lugar maravilloso, lleno de grandes palacios, patios elegantes y portales señoriales. De momento, era poco más que un conglomerado de bestias de carga, polvareda y repicares enloquecidos. Resultaba imposible dar tres pasos seguidos sin tener que salvar un montón de sillares, esquivar las astillas que saltaban por los aires o colarse bajo unos andamios en precario equilibrio. Sin contar los juramentos e insultos que dedicaban los obreros a cuantos veían como un estorbo, y que se multiplicaban en el caso de un joven israelita como yo, desconocedor de los usos y atajos que era costumbre observar.

Doblé por la calle de los Templarios, algo más silenciosa, y aproveché para sacudirme la ropa. Allí mismo, a la vuelta de la esquina, estaba la puerta de entrada del Palacio Menor. Me presenté al macero que la custodiaba y quedé sorprendido de que me franqueara el paso. Micer Bernat me esperaba en la estancia del senescal, me dijo y añadió que, si conocía el camino, podía llegarme solo. Le agradecí la cortesía y subí por la escalera del patio hasta la planta noble. Me adentré por las cámaras tapizadas que había visto la primera vez, procurando no abrir ninguna puerta equivocada, y, finalmente, encontré al notario, que me esperaba sentado en uno de los dos sillones. Sobre una mesa que no había visto la vez anterior, reposaba el atlas. Encima de la alfombra, un magnífico brasero caldeaba agradablemente el ambiente.

—Buenos días, muchacho. Pareces cansado: ¿no has dormido bien?

—Es que me he pasado la noche pensando... pensando cómo os daría las explicaciones sin el atlas desaparecido.

—No te preocupes —el hombre se frotó las manos—, empezaremos con el que tenemos —y apuntó con la barbilla hacia la mesa.

Me acerqué al mapamundi y lo abrí por el tercer folio, justo en la primera carta de navegación. A veces, le dije, lo más interesante de un mapa es lo que no registra, y no lo que contiene. A la vista teníamos el poniente del mundo conocido y las costas que habían sido visitadas y descritas de formas muy diversas. Pero yo estaba seguro de que se podía navegar mucho más allá. Había oído rumores que juraban que los mares se comunicaban, y noticias sobre pueblos y reinos donde nunca habían puesto los pies ni cristianos, ni judíos, ni mahometanos. Sólo se trataba de rumores, claro, y la única vía para demostrado era ir hasta allí.

—Empecemos, si te parece, por lo que es ciencia cierta.

Le confesé que últimamente no distinguía lo seguro de lo incierto, la ciencia de la

mera creencia. ¿Podíamos asegurar, por ejemplo, que los hombres nacían con alma y que ésta partía hacia al cielo al morir el cuerpo? Muchas veces había visto morir hombres, animales o pájaros, respondió él, y no había visto, en cambio, que el espíritu ni cosa alguna escapara del cadáver: por tanto, asegurar que el espíritu sobrevivía a la muerte era una especulación. La vida y la muerte eran ciencia; la vida después de la muerte, una simple creencia. No pretendía decir que las religiones fuesen un conjunto de falsedades, simplemente que eran verdades indemostrables. La ciencia, aseguró, no trataba con almas ni especulaciones: trataba con hechos.

—Si es así, señor, no podemos hacer caso de las leyendas de los antiguos, que hablaban de aquel capitán del Faraón, Neco, que había partido del Sinaí y rodeado toda África hasta llegar otra vez Nilo. O de Hannón de Cartago, quien, con cincuenta galeras y tres mil docenas de hombres, había dado la vuelta en sentido inverso y en cinco años había navegado hasta el mar Rojo. O de los fenicios, que contaban cómo en la Azania había hombres negros y peludos, que gruñían...

—No, tienes razón —me interrumpió—, no podemos hacer caso. Me parece que era Boecio quien hablaba de todo eso. Pero no tenía evidencias, ni los griegos tampoco. Son leyendas que se pierden en la oscuridad de los tiempos.

Le sugerí que los sabios romanos y griegos, inmersos en su mundo y grandes amantes de Oriente, nunca habían vuelto los ojos hacia el más profundo mediodía, ni hacia poniente. Lo dije con precaución, porque sabía la inclinación que micer Bernat sentía por los maestros antiguos, y no quería dárme las de entendedor en Historia. Pero estaba seguro de que convendría conmigo en que, para los hombres de Alejandro, el gran océano de Occidente era un espantoso mar de tinieblas. Allende las columnas de Hércules, nada había que no fuera peligro y desastre. Los primeros latinos, asustados por los mismos temores, imaginaban que, pasados los estrechos y más allá de Finisterre, el océano de los atlantes se precipitaba al vacío.

—¿Y Plinio el Viejo? Él se refirió a las Islas Bienaventuradas también llamadas Afortunadas, de los canes o canarias, donde la primavera era eterna y los árboles florecían siempre.

Admití que, al resultarme muy difícil la lectura del latín, no había consultado los escritos de Plinio. Sin embargo, mi padre sí sabía bastante latín antiguo, y en el mapamundi —le señalé las islas en cuestión— había puesto algunos comentarios de aquel autor. Hoy sabíamos que el archipiélago no era tan feliz ni tan verde como se había creído, pues muchos patrones de Mallorca habían llegado y regresado. Si el paraíso terrenal existía, no estaba en las Islas Afortunadas, como afirmaba el viejo Plinio. Bien era verdad que, contra los prejuicios de su tiempo, aquel romano tan curioso y viajero se había interesado por tales parajes. Pero no dejaba de ser una extravagancia de un hombre inquieto.

—Sí, tan inquieto —añadió Bernat, socarrón— que murió achicharrado mientras estudiaba las erupciones del Vesubio. Bien, no sólo la fe tiene sus mártires... continúa.

—Cuando las Escrituras evocan a Abraham, hablan de su mujer Sara, madre de todos los sarracenos (de ahí su nombre), y también mencionan a su hijo bastardo, que tenía por nombre *Ajar*. Según dicen, este hijo del Patriarca —advertí la expresión de aburrimiento de Bernat— heredó un gran reino en la parte austral del mundo. Es lo que hoy conocemos como África o tierra de Afar, y, si bien no podemos utilizar el Talmud para trazar cartas de navegación, sí podemos decir con certeza que aquellas regiones son aún las más extrañas y desconocidas para nosotros. Como si el origen bastardo de sus pueblos las hubiera expulsado del gran mundo. En el atlas, Cresques de Abraham ha procurado combatir ese prejuicio.

—*Ex Africa semper quid movi* —murmuró el notario—; deberías aprender latín, Jafudá. Es muy conveniente saberlo, cuando has de citar frases con autoridad. Como esta de Cicerón... África siempre nos sorprende.

Realmente era una frase bonita, dije, y no conocía ninguna capaz de igualarla. Sin embargo, podía citarle de nuevo las Escrituras, donde se mencionaba a los tres hijos de Noé, quienes tras el diluvio fueron los padres de la humanidad. Sem, que pobló la tierra de semitas, o sea de árabes y hebreos; Jafet, progenitor de las naciones blancas, desde los mogoles hasta los hijos de Asquenaz o europeos; y Cam, ancestro de la gente oscura. Cam no respetó a su padre, y Noé maldijo a sus descendientes: los condenó por siempre jamás a ser los esclavos de la tierra. Hoy teníamos cautivos de todos los colores, y mi padre creía que en eso, como en tantas otras cosas, no seguíamos los mandamientos divinos.

Yo no pensaba que una parte de la humanidad estuviera destinada a la esclavitud. Pero maese Cresques tenía razón cuando se quejaba de que habíamos olvidado las lecciones del Gran Libro. Las naciones de Sem y Jafet, obsesionadas con sus disputas, no se interesaban por los camitas, quienes a la postre eran hombres y hermanos, condenados o no. En el atlas habíamos procurado deshacer el malentendido, refiriéndonos también a los hombres oscuros.

Podía contarle, si quería, lo que mi padre había descubierto de unos sabios muy próximos, algunos aún vivían, que habían viajado mucho por África. Eran sarracenos que, atraídos por lo que estaba al otro lado de las arenas del desierto, se habían perdido muy adentro hacia el mediodía. Habíamos escuchado sus crónicas y dibujado sus informaciones en los mapas. No porque fueran más listos ni más instruidos que los maestros de Barcelona. Pero el recuerdo y la lengua árabes aún seguían vivos en Mallorca, y se comerciaba mucho con los puertos de Berbería. Entre el oro, los frutos y los esclavos que desembarcaban en Porto Pi, siempre llegaba algún libro de excepción o algún trotamundos dispuesto a confiarnos sus aventuras.

El prócer Bernat debió notar cierta emoción en mi semblante, porque me preguntó si recordaba con especial estima a algún singular viajero que me hubiera robado el corazón. Sí, recordaba a una persona muy particular, admití, y la recordaba a cada instante, pero no podía hablar de ello. Me sonrojé y traté de retomar el hilo de la conversación. Podía hablarle, en cambio, de los escritos y de las cartas del famoso

Idrissi. Hacía ya muchos años que este maestro había trabajado a las órdenes de Roger de Sicilia, y sus opiniones, sacadas en parte de experiencias propias y en parte de relatos oídos, eran dignas de atención.

Le expliqué a Bernat que Idrissi había negado, con buen criterio, que las fuentes del Nilo y las del Éufrates fueran comunes, como creían algunos teólogos. El río de los egipcios bajaba de las Montañas de la Luna, como había dicho el griego Heródoto. Sin embargo, según el sabio sarraceno, en aquellas tierras altas tan sólo nacían algunas aguas: el resto afluía de un gran río que se abría paso entre las arenas del desierto a todo lo largo de la frontera del mediodía y que, finalmente, se unía al Nilo.

Aquel río largo y ancho, vasallo del Nilo, partía de la Guinea, donde vivían hombres negros; bañaba los reinos de Mali, ricos como no podíamos ni imaginar; se entretenía en el Lago del oro, que muchos confundían con el paraíso; y vertía las aguas al Nilo, cambiando el curso y dirigiéndose al Mediterráneo. Así lo habíamos trazado en nuestro mapamundi, porque lo creíamos cierto.

Idrissi, continué, era un maestro bien documentado. Sus explicaciones sobre los Montes Claros, que separaban el árido interior de los reinos de la costa de Marruecos, Tremecén, Argel, Constantina y Túnez... eran cuidadosas. Una larga cordillera seguía la forma de la ribera mediterránea, y en tierras de Libia se rompía en tres como una pata de gallo. Si había acertado en el caso de aquellas montañas, ¿por qué iba a equivocarse al describir lo que se hallaba más allá, salvado el desierto y las arenas muertas? Otros viajeros, además, nos habían dado descripciones parecidas.

Aludí a Haucal como uno de ellos. Este mahometano había partido hacia el desierto para encontrar el lugar donde las mezquitas desaparecían y callaba el canto del muecín. Tropezó con la ciudad de Zenania, donde el fornicio y la sodomía eran habituales y los guerreros jóvenes obsequiaban a los visitantes con toda clase de pecados carnales. Molesto y enojado, Haucal predijo que Zenania caería pronto bajo la ira del Dios sarraceno, lo cual sucedió poco después. Sin embargo, vio también el gran río, que descendía de poniente a levante para unirse al Nilo.

También mencioné al notario a Battuta, el más sabio de todos y de quien mi padre no había leído nada, ya que sus viajes eran recientes. Sin embargo, algunos mercaderes y esclavos de la Berbería nos habían hablado de él, y todas las experiencias del noble Battuta apuntaban en la misma dirección que los descubrimientos de Idrissi. Otros sarracenos cultos, como Fátima o Mahomet de Ragano, corroboraban tales opiniones. Sus observaciones, pero sobre todo las de Battuta, nos iluminaban mejor acerca de los reinos y ciudades que existían al otro lado del desierto, en la tierra de los camitas.

Todos nuestros informadores coincidían en que el más poderoso de los príncipes en aquellas tierras era el señor Musa de Mali, rey de los ríos de oro, de la Guinea y del lago donde se suponía existía el paraíso. Este monarca, puede que ya muerto, era mahometano y poseía una biblioteca mayor que la de cualquier rey cristiano. En la

ciudad de Tembuc, grande como diez veces Barcelona, se podía estudiar en muchas lenguas, y los caminos que la rodeaban estaban en paz, de forma que no había que temer ataques de nadie. Manadas de camellos —caballos altos con joroba— cruzaban las arenas, transportando oro a la Berbería, donde era embarcado hacia la tierra de los francos, y cargando sacos de sal y otros bienes para sus hogares.

—El reino de Nubia, noble Bernat —lo señalé, debajo de Egipto—, es también mahometano y negro. Los nubios luchan siempre contra el preste Juan, el único soberano cristiano de África, pero que también es negro. El preste Juan bautiza a sus súbditos a la usanza de Roma, y gobierna con prelados y obispos ricos y bien armados. Si no sabemos gran cosa de él es porque gobierna unos valles cercados por cordilleras como Montañas de la Luna ya su alrededor viven tan sólo gentes de Mahoma y paganos. Antiguamente sí comerciaba con otros cristianos, cuando Constantinopla dominaba todo el Nilo y Egipto. Pero de eso hace ya muchos siglos.

»Lo que os cuento y lo que veis en nuestras cartas, induce a pensar que las grandes arenas no son el fin del mundo. Más allá, hay muchas y ricas poblaciones, con caminos que las unen y reyes instruidos que las gobiernan. La ciudad de Tembuc es quizá la más formidable y luminosa, pero también se erigen río abajo las de Genné y Gao, y la de Mima, refinada y lujosa. Más cercanas a nosotros, antes de cruzar los Montes Claros y entrar en la Berbería, se levantan las ciudades de Tegaza, Tamentet y Gadames, notables porque allí se detienen las caravanas de camellos. Y la ciudad de Sigilmesa, de donde provienen muchas familias sarracenas que hoy viven en Mallorca y donde las fortunas son abundantes, pues no hay otra ciudad que reúna tantas mezquitas y palacios particulares.

—Veo que consignáis aquí —observó Bernat en la carta— el viaje del patrón Jaime Ferrer a los ríos del oro, en una nave que zarpó de Mallorca.

—Sí —respondí—; pero eso os lo podría contar mi padre con más detalle, porque él recuerda aquella expedición marinera que aconteció cuando era joven y muchas otras que no hemos podido recordar aquí por razones de espacio. Lo único que os puedo decir es que hace años que a Mallorca llegan cautivos desde las Islas Afortunadas. Algunos de los esclavos son gente ruda y primitiva, pero otros que vienen de más lejos traen consigo historias dominios fabulosos, ricos y bien poblados. Son los hijos olvidados de Cam, que tienen mucho que enseñarnos.

Micer Bernat escuchó con atención y pidió que le relatara con precisión aquellas historias. Yo eludí la cuestión y lamenté la pérdida del Atlas Furtivo, porque allí se exponían muchas de aquellas crónicas y se indicaban las tierras de las que hablábamos. Se apoyó en el brazo del sitial y me confesó que no era la primera vez que le llegaban rumores sobre el asunto. Desde antes del reinado del rey Pedro, dijo, la Casa de Aragón había tenido interés por las islas de los canes o canarias.

Si Oriente acababa siendo una vía muerta, como parecía, aquella parte del mundo pasaría a ser capital en la expansión de la Casa real y de los comerciantes. En primer lugar, porque allí había mucho más que arena y salvajes, como apuntaba nuestro

mapamundi; pero también porque, si queríamos salvar el obstáculo que constituían los infieles en el Mediterráneo, podría ser fácil hacerlo por detrás que de frente. En lugar de atacar las y ciudades y los castillos de la Berbería, fuertes y bien guarnecidos, nuestros barcos podían bordear las costas africanas, y así comerciar mejor con tan ricas regiones.

Otros habían iniciado antes la carrera, reconoció Bernat. El ilustre Boccaccio lo contó con pelos y señales en su *Decamerón*. Un genovés, un tal capitán Lanzarote, desembarcó en las Afortunadas y dio nombre a una de las islas. Pero pronto los navegantes mallorquines se unieron a la empresa, a veces asociados a los genoveses. De ahí el transporte de esclavos y las expediciones que yo comentaba. Eso ocurría en tiempos del rey Jaime de Mallorca, cuando la corona estaba separada de la de Aragón. Anexionada la isla por Pedro el Ceremonioso, Barcelona se interesó en la aventura. Su propio padrastró, el notario Sayol, había contado y anotado las naves que partieron bajo el patrocinio del Rey.

El Ceremonioso había conseguido la bula papal para ocupar las islas y difundir la cruz entre los canarios. El noble Lacerda fue coronado por el Papa Rey de Fortunia, o de las Canarias, sometido al Reino de Aragón. Su misión era extender la doctrina de Cristo en catalán. El capitán Arnau Roger zarpó con frailes predicadores y fundó la parroquia de Telde en la isla mayor. Fray Bernat, primero, y luego fray Bartolomé, recibieron la mitra del obispado de Canarias. A continuación, las diócesis de Barcelona y Tortosa apadrinaron un viaje de los patricios Estrada y Murmandó con un numeroso grupo de padres dominicos para llenar de iglesias aquellas posesiones. Otros patronos como el Jaime Ferrer de nuestro mapa, recalaron en las islas para navegar más allá y convertir al rey Pedro en amo y señor de los mares de poniente.

Como siempre, los designios reales habían contado con más intenciones que hechos concretos. Ni el flamante príncipe de Fortunia ni los obispos consagrados navegaron nunca más allá del cabo de Salou; los pobres monjes y los pobladores que habían llegado a las parroquias de Telde murieron de enfermedad y aburrimiento; las arcas de la Cancillería se habían agotado por las luchas habituales contra Castilla, Génova y Marruecos... y los armadores privados, temerosos de arruinarse, se limitaron al tráfico de esclavos y a operaciones escasamente ambiciosas. En cuanto al propio Jaime Ferrer nadie sabía con certeza si había llegado a los ríos del oro, porque nunca regresó para contarlo.

—Ya lo creo que llegó —se me escapó y, enseguida, rectificué—... Quiero decir que, según maese Cresques, un marinero tan notable no pudo quedarse a medio camino. Otra cosa es que, una vez allí, perdiese la vida en cualquier encuentro inesperado.

Bernat me miró con desconfianza, pero no hurgó más. Se retrepó y finalizó su relato. En resumen, la empresa no recibió el suficiente apoyo. Corrían sospechas de que algunos viajeros catalanes habían llegado al cabo Bajador, donde comenzaba la tierra de los negros, y probablemente al gran río de Mali que dibujábamos en nuestra

carta. Sin embargo, ¿de qué servían aquellas gestas si luego las rutas no se aseguraban, si las Atarazanas Reales no destinaban embarcaciones, si los soberanos no acompañaban sus sueños con oro y hombres?

Su propósito, confesó Bernat, era reunir las mejores informaciones sobre la desconocida Guinea. Con evidencias como las de nuestro mapamundi, se sentía cargado de razón para relanzar antiguas esperanzas. Y; si no podía convencer al viejo Pedro, quien parecía privado de ambición y ánimo, aguardaría a que el heredero subiera al trono. Le dolía, dijo con una leve sonrisa, que los príncipes fueran mortales. El rey Pedro llevaba reinando más de cuarenta años, y un día u otro coronarían al infante Juan. Bernat preparaba con impaciencia aquel momento. Por eso había rogado al primogénito de Aragón que encargara a maese Cresques, hombre de reconocido oficio, un amplio compendio del mundo.

—¿Y qué ganáis vos? —solté, sin pensar.

Bernat, contrariado, frunció el ceño y, por un momento, pensé que la violencia volvería a aquella sala. Sin embargo, suspiró y balanceó la cabeza con evidentes síntomas de cansancio.

—Todavía debes crecer, muchacho... —respondió, y volvió a mover la cabeza—. Tienes un gran talento para los conocimientos, pero la vida aún te ha de enseñar a tratar con la gente. Especialmente con aquellos que te contraten. Sólo te diré que un hombre, por muy escéptico que sea, no tiene por qué ser codicioso y mezquino. La grandeza de nuestra Casa me beneficia; pero también te beneficia a ti y a tu gente, y al común de los súbditos, y a todos los mortales. ¿Qué ocurrirá si la expansión la dirigen reinos como Francia o Castilla? Con soberanos que usan las armas antes que las letras, o la cruz antes que el comercio, tú, yo y todo nuestro mundo se hundirá. Créeme, Jafudá. Estamos en la misma barca.

Quizá sí, pensé. No me parecía que los otros reinos fueran mejores o peores que el nuestro. Por lo que yo había oído, el pueblo de Israel recibía agresiones en todos lados. Pero tampoco había viajado lo suficiente para saberlo, y el notario debía de conocer mejor que yo los gobiernos de otros pueblos. Tal vez Micer Bernat, bajo aquella apariencia cínica y desvergonzada, trabajaba de veras para causas justas. Quizá estuviera ayudando a los judíos fortaleciendo la Casa de Aragón y haciéndonos partícipes de sus proyectos. El buen rabino Hasday, pensé, estaría de acuerdo con él. Bernat Metge nos ofrecía la granada, para que pudiésemos comérmola y tirar la piel. ¿Y maese Cresques? Las dudas me asaltaron de nuevo. ¿Qué pensaría mi padre? ¿Y yo, qué pensaba yo?

—Señor —dije—, no pretendía molestaros y lo lamento si lo he hecho. No dudo de vuestras buenas intenciones. Pero soy aún joven y, a veces, echo de menos la compañía de mi padre. Si no tenéis más observaciones, me gustaría dar por acabadas estas consultas, para embarcar enseguida y volver con mi padre y maestro.

—¿Tanta prisa tienes por ver al viejo Cresques? —preguntó con un punto de malicia en los ojos.

Me sentí turbado.

—Sí... sí, claro. Para encontrarme con mi padre y mi madre Setaddar y mi hermana y...

—Pues por el momento deberás permanecer cerca de mí. Con las aguas revueltas del invierno no es bueno navegar, y no te será fácil encontrar un leño o una coca que haga presto la travesía. Además, tengo aún muchas preguntas sobre el mapamundi y quiero tenerte a mi lado. ¡Ah!, y antes de que me olvidé: tienes instrucciones de Cresques para permanecer aquí.

—Mi padre —me levanté de golpe—... ¿mi padre os ha hecho llegar noticias tuyas?

—Bueno, sí y no. Tengo un mensaje del Lugarteniente de Mallorca, un correo real donde se habla de eso y de otras muchas cosas. Se conoce que tu padre estuvo en la Almudaina, habló con nuestros oficiales y rogó que te transmitiéramos sus palabras. No, no puedo mostrarte el documento: las normas de la Cancillería lo prohíben, porque va dirigido a Su Alteza. Pero el mensaje es claro. Tendrás que quedarte en Cataluña tanto tiempo como sea preciso, hasta que el infante Juan se sienta satisfecho de tus servicios.

—No puede ser; ¡mi padre me necesita, y el trabajo... no puede hacerlo solo! Dejadme ver el correo, micer —supliqué—, dejadme echarle una ojeada tan sólo...

—Deberás fiarte de mí, Jafudá. Ya puedes empezar a preparar tus cosas. La próxima semana marchó a Gerona y quiero que me acompañes. El Infante, duque de aquella ciudad, nos espera en su palacio. ¿No deseabas tanto conocer príncipes? Pues puedes sentirte satisfecho. Y haz el favor de afeitarte esos cuatro pelos y de vestirte como una persona normal.

Durante un tiempo, me convertí en un moscón más de la corte ducal de Gerona. Bernat Metge me encontró un cubil en la Casa de la Escribanía, sita en el barrio de la Fuerza, cerca del palacio del Infante. La ciudad, en un valle abierto a la tramontana, estaba embutida entre unos cerros amurallados, por levante, y el río Oñar por poniente; las casas acariciaban el agua, como si quisieran caer al río. Gerona era aún más fría y húmeda que Barcelona, y más chica, pero sus habitantes debían de sentirse cómodos, porque vivían amontonados como en ningún otro sitio. Menos mal que no me obligaron a visitar el barrio judío, donde las plazas y calles parecían construidas para hormigas.

La Judería permanecía cerrada de noche, como en cualquier otra ciudad: pero allí no entraban más que los hebreos, porque daba pavor perderse en aquellos callejones estrechos, donde los burros no podían dar media vuelta y las personas, cuando se encontraban, tenían que pasar de lado. Un pasaje podía llevar a unas escaleras, que se enfilaban bajo una arcada y se bifurcaban en una bajada y en un túnel, el cual quizá condujera a un patio cerrado o a la entrada de un templo... y así por todas partes,

formando un enorme laberinto que sólo los vecinos conocían. No era raro que en aquel embrollo de calles hubiera nacido, tiempo atrás, la escuela de cábala más destacada del reino. El aislamiento y el misterio del barrio sugerían que la vida era una combinación de secretos, comprensible sólo para un puñado de iniciados.

Fue una suerte no tener que instalarme en la Judería. La sabiduría de otras épocas había decaído, y las disputas rabínicas se habían circunscrito al entorno de un grupo de saduceos que sólo se preocupaban de calcular la venida del Mesías. Viví como un cristiano, pues, protegido por los poderosos de la ciudad. Hice caso a Bernat y me afeité la pelusa que me crecía en las mejillas. Me obsequiaron con unas calzas de lana, unas botas de cuero, un par de blusas y un abrigo corto de algodón; un atavío de paje. Además, me cortaron el pelo a la altura de las orejas y me cubrí con un gorro de fieltro verde.

Pero lo mejor era la estancia que me habían preparado para mí solo. Tenía un aposento pequeño, con puerta, ventana vidriada y suelo de madera. Bajo la ventana, un arcón donde podía guardar las cosas y, si lo cerraba, sentarme sobre cojines delgados y fuertes. Enfrente, una buena cama con patas, un colchón de paja, sábanas, plumones, manta y colcha. Las paredes, blancas, enyesadas de arriba abajo: sobre la cama colgaba una cruz, que escondí en el arcón por discreción. Detrás de la puerta, un clavo grande para colgar la toalla, que lavaban cada semana. Y debajo de la cama, un lebrillo que los criados vaciaban sin falta por las mañanas.

Nunca había vivido con tantas comodidades y atenciones. Pero el lujo en el dormir no era nada comparado con el esplendor de la comida. En el Palacio Ducal se almorzaba y cenaba cada día, a menudo tomando tisanas y dulces entre las comidas. A la gran mesa se sentaban el Escribano, el Intendente, el Halconero, el Mayoral de Palacio, el Tesorero y otros administradores, todos con sus esposas. Los Duques solían comer en sus estancias, salvo los días de celebración. Desde la primera comida, me senté en un extremo, cerca de los barberos, el cirujano y el astrólogo, un judío de nombre Cresques de Viviers que no era pariente mío.

La mesa estaba cubierta con manteles de lino, y cada uno tenía un plato, una copa de metal, un cuchillo, un tenedor y una servilleta. A la hora de comer, primero había que llenar el plato y luego usar los cubiertos para llevarse la comida a la boca. No estaba bien visto tocar la carne con los dedos, ni coger los trozos sin pasarlos por el plato. Eran costumbres impuestas por el Infante y sus cortesanos, que seguían la moda de los francos. Pero tal refinamiento no impedía que la gente se atiborrase: era corriente probar una docena de platos diferentes, entre carnes y pescados, y aún se quedaban con hambre.

Aquellos encuentros con la glotonería de los privilegiados me confirmaron que nunca dejaría de ser un forastero, por mucho que durmiera bajo el mismo techo y llevara las mismas ropas que ellos. La elegancia y la abundancia de aquella mesa me aturdían, hasta el punto de punto de que no comía todo lo que podía. Además, buena parte de los alimentos eran impuros, porque en invierno se estilaba la matanza del

cerdo, y los ricos aprovechaban para probar la carne fresca en lugar de los embutidos, que predominaban a partir del buen tiempo. Creo que nadie advertía mi abstinencia, salvo Micer Bernat, que siempre tenía tiempo, entre bocado y bocado, para observar la conducta de sus vecinos de mesa.

En aquella pequeña Corte de Gerona, los entretenimientos eran muchos y variados. Cuando no se debatía sobre el mundo, las creencias humanas y la naturaleza, se celebraba un baile, un recital, una apuesta o un duelo entre amantes y maridos ofendidos. Los caballeros cortejaban a las doncellas, y quienes no pertenecíamos a alto linaje nos distraíamos con las sirvientas. Las horas pasaban raudas, sobre todo para los jóvenes que, como yo, comenzaban a gozar los placeres mundanos. Empujado por la curiosidad, no me perdía ninguna diversión, salvo las misas solemnes, que apenas se celebraban, y las cacerías del jabalí, por el contrario, numerosas. Tanta distracción dejaba poco tiempo para la lectura, a pesar de que se hablaba mucho de libros: mi trabajo principal, informar del mundo dibujado en el mapamundi, fue languideciendo y aplazándose.

Las narraciones de los trovadores era el divertimento que más apreciaba. Después de una gran cena, la mesa se vaciaba y la sala se llenaba de rapsodas, acompañados a veces de laúdes y caramillos. Los bardos cantaban sus rimas en provenzal o catalán, y competían por ver quién recibía más aplausos y monedas. Los versos hablaban, sin excepción, de amor y de muerte, y me recordaban a mi querida Mallorca y las personas que había dejado allí. Pero las veladas no eran tristes, porque las palabras solían ser dulces, y por la noche se repetían en los aposentos, entre risas y juegos de amor.

El infante Juan asistía a muchas de esas reuniones, y presumía de ser un príncipe muy instruido. La verdad era que, privado del trono por su padre, no quería dejar el siglo y se refugiaba en la buena vida. El duque de Gerona era, por derecho, Gran Senescal del Reino: pero, desde la muerte de su madre y las nupcias del Rey con Sibila de Fortiá, había perdido toda su influencia. Mientras yo estaba en Gerona, el rey Pedro se casó con la dama ampurdanesa, y entre ambos despojaron al heredero de sus poderes, hasta el punto de que Juan no se atrevía a entrar en Barcelona. Sin alzarse contra el Rey, el Infante se recluyó en la sede ducal y decidió esperar a que le llegase el turno. Naturalmente, había convertido aquel exilio en una prisión de lujo.

El primogénito sabía que yo estaba en Gerona: me había visto y saludado más de una vez, pero aún no había querido recibirme. Le convenía que Bernat se ocupara de mí como si me tuviera secuestrado, evitándole así que mi mapamundi y yo le obligásemos a pensar en cuestiones de príncipes. Prefería desahogarse en la caza, la poesía y la comida. Además, el Infante era un hombre enfermizo y angustiado, proclive al gozo y la disipación. A los trece años, su padre le había obligado a presidir el juicio y la posterior decapitación de su tutor. Desde entonces, sufría accesos de fiebre y convulsiones que le provocaban espumarajos de poseso. Era de baja estatura y un tanto orondo, como su padre y su hermano, pero carecía de la entereza del uno y

de la simpleza del otro. Se irritaba a menudo y no tenía la sana costumbre de escuchar.

Su primera prometida, hija del Rey de Francia, había muerto mientras se dirigía a la boda. Su mujer, Mata de Armañac, era también franca: se pasaba el día entero bordando, vestía siempre de oscuro y no servía de consuelo a sus amarguras. De las cinco criaturas que había concebido, cuatro murieron, y la quinta era una niña enferma y retrasada, que no sabía ni hablar. El Infante mayor de Aragón, con más de treinta años, se veía, pues, sin sucesión, con una salud más débil que la del viejo monarca y despojado de cualquier potestad. Si moría sin descendencia y antes que su padre, abandonaría este mundo sin pena ni gloria.

Los barberos y cirujanos de la Corte le recetaban toda clase de bálsamos y pociones, que no mejoraban e incluso empeoraban su salud. El astrólogo Cresques de Viviers, un adivino malhumorado y embaucador, se pasaba el día presagiando la muerte del rey Pedro. A lo largo de mi estancia en aquella Corte, anunció la defunción del Soberano en tres ocasiones, y ninguna de las tres predicciones llegó a cumplirse. En semejante clima de conspiración y desencanto, era comprensible que el infante Juan quisiera alegrarse la existencia con pasatiempos ligeros. La gente le llamaba el príncipe cazador o amante de la gentileza, pero gobernar, lo que se dice gobernar, no lo hacía en absoluto.

En el palacio ducal se hospedaban a menudo invitados ilustres. Los hombres del Infante hacían lo imposible por atraer sabios y hombres de ciencia que pudieran distraerle en aquel pesado exilio. Uno de ellos fue mi admirado Anselmo Turmeda, que se detuvo una noche en la ciudad cuando se dirigía a París a estudiar. De entrada no me reconoció porque, según dijo, me había hombre por dentro y me había vestido de eunuco por fuera. Nos reímos a modo y, al preguntarle si traía noticias de Mallorca, me confesó que desde que me había visto la última vez, no había vuelto a la isla. Puede que ya no regresara nunca más, dijo: la gente de aquella tierra y, sobre todo, la gente de misa, empezaban a resultarle cargantes.

Al principio, no acabé de comprender los motivos de fray Anselmo, y tampoco entendí que, más que un reproche a nuestra patria —que él adoraba—, se quejaba de los problemas de toda la cristiandad. Lo vi más claro por la noche, en el transcurso de una controversia poética de las que tanto se estilaban allí. Dos monjes más acompañaban al amigo Turmeda: un hombre mayor que él y de renombre, franciscano también, que se llamaba Eiximenis; y un predicador dominico, por entonces joven y desconocido, de nombre Vicente Ferrer. Eiximenis había nacido en Gerona, pero no vivía allí; en aquella ocasión viajaba hacia Tolosa de Llenguadoc, donde iban a concederle una cátedra de teología. Ferrer volvía de Francia, habiendo ingresado en la orden para ejercer de prior en Valencia. Micer Bernat no perdió la ocasión, y los invitó a una velada de letras, a la que también asistieron el obispo, el canónigo y otros prelados.

Nos obsequiaron con una refinada cena, que terminó como siempre con eructos y

pedorreras; luego limpiaron la mesa para dejar volar las palabras. Los sirvientes reavivaron el fuego de una gran chimenea en el extremo de la sala. La noble y discreta esposa del Infante se excusó y subió a su aposento. Bernat Metge ocupó su lugar al lado del Infante, y pidió la palabra. Quería hablar de las mujeres, anunció, y en honor a tan hermosa especie, rogaba que los músicos amenizasen los versos con una bella melodía. También le pidió a fray Anselmo que lo acompañara con gestos. Comenzaron a sonar los acordes, y Bernat se puso en para hacer uso de su inspiración.

—Si tenéis una mujer bella, ni gorda ni llenita, y quiere pegaros, ¡poned la espalda! —El fraile, subido a la mesa, se levantó la túnica hasta los riñones—... y si queréis tomar mujer y ya no es virgen —Anselmo dibujó con las manos un vientre de preñada—, por vos no sea menospreciada... ya que más vale que sobre no que falte. —El monje dio besos y abrazos al aire—. ¿Que por la noche no viene? Que duerma fuera. —Patada de fray Anselmo—. ¿Que vuelve? Abrazadla y haced las paces. — Otro abrazo al vacío—... Escuchad esta doctrina, pues es muy cierta: el hombre debe perfumar a la mujer —tapándose la nariz con los dedos—, y hacerle la cama. —El fraile se tendió en la mesa—. Sólo así, amigos míos, será un buen marido.

Todos los presentes, el Infante, los prelados, los prohombres y sus esposas, siguieron la representación con carcajadas y silbidos. Salvo Eiximenis y Ferrer, claro, que miraban con cierto arrobo. Fue el docto Eiximenis quien, a continuación, pidió licencia del buen Juan para responder a los dichos de micer Bernat. Indicó a los músicos que callasen, y a fray Turmeda que volviese a su sitio.

—Las mujeres son criaturas muy extrañas —soltó—... las hay ardientes y también virtuosas. Y ricas, que suelen tener dote. Corresponde a los hombres, siempre más simples y necios, escoger mujer que convenga. Decís que los antiguos paganos —se volvió hacia Bernat Metge— nos ayudarán en el juicio. ¿Pero quién necesita romanos y griegos, cuando Nuestro Señor ya nos brinda tres caminos? El camino del cuerpo nos conduce a las ardientes; el de la plata, a las bien dotadas; y el del corazón, a las virtuosas. Las primeras nos dan placer por las noches; las segundas de día, y las últimas nunca. La elección es vuestra, señores. Yo ya he escogido: ni las primeras, ni las segundas, ni las terceras. Privaos de mujer, como yo, y tendréis alegría de día, de noche, en la tierra y en el cielo, por los siglos de los siglos.

El infante aplaudió la agudeza del maestro Eiximenis y, a continuación, se le unieron sus criados y los hombres de la Seo. Alzó la voz de uno de los barberos de la Corte, que pidió unas palabras de fray Anselmo. Un nutrido grupo de gente se unió al ruego, y golpearon la mesa con las manos hasta que Anselmo se levantó. Dijo que no podía opinar acerca de las mujeres, pues las conocía poco, bueno, nada, corrigió mirando a los otros monjes. Pero ya que el sabio Eiximenis había aludido al dinero y a la fe, hablaría de todo ello. Hizo una señal a los músicos y comenzó a canturrear.

—¡El dinero hace el bien, el dinero hace el mal, el dinero hace al hombre infernal, o lo hace santo celestial... dependiendo de quien lo utilice! —Dejó su sitio y

comenzó a dar vueltas a la mesa—. ¡El dinero alegra a los niños, logra que canten los curas, o los frailes carmelitas... en las grandes fiestas!... El dinero sana a los enfermos; moros, judíos o cristianos. —Me señaló a mí y, luego, a fray Eiximenis—. ¡Dinero, pues, quieras reunir; si puedes conseguirlo, no lo dejes escapar; cuando mucho tengas podrás llegar a ser —señaló a Vicente Ferrer—... Papa de Roma!

La sala entera estalló en risas, salvo el predicador, que clavó la vista en él como si quisiera enviarlo derecho al infierno. Fray Vicente pidió la palabra al noble duque, Infante, que le concedió el turno. Cuando el monje se le acercó y arrodilló, el primogénito del reino le dio a besar el pie. Por el lado del obispo, se oyeron un par de risitas contenidas, pero el religioso no hizo caso. Caminó hacia los músicos y les ordenó que dejaran los caramillos y los instrumentos de cuerda; quería un sonido de tambores graves. Así se hizo y, cuando la tamborrada llenaba la estancia, alzó hacia el techo aquella cara huesuda y severa y comenzó a echar truenos por la boca.

—¡Diooos, qué marrrrranos somos! ¡Ay, ay, ay, mira que somos guarros...! ¡Diooos, qué gorrriinos somos! —Repetía las frases y alargaba las palabras, como si no lo hubieran entendido a la primera—. ¡Mujeres guarra, libros guarros, dinero guarro, gente guarra! Todo arderá, crec-crec, crec-crec, crec-crec... Y aún nos preguntamos —abrió los ojos de par en par, y nos dio un repaso a todos— ¿por qué el Señor nos envía la peste? La peste, la peeeste... ¡Todo apesta, nuestro aliento, nuestras viandas, nuestro vino! Poocoo nos castiga, nuestro amo, poocoo nos advierte. ¿Queremos salvarnos, queremos huir del fuego eterno? ¡Crec-crec, crec-crec, crec-crec! Pues hagamos limpieza y todo a la hoguera: ¡las monedas, las páginas descreídas, las seeedas! —agarró el sombrero de uno de los timbaleros, y lo lanzó al fuego: el hombre no se lo tomó a mal, y siguió tocando—. A-rre-pen-ti-mien-to, a-rre-pen-ti-mien-to... ¿Siendo cerdas no entendemos que Dios nos trate como a cerdas? ¡Gruuuñir y gruuuñir, eso hacemos! ¡Gruuuñir y gruuuñir! Somos todos tan gorrinos, que ni el último de los judíos —me clavó una mirada de odio—... ni el último de los judíos, nos querría en su casa.

Se hizo un silencio sepulcral. El corazón me palpitaba desbocado, como si pretendiera salirse del pecho. Fray Anselmo se puso el dedo en la sien, haciendo el gesto referido alas locos. Micer Bernat se encogió de hombros. Maese Eiximenis evitó mi mirada. Pero el resto de oyentes y el Infante se quedaron embrujados y observaban al predicador, que había caído de rodillas y lloriqueaba. Los músicos se acercaron y lo consolaron. Entonces, el duque de Gerona se puso en pie, y rogó a todos que entonaron el *Salve Regina*. Así lo hicieron, salvo yo y quizá el notario, que agachaba la cabeza y tan sólo movía los labios. Al finalizar el canta, dieron la velada por terminada y cada uno corrió hacia su cama.

Aquella noche, por supuesto, no hubo carreras ni fiestas en las estancias. Al despuntar el sol, los tres frailes partieron, cada uno hacia su destino, y no pude despedirme de Anselmo Turmeda. Durante unos días, planeó por Gerona un cierto aroma a misa de difuntos. Pero el olor a beatería se disipó poco a poco, y una semana

después comenzaron las cacerías, los recitales y los juegos de costumbre. Yo dudaba si era conveniente apresurar mi partida.

Llegó el buen tiempo. El caudal del río Oñar aumentó y los árboles de la ribera florecieron. Pensé en los almendros de Mallorca, los de extramuros y los del huerto de mi padre, que añoraba como nunca hubiera imaginado. No sabía qué contarle a mi protector, porque si bien los deleites nos habían ocupado más que el trabajo, mi estancia había sido larga y le había transmitido ya toda mi modesta sabiduría. Habíamos comentado, sin dejarnos nada, todos los rincones del mapamundi. Mientras, mi padre trabajaba solo en el taller, Samuel —¿qué habría sido de aquel indeseable?—... y todos los que conocía desde pequeño estaban lejos. Fue entonces, en el momento en que más abandonado me sentía, cuando el infante Juan me concedió la esperada audiencia.

No necesité ninguna preparación para la vista. Conocía los mapas como la palma de la mano. Había vivido cerca del príncipe heredero durante meses: sus gestos me eran familiares, me había aprendido los rasgos de su rostro y sus vicios y virtudes no tenían secretos para mí. El Infante nos recibió en su alcoba. La señora de Armañac estaba sentada al lado del fuego, muda, entretenida con unas puntillas de cojín. El noble Juan estaba en una silla, con una manta cubriéndole las piernas y el Atlas en el regazo. Dos perros de presa yacían a sus pies. Había regresado de la cacería con un fuerte resfriado.

—Buenas tardes, Bernat. Bienvenido, muchacho —sorbió por la nariz y nos señaló un arcón adornado para que nos sentáramos—... ya he hojeado el mapamundi de maese Cresques. Es verdaderamente admirable. Hay tantos dibujos y signos como habíamos encargado, ¿eh, notario? Es muy hermoso, lleno de castillos, colores, animales y leyendas. Pero es un poco pesado, ¿no os parece?

Le aseguré que cada barniz y cada forma tenían su significado. Las cúpulas correspondían a ciudades mahometanas y las cruces a poblaciones cristianas. Cuantas más torres había, más grande y fuerte era la plaza. Los estandartes mostraban a qué reino o a qué linaje obedecía cada ciudad. Las barras de Aragón estaban puestas en Barcelona, Valencia y Mallorca, y la cruz de San Jorge en más lugares, como Sicilia o las Canarias, donde nuestra Casa tenía posesiones. Las islas estaban pintadas de forma que destacaran en el agua. El Mar Rojo, claro, aparecía en rojo; las cordilleras estaban representadas como barreras del color de la tierra, y así dejar claro, no sólo el nombre de los lugares, sino también su condición, tamaño y vasallaje.

Las banderas de los moros lucían la media luna, salvo las de Marruecos y Granada, donde residían muchos cristianos. El cuarto creciente de Tremecén descansaba sobre fondo plateado. El de Túnez, en uno rojo; y el de Egipto, en un fondo dorado. A Constantinopla se la reconocía por el pendón rojo partido por una cruz negra, ya la ciudad de Pera por la cruz roja genovesa; a Cilicia por una estrella sobre fondo blanco, aunque quizá ésta debería cambiarse; y en el mediodía sólo Abisinia tenía la cruz en su bandera. Las posesiones de los tártaros en Persia llevaban

el cuadrado rojo; en la Tartaria original, un león del mismo color; y en Catay, tres lunas también rojas.

El Infante le pidió un pañuelo a su mujer, quien, obediente, se levantó y lo trajo. Se sonó con tanta fuerza que le entró tos. Los perros empezaron a ladrar y él, sin incorporarse, los echó a patadas. Cuando se serenó, abrió el libro por la primera página y miró el prólogo.

—«Mapamundi significa lo mismo que —leyó en voz alta—... imagen del mundo, de sus diferentes edades, de las regiones que existen en la Tierra y de las clases de gentes que las habitan. Esta imagen o figura —levantó la mano, como para llamar nuestra atención— es redonda como una pelota... y parecida a un huevo.» Muchachito, ya había oído rumores sobre esta teoría, pero escribirla así, ¡como si fuera ciencia cierta...!

Me pareció apreciar con el rabillo del ojo que el notario esbozaba una sonrisa y se acercaba la mano a la boca para ocultarla. Me extrañó que un personaje cultivado como era el heredero del reino ignorara tales conocimientos. Sin embargo, yo estaba allí para cumplir con mi trabajo, y nada podía complacerme más que presentar los fundamentos de tal teoría. Le expliqué que, ciertamente, nuestro mundo era como una pelota, con una redondez que los antiguos calculaban en ciento ochenta mil estadios: cada estadio tenía, más o menos, cuatrocientas canas.

Aristóteles, le dije, había observado cómo, durante los eclipses de Luna, la sombra de la Tierra en ese cuerpo celeste era curvada. Navegando en alta mar, el griego se dio cuenta de que lo primero que veía de los barcos y montes era la parte superior; conforme se acercaba los percibía completos: eso no habría sido posible en una Tierra plana. El maestro Ptolomeo, de la antigua y rica Alejandría, decía en su gran libro, el *Almagesto*, que el Sol salía a diferentes horas en lugares alejados entre sí, y que las cosas sólidas, por ley divina, siempre caían: las dos razones probaban que vivíamos en una esfera, o mejor dicho, en la esfera sólida e interior —la más pesada y la única inmóvil— de un universo que era como una cebolla, con muchas capas de aire, de fuegos celestiales y de almas sin cuerpo, que giraban sobre nosotros.

También le hablé de la estrella mayor, que por las noches señalaba el norte: algunos viajeros, entre ellos el veneciano Polo, decían que este astro desaparecía en los mares australes, y que aparecía otro que marcaba el mediodía. Lo cual tampoco podría ocurrir en un mundo aplanado. Desde que el sabio Sacrobosco escribió la *Esfera del Mundo*, ninguna persona juiciosa que hubiera leído aquel gran libro se permitía dudar sobre la forma de la Tierra. Otra cosa era la medida de la pelota donde nos encontrábamos: nosotros habíamos tomado la de Ptolomeo, pero había cálculos para todos los gustos, que micer Bernat debía de conocer.

—Sí, Alteza, lo que dice el muchacho parece acertado —me guiñó el ojo, como para asegurar que todo iba bien—, aunque yo no lo he estudiado mucho. A mí me conmueven más los pensamientos de los antiguos sobre los espíritus, los hombres y las mujeres, que no sobre las piedras y las aguas del mundo.

—Decía bien, Bernat. A fin de cuentas —el Infante se sonó muy fuerte—... a fin de cuentas, tanto da si lo que nos aguanta es redondo, plano o puntiagudo. Pero responded, muchacho: si nuestro mundo es una pelota, ¿cómo es posible que lo hayáis dibujado plano, en unos folios sin curvar?

—Porque aún no hemos aprendido a hacer libros redondos, señor.

El infante Juan se quedó boquiabierto, y me estudió sin saber si aplaudirme o estrangularme. Vio que Bernat contenía las carcajadas y, entonces, estalló en risas. Se atragantó, comenzó a toser y nos pidió con gestos urgentes que le alcanzáramos la escupidera. Sacó las tripas y, todavía colorado y jadeante, nos contó lo que se le había ocurrido. Le pediría a la Infanta —señaló a Mata de Armañac, que seguía cosiendo— que bordara un bosquejo del mundo en unas telas pegadas a una calabaza. Así resolvería nuestra dificultad, anunció muy ufano. No osamos unirnos a la mofa, que escarnecía a tan alta dama. Pero sonreímos y asentimos con la cabeza para fingir acuerdo.

—Vaya, chueta, sabes defenderte —concedió el Infante—... ¿quieres que la Tierra sea como un huevo? Pues que lo sea. En cualquier caso, no seremos ni más felices ni más ricos ni más saludables. A mí me gusta pensar que la Tierra es bien plana, por temor a resbalar, rodar y caer si algún día me encuentro en la parte de abajo del huevo. Pero creo que te he oído decir que el huevo no se movía, que estaba quieto y seguro. Lo cual me consuela; he escuchado a locos que querían hacerme dar vueltas como una peonza, y sólo me faltaría semejante mareo...

—Señor, de eso hablaba Bonastruch Saporta, un rabino que creó escuela aquí en Gerona en tiempos del rey Jaime. Era un hombre avezado a hacer especulaciones, de ideas mágicas y muchas supersticiones. No creo —admití convencido— que tengamos que hacerle mucho caso, ni a él ni a sus discípulos, los cuales aún hoy predicán contra la cordura. El maestro Ptolomeo ya nos decía en la antigüedad que la Tierra no tenía movimiento propio, y lo demostraba con sencillez. Probad a dejar caer una manzana, o cualquier cosa: irá derecha al punto más vertical, y nunca más allá o más acá. Podéis estar tranquilo, noble príncipe, porque seguimos en el mismo sitio en que estábamos el día de la Creación.

El Duque se ajustó la manta, como reconfortado por mis palabras. Volvió a mirar el libro por donde lo había abierto y, sin pasar la hoja, hizo correr el dedo hasta llegar a la parte de abajo. Se paró en la figura de un hombre tieso y desnudo, que mostraba inscripciones en todo el cuerpo. Al lado del dibujo, aparecía un panel con los días y meses del año y los mismos nombres que llevaba el hombre en el cuerpo. Me rogó que le explicara aquellas indicaciones.

—Son especulaciones de mi padre, señor; no haría mucho caso de ellas. Son consejos del Zodíaco, historias para adornar el libro.

—Quiero que me lo expliques, muchacho. —Bernat asintió con la cabeza, recomendándome que obedeciera.

—Pues se trata de costumbres que respetan los barberos judíos desde hace siglos.

¿De veras queréis conocerlo? —El Infante sorbió y dijo que sí—... De acuerdo... En el panel veis los signos de las constelaciones, para saber a qué época del año corresponden. Y, encima del hombre, encontráis los signos que pertenecen a cada parte del cuerpo: Aries en la cabeza, Taurus en el cuello, Géminis en los brazos, Cáncer en el pecho, Leo en el corazón. Virgo en el estómago, Libra en el vientre, Escorpión en los genitales, Sagitario en las caderas, Capricornio en los muslos, Acuario en las piernas y Piscis en los pies. Según dicen los usos, cuando la Luna se encuentre en un signo, debéis guardaros de que os practiquen sangrías o de que algún hierro os toque la parte del cuerpo que se atribuye a aquel signo.

—¿Eso es todo?

—Sí, ya veis qué barbaridad...

—¡Bernat! —gritó de pronto, aturdido—. ¿Qué día es hoy? —y a continuación, mirándome—: ¿Bajo qué signo nos encontramos?

—Si no me equivoco, señor, hoy mismo pasamos de Aries a Taurus —le dije, y el notario, tras echar una ojeada a la mesa, coincidió conmigo.

El infante Juan, alterado, se palpó el cuello, y dio con una cadena gruesa. Se la sacó de debajo de la camisa: del extremo colgaba un medallón con las armas de la Casa Real. Angustiado, lo estudió de arriba abajo y, a continuación, lo desabrochó y lo lanzó a las manos del Escribano Mayor. Insistí en que no se preocupara, que semejantes consejos eran imaginaciones de hechicero y difícilmente un collar podía causarle algún problema. Contestó que sí, que de acuerdo, pero que no quería correr ningún riesgo. Que si maese Cresques había puesto aquello en el libro, debía de tener sus motivos. No supe qué decirle.

Micer Bernat procuró cambiar de asunto. Rogó a su señor que escuchara las informaciones sobre tierras lejanas que podían afectar a los intereses del reino. Pero el Infante ya había tomado suficientes lecciones. Se quedó con el Atlas, y dijo que avisáramos al astrólogo y al cirujano. Entonces nos despidió. Ya no hacía ninguna falta en Palacio. Me dijo que podía regresar a mi casa, o a Barcelona, o adonde me placiera. La audiencia había terminado.

Bernat aún me retuvo por un tiempo en Gerona. Pasé los días holgazaneando hasta que el Infante ordenó un traslado general a Perpiñán. En tierras del Rosellón tenía un amplio palacio, que había pertenecido al Rey de Mallorca, con estancias bien acondicionadas y rodeado de bosques, según decían llenos de jabalíes. Convencí al notario de que yo no tenía nada que hacer allí, tan lejos, y quería volver a casa. Mi protector lo entendió. Se despidió de mí, me deseó mucha suerte y que fuera cauto y me ofreció un asno donde cargar mis pertenencias, ya entonces demasiadas para un hatillo. Le acepté el animal y algunos cruzados de plata, y partí hacia Barcelona.

A pie, tirando del burro con una cuerda, tardé una semana en llegar. Pernocté en Caldes, Hostalrich, Sant Celoni, Granollers y otros lugares que no recuerdo. Al llegar

a la capital del Principado, me dirigí a la Judería, a casa de maese Hasday. Allí se encontraba toda la familia. Me abrazaron y agasajaron, pues hacía tiempo que no nos veíamos. Dispusieron un jergón en la habitación de Moisés, como antes. Me pareció un lugar pobre y oscuro comparado con el que había tenido en Gerona, pero no me quejé, y lo cierto era que también sentía una gran alegría al reunirme con ellos.

Cenamos alimentos puros y vino bendecido por el rabino. Luego, aunque no era *sabbath*, sacaron golosinas y confites de todas clases, que me parecieron buenísimos. Al acabar el ágape, hirvieron una tisana y me comentaron que no parecía la misma persona. Aquellos ropajes, aquella tonsura de sacerdote, a la moda franca... y, sobre todo, la cara de hombre hecho y derecho, tan distinta de aquel rostro de niño que habían conocido el año anterior. También me preguntaron cómo había pasado la Pascua, y tuve que confesarles que de ninguna forma especial. No había hecho vida judaica, admití, porque seguí las costumbres de la Corte; ni tampoco cristiana, porque me recliné en mi estancia y eludí los oficios religiosos.

Pedí permiso a maese Hasday para retirarme. Estaba muy cansado del viaje y al día siguiente quería levantar me temprano para encontrar un barco que me llevara a Mallorca. Mi tío dijo que de acuerdo, lo entendía, pero antes tenía que contarme algo. Se aclaró la voz y me anunció que le habían llegado mensajes de maese Cresques. Un trapero de la Judería de Mallorca que había pasado por Barcelona le trajo las notas personalmente. Lo primero, dijo, era que mi padre me reclamaba con urgencia.

—Muy bien, rabino —me levanté—, no tengo nada que objetar. En la primera nave que zarpe, me embarco.

—Sí, Jafudá, pero hay más. En la segunda carta —maese Hasday envió a su hijo a buscar los papeles, y me mandó sentar de nuevo—... en la segunda carta, te pide que permanezcas en esta ciudad. La primera misiva llegó antes del cambio de año, cuando tú partiste. La segunda la acabamos de recibir.

Me quedé muy extrañado. El Escribano Mayor del Infante, Bernat Metge, me había dicho que mi padre quería que me quedara en Cataluña el tiempo que fuera preciso. Las instrucciones según micer Bernat, constaban en un mensaje de la Cancillería. ¿Cómo era posible que, pocos días después, maese Cresques quisiera hacerme volver? Sin duda, dijo el rabino, yo había sido engañado. Se había esforzado en hacerme llegar un aviso a la Judería de Gerona, aseguró, pero era evidente que no había llegado nunca. Quizá Bernat no lo había permitido, o puede que en la Judería no hubieran sabido quién era yo.

En cualquier caso, la carta que ahora iban a enseñarme decía que debía regresar. Maese Cresques estaba al corriente de todo, de la pérdida de uno de los atlas y del viaje de Samuel a Aviñón. Mi padre se había enterado de los hechos y deseaba que regresara junto a él, sin correr peligros inútiles. En el taller había trabajo y, además, me habían encontrado una novia con la prometerme y arreglar la boda. No, Cresques no mencionaba el nombre de la muchacha, pero garantizaba que pertenecía a una buena familia hebrea y que todo estaba convenido.

—No sé de qué te extrañas, Jafudá —observó Hasday, atento a mi enfado—... así es como se hacen las cosas. Estoy seguro de que tu padre habrá elegido juiciosamente.

—Tal vez tengáis razón, pero son asuntos —protesté— que no se comunican por escrito. A ver, rabino, ¿dónde están esos mensajes? ¡Quiero ver los papeles!

El buen Hasday me calmó. Su hijo estaba registrando las arcas de la casa, dijo, y enseguida podría leer el documento. En cualquier caso, continuó, lo más extraño de todo no era el compromiso. Lo más curioso era que, en el segundo correo, maese Cresques ordenaba cosas muy distintas a las del primero. No, no, la alianza con la muchacha se mantenía; pero mi padre y maestro me pedía que permaneciera más tiempo en Barcelona. Le habían llegado rumores de que yo estaba aleccionando al infante Juan, reparando el daño que Samuel había hecho al oficio y a nuestra comunidad. Aquello, según Cresques, era conveniente y estaba lleno de cordura. Sin embargo, él tenía unos encargos de la Cancillería Real —del Palacio Mayor, no del Menor o de Gerona— y quería que yo los recogiera personalmente. Y, además, había recibido unos pedidos de un florentino, representado por Andrea Belardo de la casa de Datini de Prato, con establecimiento en la calle de la Platería, que también debía negociar yo.

Volvió Moisés con los dos papeles, algo sudoroso de tanto rebuscar. Me los entregó y los leí deprisa. Todo era cierto. Volví a leerlos, despacio, para asegurarme completamente. La letra era la de mi padre, menuda y fina; la rúbrica también era suya. Los mandatos y provisiones que se me ordenaban eran la misma que había avanzado el rabino. Leí las cartas por tercera vez, y suspiré. Estaba parado de nuevo contra mi voluntad. ¿Pero cómo podía quedarme esperando, pensé, cuando llevaba tanto tiempo fuera de casa y, sobre todo, cuando se preparaba mi boda con una doncella de la que no conocía ni el nombre?

—Aún hay más noticias, sobrino —anunció Hasday—, y no sé si son buenas o malas. Desde hace unos días, la gente de la Cancillería te busca. Quizá sea por la cuestión de los encargos que comenta Cresques, pero sospecho que el Rey quiere verte a causa de otra desgracia. Se trata de Samuel.

—¿Qué ha hecho ahora, ese...?

—Le han apresado, Jafudá —me interrumpió—; y aún no conoce los cargos, pero yo diría que la ha hecho buena.

—¿Y qué relación guarda eso con el rey Pedro? ¿No es cosa de la Aljama, o del alcalde... o del veguer, como mucho?

—Te digo que no lo sé, sobrino; pero, si está en manos del Rey, el crimen es grande. Pronto conoceremos los detalles. Y, en fin —abrió los brazos—... ya no tengo más noticias. Ahora sí que es tarde y convendría dormir. Buenas noches, sobrino —se levantó y su mujer tras él—: Buenas noches, hijo. No tardéis en acostaros.

Le expuse a Moisés mis inquietudes, que comprendió. Sólo había algo que podía

retenerme en la Península: la esperanza de encontrar el Atlas Furtivo. Aquella obra tenía para mí mucho más valor que el mapamundi en poder del Infante. Aquel libro ambicioso, lleno de secretos, contenía descubrimientos que podían alterar el curso de los acontecimientos en nuestro mundo. Bueno, quizá no tanto, pero sin duda recogía lo mejor y más selecto de nuestro oficio, descripciones que habíamos pedido prestadas a gente singular y querida. Mi padre me forzaba, en cambio, a prolongar mi estancia por cuestiones menores. Los encargos del Rey, los pedidos de los florentinos... ¡todo podía hacerse desde Mallorca!

¿Y Samuel? Samuel, por supuesto, era la última de las razones que me retenían en Cataluña. Me daba igual que estuviera entre rejas. Podía pudrirse. Cualquier castigo que recibiera sería, seguramente, merecido y ganado a pulso. ¿Que podía darme información sobre los mapas perdidos? Sí, claro, eso era cierto. Era una razón para quedarme. Pero tenía tanta prisa por volver a casa... Necesitaba ver mi isla y mi ciudad, volver a los mapas y al aprendizaje, reencontrar a mi familia y, si podía, deshacer aquel compromiso. No, no me fiaba en absoluto de maese Cresques: todo lo que tenía de sabio en cuanto al conocimiento del mundo, lo tenía de ignorante en cuestiones de mujeres. Estaba decidido, pues. Me quedaría un par de días en Barcelona para arreglar los asuntos que pudiera, y partiría.

Lo que no imaginaba entonces era que los días se convertirían en semanas, y las semanas en meses. Pronto descubrí que Samuel estaba encerrado en los establos de Valldaura, un palacio que el Rey construía a legua y media de la ciudad. Para verlo era necesario un permiso del Mayordomo del Reino. Traté de conseguir la licencia, pero la Cancillería estaba vacía, porque el rey Pedro y todo su séquito estaban en Aragón, donde celebraban Cortes. Según supe, el Soberano quería coronar a su esposa, la odiada Sibila de Fortiá, tras la sesión, y hacerla como de costumbre en Zaragoza. Es decir, que la ausencia del Rey sería larga y yo no podría ver a Samuel, ni acudir a la obligada audiencia al Palacio Mayor, hasta que regresara.

Fui a ver al señor Andrea Belardo, quien, tal como había escrito mi padre, tenía una tienda en la calle de la Platería. La vía tenía un nuevo pavimento, y daba gusto verla. El florentino, que por suerte estaba allí, me recibió detrás de un mostrador dispuesto con joyas y perlas, y me contó que comerciaba en bisutería de calidad. Traían las piezas de la Toscana, donde el oficio estaba más avanzado, para venderlas a los caballeros y ciudadanos ricos de Barcelona. Pero su amo, el noble Baltasar de Ubriacqui, le había ordenado desde Florencia que ampliara los negocios de la casa Datini de Prato. Como conocía las cartas de navegación de maese Cresques, muy apreciadas en todas partes, había pensado comprar algunas y enviarlas a los príncipes y prohombres de los estados italianos. Y sabiendo que yo, hijo y aprendiz de Cresques, rondaba por Cataluña, había intentado localizarme para tratar personalmente conmigo de tales asuntos.

Le agradecí sus intenciones, que eran de nuestro agrado, pero me vi obligado a confiarle que aún tardaría en hablar con maese Cresques, porque unos graves asuntos

me retenían en la ciudad. Si así lo deseaba, podía enviar un correo a través de la Aljama, que disponía de mensajeros, aunque no le aseguraba ni rapidez ni respuesta segura. El señor Belardo se mordió el labio y se entretuvo un poco con los collares que tenía delante. A continuación, me propuso que yo mismo le dibujara las cartas. Protesté: era aún un aprendiz, y no quería aceptar ningún pedido sin el consentimiento de mi padre.

Insistió, y me ofreció sesenta florines por los mapas pequeños y cien por los grandes. Tendría que dibujar media docena de los unos y tres de los otros, por los que recibiría —manejó el ábaco—... seiscientos sesenta florines en total. Los ojos se me salieron de las órbitas: ¡seiscientos sesenta! Jamás había visto tanto dinero. Le dije que estaba tentado de aceptar, pero que no disponía de obrador en Barcelona y no sabía si permanecería en la ciudad una semana, dos o medio año. Para hacer frente a aquel encargo solo, necesitaría al menos cuatro años. Debía consultárselo a Cresques. Dijo que consultara lo que fuere menester, pero que no me preocupara por nada. Podía cederme su trastienda y adelantarme sueldos para las herramientas y los materiales. Y también me ofrecía ayuda.

Entró en la casa y volvió al cabo de poco con un joven de mi edad, de aspecto avisado. Era Francisco, anunció, un muchacho venido de Génova que había trabajado en miniaturas. Había sido capturado por la mesnada del Rey de Aragón en la guerra de Cerdeña, y él, Andrea, pagó el rescate. Era un hombre libre, que le debía el favor, y dispuesto a trabajar y aprender. Yo podía enseñarle el oficio, y el día en que tuviera que regresar a Mallorca, Francisco terminaría las copias pendientes. Del precio de cada copia, deberíamos restar veinte o treinta florines, no para el muchacho, sino para él, Andrea Belardo, en compensación por el rescate que había pagado por el joven. Le dije que me parecía un arreglo justo, pero que no podía responder en firme hasta que no consultara con mi padre.

Hablé de ello con Hasday, quien me recomendó que aceptara el ofrecimiento. Debía velar, eso sí, por guardar los misterios más preciados del oficio, para que el aprendiz sólo fuera capaz de copiar mapas sencillos. Si le enseñaba a dibujar los originales, o le revelaba las confidencias sobre tierras remotas, acabaría robándonos el trabajo. Con esas condiciones, aseguró, maese Cresques no tendría ningún reproche que hacer. Al contrario, se sentiría muy contento y orgulloso de su hijo. Ya le enviaríamos las informaciones de alguna forma, añadió, pero no convenía hacer esperar al florentino. Me aconsejaba, pues, que comenzara a trabajar enseguida.

Así lo hice al día siguiente mismo, y gracias a aquellas nuevas tareas pude soportar mi aflicción. Cada día, muy temprano, salía de la Judería y me acercaba a la casa de Datini de Prato. Saludaba a Belardo, cruzaba los mostradores y me metía en el improvisado taller. Instruía a mi aprendiz, quien era de veras muy trabajador, y me sentía, sin serlo, todo un maestro de cartas. El trabajo era considerable, porque el noble de Ubriacqui exigía que en cada mapa figurasen ciento cincuenta personajes y animales, veinticinco naves, cien peces y un mínimo de doscientas banderas. Cuando

oscurecía, volvía de nuevo a la Judería sin detenerme en ninguna parte. Pronto comprendí que aquella vida, y no la de un cortesano o la de un viajero, era mi vocación. No necesitaba nada más, y la añoranza de Mallorca se amortiguaba a medida que los mapas tomaban cuerpo.

Pasó el verano y, atareado como estaba, no me di cuenta de que el rabino Hasday se sentía incómodo por algún motivo. Fue su hijo, Moisés, quien me lo hizo ver. Le pregunté a mi anfitrión, pues, si tenía que hablar conmigo. Me respondió que sí, que hacía tiempo que quería llamarme la atención sobre mi comportamiento. No acudía nunca a la Sinagoga; vestía ropas de gentil, que no encontraba feas, pero el hecho era que las llevaba sin haber obtenido la exención; y alguna vez no había respetado el *sabbath*. Se acercaba el Año Nuevo, dijo, y los notables de la comunidad empezaban a murmurar. No entendían que un rabino, por generoso que fuera, alojase a un descreído.

Contesté que no era un descreído. Sólo tenía mis dudas, sobre todo en lo referente a la apariencia externa: me enojaba que valorasen a un hombre por su indumentaria o su conducta. Cultivar la duda no era nada extraño, en una tradición tan larga y disputada como la mosaica. Lo sabían todos: dos judíos, tres sinagogas. El nuestro era un legado de desacuerdos y diferencias.

Aun así, si lo prefería, me escondería en la tienda de Andrea Belardo, sita en la parte cristiana, y dormiría allí. Dijo que aquello no le estaba permitido al común de los judíos. La gente terminaría sabiéndolo, y podría salir mal parado. Además, le había prometido a mi padre que velaría por mi bienestar. Acepté, entonces, para corresponder a sus favores y a los de su familia, abrazar de nuevo las viejas costumbres, al menos de puertas afuera. Me pondría el capuchón y acudiría al templo cada *sabbath*. El buen Hasday me lo agradeció, y me anunció que también tenía buenas noticias: pronto marchaba para Zaragoza. Allí tendría audiencia con el Rey y, si yo quería, le expondría mi caso.

Cumplí mi promesa: me enfundé otra vez en la capa, con la rodela bien visible, me dejé crecer el pelo y asistí al culto semanal. Hasday de Cresques también cumplió la suya y, al cabo de tres semanas, volvía con el visto bueno real: me autorizaban a visitar a Samuel. Antes, no obstante, el rabino me suministró informaciones frescas sobre el proceso contra el joven Corcós. Al huérfano, según decían, lo habían apresado en el Rosellón. Llevaba encima una carta de crédito, firmada por un banquero provenzal, a favor de un cambista barcelonés. El importe era muy estimable.

—No entiendo nada —admití—; ¿qué falta cometió? ¿Cómo obtuvo aquel documento?

—El cambista de Barcelona, el futuro receptor de la carta de crédito, era hermano del tesorero del infante Juan. Cuando el heredero de Aragón marchó a Gerona, su padre y Rey descubrió una confabulación de ciudadanos que reunían dinero en gran cantidad. La conspiración consistía en recaudar lo suficiente para armar una batida

contra el Rey y, sobre todo, contra Sibila de Fortiá. Las contribuciones llegaban de Génova, de la Casa de Francia, de Castilla, del Papa de Aviñón y de otros príncipes extranjeros poderosos. En Cataluña, el conde de Ampurias estaba listo para formar una compañía, destronar al Rey —y a la Reina— y coronar a Juan en su lugar.

—¡Me cago en Dios! —exclamé, y rápidamente rectificué la palabra que nunca se debía pronunciar—... Perdón, rabino, se me ha escapado. Pero es que de pronto lo he entendido. Los barones del Ampurdán contra una señora iletrada que figuró entre sus vasallos y es ahora su reina... ¡La gran nobleza, el primogénito, las potencias cristianas, todos contra el viejo monarca! ¿Y por qué —pregunté, algo confuso—, por qué el Rey no ha detenido al Infante o a sus partidarios?

—Un hijo del Rey no deja de ser lo que es, un hijo del Rey. Y el duque de Gerona ha negado toda implicación, aunque la huida a Perpiñán, tan cerca de Francia, no dice mucho en su favor. En resumen: los hechos no incriminan directamente al heredero, y son necesarias evidencias firmes para mutilar un linaje. O para dejarlo en manos del Infante menor, Martín, quien tampoco juega un papel claro en este asunto. Lo único cierto y demostrado es que algunos prohombres menores están implicados en la conjura. Y los personajes secundarios cogidos solos y desarmados, esperan tortura, interrogatorios y, probablemente, la horca.

—Entre ellos Samuel.

—Justo —afirmó—; tu antiguo compañero de oficio llevaba dinero para la causa rebelde, y es uno de los que puede esclarecer cómo estaba organizada la conjura. O sea, quién le había dado las órdenes, si el Infante estaba al corriente, quién más estaba implicado...

—¿Queréis decir, por tanto, que Samuel no fue a Aviñón por *La Flor de las Historias*? ¿Fue a recibir aportaciones del Papa contra el rey de Aragón?

—Sí y no. Se conoce que Samuel, en efecto, consiguió entrar en el Palacio Papal y llevarse los manuscritos. Pero poco después se los vendió a un banquero marsellés. De ahí salió la letra de cambio que debía ser entregada en Barcelona. Se trataba, pues, de dinero privado: el Pontífice, así, quedaba libre de toda sospecha.

Menuda pieza, aquel muchacho. Se había unido a una conjura contra una de las coronas más fuertes y respetadas del mundo. Contra el rey Pedro, nuestro Rey. ¿Debía ayudarlo? Bien, primero era preciso que fuera capaz de hacerla. Yo era un humilde vasallo del Rey, el último de los judíos, como había dicho Vicente Ferrer. Pero aun así, si encontraba el menor resquicio para auxiliar a aquella alma perdida, a aquel hermano judío indigno de tal condición, ¿debía hacerla? ¿Qué me habría aconsejado Cresques? Tenía en bandeja de oro mi oportunidad de venganza. Podía contar la turbia asociación de Samuel con micer Bernat, e incluso participar en la acusación general contra los rebeldes. ¿Pero era realmente venganza lo que quería? ¿Y a qué precio? Si mi despecho personal me conducía a un enfrentamiento con la Corte del Infante, ¿qué sucedería cuando éste rigiese el país, si alguna vez llegaba a hacerla?

De pronto, algo me vino a las mientes. Me mareé, y maese Hasday tuvo que sostenerme y tender me en unos cojines. *El Atlas Furtivo* —suspiré quedo—; ¿habría sido Samuel capaz vender también nuestra gran obra? El rabino nada sabía del Atlas. Me abanicó la cara para reanimarme y me aconsejó que fuera a Valldaura. El único que podía sacarme de dudas era el huérfano Corcós.

El castillo de Valldaura, aún a medio construir, se alzaba en las montañas que dominaban la planicie de Barcelona, en un paraje fresco y aireado, entre jardines y bosques, a legua y media de la ciudad. Era el mejor lugar para pasar el verano, y también para huir de los males y las mortandades que a menudo devastaban las poblaciones. El Rey lo estaba reformando para poder residir siempre cerca de su ciudad preferida. Estaba cansado de recorrer el reino —ora en Valencia, ora en Zaragoza—, y deseaba pasar la vejez en un solo sitio. Como el proyecto del gran palacio de las Atarazanas no avanzaba y las estancias del Palacio Mayor le parecían cada vez más estrechas y ruidosas, había decidido disponer de aquel refugio.

Había poco movimiento de peones y albañiles en Valldaura, y por el ritmo que llevaban no parecía probable que el Rey pudiera ver cumplido su sueño jamás. Quizá sus hijos sí residieran allí algún día. De momento, sólo lo disfrutaban los rebeldes presos, estrechamente custodiados por un puñado de carceleros. Era aquél un curioso retiro, que el monarca parecía haber construido para enemigos y rivales. Pero la contradicción desapareció cuando me acerqué a los establos. En cuadras oscuras y embarradas, cerradas a la luz y abiertas a las inclemencias, había personas en lugar de animales. Uno de los carceleros me condujo a la celda de Samuel.

El vigilante me hizo entrar y cerró la puerta tras de mí. Apestaba a humedad, a estiércol y a hedor humano, en una amalgama que mareaba. Hasta que no me repuse de la vaharada y me habitué a la oscuridad, no advertí su figura. Estaba en un rincón, de espaldas y encogido contra la pared. Una gruesa cadena, demasiado corta para que pudiera erguirse, unía su cuello al muro. Se oía el sonido de un chorrillo que caía al suelo. Terminó su tarea y se volvió. Había adelgazado y le había crecido la barba, de forma que casi no se le veían las pecas de la cara. Iba descalzo y harapiento, con una capa judía raída, donde apenas se distinguía la rodela cosida. En el lado contrario del calabozo estaba tendido otro bulto —humano, supuse—, que no se incorporó en ningún momento.

—¡Mira quién ha llegado —exclamó el huérfano, con su acostumbrada mueca impertinente—; mi hermano!

—No soy tu hermano.

—Si no lo eres —se rascó la cabeza—, ¿por qué has venido?

—No estoy aquí por placer, como comprenderás. Tengo algunas cosas que preguntarte. La tradición hebrea ya dice que aumentar el saber es ampliar el dolor...

—Ay, Jafudá —respondió en tono burlón—, comparto tu desconsuelo. Ya ves, yo

aquí entre riquezas —paseó la mano a su alrededor, como si me enseñara un tesoro—, y tú abatido en tu sabiduría. Por si te interesa —arrugó la nariz—... entré en el palacio de Aviñón, y vi y tuve en mis manos la preciada *Flor de Oriente*. Pisé el Salón de la Curia, magnífico como ninguno, donde se encuentra el mayor mapa mural del mundo, con todas las ciudades y lugares de la Tierra. He visto maravillas y gentes de los mayores reinos del universo, que tú jamás verás, y con estas manos he acarreado una montaña de dobleros imposible de imaginar. Todo eso hice mientras tú te entretenías garabateando en los papiros de tu padre. ¿Era eso lo que te interesaba?

—No, no era eso —mentí—. Pronto deberé comparecer ante el rey Pedro, y puede que tenga que hablarle de ti... y de tus asuntos con micer Bernat Metge.

—¿Qué le contarás? ¿Que el notario me envió a Aviñón para recabar fondos y entregados a la causa rebelde? Cuéntaselo. Si no lo haces tú, lo haré yo. No me importa el destino de Bernat y de su cuadrilla de corruptos. Lo mismo que el de este rufián —señaló el fardo que dormía en la celda—, hijo de cambista, que esperaba obtener un buen saco de monedas jugando a destronar al Rey. Muy parecido a mí, por cierto —reflexionó en tono amargo—; en cuerpo y alma.

Comprendí que, invocando su lealtad, el joven Corcós no se avendría a razones. No había hecho honor a su deber para con maese Cresques, ni al vasallaje que debía al Rey. ¿Por qué tenía que guardar fidelidad al infante Juan o a sus consejeros, sediciosos contumaces? ¿Cómo iba a respetar o proteger a unos hombres que lo habían utilizado y luego abandonado sin contemplaciones? Se veía ya en el potro de torturas, encadenado de pies y manos, estirado hasta dislocarse, atado, más tarde, a una mula y arrastrado por la calle en medio del escarnio público. Total, para acabar colgado de una triste horca en el camino real. Tan cerca del sufrimiento y la muerte, no sentía obligaciones hacia nadie.

Debo admitir que se me revolvía el estómago con sólo pensar en lo que podían hacerle. Todo el rencor que había incubado a lo largo de los años se diluía en una mezcla de asco y compasión por aquel muchacho a punto de ser estrujado como un gusano. Indudablemente, había conducido a mi hermano Isaac a la desgracia, me había engañado y robado los mejores frutos de mi trabajo. Pero, sin remedio, se me aparecieron las figuras de mi padre y de Betros, con su bondad casi ofensiva, y vi que, me gustara o no, compartía buena parte de los principios que me habían enseñado. Un hombre, por miserable que fuere, no podía ser tratado como un gusano. Ni siquiera Samuel. Le dije que quizá pudiera ayudarlo.

—¿Tú? No seas cretino. Tú no eres nadie. Te aplastarán como a un escarabajo en cuanto levantes el dedo. Eres un chueta de mierda.

Traté de tragarme el orgullo y le expuse mis maquinaciones, que había concebido casi a disgusto, seguro de que nunca me atrevería a llevarlas a cabo. Me acerqué y le hablé quedo, para evitar que me oyera el bulto del rincón. Le diría al Rey que todo había sido fruto de un malentendido, que Samuel de Corcós era un buen chico y había sido engañado por micer Bernat. Le juraría que maese Cresques respondía de la

integridad de su aprendiz y lo reclamaba para trabajar en el taller. Le rogaría que liberase al preso y, a cambio, me ofrecería yo mismo como espía. Es decir, iría a la corte del duque de Gerona, donde me apreciaban y se fiaban de mí, y descubriría los entresijos —con pruebas incluidas— de aquella conjura contra la alta persona del monarca.

—¿Debo creer que harías todo eso movido por la compasión?

—No —mentí de nuevo, en parte—: Como pago —bajé aún más la voz, mirando de soslayo al hijo del cambista—... te pediría el Atlas Furtivo.

Los ojos del huérfano se iluminaron. Era incapaz de comprender un acto misericordioso, porque no cabía en su cabeza ni era propio de su actitud. Pero podía olfatear la codicia en cualquier rincón. Incluso la de un loco, empeñado en vender su alma por un objeto de adoración. Él conocía mi devoción por los mapas, me había visto trabajar horas y horas en un trazo o desesperar a la caza de una confidencia sobre el mundo desconocido. Se imaginaba que, a pesar de odiarlo a muerte, estaría dispuesto a salvarle la vida si eso significaba recuperar el mapamundi perdido. Sosteniendo la cadena con la mano, se me acercó tanto como pudo.

—Estás loco, Jafudá. Te crees noble y devoto con tu gente, pero no lo eres. Sólo veneras una cosa, los dibujos del mundo. Te diré más: no es el mundo el que te apasiona. No son los pueblos, ni los reinos extraños, ni los parajes lejanos. Es sólo aquella visión del mundo que puedes garabatear en un papel, la que no te manchará ni te hará pasar hambre ni sed, la que no tendrás que recorrer con llagas en los pies. Serías capaz de vender a tu padre por un mapa limpio y coloreado... por algo sin vida.

—Tú dime —solté, conteniendo la rabia— dónde está el maldito atlas.

Me lo dijo. No lo llevaba encima, claro. Tampoco lo había vendido en Provenza. Lo había utilizado como carta de presentación para atraer la atención de micer Bernat. Aquel almanaque sirvió para entrar en palacio y ganarse la confianza del Escribano del Infante. Gracias al atlas, le encargaron la misión de Aviñón y le prometieron reconocimiento. En otras palabras, usó el libro para comprar una posición en la corte del duque de Gerona. Ahora debía de estar en manos de Bernat Metge. Sabía que lo custodiaba y lo llevaba siempre entre sus pertenencias más queridas.

—Jafudá —intentó alcanzarme, cuando me dirigía hacia la puerta—, te lo ruego por tu padre; no dejes que me maten.

El huérfano se miró la mano extendida y la escondió avergonzado. Dibujó una mueca de menosprecio, no sé si contra mí o contra sí mismo. Se echó a reír como un poseso y me despidió con un gesto brusco, mientras me insultaba.

—¡Bah! No harás una mierda, desgraciado. Eres un cretino. Largo de aquí y vuelve cuando tengas agallas.

Una vez fuera, agradecí los aires balsámicos de Collserola, que me acariciaban dándome paz. Bajé a las casuchas de Horta, llegué hasta las masías de San Martín,

rodeadas de mirtos y campos de labranza, y entré luego en la ciudad por la puerta de San Pedro. Aún no tenía muy claro qué debía hacer. Sabía qué quería, por supuesto: conseguir el Atlas Furtivo, mandarlo todo a hacer gárgaras y desaparecer con la primera fusta hacia Mallorca. Y el crápula de Samuel; que se ahorcase. Pero no era tan sencillo. Un impulso incomprensible me empujaba a no abandonar a Samuel. Y, si denunciaba a los cómplices del infante Juan ante el Rey, si me prestaba a traicionar a micer Bernat y a otros, podía ir despidiéndome de mi preciado mapamundi.

Sin embargo, podía hacerla: encontrar pruebas para incriminar a los hombres del primogénito, delatarlos, salvar al huérfano, hurtar el libro y volver a casa. Pero nadie me aseguraba que el Rey aceptara el trato. Y era preciso que fuera capaz de cumplir mi misión de confidente. Debía buscar una prueba que no sabía si existía y hacerla llegar al soberano. De paso, encontrar un tratado voluminoso guardado bajo siete llaves, cogerlo y llevármelo sin que nadie se diese cuenta. Un tratado que mi padre concibió para obsequiar al Infante y que, si estaba en manos de su Escribano Mayor, no estaba tan lejos de donde debía estar. Si finalmente me salía con la mía, ¿quién me garantizaba que el Infante no accedería al trono, a pesar de mi delación, cuando el viejo monarca pasara a mejor vida? Entonces yo sería proscrito por ladrón y por traidor. En tal caso me aguardaba un triste exilio en Génova, Toledo o la rica ciudad de Tembuc.

En definitiva, era demasiado complicado y arriesgado. Yo no había nacido para conspirador. Ni era un ladrón vocacional. Como decía Samuel, era un chueta de mierda, un mozo brujuero apasionado por los mapas, por cosas sin vida. Betros me había convencido de que podía llegar a creer sin necesidad de ver el mundo, pero temía que acabara sin viajar... y sin creer en nada. Llegué a la Judería muy confuso. La mujer del rabino Hasday me hirvió unas hierbas y me fui derecho a la cama. No estaban allí ni el maestro ni su hijo Moisés. Lo agradecí, porque en aquella ocasión no podía ayudarme. Los propósitos que me rondaban por la cabeza eran inconfesables, y estaba condenado a tomar decisiones solo. Cómo añoraba, cada día más, la vida de mi pequeña isla...

Dicen que el paso del tiempo amortigua los pesares. Sin embargo, los meses que siguieron a mi visita a Valldaura no me dispensaron reposo alguno. Continué trabajando en la casa de, Datini de Prato, obedeciendo a la cómoda rutina que había establecido, pero las ideas no se me aclararon en absoluto. Las obligaciones semanales en la Sinagoga y algún breve remojón en los baños tampoco me reportaron ningún consuelo. Por fin, maese Hasday me anunció que los Reyes habían regresado de Aragón. Me prometió que haría las gestiones oportunas para saber si el Rey aún quería recibirme: ya me avisaría.

Pasó un día y otro y otro, Pasaron semanas y el buen Hasday no tenía noticias sobre la audiencia real. Malas lenguas decían que la corona ya no la portaba el gran Pedro, sino que la había dejado en manos de su esposa analfabeta. El Rey guardaba cama a menudo: los años le pasaban factura por una vida de mucho trajín. Mientras,

los hermanos, primos y demás parientes de Sibila de Fortiá ocupaban el Palacio Mayor; cualquier oficio o procedimiento pasaba por aquella mujer o sus favoritos. Los asuntos graves se descuidaban, y la Reina se crecía nombrando cortesanos, embelleciendo las estancias, malversando las arcas y enfrentándose a los infantes.

El príncipe Martín tuvo que abandonar Barcelona y acogerse a la protección de su hermano Juan, quien, desde Perpiñán, se preparaba para la ruptura definitiva con Sibila y padre. La devota y discreta Mata de Armañac había muerto, y el primogénito, contra la voluntad de los Reyes, se desposó con otra princesa de Francia, Violante de Bar. La corte del Duque de Gerona cayó bajo las influencias de la tal Violante, una damisela de quince años enérgica y ambiciosa. Las costumbres se habían afrancesado aún más, y el Infante no se inmiscuía, abandonado a la fragilidad de su cuerpo y a su natural voluble. Así pues, dos fuertes mujeres, rivalizando en poder, gobernaban Aragón, y estaban dispuestas a sumir el reino en una espantosa guerra dinástica.

Había llegado el invierno cuando la audiencia me fue concedida. Me dirigí al Palacio Mayor. En la puerta, los soldados del Mayordomo me pidieron el nombre, me mandaron quitar la capucha y la capa y me ofrecieron una tela de algodón verde para ennoblecer mi prestancia. Cruzamos el patio, lleno de picapedreros e ingenieros que trabajaban en unos sillares enormes —para la Catedral, me dijeron— y subimos unas escaleras. Los Reyes se encontraban en la capilla; tenía que esperar aún un rato. Me fijé en los damascos y las alfombras de las paredes, que representaban los dominios del reino: Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca, Sicilia, Cerdeña y otros condados y ciudades francas. Cuando se abrieron las puertas de la capilla, empezaron a aparecer caballeros engalanados, doncellas emperifolladas y prohombres de toda clase.

Al fin, en el centro de un corrillo donde se conversaba animadamente, reconocí a la Reina. El círculo se abrió, y todos me miraron como si fuera un animal extraño. Sibila se me acercó; me descubrí y me presenté a Su Majestad, quien vestía una túnica de seda blanca hasta los pies, ceñida con cordones dorados. Mostraba unos pechos generosos, turgentes, con un canalillo estrecho por donde se perdían abundantes perlas y cadenas. En los brazos, y también en los pies, lucía pulseras y brazaletes de oro. Sin embargo, lo más sorprendente era el tocado: aferrado a una mata de cabellos rubios, trenzados y recogidos, trepaba hacia arriba en una punta estirada, como si quisiera rozar el techo.

Me ordenó que la acompañara al Salón del Tinell. El Rey se encontraba indispuerto, dijo, y se había retirado desde la capilla a su alcoba, por pasadizos interiores. Me recibiría ella misma, acompañada de algunos caballeros de la Cancillería. Pasamos al salón de recepciones: una habitación grande, más grande que una sinagoga y, por lo poco que había visto de las edificaciones cristianas, quizá más grande que una catedral. Unos arcos redondos sostenían las vigas del techo, abriendo un espacio de quince o veinte canas de anchura. Unas vidrieras dejaban pasar la luz y, debajo, en uno de los lados, ardía una chimenea grande como una barca.

Me volví y vi a la Reina apoltronada en el trono mayor, con las piernas separadas

y la cabeza, sombrero incluido, apuntalada por un brazo. A su alrededor se paseaba una docena de personas, que reían y metían ruido. Me arrodillé y le besé la punta de la falda. Sus acompañantes no se callaron; más bien me dieron un repaso de soslayo y aumentaron el tono de sus conversaciones. Me erguí, pedí la palabra y le manifesté a Sibila mi extrañeza. Sin menospreciar a los altos y nobles señores que me escuchaban, yo había creído que me recibiría Su Majestad el Rey, en audiencia privada.

—¿Qué quieres decir, vasallo? —respondió—. Esto es privado. Todos estos infelices —señaló a los presentes— son hermanos y primos míos. Puedes decir lo que desees, que todo lo que digas sobre los hijos del Rey nos parecerá poco.

Rompieron a reír como un solo hombre, hasta que les pareció suficiente y volvieron a charlar animadamente. Comencé a sudar. Las noticias que traía, dije en voz baja, trataban de grandes cuestiones, que sólo podía desvelar con gran discreción. La Reina, chillando, me dijo que no me oía. Esforzándome en levantar la voz, anuncié que podía conseguir pruebas interesantes para la Casa Real, que incriminaban al Infante, dije, pruebas documentales que sería bueno que leyeran ella o el Soberano. De pronto, se hizo un silencio de muerte en el gran Salón del Tinell.

—El único documento que sé leer —arguyó Sibila, seria en apariencia—... es el que tienen los hombres entre las piernas.

Su parentela sonrió tímidamente, algunos soltaron cuatro risotadas, y finalmente se abandonaron todos a una suerte de histeria colectiva. La propia Reina, embutida en el sitial, quizá era la más extrovertida. De pronto, los cortesanos enmudecieron y clavaron la vista en el otro extremo de la sala, a mi espalda. Me volví y, más allá de la chimenea, vislumbré una figura encorvada que se acercaba con paso vacilante. A la altura del fuego, se le iluminó el semblante. Era un anciano medio calvo, despeinado, barbudo y arrugado. Vestía un manto de terciopelo morado, largo hasta los pies, y llevaba una esclavina a la espalda.

—Reina, he oído bullicio —refunfuñó con voz temblorosa—. Entre el jaleo de aquí y el repicar de los obreros, no puedo descansar.

Se le abrió un poco el mantón, y advertí el característico puñal en la cintura. Era el Rey. Sibila se irguió en el trono, pero no se levantó. Le gritó que no pasaba nada, que se estaban divirtiendo con un muchacho judío. Un muchachito, explicó, lleno de misterio y revelaciones que iban a salvar el reino. Entre los cortesanos se produjo un murmullo jocoso, pero el soberano los cortó. No oía bien lo que le decía la Reina. Nada, continuó la dama de Fortiá; unos documentos que prometía el joven, pero aún no había aclarado qué decían. El buen Pedro se volvió hacia mí, me observó con la mirada perdida y me preguntó de qué papeles se trataba. Tragué saliva, dudé un momento, y se me ocurrió algo.

—Mapas, Majestad —me incliné—; os quiero hablar de mapas.

El Rey cambió la expresión y preguntó si no sería yo el hijo de maese Cresques, el llamado Jafudá. Le respondí que sí, que era yo. Entonces me miró con más

detenimiento y, con cierto aire de autoridad, le anunció a la Reina que le robaba el invitado. Lo de los mapas le interesaba y, ya que no podía reposar, como mínimo se entretendría. Además, tenía el convencimiento, dijo, de que los asuntos de ciencia no debían de turbar a su digna esposa. Sibila se mostró de acuerdo, y sus familiares asintieron sumisos. El Rey de Aragón me indicó que lo siguiera.

Subimos unas escaleras muy despacio y entramos en una sala noble y austera. Un ventanal, de tres arcos, permitía que la estancia estuviera iluminada. Allí había una mesa, algunas sillas y un brasero, pero ningún adorno. En un rincón estaba situada una gran esfera celeste, donde aparecían dibujados todos los astros y cuerpos planetarios. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de arriba abajo, donde descansaban libros y objetos de medida: astrolabios, nocturlabios y brújulas. Se escuchaba con nitidez el golpear de los picapedreros en el patio del Palacio, y también, de vez en cuando, rumores de fiesta que subían del salón principal.

—Una gran Reina la nuestra —opinó el Rey con gesto afectuoso—. ¿No crees muchacho? Fuerte y decidida, ¿eh? —Hice un leve gesto de asentimiento, y continuó, sin dejarme hablar—. Si en mi vejez no puedo escoger mujer, mala cosa. He reinado cerca de medio siglo: retorné Mallorca y el Rosellón a la Corona; guerreé, a menudo en persona, contra Génova y Castilla; hoy, nuestra bandera señorea desde el Partenón hasta las islas Canarias... Todo eso he hecho, y ahora no quieren que tenga una mujer escogida por mí, para que me haga compañía y me consuele en la senilidad. A ver: ¿soy —se agarró a su pequeño puñal—... o no soy el Rey?

—Lo sois, señor —me apresuré a contestar—, y por muchos años.

—No tantos, me temo —se sentó y me invitó a hacer lo mismo—... no tantos. Razón de más para exigir paz. ¿Por qué un soberano no puede vivir tranquilo sus últimos días, al lado de quien le plazca? ¿Qué clase de hijos son los de hoy, que se alzan contra el padre y quieren imponerle las compañías, hasta el punto de soliviantar el reino? ¿O no se casan ellos con quien desean? Como esa doncella francesa, ¿cómo se llama? —conocía muy bien a Violante de Bar, pero fingía ser más desmemoriado de lo que en realidad era—... esa insolente...

Entendía muy bien las quejas del Rey, ya que a mí también me disgustaban los emparejamientos a la fuerza, como el que mi padre me arreglaba. Por descarada y tosca que fuera Sibila, el Rey tenía todo el derecho del mundo a casarse con quien quisiera. Aún más si tenemos en cuenta que, mientras que yo era sólo un humilde aprendiz judío, él era el hombre más poderoso de nuestra tierra, y un anciano respetado en el mundo entero. Bien es verdad que la ampurdanesa le había sorbido el seso y hacía y deshacía en los asuntos de gobierno. ¿Pero era aquel motivo suficiente para negarle el goce que merecía? No lo sabía muy bien. Tampoco me parecía normal que su ilustre persona se dirigiera a mí, un desconocido de baja condición, para contarme sus intimidades. En resumen, no sabía qué decide. Debió de advertir mi cara de asombro, porque dejó de lamentarse y cambió de conversación.

—Bueno, Jafudá, no quiero marearte. Conozco vuestro trabajo en el obrador de

Mallorca, y lo respeto. Me gustaría encargarnos algunas cartas.

—Señor —respondí, aliviado por el cambio de asunto—, estamos a vuestro servicio para lo que sea menester.

—Quiero que dibujéis tres cartas del Mediterráneo, ilustradas generosamente, y un mapamundi grande, que contenga todo lo que sepáis a ciencia cierta sobre el mundo, pero también lo poco conocido, o lo que ningún viajero ni sabio pueda haber comprobado aunque haya tenido noticias de ello. Es decir, una visión universal de la Tierra, que muestre lo que nuestros ojos aún no han visto.

Deseé que la tierra me tragase si la conversación no volvía a vida íntima. A punto estuve de confesarle la verdad: una obra como la que él mencionaba ya existía, y estaba en manos del notario Bernat. Pero no lo hice. No me movía el interés material, aunque la jugada era tentadora: le quitaba el Atlas Furtivo al notario, se lo vendía al Rey como si fuera nuevo, Cresques se embolsaba unos buenos honorarios y, a la postre, el depositario acababa siendo la propia Casa Real. Era una operación limpia, quizá hasta honrada. Pero callé: puede que agujoneado por mi obsesión o por un fuerte sentido de paternidad para con la obra, no sabría decirlo. En el fondo, creo que me abrumó una perspectiva terrible. Supongamos que pudiera recuperar aquel tesoro: ¿iba a tener valor para deshacerme de él de nuevo? El corazón me advertía de que, si volvía a acariciar el Atlas, no permitiría que escapara de mis manos nunca más.

—Que no te preocupe la remuneración —observó, malinterpretando mis dudas—; os lo pagaremos bien.

Me despabilé, y le agradecí la confianza que depositaba en nosotros, humildes súbditos de su excelsa persona. Me había turbado su munificencia. No faltaría más: maese Cresques y yo haríamos honor a aquel encargo tan bien como pudiéramos. Le dibujaríamos unas cartas como ningún otro mortal había visto, bellas y ornamentadas, con un dechado de leyendas y voces sobre las maravillas del mundo. Se mostró de acuerdo, y me ordenó que comenzáramos enseguida, porque notaba que los años de vida que le quedaban eran pocos. Antes de partir al otro mundo, quería conocer todo lo que se había dicho sobre tierras ignotas, si existían. Se resistía, confesó, a dejar el siglo sin satisfacer su curiosidad.

Una vez resuelta aquella cuestión, el Ceremonioso se levantó, dando la audiencia por concluida. Yendo hacia la puerta y con gran prudencia, le hablé de Samuel y de mis ocultos propósitos. Escuchó con aire cansino y, cuando terminé, se mesó la barba. No le apetecía conversar de aquellas cosas, admitió. Estaba rendido: los embrollos de Sicilia, las disputas con los castellanos, el gran cisma del papado, las trifulcas con sus hijos. Lo había dejado todo en manos de la Reina y sus consejeros. En las controversias de los papas, el de Aviñón y el de Roma, él se había declarado indiferente. Y estaba a punto de hacer lo mismo con relación a la sucesión. La dulce Sibila le había pedido que repudiase al infante Juan, y seguramente lo haría. Ya no quería oponerse a nada. Si él moría, y los suyos —mujer, hijos, hermanos, sobrinos— pretendían disputarse el cetro, allá ellos. Pedro el Ceremonioso ya había luchado

bastante en la vida.

¿Que yo pretendía encontrar pruebas de la conjura? Adelante, me dijo. Pero él no quería saber nada. Con evidencias o sin ellas, las pendencies seguirían su curso. Unos y otros contarían con motivos poderosos, que estaban por encima de cualquier documento. La disputa era imparable. Si perdonaba al judío acusado y me enviaba a la corte del duque, se vería envuelto en aquella reyerta, y eso era precisamente lo que quería evitar. Se limitaría a desheredar al hijo mayor para contentar a su mujer; dejaría abierta la sucesión, y se lavaría las manos. Quizá eso significaba que el joven —¿cómo se llamaba?... eso, Samuel— debía morir. Pues que lo ajusticiaran. Esa decisión no le quitaría el sueño. Otras veces, en el transcurso de su reinado, había tomado determinaciones más dolorosas, en provecho del reino. Y lo mejor para el reino, en aquel momento, era su indiferencia. Esperó a que le hiciera la reverencia de rigor y me despidió.

No pedí audiencia a la Reina. Me parecía inútil. Fuera como fuese, la suerte de Samuel ya estaba echada. Quizá, como afirmaba el huérfano, yo era un mosquito inofensivo, insensato y sin coraje. Cuando le confesé mis inquietudes a Moisés, estuvo de acuerdo en que los suplicatorios a los Reyes no servirían de nada. Sólo se le ocurría una solución, pero me advirtió de que se desentendería, al instante, de la sugerencia. Mil veces lo acusarían y mil veces lo negaría. Podía, dijo, probar a sobornar a los carceleros. Solían ser hombres de poco dinero y menos luces, aseguró. Sólo era preciso encontrar el más propenso a la deslealtad.

Al principio, la idea me asustó; pero a medida que hablaba con Moisés iba perdiendo el miedo. Era una práctica habitual: había verdaderos expertos en el oficio. Sentencias y presos se compraban y vendían siempre, con la necesaria discreción. En la calle de los Cambios Nuevos, muy cerca de donde yo trabajaba, vivía un judío rico que lo practicaba. Si, además, Samuel compartía celda con el hijo de un cambista, el negocio resultaría fácil. Puede que ya hubiera algún trato en marcha para el otro muchacho. Me avisó, eso sí, de que bajo ningún concepto pretendiera actuar personalmente. En aquellos asuntos se pagaba y se dejaba actuar los especialistas.

Le hice caso y, en cuanto pude, me planté en la calle de los Cambios Nuevos. El intermediario era un hombre gordo y sudoroso, con nariz de pimiento, que tenía visto en la Judería. El hijo de Hasday no iba descaminado: estaba ultimando el rescate del joven cambista encerrado con Samuel. Nariz de Pimiento me pidió una cifra desorbitada por incluir un preso más en el trato. Discutimos largo y tendido y, finalmente, me rebajó dos tercios el precio inicial. Sin embargo, exigía el pago en florines de oro, en piezas sin muesca y por adelantado. No corrían buenos tiempos para manejar dinero, justificó: las monedas que ayer aceptaba todo el mundo, hoy ya no las querían ni los mendigos. Y el dinero de Francia o Italia, que hoy invadía ferias y mercados, quizá mañana no fuera más que chatarra.

Lo cierto era que en los mercados sólo se hablaba de aquel baile de monedas. Había tantas y tan diversas, su valor cambiaba tanto, que uno desconocía el precio de las cosas. Los comerciantes decían que semejante despropósito era peor que las mortandades: la peste, sin ir más lejos, procuraba grandes beneficios a unos pocos, y aquel desbarajuste no favorecía a nadie. Los cambistas acertaban por la mañana y se enriquecían de golpe, pero por la tarde podían perderlo todo. Por tanto, comprendía que Nariz de Pimiento exigiera oro del más puro. Desgraciadamente, mi comprensión de la crisis no me facilitaba la recaudación.

Finalmente, arañé unos cuantos florines en casa de Hasday y varios más a cuenta de mi trabajo en la casa de Datini de Prato. Luego vendí los finos y elegantes ropajes que me había regalado micer Bernat, y acabé reuniendo una buena suma, aunque aún insuficiente. Nariz de Pimiento se negó en redondo a rebajar la cifra. Le supliqué; apelé a los sentimientos de nuestro pueblo, cité la sabiduría judaica tanto como pude y le anticipé la tristeza de mi padre si aquella desgracia no se evitaba. Se pasó un pañuelo por la frente, se rascó el pimiento que le colgaba del rostro y me propuso un pacto. Aceptaría un pagaré a cargo de maese Cresques y firmado por mí. Me quedaría en la ciudad hasta que fuera liquidado y, si cometía cualquier disparate, podía encomendarme al cielo.

No tenía más remedio que dar mi conformidad. Firmé el papel y regresé a mis quehaceres diarios, resignado a esperar que la transacción fructificara. Me puse a trabajar de firme y de sol a sol con el joven Francisco. El aprendiz era listo, el oficio le gustaba tanto como a mí y los mapas del maese Belardo progresaban notablemente. Si avanzaba sin obstáculos, en un par de meses podría devolver parte de las deudas, reclamar otro anticipo para cubrir el resto y disponer así mi partida. Con algo de suerte, Samuel se habría fugado del presidio... y yo me habría permitido el lujo de visitar a micer Bernat en Perpiñán.

Sin embargo, llegaron los problemas. El primero fue una carta remitida desde Mallorca. Maese Cresques me la envió a través de un amigo suyo, patrón de un ujier. Era una misiva larga. Mi padre estaba al corriente de casi todo: conocía las acusaciones contra el joven Samuel, que lamentaba sinceramente. Se demoraba en describir nuestras obligaciones para con el huérfano y nuestros deberes como padrinos. Luego, se extendía en palabras de desconsuelo y manifestaba su tristeza por el curso de los acontecimientos.

También se había enterado de los encargos reales por despacho oficial, y de mis tratos con los florentinos por conductos informales. Comprendía que me quedara en Barcelona para resolver dichos asuntos, y me animaba a agotar todos los caminos posibles para conseguirlo. Desdichadamente, apuntaba, no veía salida al caso de Samuel; en cuanto a los encargos, me recomendaba ultimar el trabajo que sólo pudiera llevarse a cabo en Barcelona y embarcarme enseguida hacia casa.

Las cosas no iban bien en Mallorca. La pérdida de confianza en las monedas, que no presagiaba nada bueno, también había afectado a la isla. Maese Cresques se hacía

mayor y me echaba de menos en el taller. Los aprendices que había buscado no le sirvieron de gran ayuda: uno a uno los fue despidiendo. Los trabajos para el rey Pedro agravaban la situación. Sin embargo, peores eran sus desacuerdos con la Aljama. Desde que había entrado a formar parte de ella sólo había conocido problemas y desaires. Los encargos de la Corte le causaron más penas que alegrías, al despertar las envidias de los vecinos.

Los judíos más modestos estaban celosos de lo que consideraban un golpe de fortuna de nuestra familia. Creían que nos habíamos enriquecido de pronto, ya que habíamos agrandado la casa y teníamos sirvientes, lujos que atribuían a turbias relaciones con los estamentos cristianos. Los notables de la comunidad sabían que eso no era del todo cierto: si ingresábamos más dobleros, también teníamos más gastos. Sabían de sobra que los lazos con nobles y ciudadanos gentiles respondían a necesidades de nuestro oficio. Pero los próceres de la Judería envidiaban nuestros privilegios, que hubieran querido para ellos. No les molestaba tanto la riqueza como la familiaridad con el poder. Les convenía que la chusma nos viera con malos ojos: algunos a quienes habíamos tenido por amigos propagaban ahora rumores sobre nuestro fabuloso patrimonio. Así nos tenían agarrotados y podían exigirnos contribuciones y servidumbres abusivas.

El Consejo de la Aljama había rechazado la petición de mi padre para recibir agua de la acequia real. Agua que Cresques necesitaba para curtir las vitelas; además, tenía el propósito —ignorado por la Aljama— de construir unos pequeños baños en el huerto de casa. Éste era sólo uno de tantos desacuerdos, decía: había otros muchos que se haría pesado relatar. Los secretarios y recaudadores de la Judería nos habían subido injustamente las contribuciones, y Cresques tuvo que declararse insolvente. Había decidido llevar la disputa a las más altas instancias, contaba, y pensaba remitir una carta al Lugarteniente para que la enviara a Barcelona. No le agradaba recurrir a los príncipes utilizando su condición de Familiar, pero todo había ido demasiado lejos. De momento, me rogaba que indagara y averiguara qué respuesta obtendríamos a tal reclamación.

La única noticia agradable y que lo llenaba de felicidad se refería a mi futuro. Había cerrado las conversaciones para mi boda. La dote estaba acordada; la aportación de nuestra familia sería una parte de la casa grande, que había quedado medio vacía. Ahora que todo estaba acordado, podía comunicarme que mi mujer sería la adorable Dulce, hija del rabino Salomón de Abrafim y de Hanini. Yo la conocía bien, ya que había jugado con ella de pequeño. No era gente adinerada, añadía, pero daba igual. El rabino era un hombre de reconocida fe, su celebridad en la comunidad era grande y quizá aquella alianza nos ayudaría a mejorar la convivencia con los vecinos.

Tenía edad para casarme, decía, y aquella doncella era ideal: laboriosa, devota y virtuosa. Puede que no fuera la más bella de Ciudad de Mallorca, ni joven —había nacido el mismo año que yo—, pero sí la que me convenía. Su madre, Hanini, era

enredadora y tozuda como una mula, pero el rabino Salomón había prometido ocuparse de ella. El santo varón sabía que, si no casaba pronto a la hija, morirían de hambre. Mi padre, lleno de alegría por aquel enlace que esperaba compensase otras penurias, ordenaba que terminara mis asuntos y regresase pronto a Mallorca. La ceremonia se celebraría dentro de cuatro meses.

Doblé y guardé el escrito del maestro Cresques. En una cosa tenía razón mi padre. Debía marcharme y deprisa. Aquel matrimonio no podía celebrarse de ninguna manera. En Barcelona quedaban muchos cabos sueltos, y me sabía mal abandonar tareas que juzgaba importantes. Sin embargo, impedir la boda era lo más urgente. Recordaba muy bien a la hija del rabino Salomón: una muchacha discreta, más bien fea y sosa. Y recordaba aún mejor a su madre, que me había regalado una infancia atormentada. Claro que aquéllos no eran, ni mucho menos, los principales obstáculos. Unos años atrás, puede que me hubiera doblegado a la voluntad de mi progenitor, como hacían todos los muchachos, y consentido compartir mi vida con una mujer que ni siquiera odiaba. Pero los años no pasaban en balde.

Al día siguiente de recibir la carta, me encaminé a la calle de la Platería, decidido a traspasar el trabajo a mi compañero Francisco. A primera hora, cuando el aprendiz aún no había llegado, tuve una visita inesperada. Al principio creí que se trataba de un mendigo. Vestía un sayal de arpillera, que lo cubría de la cabeza a los pies, con una abertura estrecha por delante. Se acercó al mostrador, con la mano extendida y, a contraluz, no pude distinguir sus facciones. Avancé hacia él para echado, y fue entonces cuando me fijé en su mano, blanca y estilizada, adornada con dos anillos de oro. No era la mano de un mendigo.

Abrió su atavío, y se volvió un poco para que la luz exterior le iluminara el perfil. Aquellos rasgos aguzados, aquel cabello recortado y aquel mentón cuadrado eran inconfundibles. Me obsequió con una sonrisa muy suya, cortés y altiva a un tiempo. Era micer Bernat disfrazado de pobre. Fue él quien habló primero: se encontraba en Barcelona para visitar a su madre enferma. Había aprovechado para venir a verme, pero, si no me importaba, prefería pasar a un lugar más reservado. Lo conduje a la trastienda, y lo instalé como pude entre papiros e instrumentos. Hizo algunas preguntas educadas y fue al grano:

—He de ocultarme en mi propia ciudad, Jafudá. Si la Reina supiera que estoy aquí, quizá me prenderían. Esta tierra anda revuelta y no sé de quién fiarme.

El Rey, me confesó, parecía haberse rendido a su caprichosa mujer y pretendía desheredar a su primogénito. Una aberración que —esperaba— no consintieran ni los juristas del reino ni las Cortes. Aquella misma tarde tenía previsto reunirse secretamente con algunos prelados y barones de la ciudad para estudiar el asunto. Pero el litigio dinástico entre padre e hijo era enconado, y no obedecía tan sólo a cuestiones personales. El malestar crecía entre los grandes terratenientes, cada vez más cargados de tributos y despojados de influencia. La entrada de Sibila de Fortiá al Palacio Mayor había abierto las puertas a que los estamentos bajos —ciudadanos,

menestrales e hidalgos— ganasen presencia.

Si el infante Juan tomaba partido por los grandes linajes, estaba perdido, reconoció el notario. Condes, vizcondes y barones carecían del valimiento que tuvieron en el pasado, y su ayuda acabaría siendo un arma de doble filo para un aspirante al trono. Tampoco creía que su Príncipe estuviera dispuesto a hacerse respetar por la fuerza. Poco antes, lo había visto combatir en su primer hecho de armas, que probablemente sería el último. El Infante había vuelto exhausto a Palacio: se había acostado con temblores y echado espuma por la boca. No, admitió, la fortaleza de su bando no provenía ni del hierro ni de la propia tierra.

El Infante tenía todas las de ganar, en cambio, entre sus amistades extranjeras. En el pleito del cisma, el príncipe Juan se había alineado con el Papa de Aviñón, que era como decir con Francia y Castilla. Había comprendido que enfrentarse a reinos tan poderosos —y tan próximos—, como hacía el Ceremonioso con su ridícula indiferencia, no tenía sentido. Se podía mantener la neutralidad durante un tiempo, como hacía el Rey, un monarca viejo y caprichoso. Sin embargo, el primogénito debía pronunciarse y, con seguridad, había escogido el partido vencedor. Sin duda, tal elección podía alejar a la Corona de sus aventuras en el Mediterráneo. Pero el futuro no apuntaba a levante, creía Bernat, sino a poniente.

¿Que por qué me contaba todo aquello? Pues porque el Infante y su esposa Violante deseaban estrechar los lazos con la Casa de Valois, señores de toda Francia. El joven Carlos acababa de recibir el cetro en París. Era el mejor momento para rendir homenaje al nuevo rey franco. Como era costumbre entre los dignatarios bien avenidos, el heredero de Aragón debía expresar con un obsequio la estima y afinidad que sentía con el monarca vecino. Tal vez el atlas de Cresques pudiera ser un buen presente. ¿Qué mejor que aquella obra sin precio, compendio de los conocimientos más profundos y esmerados de nuestra época, para complacer a un rey de reyes? No tenía ninguna duda acerca la excelencia del regalo, pero antes quería escuchar mi parecer. Naturalmente, sabía que el propietario del mapamundi era el Infante, pero la autoría del trabajo y la amistad que nos unía lo obligaba a contar con mi consentimiento antes de tomar la decisión.

Le agradecí tan gentil consideración, que, manifesté, no se correspondía ni con la posición de mi padre ni, por supuesto, con la mía. Después guardé silencio y, a pesar de lo confuso que estaba, intenté razonar. Una cosa tenía clara: los mapas no habían sido elaborados, con amor y abnegación, para ir a parar a manos extranjeras. Pensar que la obra saldría de nuestra tierra no me producía ninguna alegría: era como abandonar un hijo a un extraño; sin remedio, me vino a las mentes la desdichada figura de Betros. Claro que, como vasallo y judío, dependiente de la Corona, no tenía derecho a protestar. Asumía los propósitos de micer Bernat como un hecho consumado, y basta. Lo que hubiera hecho el maestro Cresques, cualquier súbdito, y lo que debía hacer yo.

Otra cosa me intrigaba y, pensándolo bien, me hacía sufrir aún más que aquella

amputación dolorosa, que aquel adiós a un capítulo tan importante de mi vida. ¿Realmente el Escribano Mayor del Infante había venido a verme por la razón que aseguraba? ¿Se había tomado la molestia de pasear vestido de arpillera por una ciudad hostil, sólo para cumplir un deber de amigo? Puede que sí: en Gerona habíamos pasado muy buenos ratos y estaba seguro de haberle transmitido mi pasión por los mapas. Pero aquél no era su estilo. ¿Y si en el fondo escondía una intención innoble? ¿O quizá había descubierto mis estériles propuestas al rey Pedro y venía a pasarme factura por mi deslealtad hacia el infante Juan?

No lo creía, porque en aquel momento los lazos entre el Rey y su hijo se habían roto del todo, y no parecía que Bernat conociera mi visita al Rey. Otra sospecha me inquietaba aún más. El notario había dicho que el futuro Rey se doblégaba a los designios de la Casa de Valois, hasta el punto de —me había parecido entender— renunciar a los beneficios de antiguas conquistas y expansiones. Asimismo confesó que el mañana apuntaba hacia poniente; no lo había aclarado, pero yo juraría que ese viaje se supeditaría a los intereses de potencias mayores. El Atlas no era, ante tal perspectiva, un regalo inocente. El Real, quería decir: ¿o estaba pensando en el Furtivo? Tendría que asegurarme.

—¿De qué mapamundi me estáis hablando, señor?

—Del vuestro, Jafudá, del vuestro... —contestó, en un tono de incompreensión y hastío.

No aprecié en su respuesta ningún ánimo de engañarme aunque lo sabía capaz de representar cualquier papel. Era inútil poner a prueba las artes de aquel hombre tan listo. Opté por la vía más directa y le relaté mi visita a Samuel excepción hecha, claro, de mi ardid para liberarlo. Le conté que le había exigido el atlas robado y que él insistió en que lo había entregado a micer Bernat. El notario suspiró, se rascó, pues la arpillera debía molestarle, y me dedicó un gesto de extrañeza.

—Te lo dije en nuestro primer encuentro, Jafudá. Ese libro —alzó la voz— no ha sido nunca mío.

—Sí, sí, lo sé. No os enfadéis conmigo. Sólo pretendía que conocierais el valor del mapamundi, y quisiera estar seguro de que, si algún día cayera en vuestras manos, lo trataríais con gran cuidado.

Afirmó que no tenía por qué preocuparme. Comprendía el valor de aquella obra desconocida y, si alguna vez tenía el placer de tocarla, nunca se desharía de ella. Eso dijo. Y, si bien no quedé del todo convencido, dejé de hurgar. Si Samuel me había engañado y el Escribano Mayor no había tenido nunca el segundo atlas, no era preciso insistir. Si era Bernat el que se burlaba, tampoco: porque a su manera, sin delatarse, me estaba diciendo que custodiaría la obra. O sea, que ni el Rey de Francia ni el Papa en persona —ninguno de los dos— le quitarían nunca aquella joya. *El Atlas Furtivo*, si de él dependía, permanecería en casa.

¿Qué intenciones escondía aquella inesperada visita? Quizá lo que pretendía Bernat, especulaba yo, era advertirme de que el segundo mapamundi estaba en su

poder y que continuaría estándolo siempre. O, por ventura, sólo quería, como aseguraba, obtener mi consentimiento para deshacerse del primer manuscrito. O cualquier otra cosa, ya que con aquel hombre nunca sabía uno a qué atenerse. A la postre, averiguar sus intenciones no tenía demasiada importancia. Lo fundamental era que, a partir de aquella conversación, yo renunciaba a mi insensato plan, a ejercer de espía y recuperar el Atlas Furtivo. Sin el aval del Rey y, ahora además, sin saber dónde se hallaba el endemoniado atlas, la aventura del espionaje perdía la poca consistencia que alguna vez hubiera podido tener.

Una claudicación más, pues, marcaba los caminos de mi vida. Comenzaba a ser patente que no había venido al mundo para protagonizar grandes gestas. Debería conformarme con la realidad. Retomé, pues, el asunto que Bernat me había comentado al principio. Sin comprender el peso que podía tener mi parecer, y ya que me lo pedía, tenía mi consentimiento para enviar el Atlas Real al soberano francés. Y creía hablar por boca de mi padre, asegurándole que nos sentíamos bien pagados aplaudiendo tan noble y alto destino. Añadí algunas florituras más, porque pretendía pedirle algo a cambio de aquella abdicación.

Le expuse los conflictos de maese Cresques con la Aljama de Mallorca. No, remarqué, no se trataba de reclamar favores a cambio de supuestas deudas. No quería asociar la entrega a Francia de nuestra obra con los problemas de mi familia. Sin embargo estábamos interesados en continuar trabajando para la Casa de Aragón, y precisábamos cierta tranquilidad. Además, mi padre era Familiar de la Corona: ¿no era injusto que recibiera semejante maltrato? Le rogaba y suplicaba que estudiara la forma de protegernos ante el encono de nuestra propia comunidad.

Accedió a interceder en el asunto del agua y también en el de los impuestos abusivos. Cresques tenía condición de Familiar, dijo; puede que hubiera llegado el momento de pensar en mí. No, no admitía protestas absurdas: hacía tiempo que le había comentado tal hipótesis al Infante y no se había opuesto. Además, facilitaría las cosas, porque así podríamos sustraer nuestro linaje a la jurisdicción del alcalde de Mallorca. Pasaríamos a depender del Lugarteniente Real, quien era partidario del príncipe Juan, y el Consejo de la Judería tendría que acatar cualquier regalía. Yo — me miró con cara de fastidio— podría quemar aquella capa roñosa con la rodela. A renglón seguido, se miró las piernas, se pellizó los faldones del sayal y sonrió.

Le solicité aún una última concesión. No podía razonarle la petición, dije, aunque mis motivos eran poderosos. Bernat me escuchaba con un rictus de desconfianza. Era muy importante para mí, aseguré; y no creía que la decisión pudiera dañar a nadie. De ella dependía mi felicidad. El notario levantó la mano, como para ordenarme silencio.

—Di de una vez lo que quieres.

—Que el Infante me conceda una dispensa de bigamia.

—¿Bi... qué? —El hombre abrió unos ojos como naranjas—. Por Dios, Jafudá, muchacho, estás muy lanzado. ¿Por qué no tomas primero a una mujer y esperas un tiempo a ver si necesitas otra?

—Pronto puedo estar casado. Con una mujer a la que no amo. Por favor, señor: es importante de veras.

Bernat sonrió de nuevo burlonamente y dijo que vería que podía hacer. Se dirigió a la puerta, justo en el momento en que entraba alguien. El notario se ajustó la arpillera. Le advertí de que no tenía por qué preocuparse: era el señor Andrea Belardo, joyero y dueño de la casa. Un florentino que se ocupaba de sus negocios y no se mezclaba en cuestiones locales. Micer Bernat lo saludó discretamente y, luego, me sacó a la calle. Todo lo que le había pedido, debía ponerlo por escrito y entregarlo al Camarlengo del Palacio Menor. Pronto tendría alguna respuesta. Me guiñó un ojo y se fue.

Maese Belardo no me interrogó acerca el visitante. Me contó que venía de la Lonja, donde sólo se hablaba de una cosa. Había revuelo. Los precios estaban por las nubes y la gente adinerada pensaba en empaquetar sus cosas. La Corte; se trasladaba a Bellesguard, cerca de Sants. Y es que unos mercaderes llegados de Perpiñán aquella mañana habían hecho correr la voz de que la peste atacaba su ciudad. Había habido docenas de muertos, y los que podían marchaban aterrados hacia el sur. Por un momento pensé si no habría sido aquél el motivo de la escapada de Bernat Metge. La gente hacía cuentas, continuó el joyero, y aseguraba que la peste tardaría menos de tres semanas en entrar en Barcelona. Él mismo estaba tentado de cerrar la tienda y marcharse una temporada a la Toscana.

«Me parece una idea sabia y prudente», observé. Hacía cinco años que la anterior mortandad, la que yo había vivido en Mallorca, había azotado Cataluña. ¡Cinco años! El tiempo había pasado volando. Yo también podía aprovechar para zarpar hacia casa. Llegaba el momento de reunirme con los míos, y el trabajo estaba muy avanzado. Las cuatro minucias pendientes del mapa grande podría completarlas Francisco, y una carta de navegación pequeña ya estaba acabada. A partir de aquellos dos modelos, sólo era necesario copiar.

Llevé al dueño hasta la trastienda y le enseñé las vitelas adornadas. Me felicitó por un trabajo tan fino. Pensándolo bien, exclamó, se lo llevaría a Florencia para enseñárselo al noble Baltasar de Ubriaqui, el propietario de la casa Datini de Prato. Muy bien, coincidí, y pensé que aquél era el mejor momento para pedirle un segundo pago a cuenta de mi trabajo. También escogí y me llevé dos collares de perlas. El maestro Belardo me dijo que había elegido los más caros, pero no me los quiso cobrar.

Las jornadas siguientes fueron muy movidas. La ciudad estaba desconcertada. Los menestrales terminaban de cualquier manera los encargos inaplazables. Las calles estaban llenas de ciudadanos que ensillaban mulas y caballos. Niños y abuelos eran cargados en los carros, y los arrieros trabajaban de sol a sol para explotar aquella súbita bonanza. Obtuve los florines de oro que necesitaba para pagar mis deudas. Pasé por la mesa de cambio de Nariz de Pimiento y le liquidé el préstamo. Después, a fuerza de insistir, conseguí que el rabino Hasday aceptase el dinero que me había

dejado. Con el que aún me quedaba, fui hacia la playa de la Ribera y pagué —una fortuna, por cierto— a cambio de un hueco en una coca que aún no había llegado.

Poco antes de la partida, le confesé al maestro Hasday que acariciaba la idea de visitar a Samuel. Quería forzarlo a declarar de una vez, dónde se encontraba el Atlas Furtivo. Mi anfitrión me lo quitó de la cabeza. Si me había mentido antes, podía volver a hacerlo. Además, con la epidemia a las puertas de Barcelona, las prisiones se convertían en lugares poco recomendables. Los carceleros se inquietaban, porque les llegaban malhechores de los barrios más infectados, donde se producían muchos crímenes, lógicamente. Aquellos pobres diablos tenían que aguantar firmes a las puertas de los calabozos, mientras sus señores partían hacia cualquier santuario, y solían incubar malos humores. No era casual que, en época de mortandad, muriesen más presos que nunca. O que se produjeran más sobornos y más fugas. No, no era una buena idea. Lo que debía hacer era salir a uña de caballo de la ciudad.

El día señalado bajé hacia la playa acompañado del rabino y de su hijo Moisés. Era temprano, pero ya hacía calor, y el aire —¿o sólo me lo parecía?— soplaba cargado de un olor pestilente. Mis amigos me dieron las mantas y las viandas que me había preparado la mujer de Hasday. Uno detrás de otro, padre e hijo, me abrazaron. Me pasé la mano bajo los ojos. El rabino me pidió que recordara las palabras del sabio Meir, el de la granada, y luego me bendijo.

—«Será como miel para tu alma el conocimiento de la sabiduría. Cuando la encuentres obtendrás retribución y, al final, tu esperanza no se verá truncada.»

Oímos unos gritos que provenían de las casas. No hicimos caso; la ciudad había enloquecido y no eran los primeros que oíamos. Me encaminé hacia la escalera. Pero volvimos a oídos y nos pareció que se trataba de una voz conocida. Vimos a lo lejos a una mujer que corría con un trapo en la mano. Era la esposa del rabino. Moisés fue a su encuentro y ella, sin detenerse, le dijo algo. Volvieron juntos, jadeantes y cogidos del brazo.

La mujer se ahogaba y entre todos la convencimos para que se sentara en la arena y respirara a fondo. Era Samuel, dijo. Samuel; habían venido unos hombres a casa... le habían dicho cosas terribles. Preguntaban por el joven Jafudá... habían registrado la casa, no se creían que hubiera partido hacia Mallorca. El huérfano había huido con otro prisionero... alguien había pagado al vigilante y el vigilante ahora estaba preso. Al otro no lo habían encontrado, no; había conseguido escapar. Pero a Samuel... lo habían buscado por los bosques, al pobre infeliz... como a un jabalí, lo habían olido los perros... Y unos arqueros, ¡ay!..., unos arqueros le habían clavado flechas en el cuerpo. Tenía su hábito, la capa con la rodela —me la enseñó—... lo único que le habían dado... Lo habían matado, sí, y la sangre aún estaba húmeda. Lo habían cazado como a un cerdo...

El maestro Hasday me puso en las manos la túnica de Samuel y me empujó pasarela arriba.

SELIMA

Cómo me gustaría regresar, por las aguas del tiempo, a aquella juventud vibrante de emociones y revivir, entre los sentimientos, uno y sólo uno. Cuánto me complacería detener las horas en aquella visión que me dejó helado, incapaz de pronunciar palabra o de mover un dedo, ante la más sublime de las bellezas. Si pudiera desandar el camino de mi vida, si el Señor tuviera de veras el poder de concederme esa gracia, tan sólo le pediría un favor: que me llevara de nuevo ante aquella imagen cautivadora, la de aquella criatura que sólo una mano divina podía haber dibujado. Quisiera perder la memoria, no saber ni pensar más, para contemplar en un instante eterno lo único que, aún hoy, podría convertirme a la fe más firme.

Era oscura de piel, se llamaba Selima. Bajo unos andrajos que le cubrían apenas medio torso, sujetos a la cintura y dejando entrever los muslos, se adivinaba una mujer altiva, de semblante sereno. Su cuerpo no era de un negro azulado, como el de algunos cautivos de Berbería. Era sedoso y firme, de piel atezada, pero intenso y sólido, como si no pudiera herirlo ni una espada. Tenía las piernas torneadas y los brazos largos y delgados, perfectos, y los movía sin prisa, con una dignidad no habitual en alguien sometido. Las marcas de los grilletes en los tobillos pedían a gritos que alguien las cubriera con perlas. Los cabellos, que no eran crespos sino largos y ondulados, acariciaban un cuello desnudo que no necesitaban adorno alguno: habría estropeado semejante maravilla.

Llevaba sin pudor un pecho desnudo, redondeado y enhiesto, coronado por un pezón rosado; de tocarlo —pensaba— un hombre se habría fundido como la cera caliente. El otro se insinuaba bajo los harapos, también fuerte y ufano, anhelante de salir al aire libre. ¿Y el rostro? Lo entreví de pasada, y tuve que bajar la vista porque el aliento se me cortaba y una gran turbación se adueñaba de mí. Poco a poco volví a levantar la vista. Los labios carnosos, los pómulos altos y frescos, las cejas finas y limpias, la nariz ancha, pero más larga que en otros negros... todo era de ensueño, imposible, irrepetible. Hasta que tropecé con sus ojos, de un verde mar extraño, que me miraban fijamente, a la vez con autoridad y suavidad, y el sueño... el sueño se hizo realidad. Una realidad de la cual, lo supe desde aquel preciso instante, sería prisionero.

Aquel milagro había llegado de la mano de maese Cresques como todo lo maravilloso que había entrado en casa, por entonces. La compró en el muelle de los esclavos, porque hacía falta alguien que ayudara a mi madre. Corrían días de mucho ajeteo: la entrega de los mapamundis se acercaba, teníamos mucho trabajo en el obrador, y Betros —que para entonces ya llevaba unos cuantos meses viviendo con nosotros— no ayudaba en las tareas de casa. Samuel, por supuesto, tan sólo cumplía con las obligaciones inexcusables y el resto del día campaba a su aire. Mi hermana

Astruga se había casado y se había trasladado con su marido a la casita del huerto. Era menester, según mi padre, contar con otra mujer en la casa. Una mujer joven y fuerte, que descargara a su esposa de las tareas más pesadas.

La decisión provocó una discusión con mi padre, una de tantas, poco antes de mi partida hacia Barcelona. Yo estaba de acuerdo en encontrar ayuda y calor para Setaddar, pero no compartía ningún otro de los propósitos de Cresques. ¿Por qué tenía que ser una esclava? ¿No habíamos tenido suficiente con lo de Betros? ¿Y una doncella? Quizá a mi madre le hiciera más compañía una señora de su edad, con quien pudiera hablar y sentirse más a gusto... Además, ¿dónde acomodaríamos a una esclava? ¿En el establo? ¿Le parecía que aquél era un lugar para acoger a una persona del rango o la condición que fuere? Y aquella manía de adquirir una sarracena negra: ¿quién le había metido semejante barbaridad en la cabeza?

Mi padre no cedió ni un palmo. Volvía a sentirse desconsolado, recordando la dolorosa muerte de su primogénito, y no atendía a razones. Se mostraba tozudo y, cuando le convenía, se comportaba como un zelote; no parecía ya el Cresques de mi infancia, siempre sensato y equilibrado. Me confesó que se sentía culpable. Si habíamos recibido tantos castigos era porque pecábamos mucho, nosotros o quienes estaban a nuestro alrededor. Era preciso limpiarnos de tanta maldad y retornar al mensaje de las Escrituras. Hacía tiempo que no dedicaba ni un momento a su Torá iluminada, la obra piadosa de su vida. Se veía forzado a expresar el temor de Dios de otras formas. Me repitió la leyenda de Noé, de los camitas y de aquella condena que teníamos que respetar y honrar.

Quise decirle que no fuera obtuso, que aquellos pasajes merecían ser leídos con los ojos bien abiertos y no medio cerrados. Una cosa era venerar los textos sagrados y otra pensar que aquellas palabras sólo podían interpretarse de una manera. ¿Cuántas veces habíamos discutido preceptos y leyes en los baños o la escuela rabínica, disputado su significado? Las mejores obras de Dios, tal como él me había enseñado, no se encontraban en los Libros Sagrados, sino en la vida. En la familia, en la tierra; incluso en personas que llegaban por designio de la Providencia. ¿O acaso habíamos encontrado al viejo Betros en los rollos del Talmud? Hacía más de un año que vivía con nosotros, y Cresques conocía tan bien como yo los buenos ratos que nos había regalado. Un cristiano, un hombre mayor, que ni las ordenanzas del Rey ni las de la Sinagoga habrían aceptado.

Desistí. Al fin y al cabo era el maestro y yo tan sólo un muchacho. Como hijo y aprendiz estaba obligado a respetar sus decisiones. Marchó hacia el puerto, pues, con un buen saco de monedas. Debió desembolsar unas cuantas docenas de libras si tenemos en cuenta los precios que corrían en la época y los grandes y variados servicios que podían obtenerse de una esclava en la flor de la vida. Nunca le pregunté cuánto había gastado en aquella compra, primero porque no aprobaba la compra, pero también porque me resistía a admitir que un ser tan fabuloso, lleno de misterios y cualidades humanas, pudiera tener un precio.

Cuando Selima cruzó la portalada de casa, por primera vez el mundo entero enmudeció y un aroma especial invadió el ambiente. Maese Cresques llamó a madre, me avisó a mí y no recuerdo si a alguien más. Una sombra súbita envolvió a mi familia, y me pareció que todas las luces de la mañana se congregaban, como una aureola, alrededor de la recién llegada. Sé que mi padre presentó a la mujer, pero no podría recordar las palabras que empleó. El hombre había encogido; convertido en un viejo arrugado y decrepito, se había eclipsado. Quizá contó cosas que pronto yo conocería de ella: su nombre, los veintitantos años que llevaba rodando por el mundo, su condición sarracena, las lenguas que hablaba, su familiaridad con el catalán, a pesar de haberlo oído sólo en boca de los tripulantes de la nave que la había conducido a Mallorca...

Sí, soy capaz de recordar que Cresques nos presentó, pero del todo incapaz de repetir lo que nos dijo. Miraba aquellos harapos caídos del cielo, dejando entrever la piel tostada y turgente de Selima, y me parecía haber sido transportado a un paraíso donde no se siente nada, nada sucede y el tiempo no transcurre. Sólo unos brazos que se balancean armoniosamente, y una mirada que solivianta hasta marear. Y tal vez fue en aquel instante sin fin, o puede que después, al recordar la visión, cuando me vino a la cabeza la letra del Canto de Salomón: «Levántate, Aquilón; ven, Austro; orea mi huerto y se extiendan sus aromas».

Cuánto, cuánto desearía volver atrás, y poder abandonarme nuevamente a tal estado de gloria. Vendería el alma a quien fuere, renunciaría a todas las riquezas y alegrías para que me fuese concedido un solo instante como aquél. Porque me negaría —sí, lo rechazaría con todas mis fuerzas—, me negaría, digo, a despertar de nuevo en el mundo de los mortales. Aunque fuese mi propia madre, con palabras llenas de angustia, la que me zarandeara y me diera cachetes en las mejillas.

—¿Qué te pasa, hijo? ¡Estás blanco, Jafudá!

Cuatro veces lució espléndido el Mali a la luz del día; cuatro veces se perdió y se oscureció. Una vez por avaricia, una por infidelidad, una por discordia y una por vanidad. Cuatro veces volvió la vista a nuestro Imperio: una hacia levante, una hacia septentrión, una hacia mediodía y una hacia poniente. Pues que siempre mi tierra, desde que empezó a ser poderosa, tuvo cuatro puertas, una en cada rumbo; y no pertenecía a nadie de arriba, ni de abajo, ni de allá o de acá. La tierra del Mali era una fortaleza que vivía en el corazón de la gente, sí, y yo la vi caer.

Mis padres habían salido y escuchaba embelesado las historias de Selima. En aquellos días mi madre le había comprado una túnica nueva, color azul cielo, que la ennoblecía aún más. Se ciñó un cordón a la cintura, se arregló el cabello y, a pesar de los esfuerzos de Setaddar, no quiso calzarse unas sandalias. Había mejorado el conocimiento de nuestra lengua en poco tiempo, habría jurado que llevaba dentro los sonidos y las palabras y que no hacía otra cosa que traerlos a la memoria. Con

discreción y unos brazos laboriosos, se ganó la estima de todos, hasta el punto de que se la consideraba parte de la familia. Se ocupaba de limpiar la casa, cocinar y ayudar al viejo Betros a subir y bajar las escaleras. Recorría las estancias con la elegancia de un felino, sin hacer ruido. Sólo hablaba cuando le preguntaban alguna cosa, siempre con eufonía y un deje sarraceno muy agradable.

Selima venía de muy lejos, cargada de misterios y de reminiscencias enigmáticas. Aun así, maese Cresques pensaba que no valía la pena acosarla a preguntas. Al fin y al cabo no dejaba de ser una hembra, demasiado joven para ser sabia y demasiado extraña para ser comprendida. Pero a mí me tenía cautivado: quería conocer su historia e indagar sus secretos más ocultos. Un día que conseguí quedarme a solas con ella —bueno, no del todo; Betros descansaba en el piso de arriba—, vencí mi timidez y le rogué que me contara cosas de ella y de su gente. Terminó de barrer el suelo y guardó la hoja de palma. Nos sentamos en la cocina y Selima comenzó a relatar aquellos cuentos sorprendentes, a medio camino entre lo vivido y la fábula. Aquellos cuentos fascinantes.

La princesa Analía era nieta del nieto del gran Sundiata: Sundiata el León del Mali; Sundiata, el que vino a alegrar nuestra tierra. Sundiata del clan de los mandinka, quien luchó como un héroe contra la Guinea. Sundiata, quien había derrotado a la Guinea y tuvo una feliz y generosa descendencia. Sundiata, quien abrazó la fe del Profeta y que llegó a ser el Mansa, el rey de reyes de nuestro Mali. Sundiata el conquistador, el primero de entre los guerreros, el abuelo del abuelo de la princesa Analía.

Analía era digna heredera de Sundiata. No era esclava, no era pagana. Era una princesa del linaje de los mandinka, la más lista y la más hermosa de las hijas de aquella tierra. Leía las suras del gran libro, las cantaba con voz de reina y las escribía con manos de reina. Parecía hecha para regir los destinos de nuestro pueblo. Cuando le brotaron los pechos y derramó sangre sobre la arena, el Mansa la tomó por mujer. No el mansa Sundiata, que yacía en el reposo eterno a orillas de la Gran Mezquita y sólo salía de la tumba con la luna llena para bendecir a los justos y castigar a los malvados. Se casó con el Mansa Musa, que no estaba en la tumba, no: estaba en el sitio de los vivos, en lo más alto del noble y gran palacio de Tembuc.

El Mansa Musa era hijo del nieto de Sundiata, y también era digno del linaje de los mandinka. Señoreaba los reinos del gran río desde los sonni de Songai hasta los bambara de la montaña, desde los tucoror de la mar hasta los soninqué de la Guinea. Cuatro lunas navegabas y en cuatro lunas no podías salir del Imperio. Las naves del Mansa Musa surcaban las aguas y, al ver los estandartes, los pescadores de ambas orillas se inclinaban en señal de sumisión. En el río de levante, los sorko y los bozo se inclinaban a su paso. En el río de levante los uolof y los mossi se inclinaban a su paso. Todos se inclinaban a su paso. Pero la princesa Analía llevaba sangre de la sangre de Sundiata y no se inclinaba a su paso.

Analía compareció ante el Mansa Musa y no se inclinó. En los patios del palacio cien veces cien lanceros se inclinaban; cien veces cien arqueros se inclinaban; y cien veces cien jinetes se inclinaban. A la derecha del rey de reyes, diez docenas de príncipes, con los cabellos trenzados con hilos de oro y el cuello y los brazos adornados, también se inclinaban. Ante el señor de señores, los lanceros diola danzaban y agitaban plumas de colores, y, al terminar se inclinaban. A la izquierda del rey de reyes, nadie se inclinaba, porque allí se colocaban los caballos cubiertos con ropas bordadas y los perros con collares de plata. Y la orgullosa Analía, que no era ni caballo ni perro, tampoco se inclinaba. El Mansa, que vestía una túnica roja foránea y se cubría con un parasol de seda coronado con un pájaro de oro macizo, la tomó por esposa. Tomó a Analía por vigésima esposa, la más joven y la más bella y la más orgullosa.

El Mansa yació con Analía la primera noche. Y yació la segunda y la tercera y la cuarta. Las otras mujeres no yacieron con él ninguna de aquellas noches. Al quinto día, la esposa mayor fue a ver al rey de reyes. La esposa mayor era la más antigua de las veinte reinas, se llamaba Inali y era muy envidiosa. Vio al Mansa y le dijo que había llegado la hora de partir hacia la Ciudad Santa. Inali le recordó que, al menos una vez en la vida, los hombres del Libro y seguidores del Profeta tenían que venerar piedra sagrada. El Mansa respondió que sí, que iría a la Ciudad Santa y que la joven Analía lo acompañaría. Le envidiosa Reina gritó mucho, porque era costumbre que la esposa mayor acompañara al Mansa. Y el gran Musa, rey de reyes del Mali y heredero de Sundiata el mandinka, le dijo que sí.

El Mansa ordenó reunir quince veces mil camellos, los cargó con treinta veces mil barras de oro, recogió regalos y ofrendas, mandó montar a Inali en el camello real y partió. Abrían el cortejo cien veces cien esclavos, con báculos de oro; tras ellos, el rey de reyes, con los arqueros y los tesoros; y detrás, a diez leguas, la Reina con su séquito. Dejaron atrás el Mali y el Gran Río, y se encaminaron por las arenas hacia el otro gran río, el que baña la ciudad de El Cairo. Desde allí, decían, se podía navegar hasta la Ciudad Santa del Profeta. El Mansa y la reina Inali marcharon hacia la Ciudad Santa. Noventa días y noventa noches viajaron por las rocas del Hogar y las arenas de Fezzán. No conocieron ni ríos ni lagos ni mares durante noventa jornadas. Llenaron los sacos de cuero con agua y los vaciaron, y volvieron a llenarlos en los pozos de Ualata. Los vaciaron de nuevo y volvieron a llenarlos en otros pozos, y así muchas veces hasta que un buen día entraron en El Cairo.

El sultán de Egipto llamó al Mansa y él lo fue a ver. El Mansa no se arrodilló, porque nunca lo haría ante nadie, Entonces, el Rey de los que llaman mamelucos se enojó, y le dijo a Musa que no saldría de El Cairo hasta que se arrodillase. Cambió una luna, y otra y el gran Mansa Musa no podía partir de El Cairo, Quince veces mil camellos pasaban hambre y sed, pero los hombres del Sultán eran codiciosos, y sólo ofrecían agua y pasto a quince veces mil camellos si recibían barras de oro en abundancia. El Mansa no conocía la avaricia. Tampoco la conocían sus príncipes ni

sus súbditos, ni sus esclavos, porque en el Mali había más oro que agua y no se conocía la avaricia. Pero los egipcios sí la conocían. Tan avaros eran los egipcios, que en dos lunas consiguieron la mitad del oro de la caravana.

Hasta que un buen día el Mansa encontró a un andalusí muy piadoso. Era un maestro de obras que había erigido bellas mezquitas y altos minaretes en el reino de Granada. El andalusí meditó mucho y encontró la solución. No era del todo cierto, le dijo al señor de señores, que nunca se hubiera arrodillado ante nadie. Lo había hecho muchas veces, le recordó, ante el Dios de los creyentes. Y si lo había hecho en la mezquita y en el desierto y en el campamento, podía hacerlo también en el gran salón del Sultán. Tan sólo tenía que encararse hacia la Ciudad Santa y, en presencia del todopoderoso mameluco, inclinarse ante la grandeza de Dios. Así, el Sultán no podría decir que el Mansa Musa no había agachado la cabeza en su presencia, y el Mansa Musa no tendría que escuchar que se había rendido ante un mortal de igual condición.

Se hizo lo que decía el andalusí. El poderoso rey de Egipto se sintió bien pagado y los camellos pudieron seguir su camino hacia la Ciudad Santa. El maestro de obras de Granada, piadoso como era, no quiso ninguna barra de oro, y le pidió al Mansa Musa unirse a su séquito. El Rey de reyes lo tomó como consejero, se lo llevó a Arabia y le prometió que, a la vuelta, le encargaría erigir palacios y mezquitas en la ciudad de Tembuc. El devoto andalusí se lo agradeció, porque todo lo que deseaba en la vida era honrar la fe del Profeta y levantar obras a mayor gloria de Dios. Así se selló una fidelidad sagrada entre el maestro hispánico y el hijo más poderoso de los mandinka. Una fidelidad que tenía que ser conservada y cultivada siempre, como cada una de las fidelidades que habían nacido desde los tiempos de Sundiata, primer Señor de la tierra y León del Mali.

La caravana llegó a la Ciudad Santa. El Mansa Musa, su esposa Inali, el andalusí y los príncipes del Imperio veneraron la piedra del Profeta. Después, subieron a los camellos y emprendieron el camino de regreso. Entraron por segunda vez en El Cairo y encontraron a los mercaderes y a los hombres del Sultán que les habían pedido barras de oro. Querían más oro que antes, porque los hijos del Mali les habían dejado tanta riqueza a la ida, que los zocos y tiendas se habían inundado de oro. Si en principio los egipcios habían cobrado una barra de oro por cada libra de viandas, ahora pedían dos. Por el agua y por los pastos también exigían el doble que antes. El Mansa se indignó y ordenó que ni un lingote saliera de sus cofres. La avaricia de los egipcios le había llegado al corazón: reunió a su gente y les pidió que no gastaran ni una onza de sus tesoros. Se excusarían diciendo que se habían desprendido del oro en la Ciudad Santa, y vivirían sólo de la caridad.

Y así fue cómo la avaricia prendió en el corazón de la gente del Mali. Mendigaron, robaron y saquearon, sin dar a cambio ni una barra de oro a los mamelucos. Engordaron a quince veces mil camellos, llenaron las botas cuero y no gastaron oro alguno. El Sultán quería enviar a sus ejércitos contra los hijos de

mandinka, pero el Mansa Musa le prometió que volverían pronto con más oro y lo pagarían todo. El más poderoso de los egipcios creyó las palabras del Mansa porque era avaro y pensaba que los hombres del Mali no lo eran, de tanto oro como tenían en las montañas de Guinea. El rey mameluco no sabía que el Mansa Musa aún llevaba tesoros en sus baúles y tampoco sabía que la avaricia también había invadido su alma en la ribera del gran Nilo. Por eso dejó partir a la caravana, porque pensaba que pronto volvería otra con diez veces más riqueza.

El Mansa Musa, la reina Inali, el maestro andalusí y los príncipes de mi tierra atravesaron otra vez las arenas del Fezzán y las rocas del Hogar. Antes de llegar a los ríos del Mali, lucharon contra los feroces hombres azules, llamados tuareg, Luego hicieron la guerra contra los hombres rojos del gran lago. Los soldados del Mali eran invencibles, Pero en cada acometida morían camellos y también arqueros, Los esclavos huían de la caravana, los guerreros huían y los príncipes huían, y todos los que huían se llevaban una parte del tesoro. La avaricia les había hecho cobardes. Cuando el rey de reyes llegó a la noble ciudad de Tembuc, apenas le seguían uno de cada doce camellos, uno de cada doce hombres y una de cada doce barras de oro.

Nuestra tierra se había perdido por primera vez. Una terrible enfermedad había exterminado a sus hijos. Por avaricia habían mendigado, robado y saqueado. Por avaricia prometieron al Sultán una reparación que nunca pagarían. Por avaricia perdieron hombres y oro a mano de los paganos. Por avaricia el Mansa Musa llegó a viejo habiendo arruinado a su capital. Por avaricia, el maestro de Granada no podría ya levantar sus mezquitas y palacios, porque las obras magníficas que había acordado con el soberano necesitaban del oro desaparecido. Por avaricia, el Mansa ya no podría cumplir su pacto de fidelidad con el sabio andalusí que tanto había hecho por su dignidad. La estirpe del Mali había mirado hacia levante, y por primera vez se había perdido... ¡Oooh tierra, te perdiste por la avaricia de los hombres!

Selima había pronunciado la última frase sin levantar la voz. La había susurrado lentamente, con los ojos muy abiertos y las manos extendidas a punto de tocarme los codos: con gravedad, como si las palabras le subieran de las entrañas en un hálito profundo. Sentí un escalofrío, y deseé cogerle los brazos. Pero ella se echó hacia atrás, dio media vuelta y se fue hacia la puerta. Mis padres habían vuelto; yo no los había ni oído. Entró Cresques con un barrilete de vino y dos cajas de instrumental. Tras él apareció Setaddar, cargada de cestas y bultos. Los ayudé a dejado todo sobre la mesa.

Mi madre advirtió algo extraño, porque se plantó delante de mí y me repasó de arriba abajo. Me preguntó si me encontraba bien: le respondí que sí. No se quedó muy convencida porque me sujetó y me miró a los ojos. Entonces, sin soltarme, se volvió y echó una ojeada a Selima. La esclava había recuperado la escoba y barría el suelo sin levantar la cabeza. Setaddar me miró otra vez y sonrió.

—No tendrás mal de amores, ¿eh, hijo?

Negué con la cabeza. Cresques, de espaldas, oía las palabras de su mujer, pero no mostró ningún interés. Estaba demasiado ocupado en abrir las cajas e inspeccionar las herramientas. Setaddar insistió. Debía tener cuidado con las esclavas; ya conocía la historia del abuelo Vidal y tantas otras que corrían por el barrio... El corazón, dijo, era la parte más frágil del cuerpo. Teníamos que protegerlo. Entonces, mi padre se volvió y dijo algo para que todos lo oyéramos. Algo que me hirió.

—Por el amor de Dios, mujer: no ves que Jafudá es aún un niño... ¿Qué quieres que sepa de los asuntos del corazón?

Analía y las otras dieciocho esposas habían permanecido en el palacio de Tembuc, con los hijos y los hermanos del Mansa. Era una fortaleza de gruesos muros de barro y madera, y tenía cuatro veces diez torres de barro y madera. Comieron dátiles, jugaron a los dados, se bañaron en la alberca y se lavaron con aceite. Esperaron un mes y otro y aún otro, hasta que creyeron que su esposo no regresaría. Sabían que la Ciudad Santa estaba lejos, pero por lejos que estuviera, no podía estarlo tanto. Pasaron diez lunas y diez lunas esperaron pacientes. Se apagó la undécima luna, y el Mansa no había regresado. La noche de luna nueva, salió un hombre de entre la oscuridad. Estaba escrito que aquel hombre revolucionaría nuestra tierra.

El viajero llegó a la ciudad. No era mandinka ni sonni, ni wolof; tampoco era fulbe, ni mossi, ni bambara. Era un hombre sucio y maloliente, de atavío harapiento y desconocido, con unas pieles que lo cubrían hasta los pies. Tanto pelo le crecía en el rostro, que le tapaba los ojos, la boca y el cuello. Lo acompañaban siete hombres tan sucios y malolientes como él. Los hermanos del Mansa los prendieron. Los príncipes de mi tierra los mandaron lavar hasta que su piel quedó blanca como las dunas del desierto; les cortaron el pelo y les dieron túnicas oscuras de esclavo. Pero los hombres no eran siervos; se notaba en su mirada y su voz. Hablaban alto y fuerte, aunque nadie los entendía. Porque los extranjeros no hablaban con los labios, como todo el mundo, ni con la garganta, como los extranjeros de Marruecos o Egipto. Sus palabras eran secas y cortas y las pronunciaban con la lengua y los dientes.

De entre los ocho salvajes, su jefe era el más orgulloso. No quería comer mijo con leche y miel, el manjar más delicioso de Mali. No quería probar el pescado ni la carne asada. No bebía cerveza de nuestras tinajas. Cuando le llevaron cacahuetes fritos, los miró, los olió y los tiró al suelo. Le daba igual que aquel fruto diera vida a nuestros cuerpos, luz a nuestros candiles y color a nuestras casas barnizadas con grasa. Despreciaba todo lo bueno y refinado. Cuando los extranjeros recibieron la visita de veinte doncellas, todos yacieron con ellas, y lo hicieron una vez y otra, y lo hicieron con gruñidos, como animales. Todos salvo él, que no quiso mujer ninguna, porque era aún más bárbaro que sus amigos, y ni los perfumes ni las caricias le agradaban.

La venida de aquellos hombres llegó a oídos de la bella Analía. La Reina pidió que le llevaran al capitán de aquella gente tan sorprendente. Así lo hicieron, y la mujer más joven del Mansa lo vio bañado y afeitado, vestido como un hombre de verdad. Lo vio como a un hombre, no como a un animal, y no le disgustó. Ordenó que lo encerraran en palacio, en una de las cuarenta torres de barro y madera que protegían la fortaleza de Tembuc. También ordenó que le enseñaran la dulce lengua del linaje mandinka, lo educaran como era debido, le ofrecieran la doctrina del Profeta y procuró que no le faltara alimento para fortalecer su gastado cuerpo.

Pasó una luna, y otra. Y aún una más. Los siete extranjeros fueron acogidos como hermanos, salvo su jefe, que estaba encerrado en una torre. Los siete hombres se instalaron en casas y tomaron mujer; aprendieron nuestra lengua, se educaron y abrazaron las palabras del profeta; engordaron y vivieron felices, salvo su jefe, que estaba encerrado en una torre. Dijeron que habían venido de muy lejos, de más allá de las aguas y de Marruecos y del mundo conocido. Venían del norte, del lugar donde lucía la estrella inmóvil. Buscaban oro, esclavos y orchilla —la planta de los colores—, pero habían encontrado el Paraíso y no querían abandonarlo. Así hablaron todos ellos, salvo su jefe, que estaba encerrado en una torre.

La reina Analía llamó a uno de los siete extranjeros. Le pidió que oficiara de trujamán, que tradujera sus palabras a aquel hombre tozudo y luego a ella su respuesta. Al momento trajeron al hombre tozudo. No había aprendido a hablar, ni a comer, ni a leer, ni a escribir, ni a amar. Tan tozudo y primitivo era aquel bárbaro, que no había aprendido nada. El hombre tozudo pidió a Analía por medio del trujamán que se cubriera y no le mostrara la piel. La Reina le explicó que en la tierra de Mali, cualquier niño de leche lo sabía, lo feo se cubría y lo bello se descubría. Por ese motivo los hombres llevaban túnica y las mujeres iban desnudas. El hombre calló.

Analía preguntó al hombre tozudo si adoraba a Dios y él le respondió que sí, pero que su Dios era otro, como si fuera pagano y pudiera escoger un dios entre tantos. Preguntó el nombre del hombre tozudo y supo que se llamaba Aljauma Fari. Le preguntó la edad y supo que era más joven de lo que parecía. Le preguntó si tenía esposa e hijos, y supo que no. Entonces la reina Analía le dijo que lo sometería a una prueba. Si la superaba, Aljauma podría volver por donde había venido, por el gran río que desembocaba en el mar; podría coger diez camellos y todo el oro que quisiera y regresar a casa en las barcas que había dejado en la playa. Si no la superaba, tendría que quedarse en Tembuc y yacer con ella.

Aljauma Fari gritó que qué reina era aquella que se acostaba con los extranjeros, y le faltó al respeto. Pero la Reina no se molestó, y le explicó con paciencia las costumbres de aquella tierra. Desde los tiempos del abuelo de su abuelo, el gran Sundiata, la gente del Mali había vivido en paz bienestar. De una parte obedecían al Libro del Profeta, que les permitía entender a Dios. De otra, observaban las viejas tradiciones mandinka, que les permitían relacionarse

libremente. Y la tradición sostenía que la amistad y el matrimonio eran cosas diferentes, que servían a propósitos distintos. Ella había jurado fidelidad al Mansa: debía cuidar de las riquezas y de los hijos legítimos que compartiría con el esposo. Pero también estaba obligada a tener amistad con otros hombres, para aprender los placeres de la vida y así satisfacer mejor a su marido. Sobre todo, dijo la noble Analía, si el deber de aprendizaje se unía a las obligaciones de la hospitalidad.

El extranjero quiso discutir las razones de la Reina, pero Analía, que era listo y firme, no lo dejó hablar. Lo quisiera o no, el hombre llamado Aljauma Fari tendría que someterse a la prueba, porque la decisión estaba tomada. Ambos salieron de la fortaleza y se dirigieron a las arenas del desierto, con sacos de cuero llenos de agua. Allí, Analía ordenó al hombre tozudo y orgulloso que le preparase un baño. El extranjero echó agua en la arena y la arena se la bebió. Volvió a hacerlo y la arena la absorbió de nuevo. Y así una tercera y una cuarta vez hasta que el hombre protestó: no podía habilitar una alberca cuando las arenas tenían tanta sed.

Entonces la Reina mandó llamar al más necio de sus esclavos y le pidió que le preparase un baño. El esclavo agujereó la tierra con un pico, molió unos cacahuetses en un barreño e hizo aceite; echó orines y excrementos y lo mezcló todo, removiendo con fuerza. Cuando la mezcla cuajó, rebozó las paredes del orificio y esperó a que el sol lo secara. Las paredes del agujero se secaron y el esclavo lo llenó de agua clara. El agua no se escapó. La Reina remojó sus pies en la alberca, luego las piernas y después todo el cuerpo. Así se bañó la noble Analía entre las arenas desierto, gracias al ingenio del más necio de sus esclavos. El hombre de nombre Aljauma reconoció su ignorancia y se inclinó ante la joven Analía.

Aquella misma noche el extranjero yació con la Reina. Entró en su estancia una noche, y otra y aún muchas más. Se sometió a la voluntad de la nieta del nieto de Sundiata, obedeció a la esposa de Mansa y ya no volvió a la torre. Aprendió la dulce lengua de los mandinka, leyó y escribió, abrazó la fe y la lengua del Profeta y se nutrió de los frutos sabrosos de la tierra. Se hizo un hombre de verdad, de los que saben conversar y gozar de la vida. Asistió a las universidades de Tembuc, de gran renombre. Debatió sobre el mundo con maestros de El Cairo, de la Arabia Feliz, de Kairuan y de Marruecos, porque de todas aquellas regiones llegaban hombres de gran sabiduría.

Aljauma Fari aprendió a amar la tierra que lo había acogido. Con la Reina o sin ella, se perdía por los caminos del Imperio. Viajaba algunas jornadas hacia allá, y luego hacia acá, porque las rutas eran seguras y no se cometían robos en los caminos del Mansa Musa. En todas partes encontraba hospitalidad, vituallas y protección. Descendió por el gran río y lo remontó: en cada pueblo hallaba un hostel para dormir, y carne o pescado o mijo endulzado, bueno y abundante como en ningún otro lugar. Cuando no lo acompañaba Analía, yacía con otras mujeres, porque así se lo había ordenado la Reina. Vio montañas de oro, pero comprendió que la justicia y el cultivo del alma bien administrados aportaban más riqueza que los

metales.

Analía y Aljauma eran respetados en toda la tierra del Mali, por lo sabios, justos y generosos que eran. Se enamoraron tanto, que al cabo de unos meses ya no podían separarse. Pero un día, la desgracia cayó sobre ellos. La Reina se quedó preñada; cuando se le hinchó el vientre, todos supieron quién era el padre. Entonces, la mujer más bella y más lista de los mandinka hizo lo que no le permitía la tradición. Rompió su fidelidad con el Mansa, anunció en público una unión con su amigo extranjero y renunció a sus obligaciones reales. Los príncipes protestaron, las dieciocho esposas del Mansa protestaron y todos los hijos del Mali protestaron. Pero la buena Analía era firme, y Aljauma Fari era tozudo. Contra las Escrituras y contra las leyes de mi tierra, se convirtieron en marido y mujer.

Nuestra tierra se había perdido por segunda vez. Una terrible enfermedad había malogrado el linaje del Mali. La infidelidad llevó a la Reina a no esperar al Mansa. La infidelidad condujo a Analía a casarse con un extranjero. La infidelidad permitió que la criatura bastarda que esperaban fuera legítima. La infidelidad hizo que la joven Reina olvidase que era una reina y pasara por alto sus deberes. Cuando se supo que el gran Musa volvía con un puñado de camellos y sin oro, los esposos huyeron hacia las aguas donde se encuentran todos los ríos, hacia las fuentes del oro, allí donde viven los indomables mossi.

Por su infidelidad, los dos temían al rey de reyes. La nieta del nieto de Sundiata tuvo miedo, y Aljauma Fari, extraño llegado del norte para desgracia de todos, tuvo miedo. Tuvieron miedo, y abandonaron la tierra que les había regalado alegría y sabiduría sin pedir nada a cambio. El linaje del Mali había mirado hacia el norte, y por segunda vez se había perdido... ¡Oooh tierra, maldita sea la infidelidad de los tuyos, y la hija que nació de la deslealtad!... ¡Oooh tierra, maldita sea para siempre la hija de aquella unión, Selima!

Estábamos a oscuras. Intuía las formas de Selima, agachada delante de mí. Su historia me había hecho viajar a otro mundo, lejos del heno que nos rodeaba y del asno que se movía a nuestro lado. Cuando dejó de hablar, me apercibí de los olores del establo. Había dejado mi lecho para bajar al rincón indigno donde dormía nuestra cautiva, burlando la vigilancia de mis padres y Samuel. Durante un rato, su voz sedosa me hizo olvidar quién era y dónde me encontraba. Cuando acabó, el vientre me escocía y notaba mi erección. Escuchaba su aliento pausado: hubiera querido tocarla; abrazada y fundirme con ella. Pero me quedé inmóvil, incapaz de pronunciar una sola palabra.

Aún no había conocido mujer, y las imágenes de la reina Analía tentando a su visitante me turbaban. En nuestra casa, las normas que separaban a los hombres de las mujeres eran muy estrictas. También lo eran las que separaban a judíos y gentiles, nobles y vasallos, ciudadanos y foráneos. Era el nuestro un mundo de barreras. Quizá por ello la visión de gente tan abierta y liberal de costumbres despertaba mis

emociones. Aquella tierra del Mali se me antojaba un vergel donde las personas gozaban libremente de los placeres, no sentían envidias y vivían sin normas. Era lo que pensaba entonces, y no iba muy descaminado, aunque puede que hoy lo viera de otra manera.

No creo que la noble Analía ni ningún hijo del linaje mandinka estuvieran realmente libres de todo reglamento. En su relato, Selima lo había dejado bien claro: en aquel mundo existían barreras que no podían romperse, pues, de lo contrario, el rechazo era tal que podía conducir a la expulsión. Pero yo no tenía edad para apreciar semejantes matices. Lo que me inquietaba de veras, lo que me deslumbraba y conmovía, era el contraste con nuestro pueblo, aquella gran laxitud de costumbres que nosotros no conocíamos. Por boca de aquella Eva sin pecado, sin hipocresía ni falsas convenciones, había conocido el paraíso en la tierra.

Y digo que no me engañaba del todo porque, aun creyendo que en el reino del Mali debía de existir falsedad, rencor y sufrimiento, sigo pensando que algo de jardín prohibido debía de tener aquel sorprendente reino. Admito que no todo debía de ser amor y dicha en las regiones natales de Selima: no hay ningún lugar en el mundo, desdichadamente, donde la maldad y el infortunio no estén presentes. El diablo está en todas partes, dirían los que gustan de encontrar un responsable de todo mal. Pero también presiento que, detrás de las narraciones de nuestra sirvienta de estamento principesco, se dibujaba un universo feliz y más justo que el mío. Una tierra libre de hambre, de peste, bendecida por la prosperidad. Una tierra regalada de riquezas humanas, donde el amor era fácil porque el oro no brillaba más que los espíritus. Una tierra donde la devoción y la piedad no eran enemigas de la alegría de vivir.

Claro está que no tenía prisa ninguna por expresar sentimientos tan elevados. Lo que quería entonces era fundirme en los brazos de aquella mujer seductora, elevar me con ella y verme transportado para siempre en compañía de su cuerpo más que de su alma. Y una fuerza invisible me lo impidió. Puede que fuera timidez, o inmadurez, no lo sé. Lo cierto es que no me atrevía a ser sincero, a dedicarle las caricias que imaginaba o a probar aquellos labios que tan sólo intuía en la penumbra del pajar. No, no fui lo bastante libre, ni lo bastante honesto. Cuando me decidí a hablar, lo hice como aprendiz de cartas de navegación, y rompí la magia del momento.

—Ese Aljauma Fari, tu... bueno, tu padre; ¿hablaba nuestra lengua?

—Si —respondió ella—; sus palabras eran secas y cortas, y las decía la lengua y los dientes, no con la garganta o los labios. Nació vuestra isla; por eso vuestro idioma me es tan familiar. Cada voz, sonido y palabra que escucho, la he oído antes.

—Eso significa que eres hija de Jaime Ferrer, el patrón de Mallorca que marchó de esta isla cuando mi padre era joven, un día de San Lorenzo. Es importante —le dije, mientras me erguía sólo a medias y trataba de ocultar, avergonzado, los efectos de mi excitación—... es importante que lo sepa maese Cresques.

Salí del establo sin precaución. Al pasar por el obrador, tropecé con un pupitre, causando un estropicio de tinteros y otros frascos. Subí corriendo las escaleras y me

metí en la cama. En la oscuridad, Betros murmuró algo. Que el amor no venía nunca solo, me parece, o algo similar. Le dije que no pasaba nada, que estuviera tranquilo y procurara dormir. Comenzó a roncar de forma estentórea y no recuerdo el tiempo que tardé en conciliar el sueño.

Al día siguiente hablé con mi padre. Quería que en nuestro atlas constara una leyenda sobre la llegada del patrón Jaime Ferrer a los ríos del oro. Cresques me dijo que aquello eran patrañas: dibujaríamos aquellas tierras, por supuesto, pero sólo escribiríamos las pocas noticias que nos habían llegado de viajeros sarracenos como Battuta y otros. Insistí: el navegante mallorquín había conocido aquella tierra y también las fabulosas riquezas del Mansa Musa, el emperador de pueblos mucho más afortunados que el nuestro. Discutimos: yo le reprochaba que introdujera a los Reyes de Oriente, las sirenas de las Indias y otras fábulas, y no tuviera en cuenta informaciones mucho más verídicas. Me contestó que sus aportaciones al atlas figuraban en muchos y muy creíbles documentos, y que yo le hablaba sólo de meras invenciones. ¿Qué pruebas tenía yo?

No lo rebatí y acepté sus designios. Además —lo escuché un par de veces—, el maestro era el maestro y el aprendiz, el aprendiz. Callé. No obstante, al día siguiente volví a rogarle que no descartara los rumores sobre el patrón Ferrer y el gran Musa. Volví a decírselo un día y otro, hasta que se rindió e hizo concesiones. El Rey del Mali y Jaime Ferrer constarían en el Atlas Real; uno, porque otras fuentes confirmaban su existencia; y el segundo, porque el propio Cresques lo había conocido y sabía que había zarpado hacia los ríos del oro. Los demás relatos sobre la llegada del mallorquín al Mali, las maravillas de la ciudad de Tembuc y tantas otras necedades, acabarían en el Atlas Furtivo. Y yo sería el responsable de escribirlos. Él no quería saber nada.

Sorprendentemente mi padre hurgó poco sobre el origen de aquellas historias que, rápidamente, me apresuré a dibujar en el segundo mapamundi. Tal vez pensara que los había escuchado en el hostel, en boca de algún marinero o leído en algún libro poco fiable. Hoy no lo creo así: debía de sospechar cuál era mi fuente, pero no salía de su asombro. Mi impresión es que decidió, simplemente, dejar de lado mi relación con Selima. Prefería desconocer lo que era evidente y creer que mi obsesión era una niñería. Si el jovencito se preocupaba de participar en la elaboración de las cartas, era mejor hacerle caso y darle a entender que era alguien importante. Aceptó en parte mis ruegos, como quien contenta a un niño con un juguete.

Estalló la discordia a lo largo del gran río. Aljauma y Analía huyeron aguas arriba, hacia los lagos donde nace el oro y hacia las montañas donde viven los paganos. Con una flota de piraguas lo remontaron hasta la rica ciudad de Genné, toda ella un mercado. En Genné durmieron y Analía dio el pecho a su hija Selima; fueron a la Mezquita, la más alta y conocida del Mali. Pero los fieles los echaron

porque pensaban que no eran dignos ni del linaje mandinka ni de las enseñanzas del Profeta. Hablaron con los prohombres de la ciudad, y los prohombres les rogaron que partieran antes de que se desatara contra Genné la ira del Mansa Musa. Embarcaron de nuevo en las piraguas y remontaron el río hasta el viejo poblado de Niani, donde había reinado el buen Sundiata, patriarca de la saga del Mali.

La reina Analía era nieta del nieto de Sundiata, y esperaba que en el poblado del abuelo de su abuelo serían bien acogidos. Dio el pecho a la pequeña Selima y, juntos, fueron a la mezquita y durmieron en Niani. Pero el Mansa era hijo del nieto de Sundiata, dijeron los de Niani, y era el soberano más poderoso de nuestra tierra. Los vecinos rogaron a Analía y a Aljauma Fari y a su hija Selima que marcharan de Niani antes de que se desencadenara contra ellos la ira del Mansa Musa. Los tres salieron del pueblo y siguieron río arriba, con una sola barca porque sus acompañantes también temían la venganza del rey de reyes. Los tres se perdieron en los lagos donde se encuentra el oro de la Guinea, en la marisma donde brotan todos los grandes ríos del Mali. El gran río que riega las tierras de levante y el gran río que desciende hacia los océanos del ocaso nacen de los estanques del oro, como tantas otras aguas que se pierden en el desierto y en los valles nuestra tierra.

Navegaron muchos días y muchas noches en aquellos lagos, hasta que encontraron la orilla del sur. Analía estaba muy delgada, se le veían las costillas y casi no tenía leche para su hija. Aljauma habló con los guerreros de la región, los temibles mossi, quienes no sentían ninguna estima por los hijos del pueblo mandinka. A pesar de ello, los mossi los alimentaron. Durmieron y dieron de comer a la pequeña Selima. Luego, quisieron rezar en la mezquita, pero no pudieron porque aquel pueblo era pagano y no construía mezquitas. Aquel primer día no se inclinaron ante Dios, ni tampoco el segundo, ni el tercer día. Ni ninguno de los días que vivieron entre los mossi. La fe del Profeta no era bien vista en la tierra de los bárbaros.

La presencia de Analía y de Aljauma Fari y de Selima llegó a oídos del rey de los mossi. Los llamó a su cabaña y habló con ellos: sólo habló con la Reina y su esposo, porque la niña era demasiado pequeña para hablar. El Rey infiel supo que los tres fugitivos escapaban del gran Mansa por el adulterio y supo que el señor de señores había perdido su oro sus ejércitos al volver de la peregrinación a la Ciudad Santa. Cuando escuchó todo el relato, reunió a los lanceros. Dijo a los lanceros y a los jefes de las familias que protegería a sus huéspedes y declarararía la guerra contra el Imperio del Mali.

Nuestra tierra se perdía por tercera vez. Una terrible discordia perdía a sus hijos. Por discordia habían huido la Reina y su amante a las regiones paganas. Por discordia se enfrentaron al Mansa Musa y el Mansa Musa se enfrentaba a ellos. El rey de los mossi conoció la discordia y preparaba a sus soldados para vencer a la tierra del Mali. Por discordia nuestro pueblo se encendía y miraba hacia poniente y se encaminaba a su perdición. La dinastía del Mali miraba hacia el ocaso por

tercera vez se perdía... ¡Oooh tierra, te perdías por la discordia de tu gente!

Toqué los dedos de Selima y un escalofrío me recorrió el espinazo. No rechazó mi mano, pero tampoco la tomó. Dejó que jugara un rato con sus dedos. Luego me acerqué, muy despacio, a sus labios. Sentía su aliento muy cerca. No distinguía bien los contornos de su cara, pero veía la blancura de los dientes y el brillo de sus ojos. Quise besarla: me detuvo con suavidad.

Los que eran dos, me dijo, no podían ser uno hasta que no conocieran las historias del pasado. Yo había conocido el origen de Selima, hija de una reina y de un viajero de Mallorca. Pero no lo sabía todo y, para sentir la piel de Selima, antes tenía que sentir su alma. Me lo dijo de aquella forma tan peculiar que utilizaba en sus relatos, hablando de ella misma como si fuera otra persona. Murmuró que, cuando yo hubiera escuchado la crónica entera, puede que ya no quisiera tocar su piel. Y me pidió que volviera a mi aposento porque la historia era larga y triste. Cuando pudiera pasar toda una velada con ella, cuando tuviera la certeza de que mi corazón era fuerte y de que un hombre quería nacer dentro de mí, podría bajar de nuevo al establo. Sólo entonces escucharía todos sus recuerdos; sólo entonces sabría Jafudá si aún quería probar la sal de la piel de Selima.

No supe qué decir. Era la primera vez que buscaba el cuerpo de una mujer y también la primera que me sentía rechazado. Pensé qué habría hecho el abuelo Vidal en mi lugar. Él había amado a las mujeres: ¿las forzó o las respetó? También, por alguna extraña razón, me acordé de Samuel. ¿Qué habría hecho el huérfano? ¿Se habría echado encima de ella sin contemplaciones? ¿Tenía necesidad de mujeres aquel bastardo? No lo sabía y me daba igual. Yo era Jafudá y no otra persona. En aquella materia, Jafudá no podía tener maestros más allá del Cantar de los Cantares: «No despertéis ni desveléis a la amada hasta que ella lo quiera». Jafudá se retiró, fue hacia la puerta y dejó sola a Selima.

Al clarear, bajé al taller y miré los mapas. Estaban casi a punto. Constaban las ciudades que Selima me había descrito. También aparecían los dos grandes ríos, uno hacia levante, que se unía al Nilo, y otro hacia poniente, que vertía sus aguas al mar. Los dos ríos nacían en el estanque del oro. No se hablaba de la tierra de los mossi, pero me pareció que tampoco era necesario. Salvo en algunos detalles, las descripciones de aquella parte del mundo que habían hecho los viajeros de la Berbería coincidían con el relato de Selima. Un pequeño pueblo al otro lado del desierto no merecía una discusión con maese Cresques.

Callé, pues, y pasé los días posteriores trabajando y mirando de reojo a la nieta del nieto de Sundiata. Extramuros de Ciudad de Mallorca, el hambre azotaba de nuevo, y los judíos temíamos lo peor. Cada noche esperaba a que mis padres, Samuel y Betros fueran a acostarse y me dejaran el camino libre. Nuestra vida era muy ajetreada: la Aljama se reunía, pues era necesario repartir comida y acordar medidas por lo que pudiera pasar. Además, teníamos que ultimar los mapamundis cuanto

antes. Y el Cantar de los Cantares, que descubrí justamente entonces. No, no dormí mucho durante aquellos días de exaltación. Lo último que deseaba era cerrar los ojos ante tantas emociones. Por fin, llegó el momento esperado.

Fue después de una larga conversación, una de las últimas, con Betros. Sus revelaciones sobre *La Flor de las Historias* me habían excitado el ánimo. Después, al hablar de ello con mi padre, el maestro me había rogado que no forzara al viejo armenio a revelarme la verdad sobre los legajos de Aitón. No era crucial saber dónde estaban los documentos, ni cómo se llegaba a ellos: lo importante era la propia historia de Betros, la complicidad que había establecido con él y la forma en que habíamos introducido en los mapas sus revelaciones. Lo demás ya llegaría. Me indigné contra Cresques y quizá también contra el anciano que dormía en mi aposento. Aquel par de carcamales no le llegaban ni a la suela del calzado a Selima. Con ella aprendería mucho más sobre el mundo.

El Mansa Musa era un hombre valiente. Soportaba todos los dolores y no notaba las espinas que se le clavaban en el cuerpo. Siempre miraba de frente a los amigos y a los enemigos, y los amigos y enemigos se inclinaban ante él. Cuando los mossi se levantaron contra él, no tuvo miedo. Reunió a sus arqueros, a sus jinetes y a sus lanceros, reunió a todos los príncipes del linaje mandinka e hizo la guerra a los mossi. Pero los paganos tampoco lo temían y sabían que las riquezas del Mali no eran ya las de antes, como sabían que los ejércitos del Mali no eran ya los de antes.

Los lagos del oro se encendieron. Miles de barcas cubrían las aguas; había más guerreros que mosquitos en los pantanos. Los hombres luchaban como héroes y se mataban entre ellos y se ahogaban en las aguas. El rey de los mossi no venció, ni tampoco fue derrotado. El gran Mansa no venció, pero no lo perdió todo. Sólo los soldados, muchos soldados, perdieron la vida y lo dejaron todo en los lagos. Los dos caudillos se encontraron y hablaron. El rey de los mossi se inclinó ante el señor de los mandinka. La mitad de la tierra del oro, dijo, sería suya. El Mansa se sintió complacido, porque tenía un súbdito más y cedió la mitad de la tierra del oro a los mossi. Después pidió, en prenda de paz, a la bella Analía, a Aljauma Fari y a la pequeña Selima. Los tres fueron entregados al Mansa Musa, y así se selló la paz.

El rey de reyes era valiente, y también justo. Quería degollar al extranjero y a la pequeña Selima, fruto de la infidelidad; pero sabía que sería injusto, porque la causante de la terrible discordia era la reina Analía, la más bella y la más joven y la más lista de todas las esposas que había tenido. Y el Mansa no quería degollar a Analía, porque aún la quería de todo corazón. Tomó a los tres presos y se los llevó encadenados con sus huestes hasta decidir qué hacer con ellos. Llamó al sabio andalusí, que aún no había construido ninguna mezquita, para pedirle consejo. Quería ser justo sin ser desgraciado, y feliz y justo sin ser cobarde.

El maestro de obras de Granada le ofreció consejo. Desde que habían vuelto de

El Cairo, le dijo, había conocido los pueblos y tierras del reino. Vio muchas caravanas que se llevaban oro y volvían caiga das de sal. Descendió por el río de poniente hasta las playas del mar. Allí encontró a los tucoror, que organizaban numerosas flotas y partían hacia las islas lejanas. Los tucoror hablaban de tierras fabulosas, allí donde se ponía el sol, rebosantes de oro, sal y otras maravillas. Podía llevar a Aljauma Fari a las playas y embarcarlo hacia aquellas tierras. Si había venido por mar, dijo, ¿por qué no podía ser expulsado por mar? Si el extranjero regresaba con tesoros, podría ofrecerle a la joven Analía a cambio de ellos y así restaurar su poder en Mali. Si el extranjero no regresaba, conservaría a su vigésima reina. Siempre ganaría algo.

El señor de señores dio su aprobación y rogó al andalusí que aceptara algo a cambio. El Mansa ya había hecho una promesa al maestro de Granada y no la había cumplido. El consejo del sabio resolvía sus problemas por segunda vez y quería que se sintiera bien pagado. El andalusí le pidió que, si Aljauma regresaba con tesoros, le diera una parte para levantar altos edificios a mayor gloria de Dios. Si no regresaba, volverían a hablar. El gran Mansa aceptó y se encaminó hacia las playas. Descendió por el río de poniente con el andalusí, los príncipes de la tierra y cien veces cien guerreros y esclavos remeros. También se llevó a la reina infiel y a su amante y su hija Selima. Los pueblos uolof y los pescadores habaix y tucoror se inclinaban a su paso.

Cuando llegaron a las playas, las olas rompían contra las rocas. Allí estaban los tucoror, con sus barcas y sus redes, pescando muchos peces. Se arrodillaron ante el rey de reyes y le aseguraron que sí, que al otro lado de las olas había tierras ricas como ninguna. Cuando el Mansa quiso ver las naves de los forasteros, las que había dejado Aljauma Fari al llegar, los tucoror respondieron que ya nos las tenían. Aquellas barcas grandes y pesadas, con un solo remo detrás, no podían navegar por los ríos; y en el mar no servían para nada, porque la fuerza de las aguas las arrastraba. Tenían palos y telas, que el viento empujaba hacia donde quería, y eran peligrosas. Habían roto y quemado las barcas.

El señor de señores preguntó a los tucoror si querían marchar hacia poniente con sus piraguas, y la gente de la playa asintió. Fue a ver a la reina infiel y le dijo que su hombre, Aljauma Fari, y la hija de la discordia, Selima, embarcarían hacia el ocaso. La Reina era valiente, pero al escucharlo lloró. Lloró y lloró hasta que ablandó el corazón del rey de reyes. Y el Mansa Musa accedió a que la pequeña Selima, a punto de cumplir seis años, se quedara con ella. Pero el forastero debía partir, porque así estaba escrito, y por mucho que llorara la Reina no cambiaría la decisión del Mansa.

Aljauma Fari, el padre de la pequeña Selima, el hombre que se había amancebado con la vigésima reina del Mali, partió con dos veces cien barcas. Se perdió hacia poniente, en las aguas que conducían a los tesoros de un mundo lejano. Pasó una luna y otra y otra, y una docena de lunas y una docena más, pero aquel patrón venido del norte no regresó. De dos veces cien piraguas sólo volvió una,

conducida por esclavos, que arribó a las playas de los tucoror. Los esclavos pidieron agua y comida, porque se les habían terminado las vituallas y tenía hambre y sed. Les olía la boca y las carnes de las encías les colgaban de tan podridas.

Los esclavos dijeron que habían visto a las barcas de la flota entrar en un río poderoso, que corría entre las aguas, y desaparecer hacia poniente. Tuvieron miedo y dieron media vuelta. Encontraron unas islas despobladas, con manantiales cristalinos, frutas y pájaros. Allí pasaron muchos días, hasta que zarparon de nuevo para volver a casa. Remaron durante muchas jornadas, de día y de noche, y avistaron las playas de los tucoror cuando ya creían morir. Se echaron a los pies del rey de reyes, y le rogaron clemencia por haber abandonado la expedición. El Mansa los escuchó y perdonó. Pero nadie supo decirle qué había ocurrido con las barcas y el extranjero que zarpó hacia tierras desconocidas. La reina Analía lloró y nadie se lo impidió. Su hija Selima también lloró, porque era suficientemente mayor para entender que su padre no regresaría jamás.

El señor de señores llamó a su consejero. No podía pagarle sus servicios, le dijo el Mansa al maestro de obras de Granada. Por segunda vez estaba en deuda con él. El andalusí respondió que no era preciso preocuparse por su humilde persona, sino por la suerte del reino. Si no encontraban la nueva tierra, si no traían los tesoros precisos para enderezar la propia, la saga de los mandinka se arruinaría. Quizá el rey de reyes tuviera que resignarse a tan triste fortuna, añadió. Puede que ni el gran Mansa Musa en persona fuera capaz de restaurar la riqueza y la paz en la desdichada tierra del Mali. Entonces, el hijo del nieto de Sundiata proclamó que iría él mismo a buscar la salvación.

El más grande de los hombres se dejó llevar por la arrogancia y fletó veinte veces cien barcas para recuperar su buen nombre. Reunió marineros entre los tucoror; reunió esclavos y viandas yagua; mandó traer una multitud de esclavos y zarpó de las playas del Imperio. Todos los príncipes de la tierra lo despidieron. También lo despidieron las gentes de la playa, y los arqueros, y los lanceros. Lo despidieron los danzarines diola, vestidos con plumajes de colores, y el sabio andalusí, que se quedaba en tierra como regente del reino. Todos se inclinaron y clavaron la cabeza en tierra hasta que la última piragua se perdió en la línea que separa el mar del cielo. Sólo la bella Analía, que llevaba de la mano a la pequeña Selima, no bajó los ojos.

Cuando el rey de reyes se desvaneció, el andalusí usurpó su trono. Los príncipes de los mandinka lo obedecieron, porque así lo había dispuesto el gran Mansa Musa. Se inclinaron ante el nuevo Mansa y le rindieron honores. Luego cada uno siguió su camino. Unos remontaron los ríos, otros navegaron por los lagos y entraron en todas las ciudades del Mali. Mataron al primogénito y a todos los herederos del gran Musa. Quisieron prender a Analía y degollar a la pequeña Selima, para que no hubiera nadie, ni hombre ni mujer, ni mozo ni muchacha, que pudiera disputarle el poder al usurpador. Pero la nieta del nieto del León del Mali no se dejó prender:

subió con su hija a una barca de los tucoror y huyó de aquella tierra.

Analía era hermosa y era fuerte y era lista. No remó mar adentro, hacia la línea que separa el mar del cielo. No, no remó hacia el océano de las tinieblas; remó cerca de la costa, como hacían los pescadores habaix. De noche, se acercaba hasta las playas y recogía agua y pasta de mijo. Los pobladores la ayudaban porque sabían que un extranjero andalusí había usurpado el trono del Mansa Musa. Cuando estuvo suficientemente lejos de nuestra tierra, en el lugar al que llaman Sanaja, desembarcó con su hija y se refugió en las tiendas de los beduinos que viven a orillas del mar. Allí esperó mucho tiempo. Un buen día las naves del rey de Marraqués pasaron por aquellos parajes. Los marroquíes vieron a Analía y a Selima y no las tomaron como esclavas, porque no capturaban nunca a los seguidores del Profeta. Las llevaron a la isla de la Fortuna, tal como quería Analía.

La isla de la Fortuna estaba delante de las costas de Sanaja. También había otras islas, como las del Can o la del Fuego, y muchas más, que eran los lugares más seguros del mundo. Sus gentes eran los guanches, y eran felices. No tenían mezquitas ni oro, pero estaban llenos de alegría. Tampoco sabían de letras, porque no les hacía falta. Iban desnudos porque no hacía ni frío ni calor. De sus árboles colgaban grandes frutos, su agua era buena, las cabras daban mucha leche y los valles eran verdes. Nunca habían querido la protección del Mali, ni la de Marruecos, ni la de nadie.

Las princesas de la isla acogieron a Analía y Selima con los brazos abiertos. En aquella tierra las mujeres mandaban más que los hombres, lo cual también era un motivo de dicha. Los hijos no se mataban entre ellos, porque las princesas sabían que los hijos costaban mucho de parir y de alimentar. Cada mujer podía tener muchos esposos, a la inversa de lo que dictaban las enseñanzas del Profeta. Lo cual también era fuente de felicidad, ya que así no nacían hijos bastardos y se evitaban grandes envidias entre hermanos de una y otra casta. La buena Analía pensó que aquél era el mejor lugar para que creciera su hija, lejos de la perdición de los mandinkas y de la injusticia que reinaba en su tierra.

Selima se hizo mujer en la isla de la Fortuna. Llegó a ser más bella, más firme y más lista que su madre Analía. Le brotaron los pechos y derramó sangre sobre la arena. Entonces poseyó a un guanche y después a otro y aun a otro. Yacía con jóvenes allá por donde pasaba, y todos los mozos eran obedientes, dóciles y llenos de amor. Llevó tres esposos a casa, como ordenaban las leyes guanches. Y fue tan feliz y disfrutó unos años de tanta libertad, que llegó a olvidar a su padre Aljauma Fari, su tierra del Mali, la grandeza del rey de reyes y la maldad del usurpador andalusí. Selima creyó que había conocido el Paraíso, y que ya nada la sacaría de allí.

Un día, llegaron a las playas de la isla unas naves extranjeras. Eran grandes y pesadas, y llevaban tantos palos y tantas telas que no se comprendía que pudieran flotar. Los guanches sabían que aquellos barcos no eran buenos. Los habían visto otras veces y recordaban que los marineros eran feos y malolientes; tenían muchos

pelos en la cara y gritaban palabras cortas y secas. La piel de aquellos hombres malos era tan blanca y repulsiva que se la cubrían con trapos de colores, o con unas costras brillantes y duras como la piedra. Los guanches rogaron a Analía que se escondiera y no saliera a recibirlos. La joven Selima también rogó a su madre que no saliera a recibirlos.

Pero la nieta del nieto del León del Mali se pintó las mejillas, se puso plumas de colores en el pelo y salió a recibirlos. No quiso escuchar a nadie. En aquella nave, decía, venía su amado Aljauma Fari, quien debía rescatarla. Su hombre regresaba para llevarla a los ríos del oro y restablecer la paz en su tierra. Salió y, en la playa, una flecha que se le clavó en la frente la tumbó en la arena. Su hija Selima corrió a ayudarla, pero la nieta del nieto de Sundiata ya no respiraba. Los sucios forasteros prendieron a Selima y la encerraron en su barca. Más tarde capturaron a muchos guanches y también los encerraron en la nave. Los hombres feos que vestían túnicas y cruces permanecieron en la isla, pero el resto no. Los demás desplegaron velas y condujeron a los esclavos muy lejos, a la tierra donde había nacido Aljauma Fari.

Nuestra tierra se había perdido por cuarta vez. Una terrible enfermedad malogró el linaje del Mali. Por vanidad, el Mansa no quiso permanecer con los suyos. Por vanidad, reunió veinte veces cien piraguas y fue en busca de fortuna. Por vanidad, se perdió en un mar de tinieblas, como el patrón Aljauma Fari y como tantos vástagos de aquella tierra. Por vanidad, la línea de los mandinka se había truncado y un extraño se apoderó del reino: todo por vanidad, y la bella Analía y Selima habían huido hacia las Islas Afortunadas. En aquellos parajes vivieron en paz, pero también hallaron la desgracia. La saga del Mali había dirigido la vista hacia poniente, y por cuarta vez se había perdido... ¡Oooh tierra, maldita sea la vanidad!

Por cuatro veces lució espléndido el Mali a la luz del día; por cuatro veces se perdió y oscureció. Una por avaricia; una por infidelidad, una por discordia y una por vanidad. Cuatro veces volvió la mirada nuestro imperio: una hacia levante, una hacia al norte, una hacia el mediodía y una hacia poniente. Pues siempre nuestra tierra, desde que empezó a ser poderosa, tuvo cuatro puertas, una en cada rumbo; y no pertenecía a nadie, ni de arriba, ni de abajo, ni de aquí ni de allá. La tierra del Mali era una fortaleza que vivía en el corazón de la gente, sí, y yo la vi caer.

Estaba mareado. Ante mí, Selima estaba echada en silencio. La ropa le cubría el cuerpo hasta medio muslo; en la penumbra advertía el brillo de sus piernas, largas y finas, empapadas de humedad. Escuchaba su respiración y adivinaba el temblor de su entrepecho, brillante de sudor. El deseo se adueñaba de mí provocándome escalofríos. Pero no me movía. Agachado a su lado, la contemplaba de los pies a la cabeza, tenso, incapaz de mínimo gesto. Yo tenía el cuerpo entumecido: notaba el miembro como un hierro candente, al igual que los músculos de los brazos, del cuello, de la cara... Recorrido por un calambre y poseído por fuerzas indomables, yo era una estatua rígida y ardiente, de la cabeza a los pies.

Veía a Selima tendida entre montones de paja, su piel morena recortada contra el pálido amarillo. Me acosaban las más turbadoras imágenes, de prisa, una tras otra, y no sabía si venían del cielo o del infierno. La reina del Mali con una saeta clavada en la frente. La doncella desnuda, triscando por los jardines de la isla afortunada. Un joven indígena, grueso y corpulento, que la montaba a pelo. El cuerpo de Selima ante mí, jadeando entre las sombras del establo. Otro guanche que esperaba su turno: la mujer que despachaba al primero y tomaba al segundo por las nalgas, para acabar apretándolo contra su vientre. El aliento y el sudor de Selima. Otro hombre y otro más y aun otro. Dentro de mí, el delirio, y yo paralizado, y Selima al alcance de mis brazos. Más hombres: una tribu entera a los pies de la fogosa dama.

—El amor es fuerte como la muerte, y los celos áridos como el país de los muertos... —recité de memoria—... Sus dardos son dos de fuego, una llama de Yahvé.

—... Ni una inmensidad de agua podría extinguir el amor —Selima alargó el brazo hacia mí—; ni lo ahogarían las riadas...

Le tomé la mano. ¿Dónde había aprendido los versos del Cantar? Un muchacho judío los recitaba entre sueños a todas horas, dijo ella. Un judío de Mallorca, añadió. Y sonrió, como sólo sonríen las mujeres bellas. Me arrimé y recorrí su pierna con mi dedo tembloroso. Me lamí el dedo. La sal de su sudor ahuyentó aquellas imágenes. Lloré. Grandes lágrimas de placer y dolor me resbalaban hasta los labios y caían, puras, en el rostro de Selima. Palpé mis lágrimas en sus mejillas, le acaricié la boca y cerré los ojos.

—Huerto cerrado eres... tus plantas son un vergel de granados... Cipreses y nardos, nardo y azafrán; canela y cinamomo, con árboles de incienso, con los bálsamos más exquisitos... Como lirio entre cardos, es mi amiga entre las doncellas.

La besé largamente. El fuego me subió a los labios. Retiró su cara y me habló. Su mirada y su aliento me turbaban, como llegados de la Guinea, allende la mar y los desiertos, sólo para mí.

—Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén —sonrió—... No reparéis en mi piel morena: el sol me ha tostado. Venga mi amado a su huerto y coma los frutos exquisitos.

Se irguió, me desnudó despacio y, suavemente, me obligó a tenderme. Se despojó de su ropa de un tirón y me cubrió con su cuerpo. Su olor, su sudor, su calidez me entraban a través de la piel. El asno se removía detrás de nosotros y respiraba pesadamente. Refregó su pubis húmedo en mi erección. Los grillos cantaban y algún perro ladraba sin cesar. Entré en ella y lancé un gemido. Un gemido agudo y solitario. Un gemido de hombre.

Los disturbios estallaron al día siguiente. Reunimos a todos los de casa: mis padres, Astruga, su marido Marzoch, Samuel, Betros y también Selima. Había mucho trabajo

por hacer: era preciso apuntalar la puerta, subir las cosas de valor al piso de arriba y encerrarnos. Tenía nublada la cabeza a causa del sueño y lo ocurrido por la noche. Todo me suponía un gran esfuerzo: mover una silla, cargar con los mapas... Los ojos se me escapaban hacia Selima. No parecía alterada y trabajaba como si nada hubiera pasado. Hacía acopio de cosas y subía las escaleras sin hacer ruido. Tan sólo una vez me habló, preguntándome por los disturbios: ¿cómo era posible que dos pueblos vecinos y creyentes se odiaran tanto?

La chusma que entró en la Judería se desahogó matando y saqueando hasta que decidió marcharse. Una falsa y frágil calma se instaló en la Judería. Todo el mundo estaba muy ocupado: Setaddar y su ayudante ponían orden en la casa, Betros guardaba cama, mi hermana arreglaba su hogar, mientras Cresques se reunía con los prohombres de la Judería y Samuel desaparecía cada dos por tres. Sabíamos que, cuando los papeles estuvieran listos y encontráramos dónde embarcar, partiríamos hacia Barcelona. Los escasos detalles que faltaban en el Atlas Furtivo —el otro ya estaba a punto— los tuve que acabar yo mismo.

Los relatos de Selima me habían costado fuertes discusiones con mi padre. Las nuevas sobre la Guinea figuraban en el mapamundi secreto, pero las últimas confidencias sólo estaban en mi mente. ¿Era preciso dibujadas? Variar cuatro trazos en las Islas de los Canes no suponía ningún problema y no necesitaba consultar con nadie las novedades. Los rumores sobre la tierra del ocaso, la que se abría más allá del mar de las tinieblas, ya eran otra cosa. Siempre había leído y oído referencias sobre mundos fabulosos o reinos enteros que se ocultaban en el extremo de Occidente. Según Selima, los pueblos tucoror no dudaban de que semejantes regiones existían. Sin duda, pensaba yo, si nuestras naves fueran lo bastante buenas, los marineros podrían dar la vuelta a la Tierra y comprobarlo. ¿Lo habían conseguido los tucoror? ¿O Jaime Ferrer o el Mansa Musa? Jamás regresaron para contado.

Las leyendas hablaban de la Antilla o isla anterior, una región oceánica que protegía las costas de las Indias. Se decía que un obispo portugués había huido con sus feligreses hacia los reinos de Atlantis que ya aparecían en los relatos de Heródoto. Y tenía muy presentes los rumores sobre aquellos nobles de septentrión, príncipes de Escandinavia, que habían remado contra el hielo a poblar los reinos de Hivernia y Vinlandia, donde, según Cresques, los ancianos eran expulsados y los pájaros brotaban de las ramas de los árboles. Eran las mismas gentes que en el pasado habían descendido hasta las playas de Sicilia: si eran capaces de navegar hasta tan lejos, ¿por qué no podían haber visto las orillas de Oriente? ¿O las de alguna tierra desconocida, que cerraba el paso al gran levante?

También había oído informaciones sobre la isla de San Borondón; la de Ogigia u Odisea y la roca del Brasil. De algunos mitos se hablaba tanto que maese Cresques los había incluido en el Atlas Real. De hecho, nuestros abuelos habían creído que las Afortunadas sólo existían en la imaginación de los antiguos: más tarde todo el mundo supo que existían de veras. Y, en los últimos años, los patrones del Algarve habían

visto realmente las islas de la madera y los halcones, o madeira y azores en su habla lusitana. Hacía poco que un mercader de la Judería de Lisboa, bastante discreto y en absoluto dado a exagerar, nos los había comentado.

¿Qué decir de la Tierra austral, un mundo en medio de los océanos, donde los doctores de la iglesia cristiana situaban el paraíso? Cuantas veces hojeé una crónica de viajes, me tropecé con un nuevo jardín del Edén: y, si bien estaba claro que cualquier latitud debía de ser más feliz que la nuestra, no por ello teníamos que convertir en patria celestial todo islote lleno de rocalla que llegara a nuestros oídos. También desconfiaba de quienes veían oro y grandes fortunas por todas partes: como aquellos interesados en hablar mal de los caballeros templarios, que decían que su puerto de La Rochela la había sido el punto de llegada de la plata atlántica. No quería echar más leña al fuego y trabajar sólo a partir de charlatanerías. De acuerdo, Cresques lo había hecho en algunos casos. Razón de más, me repetí una y otra vez, para no engordar los mitos.

Sin embargo, las palabras de Selima eran para mí mucho más que simples chismes. Sin haber manejado jamás un portulano, aquella maravillosa mujer me había relatado detalles acordes con las descripciones de viajeros muy curtidos. Conocimientos excepcionales que no podía haber inventado; nacidos, pues, de sus vivencias. Su lengua era precisa y mesurada además de cálida y líquida, pensé con añoranza. ¿Era posible que los hijos del Mali hubieran llegado a Catay? ¿O habían tropezado con una isla, una de tantas que los rumores de siempre imaginaban a medio camino de las Indias? El corazón me decía que, si Selima había mencionado aquellos lugares, algo de cierto debía de haber.

¿Tenía suficiente con el corazón? Tal vez no. Pero tampoco con la razón. El maestro siempre decía que lo importante en una obra era el amor que se había puesto en ella. El viejo Betros, a su manera, así lo creía también. Mojé la pluma y empecé a trazar unas costas en el margen izquierdo del mapamundi. No pinté cuatro islotes perdidos, ni escribí un par de leyendas poco comprometidas. No, dibujé una gran ribera que cortaba el ancho mar y recorría la carta de arriba abajo por poniente. ¿Qué por qué hice semejante disparate? Pues porque tantos datos y tal cantidad de rumores no podían responder a un territorio pequeño. Y porque adoraba ciegamente a mi Selima.

Lo hice muy deprisa y medio a escondidas, convencido de que si maese Cresques lo veía me obligaría a borrarlo. No añadí grandes iluminaciones, ni bestias fantásticas. Tan sólo una flota que se acercaba por aguas meridionales, y otra que llegaba por septentrión. Apliqué polvo amarillo en tierra firme, como en el resto de la obra, y escribí encima leyendas de toda clase. Después, como solíamos, lo barnicé de arriba abajo con una pátina de clara de huevo y lo dejé secar. Había terminado el Atlas Furtivo y, si bien no podía jurar que era tan sólo hijo de la ciencia, podía defender con firmeza que era producto de un amor sacrificado y ardiente. Hijo del amor entre Selima y yo... nuestro primer fruto.

Tan feliz conclusión no amortiguaba las desdichas que se sucedían a nuestro alrededor. La peste azotaba Mallorca y el pánico se apoderaba de la gente. Trajimos a casa a la abuela Astrugona y, más tarde, al tío Vidal. Contábamos con tres moribundos bajo el mismo techo. Las dulces manos de Setaddar y la hábil y silente ayuda de Selima no daban abasto. Los demás debíamos clausurar el pozo negro, limpiar la casa y hervir todos los trapos. Alguien tenía que cocinar y encontrar alimentos frescos. Enterramos a la abuela y, a no mucho tardar, al hermano de mi padre. Selima y yo cruzamos palabra. De golpe, maese Cresques nos dio la noticia: teníamos los salvoconductos para embarcar.

¿Qué deciros? De camino a la Almudaina en compañía de mis padres y Samuel pensé mucho en Selima. También mientras me dirigía al puerto y en la travesía hacia la capital del Principado. Y en Barcelona, a pesar de tantos quebraderos de cabeza; no podía olvidar ni por un instante su mirada serena, su cuerpo irresistible y aquella voz sedante. Allí donde iba, me acompañaba su recuerdo. Sin embargo, huir de ella no era ningún castigo. La distancia amortiguaba mi dolor. Lejos de su presencia, me atormentaba menos su pasado, la visión de todos los placeres que la doncella había conocido y yo no había compartido. Los celos hibernaban en mí esperando la hora de rebrotar.

Al cabo de cinco años, en la proa de una miserable coca y con mi tierra a la vista, no había olvidado. El fuego había madurado y quizá quemaba más lentamente, pero no se había apagado. Las formas de Magalluf y de Illetes desfilaron a babor, en la lejanía. Intuí las imponentes formas de Bellver y de la Seo. Un malestar intenso, mezcla de delirio y mal de amores, me crecía en las entrañas. Los campanarios de San Miguel y de la Santa Cruz y la Torre del Ángel despuntaban de las azoteas. El amor era fuerte como la muerte, duros los celos como el país de los muertos. ¿Cuántas veces había recitado, desde aquella noche en el establo, las palabras del gran Salomón?

Cinco años fuera de casa, pensé, y madre tenía el aspecto de siempre: fuerte, trabajadora, a prueba de fuego. A padre, en cambio, lo encontré envejecido. El pelo se le había clareado mucho y su barba había encanecido del todo. Cuando lo abracé, noté sus huesos. Desde que habían recibido el aviso del rabino Hasday, hacía una semana, bajaban cada día al muelle. Observaban con detenimiento a la gente que venía de Barcelona. Tenían miedo de no reconocer mi cara porque tantos años, decían, podían alterar la fisonomía de un hombre joven. Cuando desembarqué, claro, me vieron enseguida. Pisé tierra mallorquina y les faltó tiempo para lanzarse encima de mí.

Me examinaron y palparon de arriba abajo, como para asegurarse de que realmente era yo, y no un espectro caído del cielo. Pregunté por mi hermana. Astruga y Marzoch estaban bien, y sus tres hijos también: Isaac, Astrugona y Vidal. Cuatro

años, dos años y el pequeño, tres meses. ¿No me lo habían dicho? ¿O quizá se había perdido una de sus cartas? Pues sí, mi hermana había ampliado la casa y acomodado a Selima. En la casa grande vivían ellos solos y no precisaban ayuda ninguna. En cambio, en la casita del huerto, con tanta criatura... Ya vería qué cambios. Unos peones de albañil habían comenzado a construir la conexión con el canal del agua y habían plantado los cimientos de los baños, la *micuà* que Cresques había pedido a la Casa Real. En el lado del muro. Pronto en aquel jardín no quedaría sitio para los árboles.

Abrí el saco y entregué a mi padre la túnica ensangrentada de Samuel. No la desplegó. La miró y la tomó con las manos, como si fuera un cojín de rey. Conocía la muerte del huérfano, suspiró. Toda la Judería estaba al corriente. Se quedó un rato en silencio y después nos invitó a ir hacia casa. Él y madre comprendían que no trajese el cuerpo dados los embrollos en que yo había estado envuelto. Repatriar un cadáver era muy difícil. Aún más cuando corrían rumores de peste. Procuré consolados. Podían estar tranquilos; porque había tenido una muerte rápida. El Señor se apiadó de él y le ahorró las torturas y la horca. A buen seguro, su cuerpo yacía en el Monte de los Judíos, en un cerro hermoso y aireado, junto al mar.

Setaddar me mandó callar con un gesto discreto. Caminamos en silencio entre la muralla y las rocas. No hablamos ni de Isaac, ni de Betros, ni de ningún recuerdo doloroso. Entramos en la Judería por La Portella. Cresques comenzó a elogiar a Dulce, mi futura esposa, ya toda su familia. Eran gente tan respetada, dijo... Aquella vez, madre interrumpió a su marido. Ya hablaríamos de negocios, cuando estuviéramos en casa. Saludamos a un vecino y al poco a otro; Pronto, todo el barrio sabría que había regresado el muchacho de Cresques, dijo mi padre. Seguimos por la calle del Templo y pusimos los pies en nuestra casa. Lo primero que noté fue aquel olor, viejo y conocido, de vitela curtida.

Tomé posesión del sitio. Faltaba gente, claro; pero no había cambiado tanto. Subí a mi aposento para dejar las cosas y abrí la ventana. Sí, quizá el patio había encogido, y veía tierra removida. Dentro de la casa, todo me resultaba antiguo y familiar. Oí gritos detrás de mí, en la puerta. Me di la vuelta y vi a mi hermana con un recién nacido en los brazos. Dos críos, que callaron de golpe cuando encontraron mis ojos, se agarraban a sus faldas. Abracé a Astruga y dediqué cuatro mimos a los chiquillos. Astruga se interesó mí y me preguntó cómo había encontrado a padre. Le dije la verdad. Ella me rogó que no lo contrariase, que le siguiera la corriente. El hombre estaba delicado: de vez en cuando, la memoria le fallaba y, a menudo, no recordaba ni qué debía comer. Le dije que no se preocupara.

Abajo, en la cocina, mi madre había preparado dulces y buen vino para celebrar mi vuelta. Saludé a mi cuñado y nos sentamos. Todos, excepto Selima, que no aparecía por ninguna parte. Conté algunas anécdotas de Barcelona. Sí, había visto al Rey. Y a la Reina, y a los Infantes, y a un montón de patricios que vestían de seda y se maquillaban. No, el rey Pedro no estaba enfermo. Era viejo y basta. Me recibió en

su palacio y me dijo que saludase a maese Cresques de su parte. La Reina era joven y tenía buena planta, pero no sabía leer. No, no sabía, y por eso muchos barones habían preferido seguir al infante Juan, a su esposa Violante y a sus consejeros. Éstos se pasaban el día de fiesta en fiesta, cazando y consultando libros de griegos y romanos antiguos. Había mar de fondo en la Casa de Barcelona, entre dos partidos que se agrupaban, cada uno de ellos, en torno del padre y del hijo.

Cresques se levantó y me arrastró hasta el obrador. Teníamos que hablar de graves asuntos. Los hombres del Lugarteniente me buscaban, porque tenían sospechas de que estaba implicado en la huida de dos presos de Valldaura. Le confesé a mi padre toda la verdad sobre la visita a Samuel y los pagos a Nariz de pimienta para sobornar a los vigilantes. Comprendió que yo había actuado en conciencia, haciendo lo que debía. Sin embargo, era preciso evitar un proceso por conspiración contra el Rey.

Si se descubría que yo había sufragado la fuga de dos encausados por traición, estaba perdido. Era crucial mover los hilos y las influencias posibles para impedir que me interrogasen en Mallorca. Sabido era que todos los interrogatorios acababan en acusación.

Acordamos que pediríamos el traslado del caso a la Aljama Barcelona. Era razonable: si los hechos se habían producido en Cataluña, el asunto debía pasar a la jurisdicción judía de allí. Comoquiera que nuestro amigo Hasday era el secretario del consejo judaico barcelonés, tendría fácil dilatar el asunto con toda clase de argucias. Con algo de suerte, la cosa se alargaría unos cuantos años y, cuando el rabino Hasday se viera obligado a dictar una orden de detención, si llegaba a contar con las pruebas suficientes para hacer tal cosa, las disputas sucesorias ya se habrían resuelto y olvidado el asunto. El tiempo era nuestro mejor aliado; delitos que hoy podían parecer imperdonables, quizá mañana carecerían de importancia. De hecho, no parecía que las sospechas sobre mi deslealtad fuesen el peor quebradero de cabeza del rey Pedro. Y, cuando el soberano pasara a mejor vida, no lo serían de nadie.

Decidimos, pues, que al día siguiente arreglaríamos los papeles para desembarazarnos de aquella molestia. La segunda cuestión pendiente era decidir qué destino les dábamos a los mapas encargados por el Rey. Yo imaginaba que, si pesaban sobre mi cabeza sospechas de conjura, el encargo sería anulado. Cresques me dijo que de ninguna manera: los mismos hombres del Lugarteniente le habían confirmado en persona que no había motivos para interrumpir el trabajo. Primero, porque Cresques y Jafudá eran dos personas distintas y no existían sospechas sobre él, y el encargo lo recibía el maestro, no el aprendiz. Pero, sobre todo, porque el Rey mostraba más interés por la cartografía que por la judicatura. El empeño en desarmar confabulaciones y tomar represalias procedía, en apariencia, de la reina Sibila. Lo cual también lo animaba a creer que el Ceremonioso aceptaría cualquier pretexto legal, a la hora de retardar el enjuiciamiento de mi caso. A condición, claro, de que le dibujásemos los mapas.

Las cartas más pequeñas no suponían ninguna complicación: eran sencillas de fabricar y el precio ofrecido era bueno. El gran mapamundi, en cambio, era un problema. Debía describir tanto las tierras del mundo conocido como las ignotas. Exigía mucha dedicación, y la experiencia de los dos mapas anteriores mostraba hasta qué punto una obra como aquella nos podía complicar la existencia. Además, añadí, el producto ya existía: quizá estaba en manos de Bernat Metge, o en poder de algún otro, pero ya estaba hecho. ¿No podíamos, simplemente, informar al Rey de que tal obra era ya una realidad que corría por su reino y que podía intentar quitársela al primogénito?

—No, Jafudá —sentenció mi padre—; ya hemos sufrido bastante las desavenencias entre el Rey y el Infante. Sólo faltaría que el Atlas Furtivo se convirtiera gracias a nosotros en un motivo más de disputa. Por otra parte, no sabemos muy bien si los legajos están en poder del duque de Gerona, o de micer Bernat, o de un tercero. Justo es decir, sin embargo, que en algo llevas razón: es una majadería repetir un gran esfuerzo para dibujar una cosa que ya existe.

—Lo mejor sería —reflexioné en voz alta, convencido de que la idea era irrealizable— encontrar el original y copiado. Nos ahorraríamos mucho trabajo.

—Eso ya lo sabemos, hijo, pero por ahora tenemos lo que tenemos. Verás —se me arrimó, como para hacerme una confidencia—; te diré lo que podemos hacer. Aceptamos el encargo, renunciemos a los anticipos y aguardamos alguna nueva sobre el Atlas. Mientras, dibujamos las cartas menores, las vamos entregando y damos largas en lo referente a la obra mayor. Y mañana será otro día.

No era mala idea, pero me sorprendía que Cresques se hubiera atrevido a considerada. Un hombre estricto y súbdito fiel, celoso de su rectitud, podía recurrir a la astucia para salvar a su hijo. Pero exponerse a engañar al monarca, el más poderoso señor del reino, por razones de trabajo, parecía impropio de persona. La vejez, pensé, quizá reblandecía las conciencias. En el cualquier caso, era de veras una salida inteligente, y no me cupo otro remedio que reconocer la solidez de los planes del maestro. Muy bien, admití: si él estaba dispuesto a correr tal riesgo, no sería yo quien me opusiera. Nos haríamos los vivos y a ver qué sucedía.

Hablamos de otros trabajos. El acuerdo con la gente de Datini de Prato era sencillo y nos convenía mucho. Mi padre me felicitó por el negocio que había cerrado Andrea Belardo. Aquellos socios de Barcelona y Florencia nos serían muy provechosos. Cresques me habló de los encargos que había aceptado de prohombres mallorquines. Además de los portulanos de costumbre, de brújulas y herramientas para patrones y armadores, le había prometido un mapamundi al canónigo Ribes. El ilustre prelado, hombre de letras y de alta alcurnia, sería, según algunos comadreos, el próximo obispo de Mallorca. Tratar en la Seo con un personaje como él, y en buena armonía, no tenía precio.

Una vez aclaradas las cuestiones del oficio, llegamos a la parte de la conversación que yo más temía. A mi padre se le encendió el rostro: no todo eran dificultades, dijo.

Tal como me había anunciado por escrito, las nupcias con la adorable Dulce, hija del rabino Salomón de Abrafim y de Hanini, ya habían sido concertadas. Admitía que el acuerdo llegaba con retraso, ya que la mayoría de muchachos de la Judería se comprometían antes de los quince años. Mi largo viaje a Barcelona había retardado el curso natural de mi noviazgo. Pero más valía tarde que nunca. Todo estaba a punto para la feliz ceremonia. La familia de ella era apropiada, modesta pero admirada; Hanini, aseguró, ya no era la mujer chillona de antes; y las dotes estaban pactadas. No, no era necesario que le agradeciese la mediación. Tan sólo había cumplido con su deber paterno, como hubiera hecho cualquiera. Y ya tenía en mente el regalo de bodas, un detalle muy especial y distinto a la dote o a los acuerdos materiales. Después de la boda, me investiría maestro. Pasaría a ser Jafudá de Cresques, maestro de cartas de navegar.

—Vuestra propuesta me honra y me llena de alegría, padre. Pero no sé —respiré a fondo antes de continuar—... si puedo aceptar tan generosos designios.

—Ya lo entiendo, Jafudá —respondió él, creyendo que yo había pronunciado una mera fórmula de cortesía—; todas las dichas han de tomarse con prudencia. Pero insisto. Quiero que seas feliz y que a partir de ahora entres en la comunidad como un hombre y derecho.

—No, padre. No me entendéis. No pienso consentir esa alianza. Ya soy un hombre por dentro —el semblante le comenzó a mudar—, mi corazón y mi cuerpo le han sido entregados a otra mujer.

—Hijo mío —replicó él, frunciendo el ceño y rascándose la barba—, todos hemos sido aprendices antes que maestros. Nuestro Señor querría que entrásemos al matrimonio sin máculas y no cayéramos en las tentaciones de la carne sin haber consagrado la unión con una mujer. Ahora bien —suspiró—, incluso el más piadoso de los Doctores de la Ley entendería, como lo entiendo yo, que semejante precepto no siempre puede cumplirse. Sobre todo, si la alianza se consuma a ciertas edades. No te obsesiones más y olvida los deslices del pasado.

Recordé las advertencias de mi hermana. ¿Cómo podía hacerle entender que no estaba dispuesto a casarme con la Dulce de los Abrafim? ¿Debía maquinar algún impedimento ficticio? ¿Debía intentar postergar las nupcias, igual que haríamos con el encargo del rey Pedro o como procuraríamos hacer con las acusaciones que me inculparon por la fuga de Samuel? ¿Cómo podía impedir aquella boda sin alterar el ánimo de mi padre, sin herir sus sentimientos ni darle un disgusto a aquel hombre, obstinado y frágil a la vez? ¿Qué debía poner por delante, el bienestar de Cresques o el mío? Si rechazaba aquel arreglo matrimonial, rompería las ilusiones de mi padre y complicaría sus relaciones con la comunidad; y lo redondearía todo al perder el grado de nuestro. Debía hablar con Selima.

—No sé, padre. Ya hablaremos. He de pensado.

Lo besé en la frente y lo dejé solo, con los ojos aún abierto de par en par y la cabeza agitándose de un lado al otro, en señal de incredulidad. Salí al huerto y

aproveché para presentar mis respetos a la tumba de Betros, cerca de las raíces del naranjo. Era aquél un lugar muy hermoso; el armenio debía de descansar en paz. Después continué hasta la casa de Astruga. El pequeño Isaac me dijo que sus padres no estaban. Todavía permanecían con la abuela, aseguró. Él se había marchado porque no le gustaban los pastelillos de miel que hacía la abuela Setaddar. Se le enganchaban en los dientes: me abrió la boca de par en par. ¿La esclava sarracena? Sí, detrás, sacando agua de la cisterna. El niño me cogió de la mano y me llevó hasta donde se encontraba Selima. Estaba de espaldas, desnuda de cintura para arriba. Levanté el dedo y me lo puse en los labios: mi sobrino hizo lo propio, con aire litúrgico.

Estaba apoyada hacia delante, una mano en la barandilla del pozo y la otra sujetando la cuerda. La melena le llegaba a la cintura. La espalda era esbelta y fuerte, del color de la tierra mojada. Los hombros de la túnica le habían caído sobre las caderas, pero incluso así se le adivinaban las esbeltas curvas de antes. En los tobillos aún se le veían las marcas de los grilletes, tan insultantes como siempre. Me agaché y fui a gatas hasta sus pies. Revolví entre mi ropa y saqué los dos collares de perlas. Los desabroché en silencio y le puse uno en el tobillo izquierdo. Ella se sobresaltó, pero no se movió. Le coloqué el otro en el pie derecho.

—Jafudá —dijo sin darse la vuelta—; ha regresado... Mi pequeño gran hombre ha llegado a casa, trayendo prendas de amor.

Soltó la cuerda y el cubo se precipitó con un chapoteo contra el fondo de la cisterna. Después se volvió poco a poco y sentí su mirada en mi espalda, postrado como estaba a sus pies. Alcé la cabeza con timidez. Más arriba de las faldas, entre dos pechos firmes y orgullosos, encontré sus ojos. No le pude sostener la mirada. Retrocedí y me erguí despacio con la cabeza gacha. De pie ante ella, hallé de nuevo sus ojos. El corazón me latía enloquecido y era incapaz de pronunciar palabra. Pero conseguí, mientras me estudiaba como a un perfecto extraño, mantenerle la mirada.

El tiempo no había pasado por ella. Parecía incluso más joven. Su belleza era eterna, espiritual, desafiante, como decidida a no morir. Yo sí que debía parecerle cambiado, porque me repasaba de arriba abajo y se esforzaba en reconocer a aquel muchacho que había tenido entre sus brazos. Indudablemente, mi cuerpo había crecido y madurado: aunque nadie lo hubiera dicho en aquel momento, porque una gran parálisis me había invadido. Cinco años de ausencia no habían borrado nada, simplemente habían enterrado sentimientos que volvían a aflorar. ¿Qué había hecho ella a lo largo de aquellos años? ¿Me deseaba todavía? ¿Había yacido con otros hombres? ¿Con cuántos? Más de una vez intenté hablar; pero me atragantaba. Hubo de ser ella quien rompiera el hielo.

—¿Cuándo sabrá Selima —de nuevo aquella voz serena y honda—... si el muchacho que conoció, el que llamaban Jafudá, todavía recita el Cantar de los cantares?

—Bien lo sabes, Selima. —Me aclaré la garganta—. Nunca has dejado de

acompañarme. Cada día y cada noche has estado a mi lado y has viajado conmigo. Y tú, princesa —me avergonzaba el temblor de mi propia voz—; ¿tú me has recordado?

—Selima no puede olvidar. La hija de la nieta del nieto del gran Sundiata siempre fue fiel a sus recuerdos, lo ha sido y lo será. Los hijos del Mali no olvidan nada, porque el ayer y el hoy son una sola cosa, y el hoy y el mañana la misma cosa.

El ardor juvenil se me esparcía de nuevo por el vientre. Saberme me querido por aquella mujer me alteraba, me hacía hervir la sangre. Sin embargo, la fiebre del amor también me agotaba, me debilitaba hasta enfermar. Era incapaz de decir todo lo que se paseaba por mi cabeza. Las visiones atravesaban mi mente como halcones en pleno vuelo; después topaban, se entrelazaban, se amontonaban y se confundían en una barahúnda inenarrable, y la palabra no era suficiente para expresar aquel caos angustiante. Miraba el cuerpo y el rostro de Selima y no podía evitar ver media Mallorca abocada a probar tan deliciosa fruta. Yo la quería mía, pero también sabía que jamás lo sería del todo.

—Selima, tú... —mascullé—, tú has... ¿te has entregado? Quiero decir si... si has conocido a otros hombres...

—Selima ofreció su corazón a un hombre cuando aún no lo era. El hombre de verdad sabe que las lealtades habitan en el corazón, y no en el cuerpo. Porque lo que vive dentro del corazón no morirá, y lo que entra por la piel se marchita con la piel.

Dudo que ella dijera aquello para calmar mis temores si realmente lo pretendía, no es preciso decir que provocó todo lo contrario. El temblor me creció por todos lados y las piernas a punto estuvieron de fallarme. La voz providencial del pequeño Isaac, a quien ya había olvidado, me devolvió al mundo de los vivos. El niño nos había observado en silencio, azorado por nuestras extrañas palabras y mi estrafalaria actuación, hasta que no pudo aguantar más.

—¿No pensáis sacar el cubo del pozo?

Selima sonrió, y yo también. Ella alzó el cubo, lo dejó en el suelo y llenó un cucharón, que acercó a labios del pequeño para que bebiese. Después le dijo algo al oído e Isaac salió disparado hacia el huerto. Ambos observamos cómo se marchaba, en una carrera precipitada, a punto de tropezar. Nos miramos en silencio, pero estoy seguro de que ella imaginaba lo mismo que yo. ¿Cómo sería un hijo nuestro? ¿Sería alegre y juguetón, como aquel sobrino mío, o nacería marcado por las diferencias de estamento de los padres? ¿Quién lo protegería de las incomprensiones del vecindario?

Cuando nos quedamos a solas, fui capturado de nuevo por el encanto de aquella mujer. Sus pechos invitaban a abrazada, a sentirla apretada contra mi torso. Su semblante me embelesó produciéndome una dulce embriaguez. No podía rehuir su mirada, y tampoco afrontada y dominada. La fuerza del deseo me empujaba hacia ella, y otra fuerza oculta me lo impedía. Permanecí inmóvil, esperando. No cabía duda acerca de quién era el esclavo y quién el amo. Fue ella quien se movió primero. Se me acercó y me acarició las mejillas. Me dio un beso breve, demasiado breve, la boca.

—¿Jafudá tomará por esposa a una doncella judía?

Yo no quería a ninguna mujer judía, le dije. La quería a ella, hija de los mandinka, llegada de la tierra del cenit. Ella estaba en mi carne, en mi espíritu y en mi pensamiento. Vivía a mi lado, en el aire que respiraba y dentro de mis mapas. No había lugar para otra mujer. Me rodeó la espalda con sus brazos y me atrajo hacia su cuerpo. Dos vidas se habían encontrado, dijo, y no podían confundirse si querían seguir encontrándose. Me entretuve en la finura de sus brazos. La separación sería la mejor prenda para conservar la unión. Notaba sus formas a través de la ropa. Estaba escrito, el secreto sería la argamasa del amor. La espalda le vibraba con las palabras. Un judío y una esclava. La libertad no existía en nuestro mundo.

Le intenté explicar que había pedido la bigamia y que todos los problemas tenían solución. Ella me selló la boca con un beso. Selima era más adulta y nunca sería inconsciente. Protesté. Me mojó el cuello con los labios. Selima no quería juramentos, porque pasaría un año y otro y aun otro, y los juramentos se romperían. Selima no pedía la fidelidad de la carne, la carne que envejecía y se pudría. Me paseó los dedos por la nuca y sentí escalofríos. Habría otras mujeres para Jafudá, habría una familia y un oficio respetado. Mi entrepierna estaba a punto de explotar. Y quizá habría hombres para Selima, habría obediencia de una sirvienta y un mañana plácido. Mordí su labio inferior y, aquella vez, la callé yo. Me soldé a ella.

Las nupcias se celebraron tal como mi padre había dispuesto. El día señalado para ellas, me engalané y acompañé a mi familia a la Sinagoga Mayor. Cresques estaba exultante: había desenterrado sus mejores ropas y tomado del brazo a Setaddar, como si fuera una infanta del reino. Al llegar al templo, saludamos a sus consuegros. El rabino Salomón iba de negra, llevaba unas trenzas larguísimas y tenía la cara de siempre, con facciones severas y enfermizas. De verlo caer muerto allí mismo, nadie se hubiera extrañado. Su mujer, Hanini, en cambio, era pura carcoma: hablaba por los codos y despotricaba de todo y de todos. La novia escondía bajo el velo su rostro seco y soso.

Los vecinos comenzaron a entrar. Le daban a mi padre palmaditas en la espalda y muy de vez en cuando me dedicaban alguna a mí. Las mujeres se cogían de las manos y reían. Comparecieron cuatro jóvenes estudiantes de la Ley con el palio dispuesto; Dulce y yo nos colocamos debajo y el resto de la gente se colocó por sexo, edad y estamento. Sacaron los tomos de la Torá, y el Gran Rabino de Mallorca leyó algunos mandamientos. «Fructificad y multiplicaos», empezó a recitar, y yo miré de reojo a mi esposa. Mejor no, pensé. Oímos las siete bendiciones y después estrellamos una copa de vidrio contra el suelo. Pisoteé los pedazos con furia, convencido de que la antigua sabiduría tenía razón en una cosa: la ventura era tan pasajera como aquel frágil cristal.

La fiesta fue sonada y durante muchos años fue recordada en la Judería y también

en la ciudad gentil. Fue organizada en el jardín de casa; no podía ser de otra manera, porque Salomón de Abrafim y los suyos compartían con otras familias apenas un par de aposentos en un edificio modesto. Acudieron todos los maestros y aprendices de nuestro oficio. También asistieron prácticamente todos los rabinos, compañeros de mi suegro, y algunos estudiantes de la escuela mosaica. Los consejeros de la Aljama aparecieron en formación, y cumplieron educadamente a su compañero de corporación, Cresques de Abraham. Algunos desaparecieron y el resto dispensaron grandes abrazos al rabino Salomón. No faltaron los parientes cercanos y lejanos y, como suele suceder en estas ocasiones, descubrimos a más de uno que jamás habíamos visto.

Acudieron, también, muchos cristianos, aunque en ningún momento se mezclaron con los demás; no quisieron cantar ni sumarse a los bailes. Un grupo de mercaderes y patronos, sentados alrededor de una mesa, no levantaron el culo en toda la noche. No vimos al Lugarteniente, pero sí al Procurador y su gente. Los caballeros llevaban las espadas ceñidas y no tuvieron la cortesía de quitárselas antes de entrar. El Procurador Real no me saludó, aunque habló con maese Cresques para felicitarlo y anunciarle que mi caso estaba en manos de la judería catalana. Por lo que supe más tarde, también se interesó por la entrega de las cartas pendientes.

El canónigo Ribes llegó mediada la fiesta, con su vestimenta de terciopelo y un grupo de capellanes aduladores. Lo acababan de nombrar Pavorde de la Seo, y todos los cristianos y algunos judíos iban de cabeza por besar los anillos de quien pronto sería la más alta eminencia eclesiástica de la isla. Cuando se me plantó delante, no me acerqué a su anillo; tan sólo me incliné levemente: sus acompañantes se mostraron enojados, pero él no. Me animó, por cierto bastante amablemente, a visitarlo algún día. El preboste dio media vuelta y se marchó, al son del roce de telas almidonadas, encabezando su tropa de discípulos.

Aquella fiesta fue memorable. Por un momento creí que las turbulencias de nuestro tiempo quedarían atrás y la ilusión de aquella convivencia, por falsa e incómoda que fuera, permanecería. Sin embargo, fue sólo un breve instante, porque en el fondo podía oler, escuchar y observar los signos de tormenta. Los invitados llevaban máscaras y el único protagonista que realmente disfrutaba de la celebración era el viejo Cresques, medio ciego de júbilo. Yo no podía compartir su engañosa alegría. En una liturgia consagrada al amor, estaba ausente la persona que amaba. Aunque no del todo, ya que Selima, encerrada en mi aposento, preparaba el tálamo. Ella había asumido aquella tarea, precisamente ella, y por elección propia.

Debía de ser cerca del *xahàrit*, es decir maitines, cuando Selima bajó al patio y se acercó a mi padre. Yo no le podía quitar los ojos de encima. Se arrodilló ante Cresques y le entregó la llave de la estancia matrimonial. Me pareció aquél un acto humillante y poco me faltó para llorar de vergüenza. Mi padre vino hacia mí, pero yo seguía mirando más allá, por encima de sus espaldas, hacia la figura postrada de Selima. La gente enmudeció. Mi progenitor me alcanzó la llave. La cogí

maquinalmente, sin atender a las palabras de Cresques.

—Siempre he sabido que algún día, Isaac, traerías dicha a esta casa.

No entendí que padre se había equivocado hasta que creció un murmullo a mi alrededor. Entonces me fijé en él y me di cuenta de que no estaba en sus cabales: una expresión vacía y perdida delataba su ausencia. Madre lo cogió del brazo, hizo una mueca condescendiente y se lo llevó como si fuera un crío. Pedí a mi cuñado que cerrase el convite y me encaminé decidido hacia la casa. Antes de entrar, me volví para ver Selima, pero ya no estaba allí. Mi mujer se acercaba con pasos cortos y vacilantes, la cabeza gacha y las manos enlazadas a la altura del vientre. Subimos a la estancia, nos encaramamos a la cama —un catre imponente, con patas, dosel y cortinajes—, y cumplimos con lo que ordenaba la tradición.

Mi vida tomó un aire triste y abnegado. Padre hizo honor a su promesa y me invistió maestro. Los compañeros de oficio se alegraron porque, si bien mostraban un gran respeto por Cresques, sus achaques y desmemorias eran cada vez más frecuentes y ya no era de fiar. Me propuse ser un buen esposo y lo cierto es que nunca le levanté la voz a Dulce ni le puse la mano encima. Cumplí con el acuerdo matrimonial en las cuestiones materiales; en las del corazón hice lo que buenamente pude. No dejé de verme con Selima, aunque con menos frecuencia de lo que hubiera deseado. Nos encontrábamos siempre en el establo, como la primera vez, y entre cita y cita me dedicaba a combatir la añoranza y los celos.

El mismo año de los esponsales, la peste volvió a Mallorca. Se presentó mediado agosto, bastante después de azotar Barcelona y Valencia, cuando todos nos alegrábamos ya de habérnosla ahorrado. No fue una de las peores mortandades; pero, extramuros, algunos campos de labranza se quedaron sin brazos: dos años más tarde, las autoridades aún ofrecían tierras mostrencas a cambio de exención de tributos. En Ciudad de Mallorca, como siempre, la epidemia atacó los cuerpos más débiles. Mi hermana perdió a su hijo menor, Vidal, y poco le faltó para caer en la demencia. También murió mi suegro, el rabino Salomón de Abrafim, tras grandes fiebres y delirios. Malas lenguas propalaron que antes de expiar dijo que el Señor lo castigaba por entregar a su hija a unos descreídos.

El principal motivo de mi boda, pulir nuestras relaciones con el vecindario más rencoroso y estrecho de miras, sufrió un serio revés con la defunción del rabino. Cuando se difundieron los rumores sobre las postreras palabras del viejo Salomón, nos convertimos en blanco de comadreos y envidias de la comunidad. La peste, claro, no mataba a cualquiera; era un castigo divino, y el único pecado que había cometido aquel santo varón había sido mezclar la sangre de los suyos con la nuestra. Otros decían que no se lo había llevado la peste, sino el disgusto de entregar una hija a la perdición a cambio de cuatro sueldos. Las malas lenguas volvieron a insultarnos. Éramos unos marranos, que a todas horas alternábamos con cristianos.

Gente que había sido acogida bajo nuestro techo, incluso algunos que habían asistido a mi convite de boda, propagó embustes. Que si habíamos invitado a más

gentiles que judíos, que si yo había hecho la señal de la cruz ante el canónigo, que si las mesas rebosaban de matanza y embutido... Nuestras supuestas riquezas eran fruto de la amistad que manteníamos con prelados y príncipes cristianos, y se rumoreaba que bajo las losas y el jardín escondíamos grandes tesoros. Yo engañaba a mi mujer —¿y quién no en aquella tierra de hipócritas?—, la forzaba a besar crucifijos y la molía a golpes cada mañana para que guardara silencio.

Las injurias llegaron al pleno de la Aljama. El Gran Rabino, que poco antes me había ungido en matrimonio, ordenó una investigación. Maese Cresques, que formaba parte del Consejo, invocó su condición de Familiar Real. Los demás consejeros convinieron en que sólo la Corona podía emitir juicios sobre los súbditos que disfrutaban de su protección directa. Sin embargo, el joven maestro Jafudá no compartía los mismos privilegios, tal como se desprendía del traslado del pleito sobre hechos ocurridos en Barcelona el año anterior. Si en aquel caso Jafudá se había sustraído a la jurisdicción real y amparado en los oficios de la Aljama catalana, ahora no podía hacer lo contrario y escapar a las atribuciones de la Judería mallorquina.

Se incoó un proceso, pues, contra mi persona, bajo las acusaciones de heterodoxia en la práctica de la ley judaica y de incumplimiento de los pactos nupciales. Mi padre me explicó la naturaleza de los cargos y me recordó las sabias palabras de su abuelo: la peor amenaza siempre vendría de quienes tuviéramos más cerca. Por desgracia, la máxima del abuelo Vidal parecía cumplirse fielmente, en vista del daño que nos había hecho Samuel, de aquella nueva campaña de los filisteos de la Judería contra nosotros y de otros quebraderos de cabeza que pronto nos harían la vida imposible. Porque la muerte de mi suegro, por imperativo de la observancia de los mandamientos, nos obligó a acoger a su mujer enviudada. Y, como en el caso del huérfano Corcós, una acción piadosa se convirtió en una pesadilla insoportable.

La vieja Hanini se instaló en casa con su hijo Jucef y su nuera Estela. Todos acabaron en el antiguo aposento de mi hermano y Samuel; fue ése el primer motivo de disputa. El brujo Cresques, rezongaba la madre de Dulce, tenía un enorme taller, un establo desaprovechado y un huerto demasiado grande, y no era capaz de ceder ni un rincón para acomodar a su familia con decencia. Ella se veía obligada —lo proclamaba a los cuatro vientos— a estorbar los deberes conyugales de su hijo. Aquella cohabitación no era nueva para ella, claro: cuando su hombre estaba vivo, ya se había encontrado en la misma situación. Pero entonces eran pobres, decía, y en cambio el brujo era el judío más rico de la isla. ¿No había levantado una casa entera para la hija, cuando le había convenido? ¿Y no estaba construyendo unos baños en plena sequía, en medio de aquel amplio jardín? Era una vergüenza: rodeados de lujo, debían hacinarse misérrimamente.

Hanini y su nuera profirieron toda clase de insultos y amenazas. Advirtieron de que hablarían con los miembros de la Aljama y se lo contarían todo. Mi flagrante adulterio, que ya clamaba al cielo, nuestras conchabanzas con nobles cristianos en perjuicio de la comunidad y mi esterilidad. Cuando se cumplió un año de la boda, mi

suegra no pudo contenerse más y acudió al Gran Rabino. Según ella yo no observaba mis obligaciones maritales, porque en doce meses no había preñado a su hija. La culpa no era de Dulce, afirmaba: a buen seguro había heredado el don de la fertilidad de su madre, que concibió siete criaturas, cinco de las cuales murieron. Ella siempre lo había dicho: aquel Jafudá llevaba consigo un maleficio desde el mismo día en que nació.

No recuerdo todas las ofensas y ultrajes que aquella bruja fabricó contra mi nombre y el de mi familia. Sus desvaríos no tenían precio. Tan pronto me acusaba de envenenar el agua que bebía mi mujer, como de darle palizas a diario con el propósito de evitar la procreación. Aseguraba que en sus días fértiles me alejaba de ella y que sólo yacíamos durante los doce días del período, rompiendo así con el precepto de abstinencia obligada. Sólo utilizaba a aquella pobre infeliz para descargar mis impulsos animales y para encubrir mi naturaleza concupiscente y avara con el buen nombre de su difunto padre.

El Gran Rabino era un hombre estricto, pero ni mucho menos corto de luces. Se dio cuenta de que la lengua viperina de Hanini escupía mentiras. Si yo era un promiscuo como parecía, y me entendía en adulterio con otra mujer, ¿para qué necesitaba a la triste Dulce? ¿Y por qué tenía que arriesgarme a violentar la norma de abstinencia? Si yo era estéril, ¿qué necesidad tenía de inventar tantas mezquindades? Y, si era fértil, ¿por qué no había preñado a mi supuesta concubina? Compartió sus dudas con otros miembros de la Aljama, lo cual alegró a mi padre. Sin embargo, decidieron proseguir con el proceso, en vista del malestar que crecía entre el populacho, y aclarar qué había de cierto en aquellos desventurados rumores.

Los aires enrarecidos de casa resultaban insufribles. Le pedí a Cresques que echara a mi suegra y a mis cuñados y, si quería, también a mi mujer. Me contestó, con razón, que aquello crisparía aún más los ánimos del vecindario. Sin embargo, se sentía responsable del embrollo, y prometió que a la mañana siguiente llevaría una carta de protesta a la Almudaina. Estaba dispuesto a hacer llegar sus quejas al duque de Gerona, si era preciso. La Judería formaba parte del patrimonio real, insistió, y un conflicto como aquél podía arruinar, bajo la apariencia de una pelea familiar, la prosperidad de la Judería mallorquina. Dejé que actuara según su criterio. Su proceder me parecía exagerado; pero, si resolvía el problema, no tendría nada que decir.

Me quedé estupefacto cuando, algunas semanas más tarde, el Lugarteniente nos convocó en audiencia. Había recibido despachos de Perpiñán con instrucciones que era preciso ejecutar sin demora. Lo encontramos en el propio patio de la Almudaina, cuando salía de la capilla de Santa Ana. Nos hizo pasar a su escritorio, más austero que los que yo había visto en otros palacios, pero lleno de luz: desde las ventanas se veía la rambla, el Consulado de Mar, el campanario de la Santa Cruz y, en la lejanía, en la cumbre de un cerro, el castillo de Bellver. El noble señor se interesó por nuestro trabajo: Cresques contestó que, con un poco de suerte, los primeros mapas estarían

listos aquel mismo mes. El representante del Rey alcanzó un pergamino a mi padre y a mí me dio otro. Eran copias selladas, dijo. Los originales estaban bajo custodia del Archivero Mayor.

Cresques desenrolló el primer mensaje. Vio el sello del infante Juan y comenzó a leer la larga misiva en voz alta: «*Pro Cresques Abraam, judeum civitatis Majoricarum. Nos infans Johannes etc., considerantes ipsum domines Regem nostrum carissimum...*». De vez en cuando, consultaba alguna de las expresiones al Lugarteniente, disculpándose de su ignorancia de la antigua lengua cristiana. En resumen, el escrito otorgaba la condición de Doméstico a mi padre, que se sumaba así a la de Familiar. En reconocimiento de su señalada contribución al bien común, le concedía tal privilegio y añadía las siguientes gracias: licencia para proveerse de agua de la acequia real, con un cañón del calibre de una pluma de oca; un mandato a la Aljama para que no le impusiera tributos abusivos; y el permiso real para abrir, sin servidumbres, unos baños públicos la Judería.

En unas *addenda*, el infante Juan informaba de que había instruido a su Gobernador y Lugarteniente del Reino de Mallorca para que amenazara a Hanini, Jucef y Estela con una multa de cien florines. Si proferían improperios o amenazas contra Cresques o su familia, serían castigados. Si pasaban de las palabras a los hechos, los hombres del Lugarteniente los prenderían sin contemplaciones. «*Dominus Dux misit eram signatam el ideo expediendum. Probata.*» Cresques enrolló el documento y me animó con una sonrisa de complicidad a abrir mi misiva.

Hechos los saludos protocolarios, el Infante me hacía saber —también en latín— que nuestro hermoso mapamundi se encontraba ya en la biblioteca del rey Carlos de Francia. Tan elevado servicio, que había ennoblecido los lazos de Aragón con la casa de Valois, junto con los muchos y sabios consejos que yo le había dispensado en Gerona, merecían la concesión de familiaridad a mi persona. Esboqué una sonrisa: aquellos halagos llevaban la impronta de micer Bernat. El privilegio de familiaridad me dispensaba de vestir sacos y sombreros de judíos, llevar la rodela en el pecho y de someterme tanto a la Aljama como al alcalde de la Ciudad. A diferencia de los domésticos cristianos, no estaba autorizado a llevar espada.

La obtención de tan preciado título, sin embargo, también tenía sus inconvenientes. La carta decía expresamente que toda inculpación o sumario abierto contra mi persona pasaba a depender de los representantes del duque. Y, en Mallorca, el legado del Infante y el diputado del Rey eran la misma persona, o sea, el Lugarteniente. Por supuesto el buen Juan rogaba a su agente que no ejecutase ninguna acción sin previa consulta, pero quedaba claro que la Aljama de Barcelona perdía toda atribución en mi caso. En pocas palabras: dejaba de estar en manos del rabino Hasday y quedaba a merced de los ardides de Bernat Metge. Que el Señor se apiadara de mí y me protegiera de mi nuevo valedor.

Para acabar, la carta se expalaba en una insólita disertación sobre la Ley mosaica, el respeto de la Corona hacia las costumbres judías y la obligación de

conciliadas con el derecho canónico imperante. No entendí nada hasta que llegué a la frase determinante y, entonces, me ruboricé: el primogénito del Rey me eximía de cualquier pena, sanción o incriminación si resolvía acogerme a la tradición judaica de la bigamia. Mi padre se volvió, con los ojos fuera de las órbitas y la boca abierta de par en par. El Gobernador no se inmutó: nos invitó a firmar el acuse de recibo, dijo que abriría diligencias para cumplir con lo que debía ser cumplido y nos acompañó a la puerta. Cresques obedeció como un corderito, sin chistar, y no reaccionó hasta que estuvimos cerca de Santo Domingo.

—Hijo, ¿qué cuento es ese de la bigamia?

Le confesé el disgusto que tuve en Barcelona al recibir la noticia de mi compromiso con la hija del rabino Salomón. No le confié que había hecho una petición expresa, ni que la solicitud estaba relacionada con mi pasión por la muchacha mandinka. Él tampoco quiso entrar en detalles. Sabía que su obsesión por arreglarme un buen partido nos había conducido a la desdicha. Se sentía culpable de las desgracias que mi mujer y sus parientes habían traído a nuestra familia. Sin embargo, también se sentía engañado.

—Soy tu padre, Jafudá —se quejó, con los ojos llorosos—; ¿por qué no me lo dijiste? ¿Acaso te he ocultado yo algo alguna vez?

—Padre, lo intenté, de veras... Bueno, lo hice demasiado tarde, de acuerdo... No os lo toméis así, os lo ruego. Fue una pataleta y, quién sabe, quizá ahora nos beneficie...

—Siempre lo supe, hijo —de pronto, el hombre se había transfigurado y me agarraba el brazo con una fuerza inusual—... sabía que algún día me traicionarías. Tú, el primogénito que nació con espíritu de mujer, mi desgraciado Isaac...

Le quité el pergamino de las manos y con el brazo libre le rodeé la espalda. Lo zarandeeé cariñosamente para tranquilizado, y lo acompañé a casa. Muy despacio, intentando no turbarlo.

No utilicé la dispensa de bigamia. Lo consulté con mi hermana y con madre, y me recomendaron no hacer nada que pudiera empeorar el estado de Cresques. En el barrio, añadieron, no se entendería que castigase a Dulce con semejante humillación, cuando ya habíamos conseguido de la Casa Real una protección expresa de las iras de la suegra. Desde hacía tiempo la vieja costumbre de tomar segunda esposa había decaído entre los judíos, y recuperarla gracias a nuestra posición de privilegio hubiera parecido una nueva provocación a la comunidad. Además, ningún rabino se prestaría a officiar una ceremonia entre un mal creyente como yo y una esclava infiel. Podía apelar a maese Hasday, naturalmente, pero a costa de despertar recelos entre dos aljamas.

Hice lo más sencillo: cambiar de mujer sin pasar por la Sinagoga. Abandoné mis deberes para con Dulce, que no se lo tomó ni bien ni mal, y Selima se convirtió en mi

esposa de verdad. De cara afuera, nada había cambiado y, oficialmente, continuaba teniendo una sola mujer legal. Esa costumbre era corriente entre los nuestros, y también entre los gentiles, sobre todo los ciudadanos y prelados que se lo podían permitir. Tan sólo era preciso guardar las formas públicamente, aunque puertas adentro todos supieran la realidad. Para acallar a Hanini y los suyos, les propusimos que ocuparan la casita del huerto. Aceptaron y allí se instalaron los cuatro. A la casa principal vinieron Astruga y su marido, y reconstruimos el establo para las dos criaturas. Sólo salió perdiendo el ganado, que fue a parar al huerto.

Selima se acomodó en mi aposento. El gran lecho con colchón, rodeado de cortinajes para proteger la intimidad, comenzaba a tener sentido. Compramos dos cofres, uno de madera de chopo y el otro de azufaifo, donde guardábamos nuestras ropas. Le regalé a Selima túnicas de algodón, para que vistiera con elegancia, y una blusa de seda azul que sólo usaba en privado. Una apariencia de felicidad entró en mi vida. La alegría no era absoluta, claro; hubiera querido que todos, desde el más fiel al más extraño, reconocieran en aquella sublime mujer a mi verdadera esposa. Sin embargo, el cambio fue notable: a partir de entonces, dejé de sentir angustia y celos a causa de Selima.

Cierta calma volvió a nuestro hogar. Empleamos a dos aprendices, chiquillos de familia humilde que nos ayudaron en el trabajo y atemperaron la envidia de los vecinos pobres. Hubo quien pensó que en casa del brujo se empezaba a repartir la riqueza. Los patrones y armadores fueron recibiendo, no sin retraso, los encargos más sencillos. Las tres cartas del Mediterráneo que había pedido el rey Pedro fueron remitidas a Barcelona y llegaron a tiempo para los festejos del cincuentenario de su reinado. Aquellos mapas no eran el mejor presente para el monarca decano de la cristiandad, aunque tampoco el jubileo del Rey en su conjunto fue muy lucido. No asistieron ni los infantes ni ninguno de los altos señores del reino. Las groserías de la reina Sibila y de su camarilla ampurdanesa disgustaron a los pocos embajadores presentes, enojados ya a causa de la indiferencia que manifestaba el soberano respecto al gran cisma de la Iglesia.

Los asuntos de la Corona, pues, andaban tan revueltos como de costumbre, lo cual nos favorecía. La Cancillería del Ceremonioso no reclamaba aquel gran atlas que él en persona me había requerido en Barcelona. Y Bernat Metge no movía pieza en el procedimiento instruido contra mí, bien por falta de tiempo, bien por no remover unos hechos incómodos para su señor el Duque.

La disputa dinástica ocupaba a tirios y troyanos. Sibila había convencido al Rey de que desheredase a su primogénito, pero el Justicia de Aragón, bajo advertencias o amenazas del infante Juan, invalidó el edicto. Los aires traían de nuevo presagios de guerra sucesoria.

En Mallorca aquella pelea no despertaba interés. Nos preocupaban más los rebotes de peste de cada verano, más virulentos o menos. No había año sin bubas, gritos y penitencias masivas. Cuando no se trataba de la peste infantil, la epidemia se

cebaba con la gleba y los labradores moros. Cuando no hería los pulmones, obsequiaba a los ganglios con bubas como castañas. La Junta de la Morbería ya no sabía qué hacer: por mucho que mandase perfumar, airear y fumigado todo con vinagre, el contagio se repetía año tras año. Las mortandades se llevaban brazos y generaban escasez de pan. El número de hurtos y crímenes crecía. Al llegar el calor, raro era el día en que no se ajusticiara a ladrones en el Llano de las Tortugas, cerca de la rambla. La chusma se reunía para regalarse con el espectáculo, sin pensar en que al día siguiente les podía llegar el turno a cualquiera de ellos.

Los corsarios sarracenos, previendo la extenuación de nuestra tierra, frecuentaban nuestras playas. En la bocana de Porto Pi, los guardias habían dispuesto cuatro bombardas. Cuando los piratas se acercaban, aquellos ingenios infernales comenzaban a tronar, para mayor disfrute de críos y desocupados. La novedad era tan impresionante que los asaltantes huían asustados, pero enseguida encontraban alguna cala desprotegida para desembarcar y saquear a placer. Si alguna partida berberisca era desbaratada, no era nunca gracias al trabucazo, sino al coraje de los ballesteros de tierra o de los galeotes que le daban alcance. En tales ocasiones, poco frecuentes, los apresados eran encadenados y conducidos a la horca acompañados de alegres comitivas.

Fue durante aquellos años turbulentos cuando tuve el placer de recibir la visita de un viejo amigo: fray Anselmo Turmeda. Apareció de pronto en el obrador y todo fueron abrazos y besos. El buen monje iba hacia Túnez, y había pasado por Ciudad de Mallorca para recoger sus pertenencias. Avisé a padre y le rogué a Setaddar que preparara una cena generosa. Selima se sentó a la mesa con nosotros e inspiró al fraile grandes elogios. Afirmó con donaire que el paraíso debía de encontrarse hacia el mediodía, porque belleza y gracia como las de Selima ya no se daban entre las mujeres cristianas.

Cuando nos quedamos a solas, Anselmo me confesó sus intenciones. Quería abandonar la orden, la fe cristiana y la patria. Ya sabía bastante de estrecheces de miras y rencores. Marchaba hacia tierras mahometanas, dispuesto a abrazar las palabras del Profeta, que le parecían más francas y pródigas. Me mostró unas coplas que había dedicado a la isla de Mallorca, de las cuales aún guardo copia: «Señora, antiguamente, antes de que fueseis cristiana, reinaba gran unión entre vuestra gente pagana... nunca se dio tal unión, del mediodía al septentrión». Los versos eran como lamentos, llenos de tristeza y añoranza por nuestro antiguo mundo, mundo que perdíamos sin remisión.

El amigo Turmeda nos invitó a mí y a Selima a acompañarlo: pero rehusé el ofrecimiento. El trabajo, padre enfermo, mi querida tierra... todo servía como pretexto para no admitir mi cobardía. El valeroso converso insistió, afirmando que las peores desgracias aún estaban por llegar y temía por mi integridad. Respondí que admiraba a la gente como él, capaz de romper con su mundo, pero yo no estaba hecho de aquella pasta. Nos despedimos con lágrimas, conscientes de que no volveríamos a

vernos. Antes de partir, me rogó que velase por los míos y bajo ningún concepto despreciase los signos de adversidad. Vendrían épocas difíciles, aseguró. Me deseó fuerza y me dio su bendición: su postrera invocación cristiana, dijo risueño, era para un chueta. Cuando se fundió con la noche aún reía y lloraba a un tiempo.

Pocos días más tarde, un hecho inesperado me permitió comprender el significado profundo de las palabras de mi amigo. No, no fue ninguna desgracia, antes al contrario; fue una nueva que me llenó de gozo y orgullo. Selima me anunció que esperaba un crío. El cambio de aposento y la frecuencia de nuestros ayuntamientos habían dado sus frutos. Yo estaba exultante, no es preciso decirlo, y poco me faltó para echar a correr hacia Hanini y refregarle mi paternidad por la cara. Sin embargo, también me di cuenta de mis obligaciones. Tenía dos familias, por así decirlo, a mi cargo: una sobrevenida y otra a la que quería con locura. Pronto tendría descendencia, y ese convencimiento despertó en mí un fuerte instinto protector.

Quizá fue este cambio el que me animó a pedir una audiencia al canónigo Ribes. Con cuatro retoques más, la carta que nos había encargado estaría completa. Más lógico habría sido ceder el protagonismo a mi padre, que lo conocía mucho mejor y había iniciado el trabajo. Sin embargo, Cresques se hundía en la senilidad y como mucho oficiaría de porteador. Era menester que hablase personalmente con el pavorde. Un obispo era el mejor cobijo contra cualquier temporal y, según ciertas voces autorizadas, el nombramiento del prelado era cuestión de días. El Capítulo ya lo había elegido, la curia de Aviñón se había pronunciado y la de Roma también. El proceso se había demorado a causa de la neutralidad del Rey; el Ceremonioso deseaba que todas las vacantes episcopales se cubrieran por consenso. Ahora tan sólo era preciso esperar a que el Soberano se recuperara de una gripe pasajera.

El día señalado para la audiencia me atavié de ciudadano, enrollé las vitelas y me dirigí al palacio del Obispo. Acababa de celebrarse la Navidad y caía una llovizna fría. En Palacio me dijeron que su Eminencia —ya recibía este trato— estaba en la Seo. Rodeé los baluartes de la Catedral, pues, y traspasé los arcos ojivales de la portalada del Mirador. Aliviado comprobé que, aunque había mucha gente, no se estaba celebrando misa. Se escuchaban sonos de zambomba y caramillo, que resonaban alegremente bajo la grandiosa nave central. No era la primera vez que entraba en el edificio, pero sí la primera que lo hacía solo y sin distintivos judíos. Me abrí paso con discreción, procurando no estropear los mapas.

Ante el altar, hombres y mujeres de alta condición habían formado una circunferencia y saltaban al son de la música. El Rey entraba en convalecencia, según me informó un mirón, y con aquel baile se festejaba su mejoría. Más tarde se celebrarían carreras y se rifarían ocas entre los ganadores. La misa de San Esteban ya había terminado, añadió el hombre al verme tan serio y tenso. Me aproximé aún más al bullicio y localicé al canónigo en el rolde, entre la mujer del Lugarteniente y una dama emperifollada que yo no conocía. Allí se encontraban también un par de jurados, el veguer, el alcalde y señoras de toda edad. Callaron los músicos, se deshizo

el corro y aproveché para abordar a Su Eminencia.

El preboste me reconoció enseguida y no me dio ocasión ni de inclinarme levemente. Me cogió del brazo y me condujo a la sacristía: me pareció que un montón de nobles miradas se me clavaban en la espalda, pero no escuché murmullos de ningún tipo. Hizo salir a los sacerdotes que se encontraban en la sala y allí, entre casullas, cálices y misales, desplegué la carta. Era una obra ornamentada, iluminada con seis tintas y llena de figuras. No la habíamos encuadernado como un libro, porque tenía que ser enmarcada y colgada en el Palacio Episcopal. El canónigo la inspeccionó con cuidado, sin pronunciar palabra: echó un vistazo curioso a Oriente, se entretuvo en Tierra Santa y se detuvo en los perfiles de nuestras playas. Al terminar, se irguió, y reconoció con un bufido que era el trabajo más admirable que jamás había visto.

Demoró la liquidación firmando un pagaré. Más valía dejarlo todo dispuesto, dijo, antes de que el reino se pusiera patas para arriba. Le pregunté qué había querido decir. El eclesiástico se explayó relatando las nuevas que le llegaban de la Península; parecía bien informado. El rey Pedro no se recuperaría, dijo, por mucho que el pueblo celebrara sus amagos de restablecimiento. Esta vez, el ataque de fiebres tercianas era definitivo: Sibila de Fortiá, temiendo lo peor, lo había abandonado. La Reina se había llevado todas sus joyas y ropas, y la guarnición de la ciudad había salido a ensalzarla camino de La Geltrú. La ligera mejoría del Rey, que celebraban en aquellos momentos en la Catedral, sólo le había servido al Soberano para darse cuenta de que moría en la más dolorosa soledad.

Ahora todo el mundo había puesto los ojos en el primogénito. El infante Juan, empero, sufría sus propios —y graves— contratiempos. Se había dado una larga cabalgada hasta Martorell, con la esperanza de que el Rey le abriera las puertas de Barcelona y se reconciliara con él. Sin embargo, el gran Pedro, obstinado hasta el fin, no accedió. En Martorell, agotado por el viaje y desesperado, el duque de Gerona también cayó enfermo. Las convulsiones que padecía habitualmente se le agravaron, hasta el punto de que, auguraban algunos, quizá expirara antes que su padre. Otros rumores llegados a Mallorca afirmaban, en cambio, que el heredero de la Corona saldría de aquélla. Como si, a pesar de los maleficios y sortilegios de sabios, santiguadores y charlatanes, Nuestro Señor quisiera protegerlo para traer paz a la Tierra.

Por si fuera poco, el Príncipe no tenía hijos varones, lo cual ponía en peligro la línea sucesoria. Siempre podía recurrirse al Infante Martín, claro; pero era de espíritu blando, poco apto para reinar. Si el príncipe Juan se dejaba dominar por su mujer Violante, y por todos los conspiradores de la corte ducal, era de prever que su hermano aún se mostrara más insensible. Un tal Bernat Metge, desde hacía poco secretario del primogénito, manejaba todas las intrigas del reino; era un hombre tan astuto que, según las malas lenguas, acabaría aprovechándose de la confianza de ambos Infantes para traicionarlos, echarlos y fundar una república de comunes como

la de Génova. O para amancebarse con Violante de Bar y ejercer de regente, decían otros comadreos. De hecho, los aires de desenfreno y depravación que corrían en la Corte del príncipe Juan estaban inspirados, con toda seguridad, por el mencionado Metge, quién sabe si para desprestigiar a los hijos de la Casa Real.

Planeaba sobre aquellas incertidumbres el maldito cisma. Como ya debía de saber, los cristianos tenían la suerte de contar con dos padres apostólicos, Clemente de Aviñón y Urbano de Roma. El Rey había pasado por alto durante muchos años el pleito, gracias a su famosa indiferencia. Sin embargo, sus hijos no disponían de la autoridad ni la fuerza suficientes para guardar neutralidad ante tal discordia. Tanto Juan como Martín se habían pronunciado por Aviñón; es decir, por Francia, Navarra y Castilla. Lo cual suponía una guerra segura contra ciertas ciudades italianas, empeñadas en apoderarse de Cerdeña y Sicilia gracias a los oficios de Roma. Y suponía, asimismo, una alianza *contra natura* entre el oportunismo de Bernat Metge y el fanatismo de fray Vicente Ferrer. Aunque costara crearlo, el cisma hermanaba a aquellos dos personajes tan distintos y tan turbios.

Al secretario del Infante le daba igual quién fuera el Santo Padre. Pero era capaz de reconocer rivales y competidores peligrosos al primer vistazo. El fraile valenciano, que congregaba multitudes en sus prédicas y que como confesor había subyugado a los grandes del reino con sus soflamas apocalípticas, era alguien que debía tomarse en consideración. Micer Bernat, pues, pensaba que si el frailuco conseguía lo que quería en el dominio del poder espiritual, él tendría el camino libre en el dominio del poder terrenal. Juntas ambas posturas daban cierto asco y mucho miedo. Los aires de poniente olían fatal, aseguró el prelado. Yo ya debía de conocer las ideas de Vicente Ferrer acerca de los judíos, añadió: si Aviñón y aquel predicador histérico ganaban la partida, los devotos de Moisés ya podíamos irnos calzando.

Le conté al canónigo Ribes mi encuentro con el dominico en Gerona. No se extrañó en absoluto de la conducta de aquel hombre. En Valencia, lo había visto pedir penitencia y temor de Dios en tiempo de peste. La chusma lo adoraba y las gentes sencillas lloraban, suplicaban y se flagelaban en su presencia. Cuando difamaba a los judíos, sus chivos expiatorios predilectos, los penitentes se extasiaban y eran capaces de incurrir en cualquier barbaridad para complacerlo. Hasta entonces, apenas había pedido la conversión pacífica de los que denominaba verdugos de Cristo. Pero ya había empezado a reclamar que los enemigos israelitas fueran encerrados a cal y canto; y recomendaba al buen cristiano que, si recibía pan de un judío, lo echase a los perros. Nada ni nadie parecía lo bastante fuerte para detener al predicador en su loca carrera de provocaciones. Ni siquiera hombres tan respetados como fray Eiximenis, que callaban, quizá porque todavía no habían entendido el signo de aquellos tiempos.

Sugerí al preboste que en Mallorca, con la distancia y la presencia de un señor tan apreciado y cabal como él, tal insensatez tardaría más en llegar. Dijo que de ninguna manera, porque los males de Valencia, de Aragón o de la capital del Principado eran los mismos. Vicente Ferrer se nutría de la ignorancia, el miedo a la peste y la miseria:

y de todo ello íbamos sobrados en nuestra isla. Cada domingo, los fieles que escuchaban sermones en Santo Domingo salían más enfervorecidos, y él nada podía hacer. La gleba ya no escuchaba a los prelados seculares, y con cierta razón, porque las catedrales del reino estaban llenas de vividores con casulla que engordaban a costa de los diezmos y primicias.

Además, me confesó, él no pertenecía a ningún bando en el asunto del cisma. Si el Rey moría, Dios no lo quisiera, la partida de Aviñón haría lo posible por alejado de la Seo. Fray Vicente lo odiaba con todo el corazón, y movería cielo y tierra para enterrarlo en el olvido. Cuando había dicho que el mundo pronto podía ponerse patas arriba, me quiso transmitir todo aquello. Con el Ceremonioso habíamos vivido penas y alegrías, pero cada uno se había mantenido en su sitio. El día de mañana podía traer muchas sorpresas, la mayoría desagradables. Quizá él no llevara nunca la mitra, aunque ésa sería la menor de las desgracias. Otros sufrirían más que su modesta persona. ¿De qué manera? No lo sabía. La única certidumbre era que nuestro mundo, el que habíamos conocido hasta entonces, se trastocaría.

Agradecí al canónigo sus atenciones tanto en lo relativo a las tareas de mi oficio como por los demás consejos y recomendaciones que me había suministrado. Me despedí embargado por una gran tristeza, desanimado por sus negros augurios. Él hizo lo mismo que había hecho otro buen cristiano y amigo, Turmeda; poco antes: me deseó coraje y prudencia. Añadió que, pasara lo que pasase, él procuraría obrar en conciencia. Y me animó a pedirle ayuda cuando me fuera menester, sin pensármelo dos veces. Haría todo lo que estuviera en sus pequeñas manos en el momento de contener la tempestad que, a buen seguro, descargaría pronto sobre nuestras cabezas.

Poco después, el día de Reyes, mientras los cristianos recordaban el episodio de los sabios de Oriente, maese Cresques vino a sacarme de la cama. Era aquél un día para no salir de casa, ya que los niños cristianos invocaban a los Reyes con pequeñas trompetas, que más tarde servirían para zurrar a nuestra gente. Mi padre entró muy alterado a la estancia, gritando como un demente, y yo y Selima nos despertamos sobresaltados. Mandé callar a padre y calmé a mi amante: le acaricié la barriga, ya un poco hinchada, hasta que se adormeció. A Cresques me lo llevé hacia el obrador y allí lo reñí por aquellas maneras tan impropias. No me hizo caso. Estaba demasiado exaltado: había realizado no sé qué cálculo cabalístico y llegado a una terrible conclusión.

Me mostró una rueda del Zodíaco. Bajo el signo de Capricornio, los astros anunciaban un enorme cambio. La Luna entraba en cuarto creciente y se situaba en cuadratura con el Sol. La madre crecía a costa del padre. ¿Qué padre? Si sumábamos las cifras del año hebraico, del mes y el día, obteníamos el número veintinueve. Mi edad. Muy bien, le dije, de aquí a algunos meses sería padre. No era preciso armar tanto alboroto por haber llegado a semejante conclusión. Insistió en sus elucidaciones. No, era yo el afectado. Se había pasado la noche en blanco para descifrar el busilis del enigma. La conjunción de planetas era premonitoria y no

vaticinaba nada bueno. Una combinación similar había anunciado el Mal Año Primero y el destronamiento de Jaime de Mallorca. Las predicciones se referían a algún notable del país.

Cresques perseveró en sus demostraciones. Yo lo miraba azorado, negándome a creer que aquél fuera mi maestro y padre, el mismo que me había enseñado a dudar de la cábala y de las profecías antiguas. Realmente, la vejez le estaba confundiendo las ideas. Continuó, llegando a la convicción de que la cifra final correspondía al valor numérico del nombre Petrus. El Rey había muerto y nos aguardaba un gran cataclismo. Simulé que el anuncio me alarmaba mucho y llamé a madre para que se llevase a su pobre esposo a la cocina.

No di más importancia al incidente, hasta que dos días más tarde llegó una galera de Barcelona y difundió la dolorosa noticia. Pedro, rey de Aragón, de Valencia y de Mallorca, conde de Barcelona y del Rosellón, llamado El Ceremonioso, había dejado el siglo. En compañía de su confesor y del Intendente, de nadie más, su alma se separó de su cuerpo. Precisamente la madrugada del día de Reyes. La reina Sibila había sido capturada y los grandes patricios debatían si convenía ajusticiada o no. Corrí a avisar a Cresques, pero no se afectó en absoluto. Hacía muchas horas que había digerido el acontecimiento. Diante de viejo.

La muerte del Rey tenía una consecuencia feliz, y juraría que sólo una: nos liberaba de los embrollos que yo había organizado en Barcelona. Ya no era preciso que dibujásemos un segundo Atlas Furtivo, de acuerdo con el que el Soberano me había encargado en la única ocasión en que lo vi. No sabía si los encargos como aquél solían pasar de rey a rey; pero en el caso que nos ocupaba, era evidente que el Infante —perdón, el nuevo rey Juan— no pediría algo que ya existía. Como mucho, si de veras no poseía el original, encargaría a micer Bernat que lo encontrase. En cualquier caso, el procedimiento contra mí quedaría archivado, porque la captura y la huida de Samuel, el soborno y la muerte del huérfano, todo estaba relacionado con la conjura del infante Juan contra su padre. Me imaginaba a Bernat Metge, frotándose las manos de contento y soplándome a la oreja: «Muerto el perro, se acabó la rabia».

La tripa de Selima era como una enorme sandía, lista para ser abierta y ofrecerme el fruto máspreciado. Tanta era mi expectación e ilusión por el porvenir, que olvidé los nulos augurios de mi padre. Tampoco hice caso de otros rumores que, unidos a la muerte del soberano, me anunciaban que tras la calma llegaría la tormenta. Yo estaba demasiado ocupado en el hijo que llegaba, y en un amor que creía fuerte y seguro hasta la eternidad, para temer ningún desastre. Ni el peor de los cataclismos, pensaba, acabaría con la dicha de aquel tiempo. Ya podían venir los embates de la peste, de la guerra o del odio. Con la ayuda de Selima y de mi hijo, o a solas si era preciso, sabría combatir el mal tiempo. Teníamos dinero, amigos poderosos y, sobre todo, suerte. ¿Qué más queríamos?

Quizá nos faltaba cordura, una cordura que casi nadie había cultivado, salvo Turmeda, el canónigo Ribes, Eiximenis y un puñado de hombres bondadosos, quienes sí lo habían hecho, cada uno a su manera. Los hechos nos obligaron a ser realistas. Hacia la cuaresma, los padres dominicos empezaron a azuzar la desconfianza entre las comunidades y los estamentos de Mallorca. Por la Pascua cristiana, orquestaron un sinfín de procesión de penitentes que se disolvían, entre bramidos y amenazas, en la reja de la Judería. Como siempre, los israelitas eran los culpables de cualquier mal. Un cirujano judío, se decía, había envenenado al buen Rey, y el hedor mortal de cada verano, según la voz popular, nacía en las casas de los hijos de Moisés. Los imitadores de Vicente Ferrer, más desmandados que él, olvidaban que las conversiones auténticas, de llegar, sólo lo harían por la fuerza de las palabras, y no a bastonazos.

Con el calor llegaron terribles rumores de Castilla. Aquella tierra se había quedado huérfana de rey y, mientras encontraban a quien coronar reinaba el desorden. En la ciudad de Sevilla, un arcediano iluminado había aprovechado la confusión para poner a los cristianos en contra de los judíos. La menestralía y los campesinos del entorno que escuchaban sus prédicas se habían agrupado un día para asaltar el barrio judío. Los testigos contaban que en pocas horas vaciaron la Judería, matando toda alma viviente y destruyendo o robando lo que encontraban a su paso. Los hombres del alcalde no habían movido un dedo para defender a los judíos y se decía que incluso habían tomado parte en la acción.

El fragor se fue acercando, porque lo mismo sucedió después en Toledo, en Córdoba y en otras ciudades castellanas. Aun así, pensé que los disturbios no llegarían a nuestra casa, porque nosotros sí teníamos un rey. Juan, conocido en todas partes como el enamorado de la gentileza, era señor y propietario de las juderías, y no permitiría que echaran a perder su patrimonio; yo estaba convencido de ello.

Nuestro soberano, que permanecía en Zaragoza, había convocado a maese Hasday para que le ayudase a afrontar las dificultades. Nuestro amigo había sido nombrado juez único de asuntos judíos, y su cometido era conciliar los ánimos e impedir que el malestar se contagiara a las ciudades. Pensé que no habían podido escoger una persona más idónea para cumplir tan delicadas funciones.

Desde el primer momento, sin embargo, la misión del respetado Hasday tropezó con un montón de escollos. El Rey no quiso regresar a Barcelona y se limitó a encomendar al hábil Bernat Metge que permaneciera en la ciudad. Justo entonces, a un rabino de Valencia se le ocurrió que la mejor defensa era un buen ataque. El hombre, de gran rigor talmúdico, dio a conocer un libro suyo en el que censuraba la fe cristiana. Repartió copias entre las sinagogas de aquel reino y proclamó el *hérem*, una maldición pública que incitaba al pueblo elegido a rebelarse contra el reino.

Los llamamientos del rabino no obtuvieron gran predicamento en las juderías; sí exaltaron, en cambio, los ánimos de los frailes mendicantes. Vicente Ferrer presionó al Rey para obtener una condena y licencia para perseguir a los judíos sublevados.

Micer Bernat, según dicen, se puso del lado del dominico; pero Hasday, vaticinando una guerra abierta, convenció al Rey de que no echara más leña al fuego. Hasday debía decidir la verdad al Rey: que las diatribas de un loco no eran compartidas por toda la comunidad, y mucho menos por los prohombres judíos más destacados. Hasday ordenó castigar al rabino de Valencia, y debió de pensar que, como decía mi abuelo Vidal, lo peor siempre llegaba de manos de los próximos. O lo que sentenciaba mi padre: dos judíos, tres sinagogas.

Sea como fuere, aquellas disputas rabínicas hoy ya no tienen ningún interés, porque fueron barridas por el tifón que poco después devastaría nuestra tierra. A primeros de julio, estallaron disturbios en Valencia, los cuales horripilaron a los reyes y a sus consejeros judíos y gentiles. Ni el propio fray Vicente, estoy seguro, deseaba semejante estallido de ferocidad. Hasta algunos días más tarde no conocimos el alcance de la tragedia. Primero oímos que el campesinado había atacado las casas de los nobles cristianos, al grito de «muera todo el mundo y vivan el Rey y el pueblo». Poco después nos dijeron que unos prestamistas judíos, al reclamar el pago de deudas a un caballero, fueron lanzados a la multitud desde un balcón. Más tarde supimos que la chusma invadió la Judería, quemando casas y degollando a la mitad de la población. No fue un motín casual: parecía que unos misteriosos monjes castellanos habían dirigido la protesta desde el principio.

Pronto nos llegaron noticias, siempre espantosas, de otras algaradas. En Lérida, Gandía, Calatayud y otras ciudades, el pueblo llano también había embestido impunemente contra las juderías. En Zaragoza, el rey Juan tuvo que salir a caballo para contener en persona los furores de la multitud. Barcelona se ahorró los horrores de un asalto, gracias a los oficios de micer Bernat y de los ciudadanos jurados. La milicia, reforzada con un millar de ballesteros, se había hecho fuerte en las puertas de la Judería: los sublevados fueron expulsados a los arrabales de la ciudad y se escondían allí esperando la hora de acometer de nuevo. Pasaron los días y tuve esperanzas de que Mallorca, por alguna razón milagrosa, también se salvaría de la quema.

No puedo afirmar que la calma reinase en nuestra isla. Las cosechas del año anterior habían sido malas y, a la espera de la nueva siega, que también se preveía desastrosa, muchos payeses bajaron a Ciudad de Mallorca para pedir caridad. Los caballeros no habían recibido sus tributos y se encontraban endeudados. Se formaron dos bandos de nobles, a cada lado de la rambla, que tomaron las armas para repeler los ataques plebeyos. Pronto, los estamentos se enfrentaron entre ellos. Unos se atrincheraron en la parte alta de la ciudad; los otros, en la baja.

La pelea se extendió por todas partes: los proscritos entraban en las casas rivales y partidas de centenares de hombres se batían a espada por las calles. El alcalde tuvo que prohibir el cruce de la rambla, so pena de cercenar un pie a los infractores.

Cuando llegaron los rumores de lo que ocurría en la Península, nobles y plebeyos prestaron oídos a las exhortaciones de los frailes. En Santo Domingo, la multitud era

cada día más numerosa, y crecían las muestras de hostilidad contra nosotros. El Lugarteniente convocó a la Aljama y aconsejó a los notables judíos que cerrasen las verjas y dispusieran la defensa. Él no tenía mesnadas suficientes, dijo, para enfrentarse a la turba. Podía contar con una cincuentena de ballesteros y con las huestes de tres docenas de caballeros. También se sentía con ánimos para detener la participación de los ciudadanos, mercaderes, barones y preladados, porque tenían tanto miedo de los plebeyos como nosotros y permanecerían quietos en casa. Sin embargo, no podía protegernos de la escoria, ni del alcalde, que estaba jugando sucio.

Yo no formaba parte del consejo y no asistí a las deliberaciones de la Aljama. Sé que se tomaron algunas medidas, pero también que se produjo una lamentable discordia. Algunos hombres pidieron la adhesión al *hérem* del rabino de Valencia; los representantes más acomodados dijeron que muy bien, pero que aquello no les salvaba el cuello y debían organizar una leva. Los consejeros de la menestralía informaron de que habían recibido una oferta del alcalde, prometiendo a aquellos que se convirtieran la fabulosa cifra de dos mil libras mallorquinas. Unos cuantos ya habían acudido al bautizo. Mi padre se limitó a decir que lo que estaba escrito, escrito estaba y el Señor dispondría. La mayoría lo tomaron por loco, pero a la postre hicieron lo mismo que él. Regresaron a casa, se encerraron a cal y canto y esperaron lo peor.

Cuando maese Cresques volvió de las reuniones, sospeché que ocurriría algo grave. Toda la seguridad de antes, aquella fe en mi fortaleza, en los seres queridos y en mis aliados, se hundió cuando escuché sus explicaciones. El hombre parecía estar ausente de este mundo, pero en buena medida su juicio era el más realista de todos. Comenzó a recitar las predicciones de Bonastruch sobre el Apocalipsis. Descenderían los ejércitos al valle de Armagedón, anunció; vendrían los escitas del septentrión, los mogoles del levante, los semitas del mediodía; y todos se encontrarían en Jerusalén con los diez imperios de Occidente comandados por el Anticristo. El infierno se extendería por la tierra y nada sería ya como antes.

Mi padre se sentó en un banco del obrador y el resto hicimos lo posible para proteger la casa. No era la primera ocasión en que teníamos que defendernos de un ataque y sabíamos muy bien qué debíamos hacer. Con la ayuda de mi cuñado, atravesamos una viga en la puerta de la calle: después formamos un parapeto con muebles y sacos terreros. Cerramos los pestillos, subimos las cosas de valor al piso de arriba y llamamos a la familia de Dulce. Mi suegra vino, como los otros tres, y estaba tan angustiada que se pasó el rato bramando como un animal. Selima, fuera ya de cuentas, cargó bultos y trabajó hasta que la puerta de atrás, la que se abría al huerto, quedó también trabada.

Cuando lo teníamos todo dispuesto, Selima rompió aguas. Hanini presagió que la criatura moriría, porque habíamos agotado a la madre con tanto trajín. Cresques murmuró que el hijo de Isaac había escogido el peor día para venir al mundo. Dulce rompió a llorar muy flojito. Hice echarse a Selima, que sufría fuertes dolores, y

pregunté a mi madre qué podía hacer. Me ordenó que saliera en busca de una comadrona, porque en casa sólo su consuegra tenía experiencia en aquellos trances, pero no estaba en condiciones de ayudar. Con la ayuda del marido de Astruga, desmonté las protecciones y salí a la calle.

En el barrio no se veía un alma. Hacía un calor intenso y soplaban un siroco tórrido que removía el polvo. Llamé a una puerta, después a otra y aun a muchas más. La mayoría de los vecinos, gente que había conocido toda la vida, no se dignaban ni a responder. Unos incluso me tiraron piedras desde la ventana. Al fin, llegué a la casa del portero de la Judería, quien sí me abrió. Su mujer era comadrona y se prestaba a venir a cambio de dos mil libras. El mismo precio que les había prometido la gente del alcalde, dijeron, por convertirse a la fe de Cristo. No habían visto ni una moneda y dudaban que jamás vieran ninguna. Sin embargo, sabían que yo era buen pagador y confesaron que con aquel trabajo inesperado quizá sí saldrían de la miseria.

La mujer del portero cogió los instrumentos y, al salir, vi que alguien me llamaba desde el otro lado de la reja. Era el Procurador, que vigilaba la entrada de la Judería con una pequeña tropa. Me acerqué. Por el momento, me dijo, no debíamos angustiarnos. Una multitud de menestrales, marineros y braceros, la mayoría de extramuros, habían saqueado palacios por Santa Eulalia y San Miguel. El Lugarteniente estaba allí con sus hombres. El populacho reclamaba sangre noble y no parecía que los judíos corrieran peligro alguno. Le agradecí las nuevas. Cuando ya daba media vuelta, dijo que tenía un mensaje para mí. Les había llegado un correo del secretario del Rey, micer Metge, donde decía que el mapamundi robado, o algo similar, ya había aparecido. Reclamaban mi urgente presencia en Barcelona, añadió: si así lo deseaba, al día siguiente de madrugada partía un ujier hacia aquella ciudad.

Reconozco que me quedé mudo y que, incluso, dudé un instante. La comadrona, que me tiraba de la manga, me hizo regresar a la realidad. Me despedí del noble oficial con expresiones de reconocimiento, le aseguré que hablaríamos más tarde del atlas y corrí hacia casa. Se oían gritos distantes y repicar de hierro, y el aire desprendía un leve olor a chamuscado. Mi cuñado me abrió la puerta.

Selima ya estaba a punto. La comadrona le alzó los faldones y se refregó las manos en su roñoso delantal. Cogió un frasco de grasa, oscurecido por la sangre y los derrames de otras mujeres. Vertió grasa en sus manos y sus brazos, hasta los codos. Después metió los dedos, y a continuación las manos, en el vientre de Selima, que resoplaba de dolor. Venía de culo, dijo la comadrona: debía darle la vuelta, lo que sería un tormento para la parturienta. Poco a poco, con destreza, colocó a la criatura. A media operación, no me pude aguantar y me levanté para sacudir a mi suegra, que todavía rebuznaba como un asno.

Le pusimos Jaime, en recuerdo del abuelo que aquel recién nacido no conocería jamás. Mi hijo parecía rebosante de salud y Selima, a pesar del cansancio, había salido de aquélla sin mayores males. Pagamos a la mujer del portero y limpiamos la casa. Cayó la noche. Cada cual se recogió donde pudo, pues en casa nos

encontrábamos trece personas, e intentamos dormir. Yo no pude pegar ojo. No hacía otra cosa que mirar a Selima, hermosa como no había mujer en el mundo. Empezaba a recobrar sus formas y, si no fuera porque acababa de parir, le habría estorbado el sueño para yacer con ella. También contemplaba al pequeño, oscuro y arrugado, dentro del cajón forrado de ropa. Éramos una familia y estábamos vivos.

También, debo confesado, pensaba en el Atlas Furtivo; pensaba con insistencia, cada vez más. Tras hablar con el Procurador Real en la puerta de la Judería había tomado una sabia decisión. Antes los míos y, sobre todo, Selima y el niño, que todas las cartas de la tierra. Sin embargo, la codiciada obra estaba allí, al otro lado del mar, a tiro de piedra como quien dice. Y el mapamundi no dejaba de ser, en algún sentido, hijo de nosotros dos. De Selima y mío y, también, de otras personas queridas. Y contenía revelaciones que podían alterar el curso de la historia. Mi hijo parecía fuera de peligro; Selima estaba a salvo; las algaradas se disiparían pronto y todo indicaba que mi familia acabaría librándose, como siempre.

Me invadió una sensación de asfixia. ¿Qué hacía yo en aquella casa, encerrado como un conejo? Micer Bernat quería entregarme el mapa y yo era incapaz de tener un acto de coraje. ¿Cuánto tiempo estaría fuera: cuatro días, una semana? Me fui calentando solo. Aún no había despuntado el sol cuando desperté a la madre de mi hijo y le supliqué que me ayudase a salir de aquella terrible confusión. ¿Qué debía hacer con aquel maldito atlas? Ella miró al vacío, se volvió hacia mí y me dijo que marchara. La vida de Jafudá estaba dentro de aquella carta y no había vida sin la carta. Me besó en los labios y me recitó al oído un verso del Cantar de Salomón.

Me acerqué en silencio a mi cuñado y le rogué que cerrase la puerta tras de mí. El pobre hombre estaba tan dormido que lo hizo como si se tratase de la cosa más natural del mundo. Salí con un buen saco de monedas y llegué a la puerta del barrio cuando el Procurador se despedía de sus hombres. Me abrió la reja y me acompañó, deprisa y corriendo, hasta el muelle de la Almudaina. Nos embarcamos en el ujier real antes de que soltaran la última amarra.

El cielo comenzó a clarear y el siroquillo nos empujó mar adentro. Cuando las formas de la ciudad empezaban a difuminarse en la lejanía, oímos un gran alboroto, seguido de gritos escalofriantes. Algunas columnas de humo se alzaron detrás de la Seo, hacia el barrio judío. Un temblor me recorrió. Quería regresar: estaban incendiando la Judería. Me eché encima del Procurador: quería regresar, teníamos que dar media vuelta. Le rogué, le imploré, le exigí a empujones que ordenase virar al patrón. Mandó que me sujetaran y me preguntó si estaba loco. No regresaríamos aunque pegaran fuego a la mismísima Seo.

Peleé con los marineros que me agarraban. Solté coces y los arañé. Me acerqué a estribor e hice el gesto de lanzar me al mar. No me dejaron ir. Además, no sabía dar tres brazadas seguidas. Mi gente ardía y yo no podía hacer nada, porque ni siquiera sabía nadar. Lo único que sabía hacer eran unos mapas odiosos que me habían hecho perder la cordura. Unos mapas de tierras que no había pisado, de secretos que nunca

descubriría y de un mundo que ya no volvería a ser el mismo.

JAIME

Quién me diera tenerte por hermano que ha mamado los pechos de mi madre, para que, al hallarte fuera, pueda besarte sin que nadie me desprecie.

Las palabras de despedida de Selima resonaban en mi cabeza, con la cadencia suave y lastimera de *el Cantar de los cantares*. Enjaulado en aquel ujier real, sacudido por las olas de la mar agitada y atormentado por el oleaje de mi vida, no pensaba en otra cosa que en los míos. La presencia más real era la de Selima, la madre de mi hijo y mi esposa furtiva. No supe aferrarme a ella en el momento más necesario. Como todo lo que realmente amaba, la había mantenido en secreto, escondida del mundo; y la perdí cuando más preciosa me era su compañía. Quizá sí debiéramos haber nacido hermanos. Todo habría sido diferente. Y nos hubiéramos tenido siempre, abiertamente.

Al desembarcar en la Ribera de Barcelona, quise embarcarme en la primera nave que marchara hacia Mallorca. Sin embargo, en los muelles había poco movimiento. No estaban las cosas en el reino para viajar entre ciudades presas del pánico. Ningún patrón cuerdo se arriesgaba a dejar los inciertos aires de Cataluña para adentrarse en el infierno de Mallorca. Con mi barco habían llegado las primeras nuevas inquietantes. Una galera rápida salida de Sóller ancló poco después y añadió datos aún más preocupantes al rumor. Las algaradas contra los judíos habían incendiado Ciudad de Mallorca y se extendían extramuros. No se sabía bien qué ocurría. Algunos decían que las tropas y el pueblo luchaban en las calles y que el tumulto no había llegado a la Judería. Otros hablaban de una gran matanza en la misma, peor que la de Valencia, y de una destrucción que no había dejado piedra sobre piedra.

Hice lo único que podía hacer: dirigirme a casa del rabino Hasday y abusar de nuevo de su hospitalidad. Las calles no eran seguras. Yo, por fortuna, iba ataviado de gentil, como solía desde que me habían nombrado Familiar de la Corona. A primera vista, pues, era difícil saber que yo pertenecía al desgraciado pueblo de Moisés. Un marinero me confió que, pasara lo que pasase en Mallorca, estaría de acuerdo con ello, porque aquellos demonios de judíos nunca habían dejado de chuparle la sangre a la gente. Ya sabía que los nobles ciudadanos como yo, continuó, nos mezclábamos con aquellos infieles: pero había llegado la hora de cantarles las verdades del barquero. Él, y los humildes de aquella tierra, habían perdido el miedo. Ya no se arrodillaban ante descreídos y usureros, que tenían sometido al Rey y lo habían separado de sus vasallos más fieles.

No me las tuve, por supuesto, ni con aquel hombre ni con ninguno de los que me tropecé. En la reja de la Judería Mayor, en cambio, sí tuve que discutir. Primero con los lanceros del escuadrón sufragado por el Consejo de Ciento, que montaban guardia en el lugar y me registraron de arriba abajo para comprobar que no llevara armas. Al

otro lado de la reja, tuve que convencer a la milicia judía de que era de los suyos. No lo conseguí hasta que un carnicero, uno de los pocos que tenían licencia para introducir viandas, me reconoció. Yo era amigo del buen Hasday, dijo repasándome la imagen; años atrás, había estado en la Judería y, si bien no me había visto mucho por la Sinagoga, mi condición natural era la de judío.

Moisés y su madre me acogieron con los brazos abiertos. Estaban desolados por no poder ofrecerme ningún alimento especial, porque las restricciones eran muy duras. No era necesario que se preocuparan, aseguré; vista la situación, disponer de un catre a cubierto ya era un privilegio. Me pidieron nuevas de Mallorca. Habían oído cosas terribles: que si el alcalde había ordenado pasar a cuchillo a todos los judíos, que si el Lugarteniente fue obligado a pasearse por la calle con un sayal de arpillera y una rodela en el pecho... No podía calmar sus temores, porque sabía tanto —o tan poco— como ellos. Sólo conocía lo que había visto, y las últimas visiones que tenía de mi ciudad, desde la cubierta de un barco, no presagiaban nada bueno.

Les participé mis remordimientos y el ansia que me corroía las entrañas.

Pero mis amigos no me podían ayudar a encontrar una embarcación para regresar a casa. Estaban desamparados; el rabino se encontraba en Zaragoza con el Rey y, como mucho, dijo Moisés, podían hacerle llegar al Secretario Real noticias sobre mi presencia. Al fin y al cabo, apuntó, había sido micer Bernat quien me convocó y provocó mi repentina partida de casa. Si le interesaba, aquel hombre contaba con las influencias necesarias para sacarme de Barcelona. Acordamos, por tanto, que todos a una removeríamos cielo y tierra para conseguir una audiencia en Palacio. Sin pérdida de tiempo, nos pusimos ropas judías y salimos los tres a la calle. Rondamos el día entero por el barrio, conversando con las personas adecuadas. Antes de que oscureciera, sabíamos ya que el noble Bernat me recibiría al día siguiente.

Nunca les agradeceré lo suficiente a Moisés y a su madre todo lo que hicieron por mí aquella larga noche de espera. La madre sacó —no sé de dónde— vino bendecido por un rabino y pasteles de carne. Debía comer, me fue repitiendo, hasta que consiguió que lo hiciera, primero con pereza y luego con voracidad. Ambos velaron conmigo, escuchando mis reproches y lamentos pacientemente. Me consolaron, me aseguraron que los míos saldrían de aquella y me dibujaron un mañana feliz, junto a mi hijo, mi mujer y mis padres. Pasarían los días, decían; y pronto no recordaría aquella pesadilla; volvería a dibujar cartas una vez recuperado mi mapamundi, y sería el maestro más admirado del mundo. Soportaron mis reniegos con infinita bondad, y me animaron a no abandonar mi pasión por el oficio. Si pensaba que mi trabajo estaba reñido con la dicha, estaba perdido, indicó Moisés. Necesitaba ambas cosas y acabaría teniéndolas en abundancia; seguro que sí, lo presentía.

Cuando la campana *Honorata* tocó a maitines, me preparé para salir. Me ceñí la blusa y una capa de terciopelo negro. Bajé a la calle cuando aún no había clareado del todo: sólo encontré hombres armados con varas y teas. En la puerta de la Judería, me dejaron pasar sin problemas, porque Moisés había hablado, el día anterior, con las

personas idóneas. En la parte cristiana no había nadie, salvo los agentes del alguacil, que deambulaban en grupos reducidos. Mis elegantes atavíos me permitieron llegar al Palacio Mayor en poco tiempo, sin interrogatorios ni obstáculos de ningún tipo.

Los hombres del chambelán me dijeron que me esperaban y no me entretuvieron en la puerta. El señor Bernat me recibiría en el escritorio real: si así lo prefería, ellos podían acompañarme. Decliné su ofrecimiento, porque ya conocía el camino, y, solo, me interné en el patio. No había ni un solo albañil trabajando; las piedras y herramientas aún estaban allí; pero las obras habían enmudecido. En cambio, las tropas del Rey llenaban la plaza. Algunos soldados dormían encima de las vigas y los sillares. Otros se sacudían el sueño y unos cuantos ya iban pertrechados, con lorigas, yelmos y ballestas en las manos. El marmitón empezaba a repartir raciones entre la tropa, sumergiendo el cucharón en unas enormes cacerolas de cobre.

Entré por el Tinell y subí a la biblioteca donde había conversado años atrás con el rey Pedro. Tenía cada losa y cada escalón marcados en la memoria. No me costó, por tanto, encontrar la estancia donde me había convocado el Secretario. Tuve que abrirme paso, eso sí, entre cuerpos tendidos y grupos de gente. Hombres honrados, mercaderes y ciudadanos de la más alta condición atestaban los salones. Recordé la primera vez que había entrado en la Lonja. Quizá fueran los mismos, pero ahora se habían olvidado de la ostentación y se guarecían alrededor de la realeza. Habían perdido su frágil dignidad y suplicaban protección de la Corona. En la antesala del escritorio también se congregaba una multitud de patricios, que esperaban audiencia con el Secretario o quizá, simplemente, se resguardaban en el lugar que les parecía más inexpugnable: bajo la protección del hombre de confianza del Rey.

Me hizo pasar delante de toda aquella gente. Micer Bernat estaba sentado a la mesa, solo, rodeado de documentos y legajos. Cuando alzó el rostro, lo vi desmejorado. Debía de hacer unos cuantos días que no se afeitaba ni peinaba. Parecía lo que era: un hombre solitario, agobiado por los avatares de una guerra. Se acercó a mí con intención de abrazarme, la toga ajada y sembrado de migas de pan. Encajé su abrazo con cierta incomodidad. Tuve la sensación de que, como dirían los cristianos, aquél era el beso de Judas: el de un hombre fatigado, desesperado y dispuesto a traicionar a sus mejores amigos.

—Puedes estar tranquilo, Jafudá. Las compañías del Rey y las milicias ciudadanas están en todas partes. No has de sufrir por cuatro bergantes que quieren asolar la tierra.

Le confesé que no estaba tranquilo. Le conté mis últimas imágenes de Mallorca y los rumores que había escuchado desde que me encontraba en Barcelona. Mi tierra ya estaba subvertida. Mi familia podía haber muerto, abandonada a los odios de la escoria humana que quemaba y degollaba todo lo que se le ponía por delante. No había forma de saber a ciencia cierta qué sucedía en Mallorca. Unos decían que no ocurría nada; otros, que en la Judería había sido destruida hasta la última casa: ¿qué quería que pensase? Y yo, como un cretino, al otro lado del mar, escuchando palabras

de consuelo de personas que habían visto y oído menos que yo mismo. Más valía que me dijera de una vez todo lo que tenía que decirme y que me consiguiera un agujero en cualquier nave para regresar a casa. Ya no contaba con tiempo ni ganas de hacer el bobo. Aquella vez, no.

—Buen judío —replicó, con cansancio en la voz—; vale más que abras los ojos. Si has venido a sermonear me, ya puedes irte por donde has venido y que Dios, cualquiera de ellos, se apiade de tu alma.

Me mordí el labio e hice un esfuerzo para pedirle excusas. No era nada agradable imaginar que, en aquel preciso instante, los míos pasaban por el matadero y un humilde servidor no estaba allí. No estaba presente ni para acompañados con la debida decencia a una muerte segura. Me dejé caer en un sitial y le supliqué que me ayudara. Tomó asiento delante de mí, en el mismo sitio donde se había sentado el Ceremonioso la última y única vez que yo había estado en aquel gabinete. Enseguida se incorporó y retiró de debajo de sus posaderas un pliego de papeles. Los tiró al suelo y, en ese instante, me di cuenta de que también yo tenía un tomo bajo las nalgas. Lo palpé: era el Atlas. Al sacarlo, un fuerte estremecimiento me recorrió la espalda, porque se trataba de la versión furtiva. Ambos suspiramos e intercambiamos una discreta sonrisa. Deposité el volumen en precario equilibrio encima del resto de papeles que tapizaban la mesa.

—No puedo hablar del mapamundi, señor. No puedo; tengo la cabeza en otro sitio.

—No te he llamado para que me ilustres con comentarios eruditos, querido. Sólo deseo —acarició el lomo del libro con la mano— que una gran obra sea restituida a sus autores.

No supe qué decir. Sí, había ido hasta allí para recuperar aquella joya y lo había conseguido. Sin embargo, todo parecía demasiado fácil. No podía creer que aquel hombre me hubiera hecho zarpar de Mallorca, me hubiera separado de mi familia en la hora más triste y ajetreada de nuestra época, sólo para devolverme un libro. Adivinó mi desconfianza, pero decidió dejarla de lado, porque se enfrascó en dar justificaciones por la larga ocultación y el enigmático secuestro de la obra. Dijo que había obtenido el mapamundi gracias a las intrigas de Samuel. El huérfano se lo había entregado, efectivamente, a cambio de favores y promesas en la Corte del entonces Infante. Gracias a aquella prenda, Samuel había sido enviado a Aviñón y participado en la contra el viejo Rey.

Enseguida me di cuenta, continuó micer Bernat, del valor de la edición furtiva. De poseer aquella joya, cualquier otra corona de la cristiandad hubiera aprovechado las informaciones y se habría convertido en el más rico y poderoso de los reinos. Quizá algún día, pensó, Aragón podría servirse de él. Pasadas las epidemias y las desavenencias dinásticas, tal vez llegaría el momento de gloria para la Casa de Barcelona. Mientras, por prevención, había estado tentado de contármelo todo. Era su propósito cuando había ido al obrador del florentino, en la calle Platería. Sin

embargo, decidió callar: a la postre, el trabajo de un secretario era velar por los secretos. Sobre todo, cuando se trataba de asuntos de tan delicada naturaleza.

Todo ello, continuó Bernat Metge, ya no tenía importancia. La desdicha parecía haberse instalado en todas partes. La grandeza de Aragón no crecía, menguaba año tras año. Además, el Rey cazador no se interesaba por aquellas cuestiones. Apetecía más los tratados médicos que los de ultramar. El buen Juan no estaba para sueños imperiales; bastante tenía con el cisma y las pérdidas en Oriente y los embrollos en Sicilia. Y con la sucesión, porque el maldito no había sido capaz de engendrar un solo primogénito. Y más tarde aquellos disturbios tan inoportunos, con el pueblo llano a punto de apropiarse la Corona. El reino agonizaba y, del mismo modo que la gente debía soportar la peste cada verano, el Rey sufría a menudo accesos endiablados, que lo debilitaban en cuerpo y espíritu. El hijo de el Ceremonioso había decepcionado a todo el mundo, empezando por los devotos de aquella misma gentileza que, como Infante, tanto había exhibido.

El Rey sólo leía los libros que le proponían curas mágicas y sólo escuchaba las recomendaciones de los chiflados que prometían sanarle. Su mortecina existencia, sin hijos ni sabiduría, lejos del coraje de su difunto padre, lo acabaría llevando a una muerte en vida. No había sido capaz ni de acudir a Barcelona para salvar la ciudad de la plebe enloquecida. En un raro momento de entereza, salió a detener la destrucción de la Judería de Zaragoza. Sin embargo, después se había encerrado en el palacio de la Alfajerería, acompañado de adivinos y brujos.

—¿Que el Rey no piensa bajar a Barcelona?

—Hace una semana que ha partido de Zaragoza, gracias a los oficios de personas como yo o del rabino Hasday —dirigió los ojos hacia mí—... tu amigo Hasday, que debe de estar padeciendo el peor de los tormentos. Pero nuestro soberano, tan astuto como miedoso, se detiene en cada población del camino y se distrae con cacerías de jabalíes.

—¿Cómo puede dedicarse a semejantes placeres... —solté alterado—, cuando los barrios más prósperos del reino, tanto feudatarios como propiedad del Rey, son destruidos impunemente?

Me pareció oír que Bernat mascullaba entre dientes algún impropio acerca del Rey. Diría que exclamó «porque es un pedazo de inepto», pero no lo juraría. Quizá se refirió a él como «un pez gordo del reino» o «un cuerpo enfermo». No lo sé. El hecho es que alzó la cabeza y, ya con voz fuerte y clara, se entregó a una digresión muy propia de su persona.

—Quizá nuestro Príncipe ha aprendido las lecciones de los clásicos. No sé si era Ovidio quien decía que un buen César es aquel que se deja ver en los momentos de júbilo y se vuelve invisible en los momentos de amargura. No veo otra explicación, Jafudá. En cualquier caso, volviendo a lo que nos ocupa, creo que ha llegado la hora de devolverte el Atlas. Aquí ya no sirve para nada. Es una obra magnífica, de veras. Sólo te pido que la conserves en secreto, al menos hasta que las revelaciones que

contiene hayan sido contrastadas por los hechos. Debería rogarte que la destruyeras, pero no me veo con fuerzas. Los libros son una de las pocas cosas que, sin lugar a dudas, aún venero en este mundo.

Su devoción por la letra escrita, estoy seguro de ello, era auténtica. Le agradecí la deferencia y lo contemplé durante rato. Tras los ojos de aquel hombre se escondía algo. No me había llamado tan sólo para devolverme el mapamundi. Sabía que jamás lo conocería lo suficiente, ni yo ni nadie; pero sus maneras me resultaban familiares tras tantos años, y le adivinaba segundas intenciones en su mirada. Si lo forzaba, tal vez me haría partícipe de sus maquinaciones. En cualquier caso, estaba obligado a intentarlo, porque no podía salir de la ciudad sin su ayuda. El único que tenía poder para dar respuesta a mi angustia y embarcarme hacia casa era él. Si él quería, podía hacerme volar como las gaviotas hasta Porto Pi. Le supliqué con toda la corrección de la que fui capaz que me asistiera en aquella situación crítica.

—Por supuesto, Jafudá. Dictaré una orden para que la nave de la Corona que tú escojas te lleve a Mallorca. —Tomó un pergamino en blanco, lo alisó en un rinconcito de la mesa y escribió unas instrucciones. Lo firmó, y registró toda la mesa para encontrar su sello. Lo cogió y, cuando estaba a punto de grabar el lacre, detuvo el movimiento a medio camino, con un gesto marcadamente teatral—. Yo también debo solicitar tu ayuda, maestro Jafudá.

Le aguanté la mirada. La cabeza me hervía y fabricaba muy deprisa las más diversas especulaciones. Si me pedía cualquier cosa, lo haría. Lo que me dijese, sin dudado, siempre que no retrasase mi viaje de vuelta. Pensé en Selima, el pequeño Jaime y mis padres. Lo que fuera. No tenía ni idea de qué me exigiría. Algo importante, si atendía al trato que me había dispensado. Si aquel hombre que me había visto sin pelo en la cara se dirigía a mí como maestro, a buen seguro tenía un delicado plan en la cabeza. Pero lo haría. Cualquier cosa.

—Quiero que conduzcas a tu gente a la fe cristiana.

Así que eso era lo que había maquinado. Cuanto más lo pienso, más cruces me hago de mi ingenuidad. Lo que pedía era tan obvio, tan elemental, que debería haberlo sospechado. Sin embargo, en aquel lugar y en aquel momento, me pareció un enorme despropósito. Abandonar la fe no era como cambiar de camisa. De acuerdo, yo no era precisamente un fiel ejemplo de obediencia a la Ley mosaica. Podía dejar de creer; en realidad, seguramente ya lo había hecho mucho antes de aquella entrevista con Bernat Metge. Pero no se trataba de fe. No, de mucho más que eso: la cuestión era abandonar la tradición, la sangre, a los padres, el *sabbath*, los alimentos *kosher*, los baños, los olores, las palabras hebreas... Era liquidar el mundo que me había visto nacer, un mundo que se hundía.

Además, no se trataba de una decisión personal. Tenía que convencer a mi comunidad. ¿Quién era yo para hacer tal cosa? Un hombre próspero y de oficio notable, quizá sí, de puertas afuera. Pero en la Judería no era otra cosa que un descreído, un bígamo, un marrano que se acostaba con infieles y convivía con

gentiles. Le expuse mis dudas al Secretario del Rey. Que no creyera que renunciaba a tan delicada misión, dije con un nudo en la garganta, pero, realmente, no sabía si era la persona adecuada... Bernat Metge me cortó en seco.

—Lo eres, Jafudá. No llevas el fanatismo en las venas. Eres hombre cabal y de paz, Conoces a los tuyos. Tienes amigos en la Almudaina y en la Seo, sobre todo en la Seo. Cuentas con mi confianza. Y mi palabra, mi promesa de que todos aquellos que se conviertan no echarán en falta la protección real.

Di vueltas a tan singular encargo. ¿Era capaz de vender mi alma de judío? Selima me vino de nuevo a las mientes. Claro que lo era, Pensé en mi padre y en toda la saga de familiares que habían vivido a lo largo de milenios bajo la advocación del templo de Salomón. No, no podía hacerlo. Recordé las columnas de humo que había visto, desde el barco, cuando zarpaba de Mallorca. Quizá ya no quedaran judíos que convertir en mi tierra. Valía la pena prometer lo que fuere. ¿Y si la Judería no había desaparecido? ¿Y si el asalto había sido como el de años atrás? ¿Con qué valor me uniría a las prédicas de los frailes dominicos y de Vicente Ferrer? No, aquello no era digno ni de mí ni de nadie. Recordé las palabras del rabino Meir y su maldita granada. El pueblo de Israel se había plegado muchas veces a las mudanzas del destino y siempre resurgió. Quizá sí debiéramos adaptarnos; pero ¿tanto? De nuevo Selima, su voz reposada y su cuerpo elegante. Y mi hijo.

—Creo que lo haré... —dije con un hilo de voz, y me aclaré la garganta—... Lo haré, maese Bernat. Convenceré a quien sea preciso, donde sea y como sea.

El notario alzó de nuevo el sello y, sin dejar de mirarme, lo estampó con precisión sobre el ardiente lacre. Me alcanzó el pergamino, siempre con la vista clavada en mi rostro, y se despidió. Encarté el pergamino en el Atlas Furtivo, me encajé el tomo bajo el brazo y salí tan deprisa como pude de aquel nido de intrigas.

Al pasar por el patio, vi que la mayor parte de la tropa ya no se encontraba allí. Encima de las piedras y entre los fustes, los hombres habían dejado un rastro de pieles de fruta, trapos y recipientes de madera. Un fuerte hedor de orines anegaba los muros. Me interesé por la razón de tan repentina marcha. El centinela, sin darle importancia, me contó que había barullo hacia la calle de los Moncada. Nada especial, dijo: la misma historia de cada día. Una partida de mandaderos y payeses había intentado echar abajo las puertas de un par de casas señoriales y la compañía se había acercado para ahuyentar a los amotinados.

Apreté el paso y no me sentí a salvo hasta que dejé atrás la puerta de la Judería. El portero me comentó que había tenido suerte. Había movimiento en la parte de Santa María del Mar y no dejarían entrar ni salir un alma en todo el día. Cuando apuntalasen la reja con losas y tablas de madera, ni el Rey en persona podría cruzar aquella portalada. Yo era el último de la jornada en traspasar la linde del barrio. Podía irme a casa en paz, añadió; pero sería bueno que cerrase a cal y canto puertas y ventanas, por si acaso. Una simple precaución, dijo.

Moisés me aguardaba en la calle. Entramos en casa y comenzamos a poner

baldas, arrastrar arcas y atravesar barrotes. Mientras trabajábamos, procuré relatarle la audiencia con Bernat Metge. No me hizo caso, porque estaba muy preocupado. Aquella misma madrugada, nada más salir yo, su madre había caído en un delirio espantoso. Una calentura muy fuerte le hizo perder la cordura. Empezó a chillar el nombre de Hasday, una y otra vez, sin parar. Moisés le aplicó cataplasmas y la buena mujer se calmó un poco, aunque la fiebre no le había bajado. Y ahora, aquellos tumultos. El día no anunciaba nada bueno.

Subí a ver a la esposa del rabino. Tenía de veras un aspecto lamentable: sudaba profusamente y tiritaba de arriba abajo. Si no mejoraba pronto, sería preciso airear el aposento y encontrar un barbero o un cirujano. Hicimos más trozos de tela y le humedecimos la frente. De pronto, se incorporó con un sobresalto, como poseída, y bramó con todas sus fuerzas.

—¡Están aquí! ¡Hasday! ¡Están aquí!

La mujer nos dio un susto de muerte, contagiándonos el tembleque. Poco a poco la obligamos a echarse. Y fue entonces cuando escuchamos, cada vez más claro, el griterío que se acercaba. Moisés y yo nos miramos y, sin cruzar palabra, corrimos hacia la ventana. Pegamos la oreja al postigo. El estrépito parecía venir de la Casa de la Ciudad o de los alrededores del Palacio Menor. No era preciso ser muy avisado para intuir que, si la multitud osaba atacar aquellos edificios nobles, sería combatida a muerte por la tropa. Y los sublevados entenderían, por muy locos que estuvieran, que la única presa fácil era el barrio judío.

Escuchamos el fragor y, de inmediato, supimos que el populacho estaba a punto de caernos encima. Los soldados habían espantado la chusma del barrio de los señores, sí: pero la habían desviado hacia la Judería. Empezamos a oír el golpear de hierro, seguido por una rotura de maderas y, finalmente, un fuerte grito de asalto. Supusimos que la reja del barrio y los fardos que la apuntalaban habían cedido. Rápidamente, el gentío comenzó a subir por la calle Mayor, inundando los pasajes y adueñándose de la calle. La madre de Moisés volvió a gritar como una loca. Algunas puertas fueron reventadas a hachazos. La milicia judía no apareció en ningún momento: o bien se había ocultado, o bien se la había tragado la marea humana. Los chillidos de las víctimas se mezclaron con los de los verdugos. Entreabrí la ventana y, por la rendija, vi cómo unos payeses entraban en la casa de enfrente. Forzaron la puerta y, al cabo de un rato, abrieron el ventanal de par en par. Un par de cofres salieron disparados y se estrellaron contra el pavimento, hiriendo de paso a un fraile que estaba mirando desde abajo. Un grupo de gente se abalanzó sobre los restos de los arcones. El monje quedó cubierto por una montaña de cuerpos que se agitaban, tiraban y rasgaban ropas y se disputaban objetos de plata. Cayó un cuerpo pesado. El grupo se abrió y engulló el cuerpo, una figura que me resultaba familiar, a la que debía de haber saludado más de una vez por la calle. Cayó un cuerpo de mujer y, aún; otro más pequeño. Fueron despojados de sus ropas y adornos, en un abrir y cerrar de ojos.

Mi amigo me hizo reaccionar. Si nos quedábamos allí encerrados, esperando que derribasen la puerta, estábamos perdidos. Me zarandéo. Nos degollarían como a gallinas, me dijo. Me levanté de un salto y me acerqué a la cama de la mujer del rabino. Entre ambos la sostuvimos erguida y le pusimos una capa sobre los hombros. La arrastramos hasta el piso inferior, recogimos cuatro pendientes y, también, una bolsa de monedas cada uno. En la oscuridad, nos aupamos al muro que había al lado del portal. La madera recibió un golpe, otro y aún muchos más. La barricada de muebles que habíamos erigido se tambaleaba a cada embate. Voló por los aires una nube de astillas y apareció la punta de un ariete. El agujero se abrió hasta que la gente reventó la puerta a garrotazos.

Una de las hojas de la puerta, todavía bastante entera, se abrió y fue a parar justo delante de nosotros. Los intrusos treparon por los muebles y, a golpes y dando tumbos, entraron. Afortunadamente, no advirtieron nuestra presencia: habíamos quedado ocultos en la oscuridad, detrás del trozo de puerta. Cuando nos pareció que se habían ido, porque todos corrieron hacia la escalera, salimos de nuestro refugio y nos echamos a la calle. De pronto, me quedé helado. El Atlas. Estaba en el piso de arriba. Hice un amago de entrar de nuevo, pero Moisés me lo impidió. Me obligó a coger uno de los brazos de su madre y a abrir camino. La gente no nos había visto: todavía estaban ocupados en adueñarse de los despojos del saqueo. Volver atrás era un suicidio.

Por alguna extraña razón, volví la cabeza antes de salir del callejón. Quizá quería ver la escena. Quizá, como la mujer de Lot, deseaba captar una última imagen de Sodoma antes de salvarme. Fuera como fuese, me volví en el preciso momento en que algo salía disparado por los aires y caía de cualquier modo en medio de la calle. Me deshice del cuerpo que cargaba y corrí hacia el objeto. Un golpe en la nuca, quizá una pedrada, me hizo morder el polvo. Tenía el libro bajo el cuerpo. Me puse de pie, mareado por la pedrada, y volví con Moisés. Pasado el primer vahído, continué con ellos. Mi amigo llevaba a su madre y yo portaba el Atlas bien agarrado entre los brazos.

Recuerdo poco de lo que hicimos a partir de entonces. Moisés, me parece, dijo algo sobre el Castillo Nuevo. No sé si tenía alguna información o si se guiaba por pura intuición. El hecho es que nos dirigimos hacia la antigua prisión, donde podíamos encontrar refugio. También recuerdo que no nos hirieron; ni tan siquiera nos miraron a la cara. Los plebeyos tenían demasiado trabajo reventando las casas, matando a los vecinos en sus hogares y peleándose por los restos del expolio. La confusión era enorme, y llevábamos atavíos cristianos. Una vez metidos en el barullo, era imposible distinguir un judío disfrazado de un gentil desorientado.

Desfilaron ante mí, fugaces y precipitadas, visiones y sensaciones del averno. Hombres con faz de lobo, que agitaban palos y corrían sin destino aparente. Mis pies tropezando con todo tipo de escombros, hollando carne blanduzca. Resbalones en los charcos de sangre, salpicaduras en las piernas y un fuerte hedor humano. El crepitar

de la madera al quemarse y nubes de negro humo. Un moribundo, la cabeza cubierta de sangre, se me aferraba al tobillo. Un fraile que alzaba un crucifijo. Un niño colgado cabeza abajo del antepecho de una ventana. Un perro que se despiojaba contra la espalda de un muerto. Un rabino que se cortaba las trenzas con una cuchilla. Un calor sofocante.

El Castillo estaba muy cerca de la Judería, dentro de la misma ciudad. En la puerta se apelotonaba una muchedumbre que, entre lloros y codazos, iba embutiéndose en la fortaleza. Los hombres de la milicia judía custodiaban el acceso y, tan atemorizados como el resto, se preparaban para cerrarlo cuando apareciese la chusma. La fuerza del gentío nos llevó en volandas al interior. Una vez dentro, nos instalamos en una de las plantas superiores, dentro de una celda atestada de judíos. Me di cuenta de que había perdido la bolsa de monedas, pero conservaba el Atlas. Moisés saludó con tristeza a algunas caras conocidas. Después rondó por el edificio hasta que encontró a un maestro cirujano y lo condujo a donde estaba tendida su madre.

Aquella mujer no estaba afectada por ningún mal conocido, sentenció el médico. Incubaba una fiebre, sin duda, pero el corazón le latía bien, no tenía las pupilas dilatadas y, por descontado, no mostraba signos de estar apestada. Su abatimiento parecía más del espíritu que de la carne. El hombre se excusó, asegurando que tenía otros pacientes más graves, y Moisés le agradeció las molestias. Mi amigo se arrodilló junto a su madre y se cogió la cabeza con las manos. Al menos, dijo en voz baja, el desfallecimiento le había ahorrado a su madre la visión del infierno. Lo abracé, y aquel hombre, modelo de valentía y entereza, comenzó a sollozar entre mis brazos.

Poco después supimos que habían cerrado la entrada al castillo. Un caballero de las compañías reales se había plantado en el exterior con una docena de maceros, decidido a repeler cualquier ataque. Nuestros únicos informantes eran tales soldados, que gritaban desde fuera y nos hacían llegar las nuevas de los disturbios. Llegó el atardecer y nos anunciaron que la Judería entera estaba en llamas. Allí no quedaba ya ni un judío con vida.

Las horas pasaban despacio, porque no teníamos otra distracción que escuchar gemidos y toses en las celdas. La campana de la Catedral había dejado de marcar el paso del tiempo. Oscureció y los soldados nos anunciaron que la turba se había disuelto. Sin embargo, más valía que permaneciéramos a resguardo, ya que algunas calles aún estaban tomadas por los alborotadores. Así lo hicimos, confiando en que lo peor ya hubiera pasado y resignados a velar sin agua y a oscuras. Ni que decir tiene que la mayoría de los que habían sobrevivido a la matanza tampoco tenían donde ir.

Estaba ansioso por salir. Hacia la medianoche, hice partícipe de mi angustia a Moisés. Me era imposible pegar ojo cuando aún no sabía nada de lo ocurrido en Mallorca. Lo entendió enseguida. Su máxima ilusión era reunirse con su padre, el buen Hasday, y, sin su madre impedida, no hubiera dudado en acompañarme en una

temeraria fuga. Aquella fortaleza olía como un matadero; si tenía que morir, prefería hacerlo al aire libre. Su obligación, sin embargo, era estar junto a su madre. Lamentándolo, no podría huir conmigo. Me recomendó que hablara con los maceros. Entonces, me pidió que me acercase.

—Jafudá —me hizo agacharme a su lado y me bisbiseó—... ¿recuerdas la historia del rabino ben Zacai?

—¿El de la antigüedad, quieres decir? ¿Ben Zacai *el Resplandeciente*?

—Sí, el Resplandeciente. No quiso tomar las armas contra las legiones romanas y huyó del sitio de Jerusalén. ¿Y sabes cómo escapó?

Claro que lo recordaba. La leyenda contaba que lo habían sacado en un ataúd, como un muerto. Pero no entendía a cuento de qué venía aquella historia. Presentí la sonrisa de mi amigo y, entonces, caí en la cuenta. Quizá no era una ocurrencia tan absurda como parecía a primera vista. Si el Resplandeciente lo había conseguido, ¿por qué no había de intentarlo yo? No pretendía enfrentarme a las legiones de descontentos que rondaban por la ciudad. Y entendí que con quien tenía que negociar no era con los soldados, sino con el cirujano.

Me costó mucho encontrar entre las sombras al médico, estaba en las escaleras. Canturreaba y movía la cabeza; no supe si rezaba o si, simplemente, se inclinaba. Había renunciado a visitar más enfermos, quién sabe si convencido de que su esfuerzo era inútil. Le expuse mis planes y no se sorprendió en absoluto. Si realmente quería salir de la fortaleza, era cosa hecha. Antes del rayar del alba, dijo, pasaría un carro para llevarse a los muertos. No disponía de ninguna caja, y ya había comunicado a las familias de los difuntos que las mortajas las tendrían que proveer ellos. Si yo conseguía suficiente tela para hacerme el sudario, añadió, no tendría inconveniente en hacerme pasar por cadáver.

A partir de entonces, los hechos se sucedieron con rapidez. Moisés me dio la capa de su madre y, con ella y un par de trozos de tela, tuve bastante. Le di un beso en la frente a la mujer dormida, y me despedí de mi amigo con un fuerte abrazo. Después bajé a la entrada, donde el médico contaba los difuntos, y me envolví como pude, junto a mi libro. Me dejé caer encima de la pila de los muertos y, poco después, noté unos brazos que me levantaban y me ponían en otra. El médico cumplió la promesa de cargarme entre los últimos y, afortunadamente, no me sepultaron. El carro arrancó de dos tirones: enseguida noté en las costillas, a cada sacudida de las ruedas, los huesos que me servían de colchón.

No me moví hasta que el aire se limpió y el canto de los grillos me llegó con claridad. Me quité la mortaja de un brazo y con la mano libre me destapé los ojos. Aún era noche cerrada. Me incorporé sin hacer ruido: el carretero tenía la vista clavada en el culo de la mula y no se veía ni un alma en el camino. Di un salto, corrí a esconderme tras unos matorrales y esperé a que el carro se perdiera en la distancia. Tiré los jirones, sacudí la arena del mapamundi e intenté distinguir dónde estaba. Delante de mí, se levantaba la silueta del Monte Judío. Doblé a mano izquierda,

caminando siempre a cierta distancia de los muros de la ciudad. Atravesé huertos y acequias hasta que llegué a la playa cuando el sol ya despuntaba. Un poco más allá se encontraba la atarazana real y una flotilla de galeras anclada en el mar. El salvoconducto de micer Bernat me permitió zarpar aquella misma mañana hacia Mallorca. Con el mundo bajo el brazo y la angustia en el pecho.

El segundo día de navegación avistamos las cimas de la Sierra de Alfabia. El Puig Major, la Massanella y el Teix aparecieron a babor, borrosos sobre la línea del horizonte. A medida que nos acercábamos, su perfil crecía y se dibujaba con mayor nitidez. El sabio Ptolomeo tenía razón, no había duda: la Tierra era una esfera. ¿Por qué, entonces, los hombres éramos puntillosos? ¿Qué nos había separado de aquel mundo tan limpio, redondo y seguro, donde el sol salía cada mañana? ¿La vanidad? ¿O, antes al contrario, el temor de Dios, de un dios que creíamos lleno de ira y rencor, capaz de enfrentarse a sus fieles? ¿Era casual que los más piadosos, los rabinos más estrictos y los predicadores más iluminados fueran también los más furiosos enemigos de la teoría de la redondez de la Tierra?

No dejaba de recordar lo que había visto en Barcelona, ni de imaginar lo peor que podía haber ocurrido en Mallorca. Los vagos rumores acerca del asalto a la Judería, el drama que debían de haber vivido Selima, el pequeño Jaime y mis padres en mi ausencia, me atormentaban en todo momento. Y eran aquellos horrores, aquellas heridas y aquellos miedos tan míos lo que más me inquietaba, hasta el extremo de creer que el mundo se nos escapaba de las manos. Como si la gente se obstinara en destruir la perfección de la Tierra; en matar la paz, la armonía y la grandeza divina que había creado las suaves aguas que surcaba mi nave.

Pasada Dragonera, los marineros arriaron la vela, y los galeotes bogaron para virar y poner proa al viento de noroeste. Unas horas más tarde, cuando nos abrieron el palenque de Porto Pi, el caramillo enmudeció y los remeros se dejaron caer, agotados y empapados en sudor, en sus bancos. La nave se deslizó lentamente hacia el fondo de la cala, conducida por una barcaza a cada lado; un par de estibadores maniobraron con cuerdas hasta atracarla en el muelle.

Al pisar tierra mallorquina, enseguida pregunté por qué no habíamos atracado en el fondeadero de la Almudaina. Un caballero pertrechado, quien con una mano sostenía las cuerdas del caballo y con la otra el yelmo, me miró lleno de sorpresa.

—¿Es que no sabéis que Ciudad de Mallorca está en manos de los plebeyos?

No, no lo sabía, admití. En Barcelona, los asuntos de nuestra isla tardaban algunos días en llegar y a menudo tergiversados. El noble me contó que había estallado una guerra, una guerra extraña en la que los vasallos cazaban a los señores por la calle y los payeses querían regir la ciudad. El orden natural de las cosas se había invertido. Mucha gente honrada se escondía en sus caserones y esperaban a que pasara aquella locura. Otros se habían atrincherado en los alcázares de extramuros o

en las torretas del puerto, como él mismo. Y la mayoría se hacinaban como esclavos dentro de los muros de Bellver. El Lugarteniente y su gente, los altos eclesiásticos, los mercaderes y ciudadanos más importantes, en compañía de los judíos que habían salvado la piel y bajo la protección de la tropa, se encontraban en el castillo.

—¿Y la Judería, buen hombre, qué ha sido de ella?

—Ay, amigo, las juderías han dejado de existir en esta tierra.

Rompí a correr hacia Bellver. La subida me dejó sin resuello y, cuando llegué al puente levadizo, no tenía aliento ni para discutir. Los centinelas me cerraban el paso. No quisieron escuchar mis argumentos; los nombres judíos que les iba citando, entre resoplidos, los dejaban indiferentes. Hasta que no les mostré el salvoconducto real no movieron ni un dedo. Se me ocurrió decirles que era un mensaje para el canónigo Ribes. El documento causó gran impresión: el sargento de la mesnada lo miró del revés y se lo llevó hacia adentro. Poco después reapareció, seguido del pavorde de la Seo.

El prelado ordenó que me dejaran pasar y se acercó para cogerme las manos. Me preguntó dónde me había metido. Le mostré el Atlas y le relaté, muy por encima, mi accidentada visita a Barcelona. Se interesó por los disturbios de aquella ciudad, e intenté esbozarle, también en pocas palabras, el estado de cosas que había dejado. El canónigo me condujo hacia el patio de armas y, antes de entrar, me paró en seco. Intenté ver qué ocurría tras sus espaldas, pero sólo vislumbré una masa de sombras, personas y animales, que se movían a contraluz. El hombre rogó que lo escuchara.

—Los tuyos deben abrazar el Evangelio, Jafudá. No hay otra salida. De veras me duele pedírtelo, pero quiero que nos ayudes a convertir a tu gente. Es lo único que puede sosegar los ánimos de la gleba.

—Pues dadles dobleros, Eminencia: a buen seguro un saco de monedas los calmará —solté y, enseguida, rectificué, sin dejar de mirar lo que había tras su espalda—... Concededme la gracia, señor, permitidme que antes busque a mi familia. Ya hablaremos más tarde de tratos y compromisos.

—Sí, claro, discúlpame. Ven conmigo... ¿Cómo es la gente que quieres encontrar?

El eclesiástico me tornó del brazo y me condujo hasta el patio. ¿Una mujer negra? Le parecía haber visto a una mora negra, en el lugar donde dormían algunos notables judíos. La plaza porticada del castillo estaba llena de personas, hatillos y mulas. Los ropajes de seda lucían bajo el sol estival, rojos y verdes, azules y blancos. Aquí y allá, el metal de las espadas me hería los ojos. La brisa me hacía llegar vaharadas de orines y excrementos. Mujeres, críos y ancianos estaban tendidos en tierra. Los hombres se agrupaban alrededor de la cisterna, paseaban o reposaban contra las columnas de los pórticos. Franqueamos el patio hasta el lugar donde, según el canónigo, estaba aquella sarracena. Reconocí a un maestro de obras que vivía cerca de La Portella. Sí, una cautiva negra dormía cerca de ellos. La sirvienta de alguien, le parecía. Quizá era la mía, no lo recordaba. Empezó a mirar entre la gente que holgazaneaba allí y,

cuando dio con una manta gris, la levantó. Descubrimos a una mujer negra, en efecto, pero que no se parecía en nada a Selima. Era gorda e hinchada, y roncaba estentóreamente. Le devolvimos la manta y dejamos que continuara durmiendo.

Pregunté a todas las personas que reconocí. Algunos sabían muy bien de quién les hablaba; aquella concubina mía que había causado tanto revuelo, la que llevaba collares en los tobillos. Pero no la habían visto por el castillo. Otros decían que les había parecido verla, abrigada con una manta gris, muy cerca de aquel maestro de obras que vivía en La Portella. Recordaban aquella manta, especialmente porque ninguna otra persona, en plena canícula estival, se cubría el cuerpo de los pies a la cabeza. Cuando ya desesperaba y estaba a un paso de abandonar la búsqueda, tropecé con el rostro seco y malcarado de mi suegra Hanini. Fui hacia ella y le pregunté, sin preámbulos, dónde estaba mi mujer.

—¡Míralo —exclamó, con una mueca de asco—; el que vino al mundo para arruinar la paz; el piojo que nos abandonó cuando más lo necesitábamos! El que se creía muy hombre, porque le hizo un hijo a una infiel, y no tuvo redaños para darle una criatura a su mujer...

—Sí, como el mismo patriarca Abraham —la corté sin contemplaciones—... pero olvida el pasado por un momento, y dime dónde está mi mujer.

—Está aquí, a mis pies, estúpido. ¿O es que ya no recuerdas su rostro?

Clavé la vista en una mujer, enteca y enfermiza que estaba acurrucada en el suelo. Era Dulce. A su lado, en un estado igualmente deplorable, se encontraban mis cuñados Jucef y Estela. Ninguno levantó la cabeza para saludarme. Mi suegra encadenó unos cuantos improperios más.

—Todo es culpa tuya, cerdo. ¿Qué digo cerdo? ¡Cochino, inútil, gorrino, especie de butifarra...!

—Basta ya, bruja. Quiero a Selima, la madre de mi hijo.

—¿Tu hijo? —volvió a prorrumpir—. ¡Un bastardo cualquiera, otro desgraciado que has traído al mundo! No tienes entrañas, sólo longanizas de cerdo, embutidas de oro cristiano... ¿Qué me vas a decir de aquel pobre niño y de aquella ramera negra? ¡Deben de arder en el fuego eterno, yo qué sé! —El canónigo me sujetó por los brazos—. ¿Sabes qué te digo? Que adiós muy buenas... cuando podamos, nos embarcamos hacia Túnez, a casa de mis primos... ¡Y espero que tengas la decencia de pagamos el viaje! ¡Selima... cómo te atreves! ¡Pregúntale a Setaddar, que se pasea por la terraza como una chiflada! ¡Sal de mi vista, marrano!

No tuvo que repetírmelo. El prelado se quedó con Hanini, armándose de paciencia para hacerle ver que no podía partir como si tal cosa. El Rey había prohibido que judío alguno saliera del reino, ya que aquélla era su tierra y debían quedarse a recomponer las cosas. Di media vuelta, para buscar la escalinata, y aún pude oír los alaridos de aquella insensata contra el brazo eclesiástico. En pocas zancadas, alcancé las escaleras, y repasé todas las caras que encontré en la terraza. Me tropecé con Astruga y Marzoch, que daban agua a los dos niños. Abracé a los

cuatro, uno tras otro, y me los comí a besos. Ellos no dijeron ni palabra: mi hermana, con gesto cansino, señaló a Setaddar, que estaba un poco más allá, sentada en la barbacana, con los cabellos esparcidos al viento y la mirada perdida en la deslumbrante bahía de Ciudad de Mallorca.

—Madre, soy yo.

Ella se volvió: al reconocirme, me dedicó una mueca de dolor. Me dio cariñosos cachetes en las mejillas, como solía, y se echó en mis brazos. Noté que respiraba como un animalejo, resollando. Pero no lloraba.

—Ya no tengo lágrimas, hijo... No me queda nada en el cuerpo...

Dejé el libro en el suelo y la estreché con ganas. Yo había regresado y todo iba a cambiar. No la abandonaría nunca más, se lo juraba. Me tendría siempre cerca, pasara lo que pasase, y sería su protector, su roca, su castillo, su ejército. Yo tenía mucha urgencia por saber cosas de Selima, del niño y de mi padre, pero me contuve. No era momento para preguntas, sino de escuchar. La abracé con más fuerza, hasta que la respiración se le calmó. La separé de mí y la ayudé con delicadeza a sentarse contra el parapeto de la fortaleza. Le tomé las manos y me acurruqué a su lado.

—Tu padre, Jafudá... el maestro...

Setaddar me contó, entre sollozos abortados, todos los espantos que había vivido a lo largo de aquellos días. Recordaba aquella madrugada funesta, cuando se había desvelado con el barullo de la calle y vio que su marido ya había dejado el lecho. Se vistió a toda prisa y bajó al taller. A la primera persona que oyó fue a Hanini, que había empezado a piar: reclamaba mi presencia a gritos, exigía que el yerno los sacase de aquella jaula... Las criaturas lloraban en un rincón y Astruga las consolaba. Ambos cuñados, los dos únicos hombres, discutían cómo debían reforzar las defensas de la puerta.

Se conoce que, de pronto, Marzoch dejó caer un tablón de los que acarreaba: todo el mundo calló, incluso Hanini. Maese Jafudá no estaba allí, dijo mi cuñado. Había salido antes del alba en misión de rescate. Quizá los ayudaría desde fuera, pero en casa tendrían que espabilarse sin él. Agradecí interiormente las palabras de mi cuñado, siempre tan considerado. Demasiado, pensé. Y no me atreví a confesarle a mi madre el verdadero motivo de mi huida. Supongo que lo habría entendido, a su manera. Pero no tuve coraje suficiente. La dejé continuar.

Setaddar reconoció que, desde aquel instante, ella había estorbado más que ayudado en aquella olla de grillos. Había importunado a Marzoch, el único que tenía las ideas claras, preguntándole una y otra vez dónde estaban los demás hombres de la casa. Sus ruegos se sumaban a los gemidos de los niños, los gritos de Hanini, las quejas de Jucef, el refunfuñar de Estela y la turbadora parálisis de Dulce. Supuse que mi cuñado se la había quitado de encima con buenas palabras. Y ella, mujer tan trabajadora y realista, se había dedicado a rondar por la casa. Me lo decía con un deje de vergüenza, como si su holgazanería —¡sí, dijo holgazanería!— hubiera sido la fuente de tantas desgracias.

Madre había revuelto cada uno de los aposentos, con la absurda esperanza de encontrar a su marido y a su hijo escondidos tras una puerta o subidos a la terraza. Halló a Selima, echada en la cama con el recién nacido: ambos dormían y, aunque resulte extraño, no quiso turbar su reposo. El tumulto de la calle crecía y se acercaba, aterrador, pero ella prefirió no romper aquella serenidad dichosa, aquella sagrada paz que desafiaba al sentido común y se mostraba indiferente ante los aires de muerte. Cerró la puerta muy despacio y continuó el registro. Finalmente, se le ocurrió espiar el huerto a través de una ventana mal cerrada. Descubrió entre los cimientos de los baños inacabados, un cuerpo tendido y aferrado a un libro voluminoso. Era su marido.

Marzoch la ayudó a desmontar la barricada que protegía la puerta del huerto. El yerno mercader recordó desolado que él mismo había vuelto a amontonar aquellos cachivaches a primera hora, cuando despertó y vio el paso desprotegido. Sin embargo, había movido tantos muebles, en las últimas horas, que se había olvidado. Salieron al jardín y arrastraron el cuerpo inerte del maestro hacia casa. El grueso volumen cayó de las manos de Cresques y lo recogió uno de los niños: era la Torá iluminada, la gran obra inconclusa del maestro. Mientras mi cuñado barraba de nuevo aquella puerta; madre y Astruga se abalanzaron sobre el cuerpo de Cresques. Los críos preguntaron qué le pasaba al abuelo. Las dos mujeres le dieron friegas, cachetes en las mejillas y le hablaron con afecto.

Todos los que se encontraban a nuestro alrededor desaparecieron como por ensalmo, se hizo el silencio y me pareció que en la terraza del castillo sólo permanecíamos ella y yo. Setaddar no dijo en ningún momento que Cresques hubiera muerto. Me pasó una mano por el cabello desordenado y, con la otra, abrió el hatillo que guardaba a su lado. Reconocí la cubierta de las escrituras ilustradas, de aquel tomo que mi padre había amado e ido completando, día tras día, con la paciencia de Job. Madre lo acarició. Dijo que Hanini había acercado el oído al pecho de padre, mirado sus labios y abierto su boca. A renglón seguido Hanini se puso de pie, hecha una fiera, y lo insultó. El viejo loco, berreó, también los había abandonado, se había envenenado y encomendado al diablo.

—Eso dijo, Jafudá —madre ocultó el libro en el hatillo—... Dijo que mi marido escapó hacia la maldición. Pero yo digo... yo digo que fue valiente y, antes de ver cómo la bondad huía del mundo, tuvo el coraje de marcharse.

Ahora sé que, en el fondo, siempre temí aquel momento. Desde la infancia me produjo pavor poder escuchar un día que mi padre ya no estaba con nosotros. Durante años fue lo que más temía del mundo. Después pensé menos en ello y, cuando ya no lo hacía en absoluto, cuando no me sentía ya ligado a él y mi amor se encendía por otras almas, justo entonces tuve que enfrentarme a ello. La antigua angustia nunca había dejado de vivir dentro de mí, lista a morder. La noticia me afligió, naturalmente, y mucho. Sin embargo, lo peor no fue darme cuenta de que no volvería a ver a mi padre. Lo que me destrozó fue el arrepentimiento. Darme cuenta de que no

había cultivado lo suficiente el miedo a perderle, y que tantas y tantas cosas no habían sido habladas. Quizá por ello mi madre, que por algo me había engendrado, encontró las palabras justas, las únicas que podían aliviar mis remordimientos.

—No nos lamentemos por haberlo perdido, hijo: alegrémonos de haberlo tenido.

Pasé un rato más al lado de mi madre viuda. No le solté las manos hasta que vi que se adormilaba. Me alcé y fui a ver a Astruga. Isaac y Astrugona habían bajado al patio para jugar con los pocos amigos que les quedaban. Sus padres me dijeron que los pequeños eran los que mejor se habían adaptado a la vida del castillo, porque la novedad había podido más que los malos recuerdos. Me ofrecieron un mendrugo de pan y un trago de vino, y quisieron que les contara dónde me había metido durante todos aquellos días. Les dije la verdad y les enseñé el Atlas Furtivo. Admitieron que me habían dado por muerto, y yo repliqué que, en cierto sentido, sí que había pasado por la muerte. Les conté mi huida del Castillo Nuevo y, por primera vez desde que había puesto el pie en Mallorca, tuve el placer de ver una tímida sonrisa en la cara de alguien.

Entonces les pregunté sin ambages por Selima y mi hijo. Se les heló la sonrisa y se miraron. Los disturbios habían sido muy graves, recalcó Marzoch. La multitud actuaba enloquecida: la milicia no la pudo disolver y la expulsó hacia la Judería. Sí, como en Barcelona. Tres de cada cuatro judíos fueron degollados. O quemados, o muertos a golpes. Decían que las llamas habían reducido el barrio a cenizas. Bueno, quizá las piedras soportaron el fuego, pero el resto quemó hasta medianoche. Ellos mismos vieron el resplandor subidos a la fortaleza de Bellver, desde el lugar donde estábamos sentados.

—¿Y Selima? —Me acaloré—. ¿Dónde está Selima?

—Bebe un poco más de vino —mi hermana me pasó la bota—; te lo contaremos todo. Cálmate y escucha. Ahora tenemos todo el tiempo del mundo.

Los asaltantes, dijo mi cuñado, habían cargado contra la puerta. Una y otra vez la golpearon, pero las defensas soportaron los embates. Ellos se reunieron en el taller, en una piña donde todo eran lloros y temblores. No podían hacer otra cosa que esperar un milagro. Llamaron a Selima desde abajo, pero la mujer no apareció. Entonces vieron el humo que entraba a través de las brechas de la puerta y olieron a madera quemada. El cuerpo de Cresques todavía estaba tendido en tierra, tal como lo habían dejado, con las manos en el pecho y el rostro sereno. La puerta ardió: era una muralla de fuego y el humo llenaba el obrador. Los niños se ahogaban. Volvieron a llamar a Selima.

Oyeron un fuerte crujido y la incendiada barrera se desmoronó. Un grupo de hombres irrumpió en la casa. Aullaban como lobos, blandían hoces y saltaban por encima de las brasas. Estaban a punto de agredidos cuando oyeron una voz aguda que venía de fuera. «Quietas las armas», aseguraba Astruga que escuchó. Marzoch añadió que, dijera lo dijese aquella voz, los bergantes obedecieron. Una figura pequeña y encapuchada apareció a través del humo. Era un fraile mendicante, uno de aquellos

dominicos que llevaban a todas horas una cruz entre las manos. Uno de los locos de fray Vicente, precisó mi hermana; que tenía un no sé qué, un aire, que desde el principio le pareció extraño.

El monje ordenó a los hombres que librasen de obstáculos la puerta del huerto y que la abriesen. También les pidió que pisotearan la madera que aún crepitaba en la entrada. Echó un vistazo a los despojos de Cresques y, sin levantar la cabeza, preguntó dónde estaba el hijo del amo. Nadie dijo nada, salvo Hanini, que aprovechó para renegar de aquel cretino que había partido sin decir palabra. El fraile, siempre con la cabeza gacha, exigió que le indicasen dónde se hallaban los tesoros que el brujo tenía enterrados en el jardín. Fue entonces, afirmaba Astruga, cuando el corazón le dio un vuelco. Había reconocido al encapuchado. Comprendió que su vida dependía de seguirle el juego a aquel impostor. Dijo que el oro estaba entre las raíces del naranjo, cerca de la tumba armenia.

Los hombres de la partida salieron hacia el jardín, con picos, azadas y hoces, salvo un par, que se dirigieron a la calle para montar guardia y cerrar el paso a los que olieran el botín. El falso predicador se retiró la capucha y mostró a la familia su cara pecosa y triste. Sus ojos despedían un brillo inquietante. Era el huérfano. Samuel, hijo de Corcós.

—No puede ser —exclamé—. Yo mismo traje su túnica, manchada de sangre, desde Barcelona. Aquel desgraciado murió...

—Eso pensé yo —me interrumpió Astruga—, y todos los que le vimos la cara en el obrador de nuestro padre.

—Era él —añadió Marzoch—; no cabe duda. Nos hizo saber que, cuando él y su compañero de celda huyeron de Valldaura, se habían intercambiado los atavíos. Parece que convenció al otro, hijo de banquero, de que con su ropa no correría tanto peligro. Y ya lo ves: aquella túnica la llevaba puesta un joven que había muerto de veras, no Samuel.

»El huérfano nos dijo que se había inventado aquello del tesoro para deshacerse de los labradores, pero a quien realmente quería era a ti, Jafudá. Yo le aseguré que nadie sabía adónde se había ido mi hermano. No se lo creyó y prometió que, si te entregábamos, los demás saldríamos vivos de allí. Presumió de poderes sobre la chusma cristiana, porque aquellos asnos sabían que estuvo en Valencia y que era amigo de fray Vicente. Lo tenían por un santo. Una sola palabra suya y nos harían reverencias a todos. O nos matarían.

Mi hermana y mi cuñado siguieron contando aquel encuentro tan insólito. Se conoce que Hanini y Estela abroncaron a la familia: que si estaban jugando con sus vidas, que si ocultar a un sinvergüenza no tenía ningún sentido... Samuel, enojado, las mandó callar. Entonces preguntó por Selima. A mi suegra, decían, le faltó tiempo para anunciar que la cerda sarracena estaba en el piso de arriba. El huérfano Corcós hizo subir a Marzoch y lo advirtió de que, si se demoraba mucho o si intentaba engañarlo, haría degollar a todo el mundo. La esclava, parece que dijo Samuel, sabía

dónde delante estaba escondido yo.

Se me pasó por la cabeza que, todo aquello no podía ser cierto, que aquellos hechos eran figuraciones de Astruga y Marzoch. Comprendía que Samuel pudiera conocer la relación entre Selima y yo. Siempre había metido las narices en todo y era probable que hubiera descubierto, antes de zarpar conmigo hacia Barcelona, mis visitas al establo. Me costaba admitir que hubiera regresado de entre los muertos y que todos aquellos años yo hubiera vivido engañado: pero el ardid de los ropajes encajaba muy mucho con la naturaleza tortuosa de nuestro antiguo aprendiz. Hasta la historia de su proximidad con Vicente Ferrer me resultaba creíble, porque sabía que un alma sin escrúpulos era capaz de llegar muy lejos.

Lo que no entendía era cómo, en una jornada tan agitada y turbia, Samuel había elegido nuestra casa. Precisamente la casa que lo había acogido como a un hijo más, lo había alimentado y protegido en su juventud. La casa a la que él había traído la desgracia. Sabía que nunca habíamos escondido ningún saco de monedas. Mejor que nadie, sabía que nuestra riqueza eran nuestros conocimientos y nuestro trabajo. Me resistía a creer que se hubiera presentado allí para rescatar a sus antiguos protectores. No era su estilo. ¿Y por qué me quería a mí, sólo a mí? ¿Tan grande era el resentimiento que había incubado contra mi persona? ¿No había procurado salvarle yo la piel? ¿O era precisamente aquélla la fuente de su humillación? Me invadió un gran temor. Selima. Tenían que contarme de una vez qué le había ocurrido a Selima. Mi cuñado recuperó el hilo.

—Corrí hacia vuestra estancia. Tu mujer estaba levantada y, cuando entré, acababa de cerrar los cortinajes de la cama. En mitad del jergón, el pequeño Jaime estaba echado sin moverse. Rogué a Selima que bajara enseguida y procuré informada de lo que estaba ocurriendo. Me hice un lío con las palabras y creo que ella no entendió nada. Entonces hizo algo muy extraño. Cogió un cepillo, se empezó a peinar y me dijo que no sufriera, que iría al instante. Sí, Jafudá, se pasó el cepillo por la melena, tranquilísima, y yo me quedé tan estupefacto que no dije nada y di media vuelta.

—Samuel —mi hermana tomó el relevo— dijo que lo único que quería era un volumen, un legajo grueso de mapas, con la cubierta esgrafiada y una hebilla de una sola púa. Una obra en la que habíais trabajado muchos años atrás y cuyo paradero tú conocías. Hanini dijo que la casa estaba llena de cachivaches como aquél. Yo le confesé que no recordaba ése en concreto, pero que, si él quería, podíamos registrar las arcas donde habíamos guardado los libros del maestro. Entonces vi a mi marido, que aparecía por el agujero de la escalera y, al mismo tiempo, a los hombres que volvían del huerto. No había nada bajo el naranjo, dijeron. Sólo una tumba llena de huesos. Uno de ellos me miró y se pasó el dedo por el cuello, como para anunciar que me quería degollar... Los que se habían quedado en la calle entraron y se sumaron al corrillo que protestaba alrededor de Samuel.

Parece que la cosa se calentó. El huérfano ya no daba órdenes, sólo aguantaba el

chaparrón de sus hombres. Selima no aparecía. Samuel los miraba, huraño. Como si quisiera decidir qué hacer con ellos. Entonces, me dijeron, Setaddar hizo una locura. Rompió el silencio que había mantenido hasta aquel momento y se encaró con el antiguo hijo adoptivo. Desveló un puñado de confidencias y algunas cosas —admitió Astruga— que nunca hubiera podido imaginar nadie. Delante de todo el mundo, chilló que aquel hombre no era cristiano. Había vivido bajo aquel techo; era un invertido que había corrompido y llevado a la muerte a su hijo Isaac. Era un huérfano desagradecido, que su marido había acogido porque así lo ordenaba la ley judía y porque conocía demasiados secretos. Sabía que un cautivo cristiano había dormido en nuestra casa. Y sabía muy bien, asimismo, que Cresques de Abraham era su hermano.

Me hice cruces por lo que escuchaba. ¿Samuel, hermano de mi padre? ¿Mi tío, aquel desgraciado? Marzoch y Astruga se encogieron de hombros, ambos a un tiempo. Aquello fue lo que dijo madre. Más tarde, cuando todo había pasado y se encontraban en Bellver, Setaddar se lo explicó mejor. Les hizo saber que Samuel era hijo natural de la mujer de Corcós, un antiguo mercader judío de Ciudad. Su verdadero padre no era Corcós, sino el abuelo. Cuando el abuelo decidió partir de Mallorca, aquella mujer ya llevaba en su seno a Samuel, y el viejo Vidal pidió a su hijo, Cresques de Abraham, que velase por el bienestar de la criatura. La mujer había muerto en el parto y, un puñado de años más tarde, el mercader Corcós se ahogó en un naufragio. Por eso, maese Cresques había tomado al huérfano en adopción.

Vidal... Diante de abuelo, pensé. ¿De modo que aquél fue secreto que confió al oído de mi padre, antes de partir y sin que nadie lo escuchara? Las últimas palabras que dijo, que lo peor siempre nos llegaría de nuestra gente, tomaban un sentido muy especial. A despecho de las intenciones del abuelo Vidal, supuse. Pero muy de acuerdo con los padecimientos que después había soportado mi padre. Diante de padre, también: media vida merced de un hermanastro indeseable, por mor de una antigua promesa. Por culpa de un juramento hecho a alguien que lo había abandonado. Diante de abuela, claro: ni con bubones en los sobacos había mencionado aquel asunto. Y diante de Setaddar, que siempre calló y escogió el peor momento para desvelar y divulgar el secreto. El corazón se me desbocaba y la cabeza estaba a punto de estallarme.

—No puedo más... —gemí—; habladme de Selima. No quiero oír más disparates, todo lo que decís me da igual... Sólo quiero saber dónde está la mujer que amo.

—Enseguida, Jafudá. Ya llegamos. Pero debes saber —insistió Astruga, cogiéndome el brazo—... lo que pasó el día del asalto. De lo contrario, no entenderás nada.

Mi hermana contó que Samuel enrojeció como un tomate y negó, furioso, todas las acusaciones. Aseguró a los payeses que no era chueta, que la vieja no estaba en sus cabales y lo confundía con otro. Mandó que degollasen a toda la familia. Pero uno de los hombres se avanzó, le puso a madre la hoz en la papada y le pidió que probase semejantes injurias. Setaddar apartó la herramienta con un manotazo y se agachó ante

el falso predicador. Antes de que el huérfano pudiera darse cuenta, le había levantado el hábito de un tirón. Todos pudieron ver entre dos piernas delgaduchas aquel miembro circuncidado. La marca de un judío.

El impostor recibió un golpe con la hoz en la entrepierna y se dobló. Una lluvia de garrotazos le cayó en la espalda. Las mujeres chillaron y los pequeños rompieron a llorar. Una azada le segó los tobillos y el huérfano cayó redondo. Marzoch recuerda que se adelantó, pero recibió un tajo en la mano —me enseñó la herida en la palma. Samuel se agitó agonizando hasta que un golpe de pico le reventó la cabeza. De aquella manera, murmuró Astruga entre sollozos, acabó sus días el infeliz.

—En aquel momento —le robó la palabra el marido—, cuando nosotros nos veíamos en el suelo, a punto de engrosar el charco de sangre que brotaba del cuerpo de Samuel, apareció Selima.

—Fue como una aparición, Jafudá. Un ángel —mi hermana se enjuagó las lágrimas—, un arcángel caído del cielo. Había dado a luz aquella misma noche y allí estaba, erguida en medio de la escalera, impasible, firme, soberana.

—Estaba en cueros —siseó Marzoch—, completamente desnuda. Sólo llevaba los collares en los tobillos. El pelo, una seda negra y brillante, le cubría la espalda y el torso, como una dalmática real. La gente mataba por la calle, los nuestros se desangraban como corderos, todo era sucio y maloliente, y tu mujer se alzaba, desnuda y altiva, por encima de la miseria. Aquellos hombres se quedaron estupefactos. Nosotros también. Sólo tu suegra murmuró entre dientes un insulto que no quiero repetir. Y le preguntó dónde estaba el pequeño Jaime. Selima dijo que el hijo del maestro judío, y de la hija de la nieta del nieto de no sé quién, dormía arriba.

—Fue ella, hermano, quien nos salvó. Preguntó a los hombres qué buscaban, y les dijo que en aquella casa no había ningún tesoro. Los campesinos la escuchaban como si quien hablara fuera un astro del firmamento, embobados. Selima nos miró a nosotros y pidió que llevásemos alas a su amor. Sí, alas, dijo. Para que volases muy arriba, para hacerte libre. Y afirmó que hubiera querido ser hermana tuya, aunque la fortuna no lo había permitido. No entendí nada, y te lo digo ahora porque así lo pidió, pero sigo sin entender nada.

»Entonces ordenó a los hombres que la siguieran, y ellos así lo hicieron, presos de un inexplicable hechizo. Lo último que vimos de ella fueron las piernas, que desaparecían, pausadas y dignas, escaleras arriba. Dos collares de perlas en aquella piel de bronce, perseguidos por una corte de gorrinos embrujados.

—De entre aquel hatajo de cabrones —dijo mi hermana—, alzó la voz un hombre, quizá el mayor. Gritó que no fuesen bastardos, porque aquella mujer era el tesoro que buscaban. En el mercado bramó, sacarían una fortuna por una esclava sarracena como aquélla. Algunos lo abuchearon, otros lo escucharon. Y comenzó la pelea: los unos querían seguir subiendo tras aquellos preciosos tobillos; los otros preferían conservar el botín sin máculas. Comprendimos que había llegado la hora de huir y nos precipitamos en desbandada hacia la calle.

La fortaleza de Bellver fue nuestro refugio. Un refugio lleno de desdichados y enfermos, rebosante de suciedad, donde no tardaron en aparecer las epidemias. Las tropas de rescate que esperábamos llegaran de la Península, no aparecieron; sólo nos visitó un ejército de ratas, que invadió el patio de armas y la primera galería. La terraza se llenó de familias que querían resguardar a los niños de los roedores y sus mordeduras.

Yo paseaba como un espíritu desvalido por el castillo. Rondaba por la terraza, daba vueltas y más vueltas bajo los porches; y a todo el mundo le preguntaba lo mismo. Al cabo de poco, la gente ya me conocía. Era el hijo chiflado de maese Cresques, el que buscaba a la sarracena negra y a su pequeño hijo. Cuando me convencí de que Selima no se hallaba en aquel bastión, probé a huir. Astruga y Marzoch me lo impidieron. Se confabularon con el canónigo Ribes y los hombres del Lugarteniente, y evitaron que cometiera un disparate. Selima y el pequeño se habían perdido, me decían. Más allá del puente levadizo sólo encontraría la muerte.

Quizá era la muerte lo que buscaba. Los sucesos que me habían relatado mi cuñado y mi hermana me torturaban. Sabía que los asaltantes de la Judería no estaban en Bellver, pero a pesar de ello veía en cada hombre a un estuprador, una bestia sedienta de sangre, de carne y de plata. De madrugada, cuando caía agotado de sueño, sufría unas visiones grotescas. Selima se abandonaba; desnuda, a una banda de bárbaros. Le olisqueaban la piel y le amputaban los miembros. Yo entraba en la estancia y los hombres se volvían: el uno tenía cabeza de burra, el otro de jabalí, el otro de perro. Selima se levantaba sin manos y sin piernas. Le brotaba sangre de la garganta. Tenía el vientre hinchado, de donde salía una cabecita, que no era la de mi hijo, sino la de Samuel. Me despertaba gritando como un poseso, empapado en sudor.

Un atardecer me aupé a la barbacana, decidido a despeñarme contra el foso del castillo. Durante las primeras horas en Bellver había visto a más de un vecino, desquiciado, quitarse la vida de aquella manera. Las diligentes manos de Marzoch me lo impidieron. Mi madre rogó que me atasen con cuerdas, al menos hasta que despuntase el sol. Mi familia, lo que quedaba de ella, se turnó para vigilar mis movimientos.

Nos llegaron rumores de que, en Barcelona, el Castillo Nuevo había caído en manos de los amotinados. Todos los supervivientes de la Judería, los acogidos de la primera matanza, habían sido pasados a cuchillo. Me vinieron a las mientes Moisés y su madre. Dos almas más, dos almas buenas, que se ahorran el martirio de vivir. Me sentí muy cerca del rabino Hasday, que debía haber enloquecido al lado de un Rey que jugaba con halcones mientras sus más fieles servidores eran asesinados. ¿Qué pecado habíamos cometido para que Nuestro Señor nos dejara sin amigos, sin hijos, sin mujeres? No, Dios ya no nos castigaba... Dios se había olvidado de nosotros. Se había olvidado del pobre Hasday, forzado a dejar morir a los suyos y a sobrevivir en compañía de su impotencia. Se había olvidado de mí.

Viví de limosna, como todos los ciudadanos, prohombres y notables judíos que

habían perdido el patrimonio y se amontonaban en aquel castillo. Por la mañana traían del puerto algunas vituallas, que había que distribuir entre los refugiados. Al principio no tenía ánimo ni para pelearme y esperaba a que me cayera en las manos la última migaja del reparto. Mi cuerpo perdía las fuerzas, y me daba igual. Después, poco a poco, me rehice. Mi desgracia me parecía la peor de todas; pero el estado de otros, más desvalidos y débiles que yo, me ayudó a levantar el espíritu. De hecho, tuve que ver cómo empeoraba el semblante de mi madre para reaccionar. No podía permitir que aquella mujer, la que me había traído al mundo, la que siempre había sido un ejemplo de devoción y abnegación, se me muriera en los brazos.

Me dediqué en cuerpo y alma a cuidar de mi madre. La obligué a pasear conmigo, para que no perdiera el hábito de caminar. Disputé por las mejores viandas y el agua más limpia, para llevarle el alimento a los labios y reanimarla. Les dije a los niños que pasaran ratos con ella. Dejé para más adelante mis propósitos de fuga. Setaddar estaba allí, con vida, y yo tenía un deber para con ella. Había perdido a bastantes seres queridos, había consentido demasiada muerte. Mi madre se convirtió en mi única razón de ser.

El pavorde de la Seo me llamó. Me condujo a la cámara del Lugarteniente y ambos me expusieron la situación. Les había llegado un despacho del Secretario Real, desde Barcelona. Micer Bernat nombraba al Doméstico del Rey, maese Jafudá de Cresques, enlace de la Corona con la Judería mallorquina o con lo que quedaba de ella. En Ciudad de Mallorca, añadió el Lugarteniente, los sublevados se disponían a pactar. Se rendirían si se les respetaba la vida y si los judíos consentían en bautizarse, todos sin excepción. Repliqué que haría lo que pudiera entre mi gente. Sólo le puse una condición: que antes me permitiesen hablar con mi madre. Ellos se mostraron extrañados, pero accedieron. Podía consultar a quien quisiera.

Setaddar me aseguró su apoyo. La mejor manera de honrar el recuerdo de Cresques, dijo, era seguir vivos. Su corazón de judía no abandonaría jamás la tradición, ni la ley de los antepasados. Pero si era preciso pasar por el baptisterio, cambiar de ropas y colgarse un crucifijo al cuello, lo haría. No sería la primera vez que el pueblo de Moisés se había disfrazado y había mentado para mantenerse vivo. Si yo, Astruga y los pequeños la acompañábamos hasta el fin de sus días, sería la primera en abrazar las formas cristianas. Nada temía si nos manteníamos unidos. Le juré que así sería, que no se angustiara. Me bendijo y me animó a persuadir a las otras familias.

Los hombres de la Almudaina y los de la Seo me ayudaron a reunir a la comunidad. Quizá se congregaron en aquel patio de armas dos centenares de judíos. Les expuse la misión que me habían encomendado y les dije que podían escoger entre vivir como gentiles o morir como israelitas. Los que eligieran la doctrina de Cristo podían situarse detrás de mí. Mi madre, Astruga y los suyos se me unieron. Hanini no se movió, y exclamó que ella no caería en aquella trampa: ¿cómo podía fiarse de un mal hombre, maldito desde que nació, que había perdido a su hija, cometido

adulterio, los había abandonado en el momento de la degollina y al que todos tomaban por loco?

El canónigo salió de entre los reunidos y afirmó que yo no era ningún loco. En todo caso, tan orate como la mayoría de quienes se encontraban enjaulados en aquel castillo. Yo era un hombre cuerdo, dijo, un hombre bueno, devoto de la familia y del trabajo. Quería a mi tierra como el que más y, precisamente, era el amor, un amor profundo a lo que me rodeaba, lo que me llevaba a desesperar por las injusticias que los hombres cometían en nombre de Dios. Un dios cristiano, justo y misericordioso, muy parecido al dios de los judíos. Todos podían fiarse de maese Jafudá. Él mismo, como prelado de la Santa Iglesia, me apoyaba. Y daba su palabra de que, mientras él viviera, velaría por el bienestar de los conversos.

La mujer de un carnicero empujó a sus famélicos hijos hacia nuestro grupo. Después se acercó un rabino y un médico, y sus familias. Un río de gente, algunos vendados, otros con muletas, otros simplemente tristes, gotearon hacia mi lado. Del lado de mi suegra quedaron dos docenas de irreductibles, que golpeaban e injuriaban a los desertores. Dulce hizo un amago de moverse, pero su madre la agarró y le pegó un capón. Miré al canónigo y asintió con la cabeza. Dispersé a mi grupo y dejé que el eclesiástico hablase con la gente de Hanini.

Más tarde supe que mi suegra había arrancado suficiente dinero y protección como para partir con sus seguidores y embarcar de noche hacia la Berbería. Todos nos quitamos un gran peso de encima. Sobre todo el canónigo, que desafió las ordenanzas reales y gestionó en persona la expulsión discreta de aquella gente. Sabía mejor que nadie que la Corona no quería deshacerse de los judíos y aún menos de su trabajo y habilidad. Pero era un hombre razonable. La partida de los judíos más exaltados significaba, para él y para el resto, acabar con un enorme quebradero de cabeza.

Cuando los amotinados oyeron que la judería se había rendido, comenzaron las negociaciones. Los caballeros y la tropa pudieron regresar a Ciudad de Mallorca; el Lugarteniente ocupó de nuevo la Almudaina, y la gente del canónigo se instaló en el palacio episcopal. Extramuros, los sublevados se resistieron más a asumir compromisos, porque en los pueblos se sentían mucho más fuertes. Sin embargo, la calma llegó, poco a poco, a las tierras de Mallorca. Las autoridades reales resolvieron que la conversión debía realizarse públicamente y fijaron fecha para la magna ceremonia.

La otra concesión que los representantes de la Corona habían hecho a los sublevados, la de respetar sus vidas, la mantuvieron sólo en parte. La reina Violante, cuando se hartó de las diversiones de su soberano esposo, lo empujó hacia Barcelona. Allí ordenó, enérgica como siempre, que los instigadores fuesen castigados en todo el reino. Aprovechó para aumentar los tributos y después firmó un puñado de condenas a muerte. Las sentencias no eran por homicidio, sino por dañar propiedades reales. En Ciudad de Mallorca, una docena de personas, el alcalde y el alguacil entre ellas,

fueron conducidas a la horca. Más tarde, el rey Juan, que no quería quedarse atrás a la hora de firmar documentos, decretó un indulto general. Y, de ese modo, nuestros monarcas se quedaron tranquilos, presumiendo de que sus acciones, tardías y desmañadas, propagarían la reconciliación en sus dominios.

Permanecimos en el castillo hasta que llegó la fecha señalada. Nos condujeron en procesión hacia la Seo. Recuerdo que, aquel día, un grupo de frailes abría el paso con una cruz gigantesca, y otro cerraba la columna. Los niños nos tiraban piedras, la gente nos abucheaba y los soldados nos contemplaban. Yo abrazaba a Setaddar y la protegía con el envoltorio donde guardaba los dos libros: la Torá de Cresques y el Atlas Furtivo.

Antes de entrar en la Seo, un presbítero me advirtió de que Su Eminencia deseaba verme a solas. Le indiqué que no dejaría a mi familia fuera, a merced de las pedradas, y él nos permitió pasar a los seis. Nos condujo a la sacristía, al mismo lugar donde, tiempo atrás, yo había desplegado un mapa para el futuro obispo de Mallorca. El canónigo me esperaba: me llevó a un rincón y me anunció que habían nombrado a alguien para portar la mitra de la diócesis. Se trataba de un sobrino del Papa, un valenciano muy próximo a Vicente Ferrer y aviñonista declarado. Él seguiría como preboste de la Seo, pero no sabía por cuánto tiempo ni con qué poderes. Lo habían acusado de amilanarse ante los judíos, impedir las conversiones antes de los disturbios y nutrir las iras del pueblo contra la Judería. Es decir, de instigar por pasiva los alborotos.

Le dolía, admitió, que aquellos bautizos fuesen los postreros sacramentos que administraba como máxima autoridad espiritual de la isla. Sólo lo consolaba la esperanza de que, una vez convertidos, dejásemos de ser el blanco de todas las iras plebeyas. Quizá, como fieles cristianos, nuestra condición acabaría igualándose a la del resto de ciudadanos. En cualquier caso, se sentía obligado a advertir de que su protección, una vez llegase el nuevo monseñor, sería más limitada de lo que querría. Los que lo deseasen, aún podían rehuir el bautizo: sólo era preciso que entrasen al templo de una vez y saliesen por la puerta de mar. Allí, el propio diácono los escoltaría hasta un lugar seguro.

Dejé a mi familia con él y corrí hacia la columna de vecinos que esperaban en la explanada de la Seo. Conversé con ellos en pequeños grupos y una treintena de personas se separaron de la cola. Regresé a la sacristía y consulté con los míos. Marzoch dijo que habíamos ido allí para pagar una deuda y que, cuanto antes lo hiciéramos, mejor. Setaddar manifestó que quería ser la primera, y Astruga la apoyó: ella y los niños irían detrás. Informé al canónigo de que todo estaba en orden. Entramos tras él en la nave principal.

Nos indicó los bancos donde debíamos tomar asiento, hacia el final de la nave. Subió al altar con sus cooficiantes. Nos colocamos al lado de nuestros vecinos, muchos de los cuales no habían pisado nunca el interior de una iglesia. Los pequeños se embobaban con aquellos arcos esbeltos que parecían unirse en el infinito. Las

mujeres y los hombres miraban las casullas y estolas de aquellos sacerdotes que oficiaban de espaldas. Algunos intentaban comprender algo del latín pomposo y enigmático que los feligreses de siempre, sin entender mucho más, declamaban con convicción. Al acabar, formamos una cola ante la pila bautismal. Seríamos un centenar largo de personas. Sabíamos que los hombres debíamos tomar nombre y apellidos cristianos y las mujeres sólo los nombres. Setaddar dijo el que quería adoptar, se agachó y el pavorde vertió agua en su nuca.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo con el nombre de Ana y te acojo en la Santa Iglesia católica, apostólica y romana.

Vi a mi madre alejarse de la pila, remojada como un patito, y secarse, sola, con el delantal, cerca de la salida. Estalló un griterío dentro y fuera de la iglesia, que me recordó el clamor de la multitud en los ajusticiamientos. Le indiqué que me esperase, que no se moviera de allí. Y desvié la vista, porque las lágrimas se me saltaban de los ojos. Le tocó el turno a Astruga, que tomó el nombre de Francisca. A continuación pasaron los dos niños, y su padre, que quiso bautizarse con el nombre de Luis Granada. El canónigo me llamó con un gesto: me tocaba a mí.

Le dije que adoptaría el linaje Ribes, en honor del cristiano que me alejaba, contra su propia voluntad, de la ley mosaica. Me pareció que también él tenía los ojos húmedos. Añadí que tomaría el nombre del hijo que no había sabido amparar y de aquel suegro que no pude conocer. Agaché la cabeza y sentí cómo me rociaban el cogote. Y pasé a ser Jaime Ribes, cristiano nuevo o converso de la fe hebraica.

Nos abrimos paso entre la muchedumbre, que unía las manos, nos hacía reverencias y recitaba oraciones latinas en tono de burla. Ya no recibíamos pedradas, pero me pregunté si era mejor aquel menosprecio socarrón e insultante que la confrontación anterior. Para las criaturas era preferible, sin duda, porque una piedra malintencionada las podía tumbar, y lo mismo les daba arrodillarse ante una cruz latina, que golpear la frente contra una estrella de seis puntas. Pero a los adultos, la herida del desdén nos escocía mucho más que el cardenal de una pedrada. Enfilamos el camino de Santa Eulalia, la parroquia donde nos correspondía empadronarnos. Inscrimos nuestros nombres, extraños como sonaban, y fuimos hacia la vieja Judería.

No quedaba ni rastro de la antigua reja. Entramos en el barrio sin ningún obstáculo ni control; lo único que indicaba que era b puerta de un mundo aparte era la desolación, la lastimosa devastación que se había enseñoreado de todo. Ratas, perros y alguna cabra rondaban sin amo por las calles. Los animales, o casi todos, habían tenido la suerte de no tener dios ni creencia, y se habían ahorrado la quema. Las casas estaban chamuscadas de arriba abajo, con los techos hundidos y ventiladas por todos lados. Los muros renegridos, jirones de ropa, restos de cadáveres... contaban la triste historia de aquella comunidad destrozada.

Bajamos por la calle Mayor, doblamos a la izquierda y nos dirigimos hacia el Portal del Templo. En algunos ventanales había ropa tendida, como si alguien hubiera

ocupado las casas, o como si los antiguos residentes se hubieran salvado por milagro de la matanza. Vimos las Puertas Llavaneras, cerradas y barradas, sin los mendigos que habitualmente se congregaban. Y allí, en el lugar de siempre, en aquella calle que la gente había bautizado con el nombre de calle de los Brujulos, vimos la casa. Nos quedamos plantados delante, compungidos, sin decir palabra, seguros de que el edificio nunca podría volver a ser el mismo.

Mi cuñado y yo pedimos a las mujeres y los niños que aguardaran afuera. Alegamos que podía haber intrusos y que más valía no exponer a los pequeños a ningún peligro. En realidad lo que queríamos era ahorrarles la visión de algún cadáver conocido. Habíamos comprobado que las calles estaban limpias de muertos, pero no era seguro que también hubiesen vaciado las casas. Dimos vueltas por las estancias, donde no había otra cosa que herramientas y piedra calcinada. En la casita del huerto tampoco había nada que pudiera espantar a las criaturas.

Fue al volver hacia la calle cuando advertí, en medio del jardín, cerca de las raíces del naranjo, dos estacas solitarias junto a la cruz de Betros. De la primera de ellas colgaba un saquito de cuero gastado, que abrí. Extraje una pequeña cajita de madera, con el vidrio agrietado y la rosa de los vientos dibujada en el fondo. Era la brújula que el abuelo Vidal había dado a Cresques, y que éste me prometió. De la otra estaca no colgaba nada o, mejor dicho, nada que se pareciera a una bolsa. Sólo una brizna de pelo, negro y ondulado como los hilos de seda de una dalmática de reina.

EL PARAÍSO FURTIVO

Las Escrituras dicen que Dios expulsó al hombre y a la mujer del Paraíso. Desde entonces, sabios e ignorantes hemos querido hallar el jardín perdido en la tierra. Maese Cresques y yo hicimos dos cartas del mundo: en la una dibujamos los principados conocidos, y en la otra trazamos aquellos mismos reinos, ampliados con otros que habíamos conocido por relatos y leyendas fabulosas. El primer atlas es apto para reyes y potentados, porque puede alimentar sus sueños seculares y les muestra el alcance de sus emporios y dominios. El segundo es un atlas prohibido, tan furtivo como el edén que los hombres echaron a perder en la génesis de los tiempos. Algunos poderosos lo han poseído, y se han deshecho de él al ver que es inútil o peligroso para sus propósitos.

El Atlas Furtivo no indica camino alguno hacia el Paraíso terrenal. Sus generosos folios contienen, por supuesto, algunos rumores que sitúan la felicidad en parajes ignotos, más allá de las aguas o de las arenas o de las llanuras de Oriente. Mi padre quiso que aquellas menciones constaran, pero que apareciesen lo suficientemente remotas para desanimar al más emprendedor de los viajeros. Ahora sé que a Cresques y a mí nos animaba una convicción muy íntima; la soterrada sospecha de que, tan pronto la espada y la cruz se clavasen en aquellos parajes recónditos, toda apariencia de dicha se desvanecería.

No, la gente no quiere un mundo feliz. Si la serpiente no hubiese tentado a Eva, si un arcángel con espada de fuego no hubiese expulsado a los primeros pecadores de su vergel, si la manzana no hubiera matado su inocencia, los hijos de la pareja germinal, o los hijos de sus hijos, habrían dado con la manera de malograr su estado de gracia primigenio. Hoy sé, tras sufrir los odios y la intolerancia de mis semejantes, tras pasar el infierno de aquel verano de sangre, y tras muchas más adversidades, hoy sé, digo, que los hombres no desean, en el fondo de su corazón, ningún paraíso. La serpiente y la manzana no son criaturas de Dios; son creación del hombre.

La dicha quizá crecía en ciertos parajes que el buen Aitón había descrito, y que un viejo armenio, el fiel Betros, nos transmitió con devoción. Quizá la paz y la alegría habían reinado a lo largo de los ríos de oro, allá en el imperio del Mali, antes de que la avaricia, la infidelidad, la discordia y la vanidad malograsen la concordia. Quizá en nuestra isla de Mallorca, sí, quizá incluso en nuestra patria, hubiera podido caber el amor. Tal vez en aquella isla antigua donde, como decía el buen Turmeda, había reinado gran unión entre la gente pagana. O en el universo de mi infancia, cuando el bazar de olores, ganado, creencias y hablas que nos rodeaba todavía era venerado y cultivado.

El paraíso puede encontrarse en cualquier lugar si lo llevamos en nuestro interior. Es en el mapa de nuestra persona donde hemos de buscar el gozo. Yo lo toqué con los dedos, en aquellas horas jóvenes en compañía de mi padre, de Betros y de Selima;

sobre todo de Selima. A punto estuve de entrar en el huerto cerrado de los dioses y, cuando tenía un pie dentro, lo perdí todo. Apenas me he quedado con los dibujos de un mapa, de un conjunto de cartas que evocan el aroma de aquellos días de atardeceres venturosos. El verdadero paraíso del Atlas Furtivo es su espíritu, en el testimonio de lo que habría podido ser y nunca lo hemos querido. Tenía razón mi padre y maestro cuando decía que una obra como aquella era, al fin y al cabo, un reflejo del amor. Cada ciudad, cada río o cordillera, cada orilla cercana o lejana tiene el valor de aquello que refleja, no de lo que es.

He tardado en comprenderlo, en comprenderlo de verdad. Cuando regresé a mi Mallorca justo después de los disturbios, y rocé la locura en el castillo de Bellver, llegué a odiar aquel atlas. Me pareció que era el culpable de todos los males y que la obsesión por aquel libro había hundido mis esperanzas, mi fortuna y mi sueño de encontrar el paraíso. Hoy lo veo de otra manera, porque diría que escogí el reflejo antes que la esencia, el cuerpo antes que el alma. Fui yo quien eligió, y mi arrepentimiento no tiene sentido. No puedo volver atrás. Mi consuelo y la prenda de mi desierto han quedado enterrados entre los folios del Atlas Furtivo.

Me ha quedado también la compañía de mi madre. Su fidelidad a la memoria de Cresques y a la de un mundo que se apaga me han ayudado a vivir. Puertas afuera, Ana la conversa se ha doblgado a los hábitos impuestos. Ella me fuerza a escuchar sermones, besar anillos de cardenales y vender mi trabajo a los señores cristianos. Puertas adentro, no deja de ser la Setaddar que todos hemos conocido. Obedece la ley y la tradición de Moisés, cocina los alimentos de siempre, nos llama por nuestros nombres judíos y ha reconstruido aquella casa en ruinas que tanto había amado. Mi existencia está marcada, de buen grado, por el juramento que le hice en la terraza de Bellver.

No la he abandonado. La llevo conmigo a todas partes, y la cuidaré hasta el final de sus días. Me contagia a todas horas su ilusión por las cosas pequeñas, el trabajo bien hecho y los sueños cotidianos. Mantiene la familia, o la parte que queda, unida y sólida. Mientras ella esté con vida, no nos separaremos: Astruga, Marzoch, los niños y yo mismo seguiremos como una piña alrededor de Setaddar. Sospecho y espero que mi madre llegará a vieja, muy vieja, y que su alma partirá un día en paz, mientras nosotros la velamos en la cabecera del lecho.

Los príncipes de la tierra... ¿Qué puedo decir de esa gente? Han continuado con sus fuertes desavenencias; hermanos contra hermanos, maridos contra mujeres, hijos contra padres y hombres de iglesia contra todo el mundo. Entre unos y otros, dan muestras de un genio extraordinario, prácticamente innato, para desbaratar el reino. Se han confirmado los peores augurios de fray Anselmo, y ahora pienso que mi amigo hizo bien al buscar el exilio en la Berbería. Los cuerdos han perdido la partida: el canónigo Ribes no ha pasado de canónigo, y acabará sus días a las órdenes de prelados humanamente muy inferiores a él. El rabino Hasday, viudo y huérfano de hijo, se ha instalado en Zaragoza, más sabio y a la vez más solo que nunca:

administrará las juderías restantes hasta que no quede ningún judío por administrar.

El inefable Vicente Ferrer se ha salido con la suya. Ha condenado las matanzas, no es preciso decirlo; se ha apresurado a proclamar que a los judíos hay que convertidos mediante la palabra y no a cuchillo. Pero los aceros le han sido útiles, porque ha aprovechado las conversiones salpicadas de sangre en beneficio propio y así convertirse en el predicador más temido y respetado de la cristiandad. Creo que si alguien encarna el mal en nuestro tiempo es este sermoneador comediente, tan lunático como astuto, a quien algunos toman por santo. Es de la peor especie, de los que tiran la piedra y esconden la mano, y así llegará lejos. Reñirá y tronará por todas partes, también en Mallorca, y reinará sin par entre los espíritus aterrorizados.

Bernat Metge se imagina que sus propósitos han triunfado. Durante los disturbios, limpió los trapos sucios de la realeza, y eso le ha granjeado la confianza infinita de los monarcas. Se ha convertido en el regente de las arcas y de los asuntos de la Corona. Patrocina las letras y las ciencias, los edictos y las ordenanzas; reparte franquicias y privilegios, y supone que el reino es suyo. Más allá del furor de algún tocacampanas influyente, se figura libre de rivales y presume que el poder terrenal es suyo y sólo suyo. Quizá lo será, durante algunos años. Pero las condiciones mudarán, el cetro cambiará de manos y algún día perderá a sus valedores. Caerá víctima de su soberbia. Los asuntos dinásticos siempre han tenido estas cosas, las tienen aún y las seguirán teniendo.

Habrán guerras, revueltas, discordias y disturbios. Volveremos a padecer hambre, penuria y miseria. Nos visitarán más plagas, sequías y diluvios. Llegarán nuevos tributos y las monedas provocarán algún disgusto, y alguna gran fortuna. Todo se subvertirá y, al mismo tiempo, no cambiará nada, porque todo cambia desde que los hombres así lo han querido. Soy el mismo y, al mismo tiempo, otro. Vuelvo a recibir encargos de los socios florentinos, de patrones y nobles señores. Pero lo que estoy viviendo tras aquel verano de muerte, de fuego y delirio, forma parte de otra historia. Forma parte de la vida de Jaime Ribes, cartógrafo, cristiano nuevo y hombre de nulo pasado. Jafudá de Cresques ha muerto para el mundo. O casi.

Jafudá murió el día en que huyó de Barcelona, envuelto en una mortaja. Jafudá se despidió de una tierra y de unas gentes condenadas. Jafudá perdió a su padre y maestro, extravió a la mujer que más amaba. Jafudá renunció a su nombre el día en que lo hicieron entrar, con un cazo de agua bendita, en la cristiandad. Quizá por ello, maese Jafudá enterró la Torá de su padre y un mapamundi lleno de iluminaciones y revelaciones, cerca de la tumba del admirado Cresques de Abraham, el brujulero de la Judería de Mallorca. Quizá por ello envolvió los dos tomos con pieles adobadas y curtidas, los precintó en una caja y los enterró en un agujero cerca del naranjo que crecía en su jardín.

Yo, Jaime Ribes, no me atrevo a sacar el Atlas Furtivo de aquel agujero. En compañía del viejo Cresques, imagino, aquella obra ya no hará daño a nadie. Sus secretos descansarán en paz, no despertarán ansias de, conquista ni extenderán los

padecimientos de nuestro mundo a otros mundos. Sus misterios descansarán muy cerca del hombre que concibió semejante tesoro, como una muestra de pasión y de amor hacia la comunidad de Dios y los hombres. El Atlas yacerá no muy lejos de otro sepulcro, el de la cruz armenia, en recuerdo de un buen hombre que también dejó allí parte de sí mismo, en aquella visión del mundo. O de la estaca que rememora a la mujer más bella, más justa y más llena de gracia que ha nacido bajo la capa del cielo. También a ella le pertenece aquella joya, porque las tinturas del Atlas desprenden la fragancia de su serenidad y de su amor.

No quiero profanar ninguna de las fosas. En ocasiones, siento tentación de exhumarlas y comprobar si contienen, de veras, a aquellos seres queridos. Es poco más que una ocurrencia pasajera, que pronto me produce náuseas y un fuerte rechazo. No quiero enfrentarme a la podredumbre de figuras que tanto adoro, y prefiero conservar su imagen impoluta. Me resisto a abrazar la certeza de que sí, de que son ellos los que duermen bajo el naranjo del huerto. En el caso de Betros, se trata de una prevención del espíritu. En el caso de Cresques, ya que todo el mundo lo vio exánime, la inquietud por situar sus despojos con precisión no deja de ser un asunto de naturaleza ceremonial.

En lo que respecta a Selima, en cambio, la cosa es bien distinta. Nadie sabe qué ocurrió el día de los disturbios. Todos dicen que aquel día del asalto, en plena orgía de sangre, encerrada en casa con un puñado de asesinos feroces, era difícil que hubiera salvado la piel. Sin embargo, podía ocurrir que alguien, en medio de la agitación, tuviera suficiente cordura para conocer el precio de una esclava viva y la quisiese mantener con vida. Yo bien que me sustraje a la degollina. Y mi familia, gracias a la magia redentora de aquella mujer extraordinaria. Y otra gente, que por obra de milagros inexplicables, pudieron escapar hacia la fortaleza de Bellver. ¿Por qué no podía haber encontrado, también ella, una manera prodigiosa de evadirse? ¿Por qué no?

¿Y mi hijo? Esté donde esté Selima, estoy seguro de que el pequeño Jaime estará con ella. Quizá se hace mayor, lejos de las tribulaciones de Mallorca, en los generosos palacios de los ríos del oro. Quizá está en cualquier rincón de nuestra isla, escondido en la cautividad de algún señorío pairal. Me exaspera pensar que puedo, cualquier día, y no reconocerlo, porque los niños a tan corta edad, cambian mucho. Cada vez que veo niños a gatas en una esquina, se me hace un nudo en la garganta. O quizá duerme el sueño de los justos bajo la sombra del naranjo de mi jardín. No lo sé, y hay días en que pienso que no tengo derecho a saberlo. Al fin y al cabo, los abandoné. Selima tenía derecho a llevárselo, lejos de mí y de un siglo maldito.

Lo único que sé es que no quiero encontrar respuesta a estas desazones bajo un montón de tierra, coronado con una estaca y un mechón de cabellos. La certeza de su muerte sería peor, mucho peor, que todas las dudas del mundo. Mientras haya esperanza, por remota que sea, quiero mantenerla viva en un rincón del corazón. El sueño de encontrados algún día, madre e hijo, en cualquier lugar, me ayuda a existir.

Y hace que la idea de mi propia muerte, la del antiguo Jafudá, sea menos dolorosa. No todo ha acabado, no todo ha muerto. Hay tres recordatorios bajo el naranjo, sí, tres memorias: una de un discípulo de Cristo, otra de uno de Moisés y la tercera de una de Mahoma, que evocan una vida que ya no volverá. Hay un libro lleno de prodigios que les pertenece a los tres. Pero resta también una fina brecha de incertidumbre, por donde se cuelan las luces del pasado.

Busco a mi hijo y busco a mi amada. Persigo su espectro en todas y cada una de las calles de la antigua Judería. Imagino a Selima en cada masía, en cada pueblo, en cada ciudad. Rondo extramuros y pregunto, allí donde las luchas aún arden y mi vida corre peligro, por la esclava sarracena de un judío converso. La busco en Sineu, Montuiri y Pollensa; en Artá, Estellencs y Santanyí. La busco en la Península, en medio de guerras y mortandades. He enviado docenas de cartas a Túnez, a mi amigo Turmeda, y el hombre sólo me contesta con buenas palabras. Interrogo a viajeros, peregrinos y marineros, si la han visto. En cada mapa que dibujo, la dibujo también a ella. La busco por todas partes, sin perder la fe en los milagros. No puedo dejar de buscada.

Sí, todavía busco mi pedazo del Paraíso Perdido. Quiero volver a la infancia, bajo la protección del viejo Cresques. Quiero sentir de nuevo, sólo por un instante, la dicha de días pasados en compañía de Betros. Y daré lo que sea, lo que sea, por revivir una sola imagen. La de Selima, la más sublime de las bellezas, mi Selima. Porque si algún día la veo, entonces abrazaré al Dios omnipotente, al dios que me manden, cualquiera de ellos, y volveré a creer en la tierra y en los hombres. Y negaré ante el mundo, con la voz bien alta y clara, aquello que todos hemos aprendido: que los paraísos siempre acaban en expulsión.

CRONOLOGÍA

1350

Europa

Guerra de los Cien Años (1337—).

Jacquerie (sublevación campesina) en Francia (1358).

Bula de Oro en el Sacro Imperio (1356).

Reinos ibéricos

Pedro I de Portugal (1357-1367).

Pedro I (el Cruel) de Castilla (1350-1369)

Guerra Civil en Castilla

Muhammad V de Granada (1354-1360)

Corona de Aragón

Pedro IV (1336-1387).

Llegada de la Peste Negra (1348).

Crisis económica.

Arte y cultura

Auge del gótico.

Boccaccio termina el *Decamerón* (1353).

1360

Reinos ibéricos

Enrique II de Castilla (1369-1379)

1370

Europa

Gran Cisma de la Iglesia (1378-1417).

Reinos ibéricos

Juan I de Castilla (1370-1390)

Corona de Aragón

Repunte de la Peste Negra en Mallorca (1375).

Arte y cultura

Muerte de Petrarca (1374).

1380

Europa

Batalla de Kosovo (1389).

Fin del imperio serbio.

Revuelta campesina inglesa (1381).

Carlos VI de Francia (1380-1422).

Reinos ibéricos

Juan I de Portugal (1385-1433)

Batalla de Aljubarrota (1385)

Enrique el Navegante establece las bases de la expansión ultramarina portuguesa.

Corona de Aragón

Juan I (1387-1395): Pérdida del ducado de Atenas

Arte y cultura

Condena de Wiclif (1382)

Posible regalo del *Atlas Catalán* de Cresques, a Carlos VI (1381).

1390

Europa

Unión de Kalmar (1397).

Reinos ibéricos

Enrique III de Castilla (1390-1406).

Disturbios antijudíos en Sevilla (1391).

Corona de Aragón

Martín (1395-1410). Incorporación de Sicilia (1409).

Conflictos campesinos en Palma de Mallorca (1390).

Destrucción de las aljamas de Barcelona, Valencia y Palma (1391).

Arte y cultura

Residencia de Jafudá Cresques en Barcelona (1399-1405).

Metge: *Lo somni* (1399).

1400

Europa

Juan Sin Miedo, duque de Borgoña (1404—).

Máxima expansión de la Orden Teutónica (hasta 1404).

Reinos ibéricos

Juan II de Castilla (1402-1454).

Lucha contra la nobleza.

Corona de Aragón

Compromiso de Caspe (1412).

Fernando I (Trastámara, 1412-1416).

Alfonso V (1416-1458).

Bula de separación entre judíos y cristianos (1415)-

Arte y cultura

Estudios de Medicina en Barcelona (1400);

Taula de Canvi (1401).

1410

Europa

Ejecución de Jan Hus (1415).

Enrique V de Inglaterra (1413-1422).

Victoria inglesa de Agincourt (1495).

Reinos ibéricos

Paz entre Castilla y Portugal (1411).

Arte y cultura

Concilio de Constanza (1414-1417).

Muerte de Bernat Metge (1413).

1420

Europa

Guerras husitas (1420-1433).

Arte y cultura

Jacome de Mallorca (Jafudá Cresques)

reside en Sagres (h. 1420).

1430

Europa

Ejecución de Juana de Arco (1431).

Reinos ibéricos

Alfonso V de Portugal (1432-1481)

Ordenacoes Alfonsinas, código legal portugués (1446).

Arte y cultura

Concilio de Basilea (1431-1491).

1440

Reinos ibéricos

Guerra civil en Navarra entre Agramonteses y Beaumonteses (1441-1451).

Corona de Aragón

Incorporación de Nápoles (1442).

1450

Europa

Conquista de Constantinopla (1453).

Fin del imperio bizantino.

Guerra de las Dos Rosas (1455-1485).

Expulsión de los ingleses de Francia (1449-1461).



ALFRED BOSCH. Nacido en Barcelona en 1961, Alfred Bosch es escritor y profesor de Historia Contemporánea de África en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Entre sus publicaciones históricas, centradas en el estudio del África subsahariana en el siglo XX, se encuentran *Nelson Mandela, l'últim home-déu*, galardonada con el premio Carles Rahola de Ensayo 1994 y *La via africana: velles identitats, nous estats*, premio Joan Fuster 1996. En colaboración con el antropólogo Gustau Nerín ha publicado *El imperio que nunca existió* (2001).

Ha cultivado con notable éxito el género de Ficción, y de entre su producción cabe destacar las colecciones de relatos *Cronicalia* (1986) y *Herois d'Azània* (1996), y las novelas *L'Atles furtiu*, premio Sant Jordi de Novela 1997, *L'Avi: confessions íntimes de Francesc Macià*, premio Néstor Lujan de novela histórica 2001, *Àlia la sublim* (2000) y *1714. Set de rei* (2001).